Antonio Royo Marín

EL GRAN DESCONOCIDO

El Espíritu Santo y sus dones

SEXTA EDICION

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

El P. Royo Marín no necesita presentación entre los lectores de la BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS. Sus diez volúmenes aparecidos en la colección Normal y los cuatro de la Minor, con repetidas ediciones, le sitúan entre sus más fecundos y conocidos autores.

En este volumen —ya en su sexta edición— presenta una síntesis hermosísima de la doctrina católica sobre el Espíritu Santo, tanto en lo relativo a su Persona divina como en lo referente a sus siete principales dones, que la tradición cristiana ha venido considerando a través de los siglos.

Como en todas sus obras, la exposición del P. Royo Marín brilla por su extraordinaria claridad, precisión teológica y unción religiosa, que le han colocado entre los más apreciados escritores de espiritualidad en España e Hispanoamérica.

El gran desconocido

El Espíritu Santo y sus dones

POR

ANTONIO ROYO MARIN

SEXTA EDICION

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • MCMLXXXVII

A la Inmaculada Virgen María, esposa fidelísima del Espíritu Santo y ejemplar acabadísimo de perfección y santidad.

INDICE GENERAL

INTRODUCCION

La primera vez que San Pablo llegó a Atenas, entre los innumerables ídolos de piedra que llenaban calles y plazas y que arrancaron al satírico Petronio su famosa frase de «ser más fácil encontrarse en esta ciudad con un dios que con un hombre» [1], le llamó poderosamente la atención un altar con la siguiente inscripción: «Al Dios desconocido», lo que le dio pie y ocasión para su magnífico discurso en el Areópago: «Ese Dios, al que sin conocerle veneráis, es el que vengo a anunciaros» (Act 17,23).

Más tarde, al llegar de nuevo el gran Apóstol a la ciudad de Efeso, halló algunos discípulos que habían aceptado ya la fe cristiana y les preguntó: «¿Habéis recibido el Espíritu Santo al abrazar la fe?» Ellos le contestaron: «Ni siquiera hemos oído si existe el Espíritu Santo» (Act 19,1-2).

Aunque parezca increíble después de veinte siglos de cristianismo, si San Pablo volviera a formular la misma pregunta a una gran muchedumbre de cristianos, obtendría una respuesta muy parecida a la tan desconcertante que le dieron aquellos primeros discípulos de Efeso. En todo caso, aunque les suene materialmente su nombre, es poquísimo lo que saben de El la inmensa mayoría de los cristianos actuales.

Creemos oportuno, ante todo, exponer los principales motivos y las tristes consecuencias de este lamentable olvido de la persona adorable del Espíritu Santo [2].

[1] PETRONIO, *Satiricón* 17.
[2] Cf. ARRIGHINI, *Il Dio ignoto* (Turín 1937). Recogemos aquí las principales ideas de la introducción.

a) Falta de manifestaciones

El primer motivo de la general ignorancia en torno a la tercera persona de la Santísima Trinidad obedece, quizá, a sus propias manifestaciones muy poco sensibles y, por lo mismo, muy poco perceptibles para la inmensa mayoría de los hombres.

Se conoce bastante bien al Padre, se le adora y se le ama. ¿Cómo podría ser de otra manera? Sus obras son palpables y están siempre presentes a nuestros ojos. La magnificencia de los cielos, las riquezas de la tierra, la inmensidad de los océanos, el ímpetu de los torrentes, el rugir del trueno, la armonía maravillosa que reina en todo el universo y otras mil cosas admirables repiten continuamente, con soberana elocuencia y al alcance de todos, la existencia, la sabiduría y el formidable poder de Dios Padre, Creador y Conservador de todo cuanto existe.

Conocemos, adoramos y amamos inmensamente también al Hijo de Dios. Sus predicadores no son menos numerosos ni elocuentes que los de su Padre celestial. La historia tan conmovedora de su nacimiento, vida, pasión y muerte; la cruz, los templos, las imágenes, el cotidiano sacrificio del altar, sus numerosas fiestas litúrgicas recuerdan a todos continuamente los diferentes misterios de su vida divina y humana; la eucaristía, sobre todo, que perpetúa su presencia real, aunque invisible, en esta tierra, hace converger hacia El el culto de toda la Iglesia católica.

Pero con el Espíritu Santo ocurren muy diversamente las cosas. Aunque es verdad que, como dice admirablemente San Basilio y como veremos ampliamente a través de estas páginas, «todo cuanto las criaturas del cielo y de la tierra poseen en el

orden de la naturaleza y en el de la gracia, proviene de El del modo más íntimo y espiritual» [3], la santificación que obra en nuestras almas y la vida sobrenatural que difunde por todas partes escapan en absoluto a la percepción de los sentidos. Nada más visible que la creación del Padre y nada más oculto que la acción del Espíritu Santo.

Por otra parte, el Espíritu Santo no se ha encarnado como el Hijo, no ha vivido ni conversado visiblemente con los hombres. Sólo tres veces se ha manifestado bajo un signo sensible, pero siempre secundario y pasajero: en forma de paloma sobre Jesús al ser bautizado en el río Jordán, de nube resplandeciente en el monte Tabor y de lenguas de fuego en el cenáculo de Jerusalén. A esto se reducen todas sus teofanías evangélicas, y ninguna otra, al parecer, ha tenido lugar a todo lo largo de la historia de la Iglesia; por lo que sabiamente prohíbe la misma Iglesia representarlo bajo cualquier otro símbolo. Los artistas no disponen aquí de variedad de posibilidades representativas: sólo dos o tres símbolos, y éstos bien poco humanos y nada divinos, son los únicos que pueden ofrecer a la piedad de los fieles para conservar la memoria de su existencia y sus inmensos beneficios.

b) Falta de doctrina

Otro de los motivos del gran desconocimiento que del Espíritu Santo y de sus operaciones sufren los fieles, y aun el mismo clero, depende de la escasez de doctrina, debida, a su vez, a la escasez de buenas publicaciones antiguas y modernas en torno a la misma divina persona:

[3] SAN BASILIO, *De Spiritu Sancto* c.29 n.55.

«¡Cuántas veces—escribe conforme a esto monseñor Gaume [4]—hemos oído lamentarse a nuestros venerables hermanos en el sacerdocio de la penuria de obras en torno al Espíritu Santo! Y, por desgracia, sus lamentaciones son demasiado fundadas. De hecho, ¿cuál es el tratado del Espíritu Santo que se haya escrito en muchos siglos?... E incluso las enseñanzas de la teología clásica sobre este asunto suelen reducirse a algunos capítulos del tratado de la Trinidad, del credo y de los sacramentos. Todos convienen en que estas nociones son del todo insuficientes. Y en cuanto a los catecismos diocesanos, que necesariamente son todavía más restringidos que los manuales de teología elemental, casi todos se limitan a algunas definiciones. No puede menos de convenirse, con vivo sentimiento, que incluso en las primeras naciones católicas la enseñanza sobre el Espíritu Santo deja muchísimo que desear. ¿Quién creería, por ejemplo, que entre tantos sermones y panegíricos de Bossuet no se encuentra ni uno solo en torno al Espíritu Santo, ni uno solo en Masillon y apenas uno en Bourdaloue?

Es verdad que el medio de llenar esta laguna tan lamentable sería el recurso a los Padres de la Iglesia y a los grandes teólogos del Medioevo, pero ¿quién tiene tiempo y posibilidad de hacerlo? De aquí proviene una extrema dificultad para el sacerdote celoso, tanto para instruirse a sí mismo como para enseñar a los otros.»

Y de lo poco que en general saben los maestros se puede deducir lo que sabrán los discípulos. Algunas breves y abstractas nociones, que dejan en la memoria palabras más que ideas, constituyen la instrucción de la primera infancia. Con ocasión del sacramento de la confirmación llegan a ser, es verdad, un poco más extensas y completas; pero, por una parte, la edad todavía demasiado tierna impide sacar el debido provecho y, por otra, se continúa en el terreno de las abstracciones. Bajo la palabra del catequista, el Espíritu Santo no toma cuerpo, no llega a ser persona, Dios mismo; y no

[4] MONSEÑOR GAUME, *Tratado del Espíritu Santo.*

sabiendo qué decir de su íntima naturaleza, se pasa a hablar de sus dones. Pero incluso éstos, siendo como son puramente espirituales e internos, no son accesibles a la imaginación ni a los sentidos. Grande es, pues, la dificultad de explicarlos y mayor aún la de hacerlos comprender. En la enseñanza ordinaria no se les muestra con claridad, ni en sí mismos, ni en su aplicación a los actos de la vida, ni en su oposición a los siete pecados capitales, ni en su necesaria concatenación para la vida sobrenatural del hombre, ni como coronamiento del edificio de la salvación. Por eso enseña la experiencia que, de todas las partes de la doctrina cristiana, la menos comprendida y la menos apreciada es precisamente la que debería serlo más, ya que—y esto lo sabe y comprende todo el mundo—conocer poco y mal la tercera persona de la Santísima Trinidad es conocer poco y mal este primero y principalísimo misterio de nuestra santa fe, sin el cual es imposible salvarse.

c) Falta de devociones

Un tercero y grave motivo concurre con los precedentes a mantener el lamentable estado de cosas que estamos denunciando: la escasez de devociones, funciones y fiestas en torno al Espíritu Santo, mientras se van multiplicando sin cesar sobre tantas otras cosas.

Ciertamente, todas las devociones aprobadas por la Iglesia son muy útiles y santas, y hemos de admirar y alabar a la divina Providencia, que las ha ido suscitando de acuerdo con las varias exigencias de la vida religiosa y social. Algunas de ellas son del todo indispensables para el verdadero cristiano, tales como a la pasión del Señor, al Santísimo Sacramento, a la Virgen María, etc. Jesús mismo y

su santa Madre se han complacido en revelarnos la importancia y las ventajas de algunas de esas devociones relativas a ellos mismos, tales como la del Sagrado Corazón y la del santísimo rosario. Pero todo esto no debería disminuir o hacernos olvidar una devoción tan importante y fundamental como la relativa al Espíritu Santo. Esta es la que habría que fomentar intensamente sin disminuir aquéllas.

La misma fiesta de Pentecostés, que en el rito litúrgico sólo tiene igual con las solemnísimas de Pascua y de Navidad—lo que significa la importancia extraordinaria que la santa Iglesia concede a la devoción a la tercera persona de la Santísima Trinidad—, no se celebra ordinariamente con el esplendor y entusiasmo que fuera de desear. Mientras en las otras dos solemnidades del año litúrgico, Navidad y Pascua, se nota claramente una adecuada correspondencia por parte de los fieles del mundo entero, la solemnidad de Pentecostés pasa completamente inadvertida, como si se tratase de una domínica cualquiera. Es un hecho indiscutible que se repite año tras año.

De este modo va transcurriendo casi todo el año sin una conveniente celebración del Espíritu Santo. Los cristianos reflexivos se maravillan y afligen, con toda razón.

Lo peor de todo es que la gran mayoría de los fieles ni siquiera se da cuenta de este inconveniente tan grande y no se acuerda que en el Dios que adora existe una tercera persona que se llama Espíritu Santo. ¿Cómo podría ser de otra manera, si casi nunca oyen hablar de este Dios, y al que no ven comparecer jamás sobre nuestros altares? Podemos afirmarlo sin temeridad: para una innumerable multitud de fieles, el Espíritu Santo es

el *Dios desconocido* del que San Pablo encontró el altar al entrar en Atenas.

Conviene, sin embargo, observar—para no dar motivo a exageraciones o malentendidos—que la fórmula paulina *el Dios desconocido,* tomada en su sentido obvio, quiere decir, no ya que los paganos ignoren completamente la existencia de Dios, sino que no tenían una idea justa de sus perfecciones y obras, y, sobre todo, que no le rendían el culto que le era debido. Aplicada al Espíritu Santo como hacemos nosotros, la fórmula *Dios desconocido* no tiene nada de forzada. Conforme al concepto de San Pablo, quiere decir, no ya que los cristianos de nuestro tiempo ignoren la existencia y la divinidad del Espíritu Santo, sino que la mayor parte de ellos no tienen un conocimiento suficientemente claro de sus obras, de sus dones, de sus frutos, de su acción santificadora en la Iglesia y en las almas, y, especialmente, no le rinden el culto divino al que tiene derecho no menos que las otras dos personas de la Santísima Trinidad. En esto creemos que todos estaremos de acuerdo.

Veamos ahora las tristes y perniciosas consecuencias que se derivan de tamaña ignorancia.

Consecuencias funestas de este olvido

De todo cuanto acabamos de decir es evidente que el Espíritu Santo, en cuanto Dios, no puede experimentar ningún dolor o tristeza. Infinitamente feliz en sí mismo, no necesita para nada nuestro recuerdo o nuestros homenajes. Pero si, por un imposible, fuese accesible al dolor, no podría menos de experimentarlo muy intenso ante nuestro increíble desconocimiento y olvido de su divina persona. Podría repetir las mismas palabras que el salmista pone en boca del futuro Mesías abandonado de

su pueblo predilecto: «El oprobio me destroza el corazón y desfallezco; esperé que alguien se compadeciese, y no hubo nadie; alguien que me consolase, y no lo hallé» (Sal 69,21).

Este lamento está tanto más justificado si tenemos en cuenta el dolor—por decirlo así—que el Espíritu Santo debe de experimentar al no poderse expansionar, como quisiera ardientemente, sobre las almas y sobre el mundo cristiano. Nada hay ni puede haber de más difusivo que este divino Espíritu, que es personalmente el sumo bien; y, sin embargo, al tropezar con la rebeldía de nuestra libertad olvidadiza e indiferente, se siente como constreñido a replegarse y restringirse, a limitar su acción santificadora a muy contadas almas que le son enteramente fieles, a dar como con mano avara sus dones inefables, puesto que son muy pocos los que se los piden y menos todavía los que son dignos de ellos. Más aún: con frecuencia ve a los que son sus templos de carne y hueso—esos templos consagrados por El mismo con el agua del bautismo y santificados y embellecidos después de tantos modos—miserablemente profanados con los más sucios y repugnantes pecados, y se ve arrojado vilmente de estos templos para dar lugar al espíritu de la fornicación, del odio, de la venganza, de la soberbia y de todos los demás pecados capitales.

Pero mucho más que el propio Espíritu Santo deberían dolerse los propios cristianos al verse tan poco instruidos y dignos de un Dios tan grande. Porque esto significa, ante todo, ignorar o despreciar la fuente misma de la vida sobrenatural y divina.

La Iglesia, en su *Símbolo* fundamental, reconoce expresamente al Espíritu Santo este estupendo atributo de conferir a las almas la vida sobrenatural:

Creemos en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida («Dominum et vivificantem»). La dependencia de la vida sobrenatural de la divina virtud del Paráclito es un principio fundamental y eminentemente dinámico del cristianismo. Este principio, o mejor, la orientación práctica que de él se deriva, constituye el punto de partida de todo progreso espiritual, de la ascensión progresiva desde la común y simple vida cristiana hasta las formas más elevadas y sublimes de la santidad. Puede decirse que en esta palabra *vivificante,* referida al Espíritu Santo, está encerrada como en su germen toda la teología de la gracia. De donde resulta que, sin un adecuado conocimiento y culto del divino Espíritu, el germen de la vida cristiana, sobrenaturalmente infundido por El en el bautismo, se encuentra como paralizado o contrariado en su ulterior desenvolvimiento. El alma sufre, vegeta, se debilita y muy difícilmente podrá llegar jamás a la virilidad cristiana.

Los que no se preocupan—y son muchísimos, por desgracia—de conocer y adorar al Espíritu Santo, oponen entre El y su vida sobrenatural un obstáculo insuperable. Este mundo de la gracia, este verdadero y único consorcio del alma con Dios, con todos sus elementos divinos, con sus leyes maravillosas, con sus sagrados deberes, con su incomparable magnificencia, con su realidad eterna, con sus luchas, sus alegrías, sus alternativas y su fin; este mundo superior para el cual ha sido creado el hombre y en el que debe vivir, moverse y habitar, es como si no existiese para él. La noble emulación que de todo ello debería derivarse espontáneamente se cambia en fría indiferencia; la estima, en desprecio; el amor, en disgusto; el entusiasmo, en tedio y aburrimiento. Creado para el cielo, no

busca ni aprecia más que lo terreno, su vida se concentra en el mundo sensible y se convierte en puramente terrena y animal. No hay más que un medio para volverla práctica y profundamente cristiana: conocer, invocar, amar, vivir en unión íntima y entrañable con el Espíritu Santo, Señor y dador de vida: *Dominum et vivificantem.*

Vamos, pues, a abordar el estudio teológico-místico de la persona adorable del Espíritu Santo y de su acción santificadora en la Iglesia y en las almas a través de sus preciosísimos dones y carismas.

Ofrecemos estas páginas, una vez más, a la Inmaculada Virgen María, esposa fidelísima del Espíritu Santo, para que las bendiga y fecunde para gloria de Dios y santificación de las almas.

CAPÍTULO 1

EL ESPIRITU SANTO EN LA TRINIDAD

La doctrina católica nos enseña—como dogma primerísimo y fundamental entre todos—que existe un solo Dios en tres personas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Consta de manera clara y explícita en la divina revelación y ha sido propuesto infaliblemente por la Iglesia en todos los *Símbolos de la fe.* Por su especial explicitud y majestuoso ritmo recogemos aquí la formulación del famoso símbolo atanasiano *Quicumque:*

«Todo el que quiera salvarse, ante todo es menester que mantenga la fe católica; y el que no la guardare íntegra e inviolada, sin duda perecerá para siempre.

Ahora bien: la fe católica es que veneremos a un solo Dios en la Trinidad, y a la Trinidad en la unidad; sin confundir las personas ni separar la sustancia.

Porque una es la persona del Padre, otra la del Hijo y otra la del Espíritu Santo; pero el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo tienen una sola divinidad, gloria igual y coeterna majestad.

Cual el Padre, tal el Hijo, tal el Espíritu Santo.

Increado el Padre, increado el Hijo, increado el Espíritu Santo.

Inmenso el Padre, inmenso el Hijo, inmenso el Espíritu Santo.

Eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo.

Y, sin embargo, no son tres eternos, sino un solo eterno, como no son tres increados ni tres inmensos, sino un solo increado y un solo inmenso.

Igualmente, omnipotente el Padre, omnipotente el Hijo, omnipotente el Espíritu Santo; y, sin embargo, no son tres omnipotentes, sino un solo omnipotente.

Así, Dios es el Padre, Dios es el Hijo, Dios es el Espíritu Santo: y, sin embargo, no son tres dioses, sino un solo Dios.

Así, Señor es el Padre, Señor el Hijo, Señor el Espíritu Santo; y, sin embargo, no son tres señores, sino un solo Señor; porque así como por la cristiana verdad somos compelidos a confesar como Dios y Señor a cada persona en particular, así la religión católica nos prohíbe decir tres dioses y señores.

El Padre por nadie fue hecho, ni creado, ni engendrado. El Hijo fue por sólo el Padre, no hecho ni creado, sino engendrado. El Espíritu Santo, del Padre y del Hijo, no fue hecho, ni creado, ni engendrado, sino que procede.

Hay, consiguientemente, un solo Padre, no tres Padres; un solo Hijo, no tres Hijos; un solo Espíritu Santo, no tres Espíritus Santos.

Y en esta Trinidad, nada es antes ni después, nada mayor o menor; sino que las tres personas son entre sí coeternas y coiguales. De suerte que, como antes se ha dicho, en todo hay que venerar lo mismo la unidad en la Trinidad que la Trinidad en la unidad.

El que quiera, pues, salvarse, así ha de sentir de la Trinidad».

El Espíritu Santo es, pues, la tercera persona de la Santísima Trinidad, que procede del Padre y del Hijo, no por vía de generación—como el Hijo es engendrado por el Padre—, sino en virtud de una corriente mutua e inefable de amor entre el Padre y el Hijo. Veamos, en brevísimo resumen, de qué manera se verifica la generación del Verbo por el Padre y la espiración del Espíritu Santo por parte del Padre y del Hijo en el seno de la Trinidad beatísima.

1. La generación del Hijo

He aquí una sencilla exposición popular al alcance de todos [1]:

«Si uno se mira en un espejo, produce una imagen semejante a sí mismo, pues se le asemeja no sólo en la figura, sino que imita también sus movimientos: si

[1] MIRALLES SBERT, citado por *Docete* t.1 p.21 y 27.

el hombre se mueve, se mueve también su imagen. Y esta imagen tan semejante viene a ser producida en un instante, sin trabajo, sin instrumentos y con sólo mirar al espejo. De este modo podemos figurarnos que Dios Padre, contemplándose a sí mismo en el espejo de su divinidad con los ojos de su entendimiento y conociéndose perfectamente, engendra o produce una imagen absolutamente igual a sí mismo. Ahora bien, esta imagen es la figura sustancial del Padre, su perfecto resplandor..., expresión total de la inteligencia del Padre, palabra subsistente y única comprensiva, término adecuado de la contemplación de la soberana esencia, esplendor de su gloria e imagen de su sustancia». Es, sencillamente, su Hijo, su Verbo, la segunda persona de la Santísima Trinidad.

Esta generación es tan perfecta, que agota en absoluto la infinita fecundidad del Padre:

«Dios—dice Bossuet [2]—no tendrá jamás otro Hijo que éste, porque es infinitamente perfecto y no puede haber dos como El. Una sola y única generación de esta naturaleza perfecta agota toda su fecundidad y atrae todo su amor. He aquí por qué el Hijo de Dios se llama a sí mismo el único: *Unigenitus,* con lo que muestra al mismo tiempo que es Hijo no por gracia o adopción, sino por naturaleza. Y el Padre, confirmando desde lo alto esta palabra del Hijo, hace bajar del cielo esta voz: «Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias». Este es mi Hijo, no tego sino a El, y desde toda la eternidad le he dado y le doy sin cesar todo mi amor».

«La teología católica—añade monseñor Gay [3]—enseña que Dios se enuncia a sí mismo eternamente en una palabra única, que es la imagen misma de su ser, el carácter de su sustancia, la medida de su inmensidad, el rostro de su belleza, el esplendor de su gloria. La vida de Dios es infinita: millones de palabras pronunciadas por millones de criaturas que disertaran acerca de El sabiamente durante millones de siglos, no serían bastantes para contarla. Mas esta Palabra única lo dice todo absolutamente. El que oyera perfectamente este Verbo, no haría más que comprender

[2] Bossuet, *Elevaciones sobre los misterios* sem. 2.ª elev. 1.ª
[3] Monseñor Gay, *Elevaciones* 1,6.

todas las cosas; pues comprendería al Autor de las cosas y no quedarían para él secretos en la naturaleza divina. Pero sólo Dios oye eternamente la Palabra que El pronuncia. Dios la dice; ella dice a Dios; ella es Dios.»

Por su parte, Dom Columba Marmión expone la generación divina del Verbo en los siguientes términos [4]:

«He aquí una maravilla que nos descubre la divina revelación: en Dios hay fecundidad, posee una paternidad espiritual e inefable. Es Padre, y como tal, principio de toda la vida divina en la Santísima Trinidad. Dios, Inteligencia infinita, se comprende perfectamente. En un solo acto ve todo lo que es y todo cuanto hay en El; de una sola mirada abarca, por decirlo así, la plenitud de sus perfecciones, y en una sola idea, en una palabra, que agota todo su conocimiento, expresa ese mismo conocimiento infinito. Esa idea concebida por la inteligencia eterna, esa palabra por la cual Dios se expresa a sí mismo, es el Verbo. La fe nos dice también que ese Verbo es Dios, porque posee, o mejor dicho, *es* con el Padre una misma naturaleza divina.

Y porque el Padre comunica a ese Verbo una naturaleza no sólo semejante, sino idéntica a la suya, la Sagrada Escritura nos dice que *lo engendra,* y por eso llama al Verbo el *Hijo.* Los libros inspirados nos presentan la voz inefable de Dios, que contempla a su Hijo y proclama la bienaventuranza de su eterna fecundidad: «Del seno de la divinidad, antes de crear la luz, te engendré» (Sal 109,3); «Tú eres mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias» (Mc 1,11).

Ese Hijo es perfecto, posee con el Padre todas las perfecciones divinas, salvo la propiedad de «ser Padre». En su perfección iguala al Padre por la unidad de naturaleza. Las criaturas no pueden comunicar sino una naturaleza *semejante* a la suya: *simili sibi.* Dios engendra a Dios y le da su *propia* naturaleza, y, por lo mismo, engendra lo infinito y se contempla en otra persona que es igual, y tan igual, que entrambos son una misma cosa, pues poseen una sola naturaleza divina, y el Hijo agota la fecundidad eterna; por lo cual es una misma cosa con

[4] Dom Columba Marmión, *Jesucristo en sus misterios* 3,1.

el Padre: *Unigenitus Dei Filius...; Ego et Pater unum sumus* (Jn 10,30).

Finalmente, ese Hijo muy amado, igual al Padre y, con todo, distinto de El y persona divina como El, no se separa del Padre. El Verbo vive siempre en la inteligencia infinita que le concibe; el Hijo mora siempre en el seno del Padre que le engendra».

2. La procesión del Espíritu Santo

La fe nos enseña que el Espíritu Santo, tercera persona de la Santísima Trinidad, procede del Padre y del Hijo por una sublime espiración de amor. He aquí una exposición sencilla y popular del inefable misterio [5]:

«Para comprender un poco mejor esta inefable procesión de amor, dejemos por un momento la metafísica divina e interroguemos simplemente a nuestro corazón, y él nos dirá que en el amor consiste toda su vida.

El corazón late, late continuamente hasta que muere. Y en cada latido no hace sino repetir: Amo, amo; ésa es mi misión y única ocupación. Y cuando encuentra, finalmente, otro corazón que le comprende y le responde: «Yo también te amo», ¡oh, qué gozo tan grande!

Pero ¿qué hay de nuevo entre estos dos corazones para hacerlos tan felices? ¿Acaso el solo movimiento de los latidos que se buscan y confunden? No. Estoy persuadido que entre mí y aquella persona que amo existe alguna cosa. Esta cosa no puede ser *mi amor,* ni tampoco *el amor de ella;* es, sencillamente, *nuestro amor,* o sea, el resultado maravilloso de los dos latidos, el dulce vínculo que los encadena, el abrazo purísimo de los dos corazones que se besan y se embriagan: *nuestro amor.* ¡Ah, si pudiéramos hacerlo subsistir eternamente para atestiguar, de manera viva y real, que nos hemos entregado total y verdaderamente el uno al otro! Esta fatal impotencia, que, en los humanos amores, deja siempre un resquicio a incertidumbres crueles, jamás puede darse en el corazón de Dios.

Porque Dios también ama, ¿quién puede dudarlo? Es

[5] Arrighini, *Il Dio ignoto* p.33-35.

El, precisamente, el amor sustancial y eterno: *Deu caritas est* (1 Jn 4,16).

El Padre ama a su Hijo: ¡es tan bello! Es su propia luz, su propio esplendor, su gloria, su imagen, su Verbo...

El Hijo ama al Padre: ¡es tan bueno, y se le da íntegra y totalmente a sí mismo en el acto generador con una tan amable y completa plenitud!

Y estos dos amores inmensos del Padre y del Hijo no se expresan en el cielo con palabras, cantos, gritos..., porque el amor, llegando al máximo grado, no habla, no canta, no grita; sino que se expansiona en un aliento, en un soplo, que entre el Padre y el Hijo se hace, como ellos, real, sustancial, personal, divino: el Espíritu Santo.

He aquí, pues, con el corazón, mejor acaso que con el razonamiento metafísico, revelado el gran misterio: la vida de la Santísima Trinidad, la generación del Verbo por el Padre y la procesión del Espíritu Santo bajo el soplo de su recíproco amor. En la vida de la Trinidad existe como un continuo flujo y reflujo: la vida del Padre, principio y fuente, se desborda en el Hijo; y del Padre y del Hijo se comunica, por vía de amor, al Espíritu Santo, término último de las operaciones íntimas de la divinidad. Este Espíritu Santo, que goza así de la recíproca donación del Padre y del Hijo, su don consustancial, los reúne y mantiene, a su vez, en la unidad. Las tres personas, en posesión de la única sustancia divina, no son entre sí sino una sola cosa, un solo Dios verdadero».

En lenguaje más científico, pero con idéntica exactitud doctrinal, Dom Columba Marmión expone del modo siguiente la procesión divina del Espíritu Santo [6]:

«No sabemos del Espíritu Santo sino lo que la revelación nos enseña. ¿Y qué nos dice la revelación?

Que pertenece a la esencia infinita de un solo Dios en tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Ese es el misterio de la Santísima Trinidad. La fe aprecia en Dios la unidad de naturaleza y la distinción de personas.

El Padre, conociéndose a sí mismo, enuncia, expresa ese conocimiento en una palabra infinita, el Verbo, con acto simple y eterno. Y el Hijo, que engendra el Padre,

[6] DOM COLUMBA MARMIÓN, *Jesucristo, vida del alma* 6,1.

es semejante e igual a El mismo, porque el Padre le comunica su naturaleza, su vida, sus perfecciones.

El Padre y el Hijo se atraen el uno al otro con amor mutuo y único. ¡Posee el Padre una perfección y hermosura tan absolutas! ¡Es el Hijo imagen tan perfecta del Padre! Por eso se dan el uno al otro, y ese amor mutuo, que deriva del Padre y del Hijo como de fuente única, es en Dios un amor subsistente, una persona distinta de las otras dos, que se llama Espíritu Santo. El nombre es misterioso, mas la revelación no nos da otro.

El Espíritu Santo es, en las operaciones interiores de la vida divina, el último término. El cierra—si nos son permitidos estos balbuceos hablando de tan grandes misterios—el ciclo de la actividad íntima de la Santísima Trinidad. Pero es Dios lo mismo que el Padre y el Hijo, posee como ellos y con ellos la misma y única naturaleza divina, igual ciencia, idéntico poder, la misma bondad, igual majestad.»

Esto es lo que la teología católica, apoyándose inmediatamente en los datos de la divina revelación, acierta a decirnos sobre el Espíritu Santo en el seno de la Trinidad Beatísima. Bien poca cosa, ciertamente, pero no sabemos más. Solamente cuando se disipen las sombras de esta vida mortal y se descorra el velo por medio de la visión beatífica, contemplaremos arrobados el inefable misterio, que hará eternamente felices a los bienaventurados moradores de la Jerusalén celestial.

CAPÍTULO 2

EL ESPIRITU SANTO EN LA SAGRADA ESCRITURA

Como ya hemos dicho en el capítulo anterior, acerca del Espíritu Santo y de las otras dos divinas personas de la Santísima Trinidad, nada sabemos fuera de los datos que nos proporciona la divina revelación. La razón natural, abandonada a sus propias fuerzas, puede demostrar con toda certeza la *existencia de Dios,* deducida, por vía de causalidad necesaria, de la existencia indiscutible de las cosas creadas [1]. El reloj reclama inevitablemente la existencia del relojero.

La demostración científica de la existencia de Dios nos lleva también al conocimiento científico de ciertos atributos divinos, tales como su simplicidad, inmensidad, bondad, eternidad, perfección infinita, etc. Pero de ningún modo nos puede llevar al conocimiento de las realidades divinas, que rebasan y trascienden la vía del conocimiento natural que el hombre puede obtener de la contemplación de los seres creados. Entre estas verdades infinitamente trascendentes figura, en primerísimo lugar, el inefable misterio de la trinidad de personas en Dios. Sin la divina revelación, la razón natural no hubiera podido sospechar jamás la existencia de tres distintas personas en la unidad simplicísima de Dios.

[1] Lo definió expresamente el concilio Vaticano I con las siguientes palabras: «Si alguno dijere que el Dios uno y verdadero, Creador y Señor nuestro, no puede ser conocido *con certeza* por la luz natural de la razón humana por medio de las cosas que han sido hechas, *sea anatema*» (D 1806).

Veamos, pues, lo que la Sagrada Escritura, que contiene el tesoro de la divina revelación escrita, nos dice acerca de la divina persona del Espíritu Santo. Vamos a verlo, por separado, en el Antiguo y Nuevo Testamento:

1. Antiguo Testamento

En el Antiguo Testamento no aparece con claridad y distinción la persona divina del Espíritu Santo, como tampoco las del Padre y el Hijo. Sin embargo, hay multitud de indicios y vestigios que, a la luz del Nuevo Testamento, aparecen como claras alusiones al Espíritu de Amor [2].

La expresión hebrea *ruah Yavé* (= espíritu de Dios) aparece en la Antigua Ley en diversos sentidos. Son cuatro los grupos principales que pueden establecerse:

a) En primer lugar, significa el *viento*, por el que Dios da a conocer su presencia, su fuerza o su ira. Así aparecerá incluso en el cenáculo el día de Pentecostés [3].

Es también, ya desde el principio, el *soplo de vida* que Dios inspira en el hombre y hasta en los animales. Cuando Dios lo retira, sobreviene la muerte, y, si se lo da a los muertos, resucitan [4].

Finalmente, en un sentido más amplio, es el *soplo creador*, el viento de Dios que hace salir al mundo de la nada [5].

b) A veces hay ciertos fenómenos de carácter específicamente religioso que se presentan en dependencia muy íntima del *ruah Yavé*. Tales son, principalmente, el arte de los obreros del tabernáculo, el poder de gobernar al pueblo recibido por Moisés y transmitido por él a los ancianos y a Josué, la fuerza guerrera y el valor de los libertadores de Israel y, sobre todo, la inspiración profética. Esta es recibida individual o colectivamente, de un

[2] Cf. *Iniciación teológica* (Barcelona 1957) t.1 p.421ss.
[3] Cf. Gén 3,8; Ex 10,13 y 19; 14,21; Sal 18,16; Act 2,2.
[4] Cf. Gén 2,7; 7,15; Job 12,10; 34,14-15; Sal 104,29-30; Ez 37,1-14; 2 Mac 7,22-23.
[5] Cf. Gén 1,2; Sal 33,6.

modo transitorio o también permanente, con o sin fenómenos exteriores, por los jefes del pueblo y por los ancianos, o por individuos que no pertenecen a la jerarquía; y se transmite por contagio o se traspasa [6].

c) En un tercer grupo de textos, el *ruah Yavé* se nos muestra como un *soplo de santidad.* En el *Miserere* de David aparece por primera vez la expresión «Espíritu Santo». Sus efectos son firmeza, buena voluntad, contrición y humildad, sumisión a la voluntad de Dics y enderezamiento de nuestro caminar, rectitud, justicia y paz, conocimiento de la voluntad divina y don de sabiduría. Los rebeldes, en cambio, los que forjan proyectos o establecen pactos sin ese Espíritu, acumulan pecados sobre pecados y contristan al Espíritu Santo de Dios [7].

d) Finalmente, el *ruah Yavé* se nos presenta como un fenómeno esencialmente mesiánico, primero porque el Mesías será poseído sin límites por el Espíritu de Dios, y, además, porque en la época del Mesías se producirá una intensa efusión del Espíritu de Yavé [8].

2. Nuevo Testamento

Aquí es donde aparece la plena revelación del Espíritu Santo como tercera persona de la Santísima Trinidad. El Espíritu de Dios llena al Bautista antes de nacer, lleva a María el dinamismo del Altísimo, se transmite a Isabel, por contagio, y a Zacarías, descansa sobre Simeón [9].

Jesús tiene sobre sí el Espíritu de Dios, es «movido» por El, arrastrado por su dinamismo, con la plenitud que le confiere su doble cualidad de Mesías y de Hijo. Comienza su ministerio «lleno del Espíritu Santo», que posee como Hijo. Se lo enviará a sus apóstoles después de su ascensión y

[6] Cf. Ex 31,3; Núm 11,16-17; 27,15-23; Jue 3,9-10; 6,34; 11,29; Núm 1,25; 19,20-24; 24,2; Gén 41,38; 2 Re 2,15; 1 Sam 19,24; Ez 1,28; 2,8; 3,22-27; 1 Sam 10,5-13; 2 Sam 23,1-2; Núm 11,26-29; 19,20-24; 2 Re 2,9-10.

[7] Cf. Sal 51,12-14 y 18-19; Is 57,15; Sal 143,4.7 y 10; Is 32,15-17; Sab 9,17; Is 30,1; 63,10.

[8] Cf. Is 11,1ss; 42,1ss; 32,1ss; 44,2-3; Ez 11,14ss; 36,26-27; Zac 12,10; 1 3,1-5.

[9] Cf. Lc 1,15-17; 1,35; Mt 1,18-20; Lc 1,41-45; 1,67; 2,25-27.

les comunicará el dinamismo y ardor necesarios para llevar su testimonio hasta los confines de la tierra [10].

Se realizó el día de Pentecostés con viento y fuego, según la profecía de Joel, el anuncio del Bautista y la promesa de Jesús. Efusión primera, renovada luego colectivamente en ocasiones diversas, bien por iniciativa divina, bien a petición de los apóstoles, como donación directa de Dios, y, más precisamente, de Jesús, o mediante el rito de imposición de las manos [11].

El Espíritu así recibido es un Espíritu profético, el que ha hablado por los profetas; es también un Espíritu de fe y de sabiduría o de dinamismo, como el de Cristo. Hace hablar en todas las lenguas y da la facultad de perdonar los pecados. Desciende de un modo permanente sobre todos los discípulos de Jesús, como sobre Jesús mismo; dirige constantemente a los apóstoles y a sus colaboradores como Maestro, pero también se le puede resistir [12].

En su maravilloso sermón de la Cena, Jesús les dice a sus apóstoles que el Espíritu Santo les enseñará todas las cosas y les traerá a la memoria todo lo que El les ha dicho, les guiará hacia la verdad completa y les comunicará las cosas venideras; glorificará a Cristo, porque tomará de lo de El y lo dará a conocer a los apóstoles [13].

San Pablo precisa maravillosamente la teología del Espíritu Santo. Es el Espíritu de Dios y de Cristo; su operación es la misma que la del Padre y del Hijo y hace a los justos templos de Dios y del propio Espíritu Santo. Para los fieles, es el principio de la vida en Cristo, si bien es cierto que vivir en Cristo y en el Espíritu son una misma cosa. Es el distribuidor de todo don; escudriña los secretos de Dios; es el don por excelencia; nos mueve de forma que agrademos a Dios y no debemos contristarle jamás [14].

Finalmente, la fórmula del bautismo, dictada por el mismo

[10] Cf. Mt 3,16; Jn 1,32-33; Lc 4,1; 10,21; 4,14.16-21; Mc 3,11; Jn 16,7; Act 1,4-8.
[11] Cf. Act 2,1-4; 17-18; 11,6; 2,33; 11,15-16; 4,31; 8,14-19; 10,44-45; 11,15; 15,8; 8,14-19; 10,44-45; 2,23; 19,2-6.
[12] Cf. Act 2,4-11 y 17-18; 10,44.46; 1,16; 7,51; 6,5; 11,24; 6,3; 1,8; 4,31; 10,38; 2,4; Jn 20,21-23; 6,3-5; 1,2; 8,29; 10,19; 5,3-9; 17,51
[13] Cf. Jn 14,26; 16,13-14.
[14] Cf. Rom 8,9-14; 1 Cor 2,10-14; 2 Cor 3,17; 1 Cor 12,3-13; 6,11; Tit 3,4-7; 1 Cor 6,19; 3,16; Rom 1,4; 8,1-16.22-27; Gál 4,6; 6,7-8; Ef 4,1-6; Rom 5,5; Ef 4,30.

Cristo, coloca al Espíritu Santo en un plano de igualdad con el Padre y el Hijo; y en las epístolas de San Pablo aparecen sin cesar asociadas las tres personas divinas. De este modo, el Espíritu de Dios, que se cernía sobre el caos primitivo en la aurora de la creación, aparece después como un ser *personal* que se manifiesta en la promoción de las almas fieles y de la sociedad cristiana, y que nos hace invocar con gemidos inenarrables la revelación de los hijos de Dios y la redención de nuestros cuerpos. El será quien realice la venida definitiva de Cristo [15].

Estos son los datos fundamentales que nos proporciona la Sagrada Escritura acerca de la persona del Espíritu Santo. A base de ellos y de los que suministra la *tradición cristiana*—fuente legítima de la divina revelación al igual que la Biblia, en las debidas condiciones—han construido los teólogos la teología completa del Espíritu Santo en la forma que iremos viendo en las páginas siguientes.

[15] Cf. Mt 28,19; Gál 4,6; Rom 8,14-17; 15,15-16; 1 Cor 12,4-6; 2 Cor 1,21-22; 13,13; Tit 3,4-6; Heb 9,14; Rom 8,26; Ap 22,17.

CAPÍTULO 3

DIFERENTES NOMBRES DEL ESPIRITU SANTO

Para conocer un poco menos imperfectamente la naturaleza íntima, propia o apropiada, de alguna de las personas divinas en particular, es muy útil y provechoso examinar los distintos nombres con que la Sagrada Escritura, la tradición y la liturgia de la Iglesia denominan a esa determinada persona, pues cada uno de ellos encierra un nuevo aspecto o matiz que nos la da a conocer un poco mejor. Para entender esto en sus justos límites es menester explicar la diferencia que existe entre las operaciones *propias* de cada una de las divinas personas y las que, aunque sean realmente comunes a las tres, se *apropian* a una determinada persona por encajar muy bien con las propiedades que le son peculiares y exclusivas. A este propósito escribe admirablemente el insigne abad de Maredsous [1]:

«Como sabéis, *en Dios* hay una sola inteligencia, una sola voluntad, un solo poder, porque no hay más que una naturaleza divina; pero hay también distinción de personas. Semejante distinción resulta de las *operaciones* misteriosas que se verifican allá en la *vida íntima de Dios* y de las relaciones mutuas que de esas operaciones se derivan. El Padre engendra al Hijo, y el Espíritu Santo procede de entrambos. Engendrar, ser Padre, es propiedad personal y *exclusiva* de la primera persona; ser Hijo es propiedad *personal y exclusiva* de la segunda; y proceder del Padre y del Hijo por vía de amor es propiedad *personal y exclusiva* del Espíritu Santo. Esas propiedades personales establecen entre el Padre, el Hijo y el Espí-

[1] Cf. DOM COLUMBA MARMIÓN, *Jesucristo, vida del alma* 6,1.

ritu Santo relaciones mutuas, de donde proviene la distinción. Pero fuera de esas propiedades y relaciones *personales*, todo es común e indivisible entre las divinas personas: la inteligencia, la voluntad, el poder y la majestad, porque la misma naturaleza divina indivisible es común a las tres personas. He aquí lo poquito que podemos rastrear acerca de las operaciones íntimas de Dios.

Por lo que atañe a las obras *exteriores*, o sea las acciones que se terminan *fuera de Dios* (operaciones *ad extra*), ya sea en el mundo material—como en la acción de dirigir a toda criatura a su fin—, ya sea en el mundo de las almas—como en la acción de producir la gracia—, son comunes a las tres divinas personas. ¿Por qué así? Porque la fuente de esas operaciones *ad extra*, de esas obras exteriores a la vida íntima de Dios, es la *naturaleza divina*, y esa naturaleza es una e indivisible para las tres personas. La Santísima Trinidad obra en el mundo como una sola causa *única*.

Pero Dios quiere que los hombres conozcan y honren no sólo la unidad divina, sino también la trinidad de personas. Por eso la Iglesia, por ejemplo, en la liturgia, atribuye a tal persona divina ciertas acciones que se verifican en el mundo y que, si bien son comunes a las tres divinas personas, tienen una relación especial o afinidad íntima con el lugar—si así puedo expresarme—que ocupa esa persona en la Santísima Trinidad, o sea con las propiedades que le son peculiares y exclusivas.

Siendo, pues, el Padre fuente, origen y principio de las otras dos personas—sin que eso implique en el Padre superioridad jerárquica ni prioridad de tiempo—, las obras que se verifican en el mundo y que manifiestan particularmente el poderío, o en que se revela sobre todo la idea de *origen*, son atribuidas al Padre; como, por ejemplo, la creación, por la que Dios sacó al mundo de la nada. En el Credo decimos: «Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra». ¿Será, tal vez, que el Padre tuvo más parte, manifestó más su poder en esta obra que el Hijo y el Espíritu Santo? Error fuera el pensarlo. El Hijo y el Espíritu Santo actuaron en la creación del mundo tanto como el Padre, porque—como hemos dicho—en sus operaciones hacia fuera (*ad extra*) Dios obró por su omnipotencia, y la omnipotencia es común a las tres divinas personas. ¿Cómo, pues, habla de

ese modo la Iglesia? Porque, en la Santísima Trinidad, el Padre es la *primera* persona, principio sin principio, de donde proceden las otras dos. Esta es su propiedad personal exclusiva, la que le distingue del Hijo y del Espíritu Santo. Y precisamente para que no olvidemos esa propiedad se atribuyen al Padre las obras *exteriores* que nos la sugieren por tener alguna relación con ella.

Lo mismo hay que decir de la persona del Hijo, que es el Verbo en la Trinidad, que procede del Padre por vía de inteligencia, por generación intelectual, que es la expresión infinita del pensamiento divino, que se le considera sobre todo como Sabiduría eterna. Por eso se le atribuyen las obras en cuya realización brilla principalmente la sabiduría

E igualmente, en lo que respecta al Espíritu Santo, ¿qué viene a ser en la Trinidad? Es el término último de las operaciones divinas, de la vida de Dios en sí mismo. Cierra, por decirlo así, el ciclo de esta intimidad divina; es el perfeccionamiento en el amor y tiene, como propiedad personal, el proceder a la vez del Padre y del Hijo por vía de amor. De ahí que todo cuanto implica perfeccionamiento y amor, unión y, por ende, santidad—porque nuestra santidad se mide por el mayor o menor grado de nuestra unión con Dios—, todo se atribuye al Espíritu Santo. Pero ¿es, por ventura, más santificador que el Padre y el Hijo? No, la obra de nuestra santificación es común a las tres divinas personas. Pero repitamos que, como la obra de la santidad en el alma es obra de perfeccionamiento y de unión, se atribuye al Espíritu Santo, porque de este modo nos acordamos más fácilmente de sus propiedades personales, para honrarle y adorarle en lo que del Padre y del Hijo se distingue.

Dios quiere que tomemos, por decirlo así, tan a pechos el honrar su trinidad de personas, como su unidad de naturaleza. Por eso quiere que la Iglesia recuerde a sus hijos, no sólo que hay un solo Dios, sino que ese único Dios es trino en personas.

Esto es lo que en teología llamamos *apropiación*. Se inspira en la divina revelación, y la Iglesia la emplea continuamente. Tiene por fin poner de relieve los atributos propios de cada persona divina. Al hacer resaltar esas propiedades, nos las hace también conocer y amar más y más».

Veamos, pues, ahora cuáles son los nombres que pertenecen al Espíritu Santo de una manera *propia* y perfecta, y cuáles otros sólo por una muy razonable *apropiación.*

1. Nombres propios de la tercera persona divina

Según Santo Tomás de Aquino, los tres nombres más propios y representativos de la tercera persona divina son: Espíritu Santo, Amor y Don [2]. Vamos a examinarlos uno por uno.

1. Espíritu Santo.—Si se consideran por separado las dos palabras que componen este nombre, convienen por igual a las tres divinas personas; las tres son *Espíritu* y las tres son *santas.* Pero, si se las toma como un solo nombre o denominación, convienen exclusivamente a la tercera persona divina, ya que sólo ella procede de las otras dos por una común *espiración de amor* infinitamente *santa* [3].

En torno a este nombre santísimo, la doctrina católica nos enseña:

1.° Que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo: «qui ex Patre. Filioque procedit». Está expresamente definido por la Iglesia (D 691) contra los ortodoxos griegos, que rechazan el *Filioque* y afirman que el Espíritu Santo procede únicamente del Padre.

2.° La doctrina católica es clara. Si, por un imposible, el Espíritu Santo no procediera también del Hijo, de ninguna manera se distinguiría de El. Porque las divinas personas no pueden distinguirse por algo *absoluto*—ya que entonces la esencia divina no sería una misma en todas ellas—, sino por algo *relativo* y opuesto entre sí, o sea por una relación de origen, que es, cabalmente, lo que constituye las personas divinas como distintas entre sí [4].

3.° El Espíritu Santo no procede del Padre por el Hijo

[2] Cf. *Suma Teológica* I q.36 38.
[3] Cf. I q.36 a.1c y ad 1.
[4] Cf. I q.36 a.2; *De potentia* q.10 a.5 ad 4; *Contra Gent.* IV c.24.

en el sentido de que el Hijo sea causa final, formal motiva o instrumental de la espiración del Espíritu Santo en el Padre, sino en cuanto significa que la virtud espirativa del Hijo le es comunicada por el Padre [5].

4.° El Padre y el Hijo constituyen *un solo principio* del Espíritu Santo, con una espiración única y común a los dos [6].

5.° El Espíritu Santo no es hecho, ni creado, ni engendrado, sino que *procede* del Padre y del Hijo (D 39).

2. AMOR.—La palabra *amor,* referida a Dios, puede tomarse en tres sentidos:

a) *Esencialmente,* y en este sentido es común a las tres divinas personas.

b) *Nocionalmente,* y así conviene únicamente al Padre y al Hijo: es su amor *activo,* que da origen al Espíritu Santo.

c) *Personalmente,* y de esta forma conviene exclusivamente al Espíritu Santo, como término *pasivo* del amor del Padre y del Hijo [7].

Puede afirmarse que *el Padre y el Hijo se aman en el Espíritu Santo,* entendiendo esta fórmula de su amor *nocional* u originante; porque en este sentido *amar* no es otra cosa que espirar el amor, como hablar es producir el verbo, y florecer es producir flores [8].

3. DON.—Los Santos Padres y la liturgia de la Iglesia *(Veni, Creator)* emplean con frecuencia la palabra *don* para designar al Espíritu Santo, lo cual tiene su fundamento en la Sagrada Escritura (Jn 4,10; 7,39; Act 2,38; 8,20).

Hay que hacer aquí la misma distinción que en el nombre anterior. Y así:

a) *En sentido esencial* significa todo lo que graciosamente puede ser dado por Dios a las criaturas racionales

[5] Cf. I q.36 a.3.
[6] Cf. I q.36 a.4.
[7] Cf. I q.37 a.1.
[8] Cf. I q.37 a.2.

ya sea de orden natural o sobrenatural. En este sentido conviene por igual a las tres divinas personas y a la misma esencia divina, en cuanto que, por la gracia, puede la criatura racional gozar y disfrutar de Dios [9].

b) *En sentido nocional u originante* significa la persona divina que, teniendo su origen en otra, es donada o puede ser donada por ella a la criatura racional. En este sentido, el nombre *don* solamente puede convenir al Hijo y al Espíritu Santo; no al Padre, que no puede ser donado por nadie, pues no procede de nadie.

c) *En sentido personal* es la misma persona divina a la cual conviene, en virtud de su propio origen, ser razón próxima de toda donación divina y de que ella misma sea donada de una manera completamente gratuita a la criatura racional. Y en este sentido *personal,* el nombre *don* corresponde exclusivamente al Espíritu Santo, el cual, por lo mismo que procede por vía de amor, tiene razón de *primer don,* porque el amor es lo primero que damos a una persona siempre que le concedemos alguna gracia [10].

2. Nombres apropiados al Espíritu Santo

Son muchos los nombres que la tradición, la liturgia de la Iglesia y la misma Sagrada Escritura apropian el Espíritu Santo. Se le llama Espíritu Paráclito, Espíritu Creador, Espíritu Consolador, Espíritu de verdad, Virtud del Altísimo, Abogado, Dedo de Dios, Huésped del alma, Sello, Unión, Nexo, Vínculo, Beso, Fuente viva, Fuego, Unción espiritual, Luz beatísima, Padre de los pobres, Dador de dones, Luz de los corazones, etc.

Vamos a examinar brevemente los fundamentos de esos nombres apropiados al Espíritu Santo.

1. Espíritu Paráclito.—El mismo Jesucristo emplea esta expresión aludiendo al Espíritu Santo (Jn 14,16 y 26; 15,26; 16,7). Algunos la traducen por la palabra *Maestro,* porque dice el mismo Cristo poco después que «os enseñará toda verdad» (Jn 14,26). Otros traducen por

[9] Cf. I q.43 a. 2 y 3.
[10] Cf. I q.38 c.1-2.

Consolador, porque impedirá que los apóstoles se sientan huérfanos con la suavidad de su consolación (Jn 14,18). Otros traducen la palabra *Paráclito* por *Abogado,* que pedirá por nosotros, en frase de San Pablo, «con gemidos inenarrables» (Rom 8,26).

2. Espíritu Creador.—«El Espíritu Santo—dice Santo Tomás—es el principio de la creación»[11]. La razón es porque Dios crea las cosas por amor, y el amor en Dios es el Espíritu Santo. Por eso dice el salmo: «Envía tu Espíritu y serán creadas» (Sal 103,30).

3. Espíritu de Cristo.—El Espíritu Santo llenaba por completo el alma santísima de Cristo (Lc 4,1). En la sinagoga de Nazaret, Cristo se aplicó a sí mismo el siguiente texto de Isaías: «El Espíritu Santo está sobre mí» (Is 61,1; cf. Lc 4,18). Y San Pablo dice que, «si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, ése no es de Cristo» (Rom 8,9); pero «si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús habita en vosotros..., dará también vida a vuestros cuerpos mortales por virtud de su *Espíritu,* que habita en vosotros» (Rom 8,11).

4. Espíritu de verdad.—Es expresión del mismo Cristo aplicada por El al Espíritu Santo: «El Espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce» (Jn 14,17). Significa, según San Cirilo y San Agustín, el verdadero *Espíritu de Dios,* y se opone al *espíritu del mundo,* a la sabiduría embustera y falaz. Por eso añade el Salvador «que el mundo no puede recibir», porque «el hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios. Son para él necedad y no puede entenderlas, porque hay que juzgarlas espiritualmente» (1 Cor 2,14).

5. Virtud del Altísimo.—Es la expresión que emplea el ángel de la anunciación cuando explica a María de qué manera se verificará el misterio de la Encarnación: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la *virtud del Altísimo* te cubrirá con su sombra» (Lc 1,35). En otros pasajes evangélicos se alude también a la «virtud de lo alto» (cf. Lc 24,49).

6. Dedo de Dios.—En el himno *Veni, Creator Spiritus,* la Iglesia designa al Espíritu Santo con esta misteriosa

[11] *Contra Gent.* IV c.20. Es admirable el comentario de Santo Tomás en este y en los dos capítulos siguientes.

expresión: «Dedo de la diestra del Padre»: *Digitus paternae dexterae.* Es una metáfora muy rica de contenido y muy fecunda en aplicaciones. Porque en los dedos de la mano, principalmente de la derecha, está toda nuestra potencia constructiva y creadora. Por eso la Escritura pone la potencia de Dios en sus manos: las tablas de la Ley fueron escritas por el «dedo de Dios» (Dt 9,10); los cielos son «obra de los dedos de Dios» (Sal 8,4); los magos del faraón hubieron de reconocer que en los prodigios de Moisés estaba «el dedo de Dios» (Ex 8,15; Vulg. 19), y Cristo echaba los demonios «con el dedo de Dios» (Lc 11,20). Es, pues, muy propia esta expresión, aplicada al Espíritu Santo, para significar que por El se verifican todas las maravillas de Dios, principalmente en el orden de la gracia y de la santificación.

7. Huésped del alma.—En la *secuencia* de Pentecostés se llama al Espíritu Santo «dulce huésped del alma»: *dulcis hospes animae.* La inhabitación de Dios en el alma del justo corresponde por igual a las tres divinas personas de la Santísima Trinidad, por ser una operación *ad extra* (cf. Jn 14,23; 1 Cor 3,16-17); pero como se trata de una obra de *amor,* y éstas se atribuyen de un modo especial al Espíritu Santo, de ahí que se le considere a El de manera especialísima como huésped dulcísimo de nuestras almas (cf. 1 Cor 6,19).

8. Sello.—San Pablo dice que hemos sido «*sellados* con el sello del Espíritu Santo prometido» (Ef 1,13), y también que «es Dios quien nos confirma en Cristo, nos ha ungido, nos ha *sellado* y ha depositado las arras del Espíritu en nuestros corazones» (2 Cor 1,21-22).

9. Unión, Nexo, Vínculo, Beso...—Son nombres con los que se expresa la unión inseparable y estrechísima entre el Padre y el Hijo en virtud del Espíritu Santo, que procede de los dos por una común espiración de amor.

10. Fuente viva, Fuego, Caridad, Unción espiritual. Expresiones del himno *Veni, Creator,* que encajan muy bien con el carácter y personalidad del Espíritu Santo.

11. Luz beatísima, Padre de los pobres, Dador de dones, Luz de los corazones...—Todas estas expresiones las aplica la santa Iglesia al Espíritu Santo en la magnífica *secuencia* de Pentecostés, *Veni, Sancte Spiritus.*

Estos son los principales nombres que la Sagrada Escritura, la tradición cristiana y la liturgia de la Iglesia *apropia* al Espíritu Santo por la gran afinidad o semejanza que existe entre ellos y los caracteres propios de la tercera persona de la Santísima Trinidad. Todos ellos, bien meditados, encierran grandes enseñanzas prácticas para intensificar en nuestras almas el amor y la veneración al Espíritu santificador, a cuya perfecta docilidad y obediencia está vinculada la marcha progresiva y ascendente hacia la santidad más encumbrada.

CAPÍTULO 4

EL ESPIRITU SANTO EN JESUCRISTO

Después de haber estudiado brevemente la persona del Espíritu Santo en el seno de la Trinidad beatísima, a través de los datos de la Sagrada Escritura y de los diferentes nombres con que le denomina la misma Escritura, la tradición y la liturgia de la Iglesia, vamos a examinar ahora sus principales operaciones en la persona de Jesucristo, en la Iglesia y en el interior de las almas fieles.

Empecemos por nuestro Señor Jesucristo, Dios y hombre verdadero. Acerquémonos con respeto a la divina persona del Verbo encarnado para contemplar algo siquiera de las maravillas que en El realizó el Espíritu Santo en el momento de la encarnación y a todo lo largo de su vida [1].

Los principales episodios de la vida de Jesús en los que concurrió más especialmente el Espíritu Santo son los siguientes: encarnación, santificación, bautismo en el Jordán, tentaciones en el desierto, transfiguración, milagros, doctrina evangélica y en todas sus actividades humanas. Vamos a recorrerlos uno a uno.

1. La encarnación

La obra maestra del Espíritu Santo es, sin duda alguna, su concurso decisivo en el misterio inefable de la encarnación del Verbo en las entrañas virginales de María. En realidad, la encarnación del Verbo es una operación divina *ad extra* y, por

[1] Cf. ARRIGHINI, o.c., p.153ss; DOM MARMIÓN, *Jesucristo, vida del alma* I 6. Citamos a trechos textualmente.

lo mismo, común a las tres divinas personas. Las tres divinas personas concurrieron de consuno a esta obra inefable, si bien hay que añadir en seguida que tuvo por término final únicamente al Verbo: el Verbo solo, el Hijo de Dios, fue únicamente quien se encarnó o hizo hombre [2]. Pero aunque sea una obra realizada al unísono por las tres divinas personas, se atribuye de una manera especial al Espíritu Santo, y ello por una muy conveniente y razonable *apropiación*. Porque, siendo la encarnación del Verbo la mayor prueba de amor que Dios ha dado a sus criaturas racionales, hasta el punto de que llenó de admiración al propio Cristo—*Amó tanto Dios al mundo que le dio su Hijo unigénito* (Jn 3,16)—, ¿qué de extraño tiene que se atribuya especialísimamente al Espíritu Santo, que es personalmente el Amor sustancial, el Amor infinito en el seno de la Trinidad beatísima? Así lo ha reconocido y proclamado siempre la tradición cristiana desde los tiempos apostólicos, y por eso ha repetido siempre en el *Símbolo de la fe:* «Creo en Jesucristo nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen». El Credo no hace sino repetir las palabras dirigidas a María por el ángel de la anunciación: «El Espíritu Santo se posará sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el hijo engendrado será santo, será llamado Hijo de Dios» (Lc 1,35).

De esta manera, la tercera persona de la Santísima Trinidad viene maravillosamente a ser fecunda no menos que las otras dos. De hecho, mientras la fecundidad del

[2] Para emplear una imagen de la que se sirvieron algunos Padres de la Iglesia, diremos que, cuando una persona se viste sus propios vestidos y es ayudada por otras dos, las tres concurren a la misma obra, aunque solamente una de ellas salga vestida. Claro que esta imagen, como cualquier otra que pudiera ponerse, es muy imperfecta y falla en muchos aspectos.

Padre aparece claramente en la generación eterna del Hijo, y la del Hijo en la procesión del Espíritu Santo juntamente con el Padre, el Espíritu Santo permanecía aparentemente estéril, ya que es imposible producir una cuarta persona en la Trinidad. Ahora bien: al consentir la Virgen María con su *fiat* a la encarnación del Verbo por obra del Espíritu Santo, se convierte místicamente en la esposa del mismo divino Espíritu y le hace divinamente fecundo de una manera purísima y santísima, pero no menos real y verdadera. Es cierto y evidente que el Espíritu Santo no creó la divinidad del Verbo, sino sólo la humanidad de Jesús para unirla hipostáticamente al Verbo; ni tampoco creó la humanidad de su propia sustancia divina—lo que sería monstruoso y absurdo—, sino utilizando su divino poder sobre la sangre y la carne virginal de la inmaculada Madre de Dios. San Ambrosio expresó el gran misterio con estas sencillas y breves palabras: «¿De qué manera concibió María del Espíritu Santo? Si fue de su misma sustancia divina, habría que decir que el Espíritu se convirtió en carne y huesos. Pero no fue así, sino únicamente por su operación y poder» [3]. De esta manera—continúa el santo doctor—, de la carne inmaculada de una virgen viviente, el Espíritu Santo formó el segundo Adán, así como de una tierra virgen el Dios Creador formó el primero.

2. La santificación

Como enseña la teología católica y es doctrina oficial de la Iglesia, además de la gracia llamada *de unión* o hipostática, en virtud de la cual Cristo-hombre es *personalmente* el Hijo de Dios, su alma santísima posee con una plenitud inmensa la gracia *habitual* o *santificante,* cuya efusión en el alma de Cristo se atribuye también al Espíritu Santo [4].

Para entender un poco esta doctrina, hay que tener en cuenta que en Jesús hay dos naturalezas distintas, perfectas entrambas, pero unidas en la

[3] San Ambrosio, *De Spiritu Sancto* II 5.

[4] Hemos estudiado ampliamente todo lo relativo a la gracia de Cristo —de unión, santificante y capital—en otra de nuestras obras publicadas en esta misma colección de la BAC: Royo Marín, *Jesucristo y la vida cristiana* n.73-98.

persona que las enlaza: el Verbo. La gracia *de unión* hace que la naturaleza humana subsista en la persona divina del Verbo. Esa gracia es enteramente única, trascendental e incomunicable: solamente Cristo la posee. Por ella pertenece al Verbo la humanidad de Cristo, que se convierte, por lo mismo, en humanidad del verdadero Hijo de Dios, y que es, por lo tanto, objeto de complacencia infinita para el Padre Eterno. Pero aun cuando la naturaleza humana esté unida de manera tan íntima al Verbo, no por eso es aniquilada ni queda inactiva; antes bien, guarda y conserva su esencia, su integridad, con todas sus energías y potencias; es capaz de acción, y la *gracia santificante* es la que eleva a esa humanidad santa para que pueda obrar *sobrenaturalmente.*

Desarrollando esta misma idea en otros términos, se puede decir que la gracia *de unión* o *hipostática* une la naturaleza humana a la persona del Verbo, y diviniza de ese modo el fondo mismo de Cristo: Cristo *es,* por ella, un «sujeto» divino. Hasta ahí alcanza la finalidad de esa gracia de *unión,* propia y exclusiva de Jesucristo. Pero conviene además que esa naturaleza humana la hermosee la *gracia santificante* para *obrar* de un modo sobrenatural o divino en cada una de sus facultades. Esa gracia *santificante*—que es connatural a la gracia *de unión,* esto es, que dimana de la gracia de unión de un modo natural en cierto sentido—, pone al alma de Cristo a la altura de su unión con el Verbo; hace que la naturaleza humana, que subsiste en el Verbo en virtud de la gracia *de unión,* pueda obrar cual conviene a un alma sublimada a tan excelsa dignidad y producir frutos divinos.

He ahí por qué no se dio tasada la gracia santificante al alma de Cristo, como a los elegidos, sino en sumo grado, con una plenitud inmensa. Ahora bien, la efusión de la gracia santificante en el alma de Cristo se atribuye al Espíritu Santo. El mismo

Cristo se aplicó a sí mismo en la sinagoga de Nazaret el siguiente texto mesiánico de Isaías: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque El me ha consagrado con su unción y me ha enviado a evangelizar a los pobres...» (Is 61,1; Lc 4,18). Nuestro Señor hacía suyas las palabras de Isaías que comparan la acción del Espíritu Santo a una unción [5]. La gracia del Espíritu Santo se ha difundido sobre Jesús como aceite de alegría que le ha consagrado, primero, como Hijo de Dios y Mesías, y le ha henchido, además, en el momento mismo de la encarnación, de la plenitud de sus dones y de la abundancia de los divinos tesoros.

Porque no hay que olvidar que la gracia santificante jamás se infunde sola. Va siempre acompañada del cortejo riquísimo de las virtudes infusas y de los dones del Espíritu Santo. La gracia misma informa la esencia del alma, divinizándola y elevándola al orden sobrenatural; al paso que las virtudes y los dones informan las diversas potencias para elevarlas al mismo plano y hacerlas capaces de producir actos sobrenaturales o divinos.

Por eso el profeta Isaías, hablando del futuro Mesías, anuncia la plenitud de los dones con que será enriquecida su alma santísima: «Y brotará un retoño del tronco de Jesé y retoñará de sus raíces un vástago. Sobre El se posará el Espíritu del Señor; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y será henchido del espíritu del temor de Dios» (Is 11,1-3). La tradición cristiana ha visto siempre en este texto la plenitud de los dones del Espíritu Santo en el alma santísima de Cristo.

[5] En la liturgia católica *(Veni, Creator Spiritus)* se llama al Espíritu Santo *espiritual unción* (*«spiritalis unctio»*).

En nadie, jamás, tales dones han producido tan sublimes frutos de santidad. Aun en cuanto hombre, Jesús se presenta con una perfección tal que supera infinitamente a la de cualquier otro, por muy santo que sea. San Pablo se considera el menor de los apóstoles e indigno de ser llamado apóstol (1 Cor 15,9). San Juan afirma que, si alguno se considera sin pecado, se engaña a sí mismo y la verdad no está en él (1 Jn 1,8). «Yo no sé—escribe De Maistre—qué cosa será el corazón de un malhechor; no conozco más que el de un hombre honesto, y es espantoso» [6]. De modo semejante se han expresado siempre todas las conciencias rectas. No así Jesucristo. En El, nada de arrepentimiento, de deseo de una vida mejor. Lanza un reto a sus enemigos: «¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?» (Jn 8,46), y ni los escribas y fariseos, ni Pilato, ni Herodes, ni ninguno de sus grandes enemigos han podido sorprenderle jamás en el menor pecado. La santidad de Jesús ha triunfado siempre: «El es santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores y más alto que los cielos» (Heb 7,28), adornado de todos los dones y repleto de todos los frutos del Espíritu Santo. Todas las virtudes florecieron en El con la misma exuberante y gigantesca vegetación: ningún vacío, ni el mínimo lunar. Es la santidad perfecta, la santidad misma de Dios.

3. El bautismo

Los tesoros de santidad y de gracia que acabamos de recordar fueron derramados por el Espíritu Santo en el alma de Cristo en el momento mismo de la encarnación del Verbo en las entrañas virginales de María; pero entonces se realizaron de una manera callada y escondida a los ojos del mundo. Era conveniente, por lo mismo, que más tarde se manifestara públicamente su santidad infinita y fuera proclamada su divinidad por el mismo Padre Eterno en presencia del Espíritu Santo. Y esto,

[6] JOSÉ DE MAISTRE, *Las veladas de San Petersburgo.*

precisamente, fue lo que ocurrió en el bautismo de Jesús por Juan el Bautista [7].

La escena evangélica es de todos conocida:

«Vino Jesús de Galilea al Jordán y se presentó a Juan para ser bautizado por él. Juan se oponía diciendo: Soy yo quien debe ser por ti bautizado, ¿y vienes tú a mí? Pero Jesús le respondió: Déjame hacer ahora, pues conviene que cumplamos toda justicia. Entonces Juan condescendió. Bautizado Jesús, salió luego del agua. Y he aquí que vio abrírsele los cielos y al Espíritu de Dios descender como paloma y venir sobre El, mientras una voz del cielo decía: 'Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias'» (Mt 3,13-17).

El Doctor Angélico, Santo Tomás de Aquino, advierte hermosamente que, en el momento de su bautismo, fue convenientísimo que el Espíritu Santo descendiera sobre Jesús en forma de paloma, para significar que todo aquel que recibe el bautismo de Cristo se convierte en templo y sagrario del Espíritu Santo y ha de llevar una vida llena de sencillez y candor, como la de la paloma, como advierte el mismo Cristo en el Evangelio (Mt 10, 16) [8]. Y fue convenientísimo también que en el bautismo de Cristo se oyese la voz del Padre manifestando su complacencia sobre El; porque el bautismo cristiano—del que fue figura el del Bautista—se consagra por la invocación y la virtud de la Santísima Trinidad, y en el bautismo de Cristo se manifestó todo el misterio trinitario: la voz del Padre, la presencia del Hijo y el descenso del Espíritu Santo en forma de paloma [9]. Y nótese, finalmente, que el Padre se manifestó muy oportunamente en la voz; porque es propio del Padre engen-

[7] Cf. *Suma Teológica* III q.39 a.8 ad 3.
[8] Cf. III q.39 a.6c y ad 4.
[9] Cf. III q.39 a.8.

drar al Verbo, que significa la Palabra. De ahí que la misma voz emitida por el Padre da testimonio de la filiación del Verbo [10].

4. Las tentaciones en el desierto

Los tres evangelistas sinópticos—Mateo, Marcos y Lucas—relatan la misteriosa escena de las tentaciones que sufrió Jesús en el desierto por parte del diablo. Y los tres nos dicen que fue llevado o empujado al desierto por el mismo Espíritu Santo. He aquí sus propias palabras:

«Entonces fue llevado Jesús por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo» (Mt 4,1).

«En seguida el Espíritu le empujó hacia el desierto. Permaneció en él cuarenta días tentado por el diablo» (Mc 1,12-13).

«Jesús, lleno del Espíritu Santo, se volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto, y tentado allí por el diablo durante cuarenta días» (Lc 4,1-2).

El hecho de que fuera impulsado por el propio Espíritu Santo al desierto «para ser tentado por el diablo» plantea una serie de dificultades teológicas que es menester explicar para entender rectamente este misterioso pasaje evangélico.

En primer lugar cabe preguntar por qué el Espíritu Santo llevó o empujó a Jesús al desierto. ¿Tendría, acaso, el Hijo de Dios necesidad de someterse a la penitencia, al ayuno o, lo que resulta todavía más extraño, a las tentaciones del demonio?

Es evidente que no. San Pablo nos dice que, siendo Jesús «santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores y más alto que los cielos, no tenía necesidad alguna de ofrecer víctimas cada día, como los pontífices, por sus propios pecados y por los del pueblo» (Heb 7,26). El mismo San Pablo nos da la verdadera explicación al de-

[10] Cf. III q.39 a.8 ad 2.

cirnos que fue tentado para ayudarnos a nosotros a vencer las tentaciones (Heb 2,18) y compadecerse de nuestras flaquezas, siendo tentado en todo a semejanza nuestra (Heb 4,15).

Para darnos también un ejemplo eficaz de mortificación, durante los cuarenta días que permaneció en el desierto no comió absolutamente nada (Lc 4,2). Abandonándose al impulso del Espíritu Santo, que lo transportó a aquella naturaleza desértica y maldita, se segregó completamente del mundo exterior. No sintiendo siquiera tener un cuerpo que era menester alimentar y preservar de la injuria del clima y de las fieras, se entregó por entero a la oración y a los graves pensamientos que embargaban su espíritu a punto de comenzar su misión pública sobre el pueblo escogido. Por otra parte, recientes descubrimientos han demostrado que, aun prescindiendo de un socorro sobrenatural, el hombre puede vivir seis o siete semanas, e incluso algo más, sin recibir alimento alguno. Tal situación, sin embargo, debe tener un término necesariamente; y entonces la naturaleza violentada reclama sus derechos con una energía especial; por eso dice San Lucas expresamente que, al cabo de los cuarenta días, Jesús «tuvo hambre» (Lc 4,2). Fue éste el momento que el demonio escogió para dar una forma más precisa y violenta a las tentaciones con las cuales, quizá desde los primeros días del retiro, venía asediando a Jesús. Del mismo Evangelio, en efecto, parece desprenderse que tales tentaciones fueron sucediéndose durante todo el tiempo que Jesús pasó en el desierto (cf. Mc 1,13). Las tres que nos refieren los evangelistas en particular, y conocidas de tedos, reunidas al término de los cuarenta días, serían un resumen o un ensayo de las otras.

En torno a estas misteriosas tentaciones ocurre preguntar también hasta qué punto pudieron influir en el alma de Cristo y hasta qué extremo le habría abandonado el Espíritu Santo a merced del espíritu del mal, y éste habría llegado a ofenderle.

Para resolver con acierto esta cuestión es menester tener en cuenta que son tres los principios de donde proceden las tentaciones que padecen los hombres: el mundo, el demonio y la propia carne o sensualidad, que constituye,

por lo mismo, los tres principales enemigos del alma.

Ahora bien, Cristo no podía sufrir los asaltos del tercero de esos enemigos, puesto que no existían en El el *fomes peccati* ni la más ligera inclinación al pecado (cf. D 224). Tampoco podían afectarle para nada las pompas y vanidades del mundo, dada su clarividencia y serenidad de juicio. Pero no hay inconveniente alguno en que se sometiera voluntariamente a la sugestión diabólica, ya que es algo puramente *externo* al que la padece y no supone la menor imperfección en él. Toda la malicia de esta tentación pertenece exclusivamente al tentador [11].

De todas formas, la explicación teológica de esta cuestión entraña una gran dificultad, por estar íntimamente relacionada con el misterio de la unión hipostática y con el de la unión esencial de las tres divinas personas entre sí. Es evidente, en efecto, que, si suponemos al alma de Cristo siempre igual y necesariamente iluminada por la comunicación directa del Verbo y por la efusión del Espíritu Santo, la tentación no podía ser para El ni peligrosa ni meritoria; no sería una lucha, sino una simple apariencia de lucha, una inútil y engañosa fantasmagoría. Si la irradiación divina perdura siempre del mismo modo y con la misma intensidad en el fondo de la conciencia del Salvador, no tienen significado real las manifestaciones de gozo o de tristeza tan profundamente expresadas en el Evangelio, sin excluir aquel último y supremo grito de angustia: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27,46).

¿Cómo puede explicarse todo esto? Los teólogos de todas las escuelas convienen en decir que, en las horas de la prueba, la divinidad se replegaba—por decirlo así—a la parte superior del alma de Cristo y se cubría como con un velo; o sea, que el Verbo y las otras dos personas divinas suspendían su comunicación luminosa y dejaban al alma humana de Cristo como a merced de sí misma. Así como una madre parece dejar a su hijito que haga por sí mismo la experiencia de sus propias fuerzas al dar los primeros pasos, retirando aparentemente la protección de sus manos maternales, pero permaneciendo vigilante y alerta para que el niño no caiga al suelo si, por desgracia, tropieza al echar a andar o a luchar contra un obstáculo, es evidente que el hecho de no caer o de triunfar

[11] Cf. III q.41 a.1 ad 3.

sobre el cbstáculo constituye para el niño una victoria y un mérito, independientemente de que tuviera asegurada la protección de los brazos maternos si hubiera tenido necesidad de ellos. En las tentaciones de Jesús, la presencia del Verbo y de las otras dos personas de la Trinidad aseguraban siempre el triunfo más rotundo y absoluto; pero esto no obstante, el aislamiento momentáneo en que dejaban a su alma humana establecía un verdadero mérito y un indiscutible triunfo para ella. En aquellos momentos de prueba, Jesús parecía haber perdido sus poderes de Dios, para conservar únicamente la debilidad del esclavo; pero su humanidad santísima era tan pura y estaba tan bien custodiada por la divinidad, que resultaba absolutamente impecable.

Esto supuesto, he aquí las principales razones por las que Cristo quiso someterse de hecho a las tentaciones de Satanás [12]:

a) Para merecernos el auxilio contra las tentaciones.

b) Para que nadie, por santo que sea, se tenga por seguro y exento de tentaciones.

c) Para enseñarnos la manera de vencerlas.

d) Para darnos confianza en su misericordia, según las palabras de San Pablo: «No es nuestro Pontífice tal que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, antes bien, fue tentado en todo a semejanza nuestra, fuera del pecado» (Heb 4,15).

5. La transfiguración en el Tabor

Los evangelios sinópticos describen con todo detalle la fulgurante escena de la transfiguración de Cristo en un «monte alto», que, probablemente, fue el Tabor. El rostro de Cristo se puso resplandeciente como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz, en presencia de Pedro, Santiago y Juan; instantes después les cubrió una nube resplandeciente, y salió de ella una voz que decía: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias: escuchadle» (Mt 17,1-9).

[12] Cf. III q.41 a.1.

¿Por qué quiso Jesús transfigurarse de ese modo en presencia de sus tres discípulos predilectos? La razón histórica inmediata fue, sin duda alguna, para levantar el ánimo decaído de aquellos discípulos a quienes acababa de anunciar su próxima pasión y muerte (cf. Mt 16,21). Acababa también de decirles: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame» (Mt 16,24). Ante una perspectiva tan dura, es muy natural que experimentaran los discípulos cierto abatimiento y tristeza. Para levantarles el ánimo, Cristo les mostró, en la escena de la transfiguración, la gloria inmensa que les aguardaba si le permanecían fieles hasta la muerte [13].

Pero lo que aquí nos interesa destacar es la presencia de toda la Trinidad Beatísima en la escena del Tabor. Se oye la voz del Padre—como en el bautismo de Jesús—en presencia de su Hijo muy amado y del Espíritu Santo, simbolizado en la nube resplandeciente. Escuchemos al Doctor Angélico exponiendo esta doctrina [14]:

«Así como en el bautismo de Jesús—en que se declaró el misterio de la primera regeneración—se manifestó la operación de toda la Trinidad, pues allí estaba presente el Hijo encarnado, apareció el Espíritu Santo en forma de paloma y el Padre se manifestó en la voz, así también, en la transfiguración—en la que se anunciaba el misterio de la futura glorificación—apareció toda la Trinidad: el Padre en la voz, el Hijo en el hombre, y el Espíritu Santo en la nube resplandeciente. Porque así como en el bautismo confiere Dios la inocencia, designada por la simplicidad de la paloma, así en la resurrección dará a sus elegidos la claridad de la gloria y el refrigerio de todo mal, designados por la nube luminosa».

[13] Cf. III q.45 a.1.
[14] Cf. III q.45 a.4 ad 2.

6. Los milagros

Como ya vimos más arriba, en la sinagoga de Nazaret, Jesús se aplicó a sí mismo el siguiente texto mesiánico de Isaías:

«El Espíritu Santo está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres; me envió a predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de la vista; para poner en libertad a los oprimidos, para anunciar un año de gracia del Señor» (Lc 4,18-19).

El Espíritu Santo—en efecto—estaba sobre Jesucristo cuando obraba sus grandes prodigios y milagros, como aparece claro en el modo de realizarlos. Porque los realizaba como dueño y señor de la naturaleza que el Espíritu Santo, con su soplo creador, había vivificado desde el principio. Los realizaba sin esfuerzo alguno, con la misma calma con que anunciaba al pueblo las bienaventuranzas. Y, para realizar tales maravillas, Jesús no tenía necesidad de suplicar a nadie, de recurrir al auxilio del cielo, como ocurre con los santos taumaturgos, en los que los dones el Espíritu Santo se encuentran en forma limitada y transitoria. Le basta una palabra, un gesto. Le dice al leproso: «Yo lo quiero, queda limpio». Y al instante quedó limpio de su lepra (Mt 8,2-3). Ordena al paralítico: «Levántate y anda», y al punto es obedecido (Jn 5,8-9). Grita a Lázaro: «¡Sal fuera del sepulcro!», y el muerto putrefacto se levanta de su tumba lleno de salud y de vida (Jn 11,43-44). Basta que extienda su mano, y las tempestades se calman, el agua se convierte en vino, los panes y peces se multiplican, los demonios huyen, los ángeles descienden del paraíso...

Y notemos aún que Jesús realiza todo esto no ya para gloria de otro, para probar la verdad de un mensaje ajeno,

para inspirar la confianza hacia el cielo, sino para su propia gloria, para probar la verdad de su propia religión, para inspirar la fe y la confianza en sí mismo; a fin de que El, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, con los que forma una sola cosa, sean reconocidos, amados y adorados. Se proclama a sí mismo, no menos que el Padre y el Espíritu Santo, la fuente de aquellos prodigios, y exclama: «El que cree en mí, hará también las obras que yo hago, y las hará mayores que éstas, porque yo voy al Padre» (Jn 14,12). Y, en efecto, los apóstoles y los santos han realizado también grandes prodigios, y acaso mayores aún que los de Cristo; pero siempre en nombre de Cristo, por la virtud de Cristo; por la fe en Jesucristo; *in fide nominis eius* (Act 3,16), mientras que el propio Cristo los realizaba por su virtud propia, por su propia fe por su propio divino poder, por el Espíritu Santo, que está y vive en El (Lc 4,18). Si bautiza, si arroja los demonios de los posesos, si sana a los enfermos, si confiere el poder de perdonar los pecados, es siempre en virtud del Espíritu Santo, con el que forma una sola cosa en unión con el Padre. Por eso quiere que se le adore y glorifique, hasta el punto de afirmar solemnemente: «Todo pecado y blasfemia será perdonada a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no les será perdonada. Quien hablare contra el Hijo del hombre, será perdonado; pero quien hablare contra el Espíritu Santo, no será perdonado ni en este siglo ni en el venidero» (Mt 12,31-32).

7. La doctrina evangélica

También en la sublime doctrina de Cristo se siente aletear continuamente al Espíritu Santo con sus dones de sabiduría, entendimiento, ciencia y consejo. Sus palabras están llenas del divino Espíritu en su forma y en su sustancia o contenido.

En primer lugar, en su forma exterior. Jamás pensamientos más sublimes, conceptos más profundos, fueron expresados con menos palabras; y jamás las palabras, tan pesadas y materiales por sí mismas, que constituyen la desesperación de los escri-

tores, fueron de tal modo idealizadas y vivificadas en el propio pensamiento. No es hiperbólica la espléndida afirmación del propio Jesucristo: «Mis palabras son espíritu y vida» (Jn 6,63), sino la expresión exacta de la más augusta realidad. La ciencia no ha podido encontrar todavía el modo de encerrar en un pequeño volumen el caudal inmenso de los conocimientos humanos; pero Jesucristo logró plenamente encerrar en pocas palabras claras, distintas, radiantes de luz, las leyes eternas de las cosas, los principios fundamentales de los individuos y de los pueblos, la vida y el progreso indefinido de la humanidad.

Otra característica impresionante de la doctrina de Cristo es su universalidad. No pertenece a una patria determinada: es de todas las naciones. No tiene edad; es de todos los tiempos. Cristo predicó su doctrina en Palestina hace veinte siglos. Pero todavía hoy no hay que cambiar uno solo de sus discursos, una sola de sus parábolas, de sus máximas, de sus sublimes enseñanzas. Y es porque su doctrina no es otra cosa que la genuina expresión de la verdad, y la verdad no cambia nunca por mucho que varíen los lugares y los tiempos.

La doctrina del Evangelio se revela divina y verdaderamente llena del Espíritu Santo también en su misma sustancia. Cada frase encierra tesoros de infinita sabiduría, gérmenes de vida siempre nueva y maravillosa. Cristo ha dicho: «Bienaventurados los pobres, los que lloran, los que sufren persecución por la justicia». ¡Semillas maravillosas! ¿Quién podrá valorar las ricas mieses que han producido? De ellas han salido los apóstoles, los mártires, las vírgenes, los mejores bienhechores de la humanidad. Jesús sentenció: «Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César», y estableció con ello las bases fundamentales de los dos poderes de donde procede la civilización humana. Ha proclamado: «Todos los hombres sois hermanos», trazando con ello las grandes

líneas de la igualdad social. Dijo también: «Padre nuestro, que estás en los cielos...», abriendo los corazones y los labios de todos a la más santa y eficaz de las oraciones. Con razón hemos dicho que cada una de sus palabras encierra un germen de progreso indefinido. La humanidad camina, camina velozmente sin cesar; bendice y aclama a su paso a los genios y a los héroes que se levantan para guiarla; pero muy pronto se olvida de ellos y les vuelve la espalda. La filosofía de Platón tuvo gran éxito en otras épocas, pero hoy ya no basta. La ciencia de Newton es admirable, pero fue superada. La geología de Cuvier levantó una revolución, pero ya nadie se acuerda de ella. Aristóteles, Copérnico, Galileo, Leibniz... están sobrepasados. Sólo Jesús y su doctrina—declara el propio Renán [15]—no serán jamás superados. ¿Qué hombre, qué época, qué sistema filosófico ha podido superar su pensamiento o ha sabido, al menos, comprenderlo enteramente y aplicarlo perfectamente a la vida? Que el mundo responda con su grito de angustia. Los hombres se han repartido los vestidos de Jesús, han echado suertes sobre su túnica inconsútil; pero el espíritu que se agitó con tanta energía en El, ¿ha sido acaso agotado, poseído o comprendido por entero? De ninguna manera. Permanece todavía y permanecerá siempre inagotado e inagotable, porque es infinito como Dios, eterno como la verdad; porque no es otra cosa que el Espíritu Santo.

Los mismos apóstoles, discípulos del divino Maestro, no acertaron siempre a comprenderlo, por lo que el mismo Maestro dejó al Espíritu Santo la tarea de completar sus enseñanzas: «El Abogado, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, ése os lo enseñará todo y os traerá a la memoria todo lo que yo os he dicho» (Jn 14,26). Al Espíritu Santo deja Jesús el encargo y la gloria de completar su doctrina, de deducir las últimas consecuencias, de aplicarla prácticamente; lo cual, como es sabido, es siempre la parte más difícil y no puede hacerlo convenientemente sino aquel mismo del que procede tal doctrina. Y la doctrina evangélica, en efecto, no procedía menos del Verbo que del Espíritu Santo, siendo como son una sola cosa con el Padre.

[15] RENÁN, *Vida de Jesús*.

8. Actividades humanas

Los evangelios nos muestran cómo el alma de Jesucristo, en toda su actividad, obedecía a las inspiraciones del Espíritu Santo. El Espíritu—como hemos visto—le empuja al desierto, donde será tentado por el demonio (Mt 4,1). Después de vivir cuarenta días en el desierto, el mismo Espíritu le conduce de nuevo a Galilea (Lc 4,14). Por la acción de este Espíritu arroja a los demonios del cuerpo de los posesos (Mt 12,28). Bajo la acción del Espíritu Santo salta de gozo cuando da gracias a su Padre porque revela los secretos divinos a las almas sencillas (Lc 10,21). Finalmente, nos dice San Pablo que la obra maestra de Cristo, aquella en la cual brilla más su amor al Padre y su caridad para con nosotros, el sacrificio sangriento de la cruz por la salvación del mundo, lo ofreció Cristo a impulso del Espíritu Santo: «El cual, mediante el Espíritu Santo, se ofreció a Dios cual hostia inmaculada» (Heb 9,14).

¿Qué nos indican todas estas revelaciones sino que el Espíritu de amor guiaba toda la actividad humana de Cristo? Sin duda alguna era el mismo Cristo, el Verbo encarnado, quien realizaba sus propias obras; todas sus acciones son acciones de la única persona del Verbo, en la que subsiste su naturaleza humana. Pero, esto no obstante, Cristo obraba siempre por inspiración y a impulsos del Espíritu Santo. El alma de Jesús, convertida en alma del Verbo por la unión hipostática, estaba además henchida de gracia santificante y obraba en todo momento por la suave moción del Espíritu Santo.

De ahí que todas las acciones de Cristo, aun las de apariencia más trivial, eran absolutamente santas. Su alma, aunque creada como todas las demás almas, era santísima. En primer lugar, por hallarse unida al Verbo; unida a una persona divina, tal unión hizo de ella, desde el primer momento de la encarnación, no un santo cualquiera, sino

el Santo por excelencia, el mismo Hijo de Dios. Era santa, además, por estar hermoseada con la gracia santificante en el sumo grado posible de perfección, lo que la capacitaba para obrar sobrenaturalmente en todo y en perfecta consonancia con la unión inefable que constituye su inalienable privilegio. Era santa, en tercer lugar, porque todas sus acciones y operaciones, aun cuando eran actos ejecutados únicamente por el Verbo encarnado, se realizaban bajo la moción e inspiración del Espíritu Santo, Espíritu de amor y santidad. El Hombre-Dios es, sin duda alguna, la obra maestra del Espíritu Santo.

CAPÍTULO 5

EL ESPIRITU SANTO EN LA IGLESIA

Hemos visto en el capítulo anterior algunas de las principales maravillas que el Espíritu Santo obraba en la persona adorable de nuestro Señor Jesucristo. El orden lógico de las ideas nos lleva ahora a contemplar la acción del Espíritu Santo en la Iglesia, fundada por el mismo Cristo, Salvador del mundo.

Escuchemos, en primer lugar, la breve pero luminosa exposición de Dom Columba Marmión [1]:

«Antes de subir al cielo prometió Jesús a sus discípulos que rogaría al Padre para que les diera el Espíritu Santo, e hizo de ese don del Espíritu a nuestras almas objeto de una súplica especial: Rogaré al Padre y os dará otro Consolador, el Espíritu de verdad' (Jn 14,16-17). Y ya sabéis cómo fue atendida la petición de Jesús, con qué abundancia se dio el Espíritu Santo a los apóstoles el día de Pentecostés. De ese día data, por decirlo así, la toma de posesión por parte del Espíritu divino de la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo; y podemos añadir que, si Cristo es el Jefe y la Cabeza de la Iglesia, el Espíritu Santo es el *alma* de ese Cuerpo. El es quien guía e inspira a la Iglesia, guardándola, como se lo prometiera Jesús, en la verdad de Cristo y en la luz que El nos trajo: 'Os enseñará toda verdad y os recordará todo lo que os he enseñado' (Jn 14,26).

Esa acción del Espíritu Santo en la Iglesia es varia y múltiple. Os dije antes que Cristo fue consagrado Mesías y Pontífice por una unción inefable del Espíritu Santo, y con unción parecida consagra Cristo a los que quiere hacer participantes de su poder sacerdotal para proseguir en la tierra su misión santificadora: 'Recibid el Espíritu Santo' (Jn 20,22)... 'El Espíritu Santo designó a los

[1] Cf. *Jesucristo, vida del alma* 6,3.

obispos para que gobiernen la Iglesia' (Act 20,28); el Espíritu Santo es quien habla por su boca y da valor a su testimonio (cf. Jn 15,26; Act 15,28; 20,22-28). Del mismo modo, los sacramentos, medios auténticos que Cristo puso en manos de sus ministros para transmitir la vida a las almas, jamás se confieren sin que preceda o acompañe la invocación al Espíritu Santo. El es quien fecunda las aguas del bautismo: 'Si no renaciereis del agua y del Espíritu Santo, no entraréis en el reino de Dios' (Jn 3,5). 'Dios—añade San Pablo—nos salva en la fuente de la regeneración, renovándonos por el Espíritu Santo' (Tit 3,5). Ese mismo Espíritu se nos 'da' en el sacramento de la confirmación, para ser la unción que debe hacer del cristiano un soldado intrépido de Jesucristo; El es quien nos confiere en ese sacramento la plenitud de la condición de cristiano y nos reviste de la fortaleza de Cristo. Al Espíritu Santo—como nos lo pone de manifiesto, sobre todo, la Iglesia oriental—se atribuye el cambio que hace del pan y del vino el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Los pecados son perdonados en el sacramento de la penitencia por el Espíritu Santo (Jn 20,22-23). En la unción de los enfermos se le pide que 'con su gracia cure al enfermo de sus dolencias y culpas'. En el matrimonio, en fin, se invoca también al Espíritu Santo para que los esposos cristianos puedan, con su vida, imitar la unión que existe entre Cristo y su Iglesia.

¿Veis cuán viva, honda e incesante es la acción del Espíritu Santo en la Iglesia? Bien podemos decir con San Pablo que es el 'Espíritu de vida' (Rom 8,2); verdad que la Iglesia repite en el *Símbolo* cuando expresa su fe en el 'Espíritu vivificador': *Dominum et vivificantem.* Es, pues, verdaderamente *el alma de la Iglesia,* el principio vital que *anima* a la sociedad sobrenatural, el que la *rige* y *une* entre sí sus diversos miembros y les comunica espiritual vigor y hermosura.

En los primeros días de la Iglesia, su acción fue mucho más visible que en los nuestros. Así convenía a los designios de la Providencia, porque era menester que la Iglesia pudiera establecerse sólidamente, manifestando a los ojos del mundo pagano las señales luminosas de la divinidad de su fundador, de su origen y de su misión. Esas señales, fruto de la efusión del Espíritu Santo, eran admirables, y todavía nos maravillamos al leer el relato de

los comienzos de la Iglesia. El Espíritu descendía sobre aquellos a quienes el bautismo hacía discípulos de Cristo y los colmaba de carismas tan variados como asombrosos: gracia de milagros, don de profecía, don de lenguas y otros mil favores extraordinarios concedidos a los primeros cristianos para que, al contemplar a la Iglesia hermoseada con tal profusión de magníficos dones, se viera bien a las claras que era verdaderamente la Iglesia de Jesús. Leed la primera epístola de San Pablo a los de Corinto; y veréis con qué fruición enumera el Apóstol las maravillas de que él mismo era testigo. En cada enumeración de esos dones tan variados añade: 'El mismo y único Espíritu es quien obra todo esto' (1 Cor 12,7-13), porque El es amor, y el amor es fuente de todos los dones 'en el mismo Espíritu'. El es quien fecunda a esta Iglesia, que Jesús redimió con su sangre y quiso fuera 'santa e inmaculada' (Ef 5,27)».

Vamos a precisar ahora, con todo rigor y exactitud teológica, en qué sentido es y puede llamarse al Espíritu Santo *alma de la Iglesia.*

Es evidente, ante todo, que el Espíritu Santo no es ni puede ser la *forma sustancial* de la Iglesia en el sentido en que lo es el alma del cuerpo humano a quien informa. El alma, como es sabido y ha sido definido por la Iglesia, es la *forma sustancial* del cuerpo humano a quien anima (cf. D 481). Como tal forma, tiene la misión de *informar,* o sea, de dar al cuerpo su ser de cuerpo humano, de formar con él un mismo y único ser, determinado específica y numéricamente por la propia alma. Es claro que el Espíritu Santo no puede ser alma de la Iglesia en este sentido, porque, aparte de que la forma es *parte* de un compuesto determinado (y Dios no puede ser *parte* de nada ni de nadie), se seguiría que la Iglesia tendría un ser sustantivamente *divino,* ya que formaría una misma sustancia con su forma, o sea que la Iglesia sería Dios; lo cual es herético y absurdo.

Pero, además de la función de *informar*, o además de dar al cuerpo el ser que tiene y de formar con él una unidad sustantiva, el alma posee y desarrolla otras funciones, tales como *unificar* las partes del cuerpo entre sí, *vivificarlas* y *moverlas*. Y esto sí que puede hacerlo y hace de hecho el Espíritu Santo como *alma de la Iglesia*. Veámoslo con todo detalle [2].

1. El Espíritu Santo unifica a la Iglesia

En la Iglesia hay gran diversidad de miembros. Hay diversidad jerárquica, diversidad carismática, diversidad santificadora. Hay quienes rigen y quienes obedecen; y entre los que rigen hay quien lo hace con poder universal y quien lo hace con poder limitado: papa, obispos, sacerdotes. Hay también quienes tienen diversos carismas: unos hacen milagros, otros profetizan, otros enseñan... Hay además diversos grados de santidad: unos poseen la gracia santificante en sus manifestaciones más excelsas; otro son menos santos, y no faltan quienes apenas si tienen lo imprescindible para salvarse y aun menos. Hay santos muy santos, hay justos que se limitan a estar en gracia, y hay pecadores.

Pero, a pesar de tanta diversidad, existe entre todos ellos una unidad íntima. Cristo la pidió para los que debían ser sus miembros: «Que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros... Yo les he dado la gloria que tú me diste, a fin de que sean uno, como nosotros somos uno» (Jn 17,21-22). Es digno de notarse que la unidad que Cristo pide para su Iglesia tenga parecido con la que poseen El y el Padre.

Cristo y el Padre tienen muchos motivos de unión. Poseen una misma naturaleza divina, numéricamente idéntica;

[2] Cf. EMILIO SAURAS, O. P., *El Cuerpo místico de Cristo* (BAC, Madrid [2]1956) c.5 p.752ss, donde se estudia amplia y profundamente esta cuestión. Recogemos, en parte, las páginas 781-784.

el primero está unido al segundo, porque es su Verbo subsistente. Pero el Espíritu Santo da una razón especial a la unión entre las dos personas. En el misterio trinitario, el Padre y el Hijo, comparados entre sí, son distintos: el Padre engendra, y el Hijo es engendrado. Pero, comparados con el Espíritu Santo, constituyen un mismo e idéntico principio espirador. Son uno en la acción espiradora, de la que procede la tercera persona.

Y es significativo que a la tercera persona se le apropie el amor y que Cristo desee que la unión que debe haber entre quienes forman su Cuerpo místico sea unión de amor: «Yo les di a conocer tu nombre y se lo haré conocer, para que el amor con que tú me ha amado esté en ellos y yo en ellos» (Jn 17,26). Todo esto parece significar que la unión que hay en la Iglesia, unión parecida a la que hay entre el Padre y el Hijo, debe parecerse a la que hay entre ellos en su relación con el Espíritu Santo. El amor unifica a la Iglesia, y el Espíritu Santo la unifica por el amor. Y así, los miembros del Cuerpo místico se unifican donde se unifican el Padre y el Hijo, o sea en el Espíritu Santo. Cosa, por lo demás, que San Pablo dice bien claramente cuando, después de nombrar los muchos carismas y los muchos oficios que hay en la sociedad cristiana, escribe: «También todos nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu, para constituir un solo cuerpo» (1 Cor 12,13).

2. El Espíritu Santo vivifica a la Iglesia

La Iglesia es un ser *vivo,* en el sentido auténtico de la palabra. Es un verdadero *Cuerpo místico,* y el carácter místico o sobrenatural se funda en un elemento divino y vivificador.

Todas las sociedades constituidas por los hombres tienen vida *en cierto sentido:* se mueven, progresan, se perfeccionan. Pero, en realidad, el principio que las anima está *fuera* de ellas, es su fin, y el fin es una causa extrínseca. Lo que no rima con la definición de vida, que es la del movimiento que procede *de dentro.* Ni se diga que la vida de las sociedades viene de los individuos que las

constituyen; éstos son los que la manifiestan, son los miembros que se aprovechan de ella. La vida de esas sociedades procede del fin, que se asimila más o menos, que es más o menos operante en cada uno de los que a él van. Y el fin es siempre causa extrínseca. De ahí que no se pueda decir *con exactitud* que las sociedades sean organismos vivos.

La Iglesia, en cambio, sí lo es, porque tiene un principio vivificador *intrínseco*. El Espíritu Santo no solamente es fin y meta; es también principio animador de la Iglesia, principio inmanente o interno, aunque no formal. El Espíritu es un principio vivo y vivificador. Intervino en la aparición de Cristo sobre la tierra, fecundando activamente a María, e interviene en el nacimiento de la Iglesia. El día de Pentecostés fue el de la proclamación oficial de la sociedad establecida por Cristo, y ese día aparecen en el nacimiento oficial de esta sociedad María y el Espíritu Santo, como en el nacimiento de Cristo. La Iglesia nace con su bautismo, como nosotros nacemos con el nuestro; y el bautismo de la Iglesia fue el de Pentecostés. Refiriéndose a este día dijo Jesús a sus discípulos cuando se despedía de ellos momentos antes de subir al cielo: «Juan bautizó en agua, pero vosotros, pasados no muchos días, seréis bautizados en el Espíritu Santo» (Act 1,5). Es cierto que Cristo instituyó su Iglesia antes de la ascensión, pero la fe de vida de la misma se da el día que baja el Espíritu sobre María y sobre los apóstoles.

También es el Espíritu Santo el que vivifica a cada uno de los miembros de que la Iglesia consta. En El somos bautizados; El nos da, por lo tanto, el principio vital, que es la gracia divina, y por dárnoslo nos hace hijos de Dios: «Los que son movidos por el Espíritu de Dios, ésos son hijos de Dios. Que no habéis recibido el espíritu de siervos, para recaer en el temor; antes bien, habéis recibido el espíritu de adopción, por el que clamamos: *Abba!* ¡Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios» (Rom 8,15).

El Espíritu es el que da vida a la Iglesia y a cada uno de sus miembros. Y la da no desde fuera, como la da el fin a las sociedades terrenas, sino desde dentro,

como la da el alma. Al decir que el Espíritu Santo engendra y vivifica, no queremos decir que haga esto sin penetrar dentro de los engendrados y vivificados. Está en ellos, inhabita en ellos, porque, al dejarles la gracia vivificadora, se queda El con las otras dos personas divinas, como veremos más adelante.

3. El Espíritu Santo mueve y gobierna a la Iglesia

Por último, como el alma mueve y gobierna al cuerpo, así el Espíritu Santo a la Iglesia. Para gobernar es necesario conocer y amar, y el Espíritu Santo es quien infunde el conocimiento de lo sobrenatural (la fe) y quien da el amor divino a los cristianos (la caridad). El interviene también, como ya dijimos, en la designación de los jerarcas (cf. Act 20,28). Y cuando el Apóstol señala los diversos oficios que hay en la Iglesia, añade: «Todas estas cosas las hace el único y mismo Espíritu, quien las distribuye a cada uno como quiere» (1 Cor 12,11).

No hace falta añadir más. Si El es quien gobierna y mueve a los miembros del Cuerpo místico de Cristo, quien los unifica, quien los vivifica; y si hace todo esto *desde dentro,* inhabitando en cada miembro y en todo el Cuerpo, hemos de terminar diciendo que desempeña *auténticas funciones de alma.* Ya el genio de San Agustín había intuido esta verdad cuando escribió resueltamente: «Lo que es el alma al cuerpo del hombre, es el Espíritu Santo al Cuerpo de Cristo que es la Iglesia» [8].

El magisterio oficial de la Iglesia ha aplicado también al Espíritu Santo la expresión *alma de*

[8] «Quod anima est hominis corpori, Spiritus Sanctus est corpori Christi, id est Ecclesiae» (SAN AGUSTÍN, *Serm.* 186 *de tempore:* PL 38, 1231).

la Iglesia en el sentido que àcabamos de explicar. Véase, por ejemplo, el siguiente texto de Pío XII en su magistral encíclica *Mystici Corporis*[4]:

«A este Espíritu de Cristo, como a principio invisible, hay que atribuir también el que todas las partes estén íntimamente unidas, tanto ellas entre sí como con su excelsa cabeza, estando como está todo en la cabeza, todo en el cuerpo, todo en cada uno de los miembros; en los cuales está presente asistiéndolos de muchas maneras, según sus diversos cargos y oficios, según el mayor o menor grado de perfección espiritual de que gozan. El, con su celestial hálito de vida, ha de ser considerado como el principio de toda la acción vital y saludable en todas las partes del Cuerpo. El, aunque se halle presente por sí mismo en todos los miembros y en ellos obre con su divino influjo, se sirve del ministerio de los superiores para actuar en los inferiores. El, finalmente, mientras engendra cada día nuevos miembros a la Iglesia con la acción de su gracia, rehúsa habitar con la gracia santificante en los miembros totalmente separados. La cual presencia y operación del Espíritu de Cristo la significó breve y concisamente nuestro sapientísimo predecesor León XIII, de inmortal memoria, en su carta encíclica *Divinum illud,* con estas palabras: 'Baste afirmar esto: que mientras Cristo es la cabeza de la Iglesia, *el Espíritu Santo es su alma*'»[5].

Por su parte, el concilio Vaticano II consagró una vez más esta magnífica doctrina en la constitución dogmática sobre la Iglesia con las siguientes palabras:

«La Cabeza de este cuerpo es Cristo... Y para que nos renováramos incesantemente en El (cf. Ef 4,22) nos concedió participar de su Espíritu, quien, siendo uno solo en la Cabeza y en los miembros, de tal modo vivifica todo el Cuerpo, lo une y lo mueve, que su oficio pudo ser comparado por los Santos Padres con *la función que ejerce el principio de vida o el alma en el cuerpo humano*»[6].

[4] Pío XII, encicl. *Mystici Corporis* n.26: AAS 35 (1943) 219-20.
[5] León XIII, encíclica *Divinum illud munus:* ASS 29 p.650.
[6] Concilio Vaticano II, constitución *Lumen gentium* c.1 n.7.

Después de esta rápida ojeada sobre la presencia y la acción del Espíritu Santo en toda la Iglesia de Cristo, veamos ahora la que corresponde a cada uno de sus miembros en particular. Pero esto requiere capítulo aparte.

CAPÍTULO 6

EL ESPIRITU SANTO EN NOSOTROS

Abordamos en este capítulo uno de los temas más santos y sublimes de toda la sagrada teología: la inhabitación del Espíritu Santo en el alma justificada por la gracia.

Es preciso, ante todo, tener ideas muy claras sobre la naturaleza íntima de la gracia santificante, que es la base y fundamento de la inhabitación del Espíritu Santo y de toda la Trinidad Beatísima en el alma justificada. Por eso vamos a detenernos en la exposición de los principios fundamentales de la teología de la gracia, aun a riesgo de incurrir en una pequeña digresión, que juzgamos del todo necesaria y muy práctica y provechosa.

I. La gracia santificante

Expondremos brevemente su *naturaleza* y los principales *efectos* que produce en nuestras almas.

1. Qué es la gracia

La gracia santificante puede definirse diciendo que es *un don sobrenatural infundido por Dios en nuestras almas para darnos una participación verdadera y real de su propia naturaleza divina, hacernos hijos suyos y herederos de la gloria.*

Vamos a explicar la definición palabra por palabra para captar mejor su espléndida realidad.

a) ES UN DON.—La gracia es un inmenso regalo de Dios, un don total y absolutamente gratuito

que nadie tiene derecho a reclamar desde el punto de vista puramente natural. Una vez en posesión gratuita de ese inmenso don, ya podemos negociar con él y *merecer* nuevos aumentos de gracia y la misma gloria eterna, como veremos más abajo. Pero, antes de poseer la gracia, absolutamente nadie puede *merecerla,* aunque sí pedirla humildemente a Dios con la oración confiada y perseverante. Es un bello y consolador aforismo teológico decir que «al que hace lo que puede (con ayuda de la misma gracia preveniente), Dios no le niega su gracia».

b) Es un don sobrenatural.—Sobrenatural quiere decir que está *sobre,* por encima de la naturaleza. Tan por encima, que la gracia es una realidad *divina,* infinitamente superior a toda la naturaleza creada o creable.

En efecto: escalonando el conjunto de todas las criaturas creadas por Dios en sus diferentes grados, conocidos por nosotros por la luz natural y por la divina revelación, nos encontramos con los cinco siguientes, de menor a mayor:

1.° *Los minerales.*—Son los de categoría inferior. Existen, pero no viven.

2.° *Los vegetales.*—Viven, pero no sienten ni entienden.

3.° *Los animales.*—Viven y sienten, pero no entienden ni piensan.

4.° *El hombre.*—Es, como dice San Gregorio, una especie de microcosmos (un mundo en pequeño), que resume y compendia a todos los demás seres creados: *Existe,* como los minerales; *vive,* como los vegetales; *siente,* como los animales, y *entiende,* como los ángeles.

5.° *Los ángeles.*—Espíritus puros, no tienen cuerpo ni mezcla de materia alguna y son, por lo mismo, *naturalmente* superiores al hombre, puesto que están más cerca del ser mismo de Dios.

¿A cuál de estos grados o categorías pertenece la gracia habitual o santificante? A ninguno de

ellos, puesto que los trasciende y los rebasa todos. La gracia, como explicaremos en seguida, es una realidad *divina* que, por lo mismo, pertenece al plano de la divinidad y está mil veces por encima de todos los seres creados, incluyendo a los mismos ángeles. Es una realidad absolutamente *sobrenatural,* o sea que está por encima, que rebasa y trasciende *toda la naturaleza* creada o creable. Por eso la más pequeña participación de la gracia santificante vale infinitamente más que la creación universal entera, o sea que todo el conjunto de los seres creados por Dios que han existido, existen y existirán hasta el fin de los siglos [1].

c) INFUNDIDO POR DIOS.—Solamente Dios, autor del orden sobrenatural, puede infundirla en el alma. Todas las criaturas juntas del universo jamás podrán producir la más pequeña participación de la naturaleza misma de Dios, que es, precisamente, lo que nos comunica la gracia santificante.

d) EN NUESTRAS ALMAS.—La gracia es una realidad espiritual que radica en el alma, no en el cuerpo. Por ser espiritual, no puede verse con los ojos, ni tocarse, ni oírse. Tampoco puede verse ni tocarse el *pensamiento* ni el *amor,* y, sin embargo, no deja de ser una auténtica realidad que pensamos y amamos.

e) PARA DARNOS UNA PARTICIPACIÓN, VERDADERA Y REAL, DE SU PROPIA NATURALEZA DIVINA.—Es la primera y más grande prerrogativa de la gracia de Dios, que explicaremos detalladamente más abajo al hablar de los efectos de la gracia en nuestras almas.

[1] Por eso dice Santo Tomás que «el bien de la *gracia* de un solo individuo es mayor que el bien *natural* de todo el universo» (I-II q.113 a.9 ad 2).

f) NOS HACE VERDADEROS HIJOS DE DIOS.—Es una consecuencia necesaria del hecho de que la gracia santificante nos haga participantes de la *naturaleza misma* de Dios. Sin esta participación seríamos tan sólo *criaturas* de Dios, pero de ninguna manera *hijos* suyos.

En efecto, para ser *padre* es preciso transmitir a otro ser la propia naturaleza específica. El escultor que esculpe una estatua no es el padre de aquella cbra inanimada, sino únicamente el *autor*. En cambio, los autores de nuestros días son verdaderamente nuestros *padres* en el orden natural, porque nos transmitieron realmente, por vía de generación, su propia naturaleza humana.

Es cierto que Dios no nos transmite por la gracia su propia naturaleza divina por generación *natural*—como se la transmite el Padre al Hijo en el seno de la Trinidad Beatísima—, sino en forma parcial y por vía de *adopción*, no natural. Pero hemos de guardarnos de creer que esta *adopción divina* por medio de la gracia es de la misma naturaleza que las adopciones humanas: de ninguna manera. Cuando un niño huérfano de padre y madre es adoptado legalmente por una familia caritativa, recibe de ella una serie de bienes y ventajas, entre los que destacan el apellido de la familia adoptante y el derecho a los bienes que se le asignen en herencia. Pero hay una cosa que no le dan ni le podrán dar jamás, a saber: la *sangre* de la familia. Ese pobre niño tiene la sangre que recibió de sus padres *naturales*, pero de ningún modo la de sus padres adoptivos. En cambio, cuando Dios nos adopta por la gracia, no sólo nos da el apellido de la familia divina—hijos *de Dios*—y el derecho a la futura herencia—el cielo—, sino que nos comunica en forma muy real y verdadera *su propia naturaleza divina*. Empleando un lenguaje metafórico—puesto que Dios no tiene sangre—, pero que encierra en el fondo una realidad sublime, podríamos decir que la gracia es *una transfusión de sangre divina en nuestras almas*. En virtud de esa divina transfusión, de este injerto divino, el alma se hace de tal modo participante de la misma vida de Dios, que no sólo nos da derecho a *llamarnos* hijos de Dios, sino que *nos hace* efectivamente tales. Por eso exclama

estupefacto el evangelista San Juan: «Ved qué amor tan grande nos ha mostrado el Padre, que seamos *llamados* hijos de Dios y que lo *seamos de verdad*» (1 Jn 3,1).

Y el apóstol San Pablo escribe en su carta a los Romanos: «Que no habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el temor, antes habéis recibido el *espíritu de adopción,* por el quee clamamos: *¡Abba,* Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que *somos hijos de Dios.* Y si hijos, también *herederos;* herederos de Dios, coherederos de Cristo» (Rom 8,15-17).

Por la gracia somos, pues, verdaderamente hijos de Dios por adopción, pero por una especie de adopción *intrínseca,* que nos incorpora realmente a la familia de Dios en calidad de verdaderos hijos.

g) NOS HACE HEREDEROS DEL CIELO.—Es otra consecuencia natural y obligada de nuestra filiación divina adoptiva. Nos lo recuerda San Pablo en las palabras que acabamos de citar: «Si hijos de Dios, también herederos» (Rom 8,17).

Pero ¡cuán diferente es también por este capítulo la filiación adoptiva de la gracia de las adopciones puramente humanas o legales! Entre los hombres, los hijos no heredan sino cuando muere el padre, y tanto menor es la herencia cuantos más son los herederos. Pero nuestro Padre vive y vivirá eternamente, y con El poseeremos una herencia tal que, a pesar del inmenso número de participantes, no experimentará jamás la menor mengua o disminución. Porque esta herencia, al menos en el principal de sus aspectos, es rigurosamente infinita. Es el mismo Dios, uno en esencia y trino en personas, contemplado, amado y gozado con deleites inefables y embriagadores, que en esta vida terrena no podemos ni siquiera imaginar. Se nos comunicarán todas las riquezas internas de la divinidad, *todo lo que constituye la felicidad misma de Dios* y le proporciona un goce infinito y eterno: son las perfecciones insondables de la divinidad. Finalmente, Dios pondrá a nuestra disposición todos sus bienes exteriores: su honor, su gloria, sus dominios, su realeza y todos los bienes creados que existen en el universo entero: «Todo es vuestro—dice San Pablo—, y vosotros sois de Cristo, y Cristo de Dios» (1 Cor 3,22-23). Todo esto pro-

porcionará al alma una felicidad y dicha inexplicables, que colmará plenamente, en abundancia rebosante, todas sus aspiraciones y anhelos.

Y todo ello lo recibirá el alma en gracia como herencia debida a *título de justicia:* tiene *derecho* a ello. La gracia —como hemos explicado más arriba—es enteramente gratuita, un don inmenso de Dios que nadie absolutamente puede merecer desde el punto de vista puramente natural; pero, una vez poseída, nos da la capacidad para *merecer el cielo* a título de justicia. Hay un perfecto paralelismo y correspondencia entre la gracia y el cielo, como lo hay también entre el pecado mortal y el infierno. La gracia es como el cielo en potencia. No hay entre la gracia y el cielo más que una diferencia *de grado,* no esencial: es la misma vida sobrenatural en estado inicial o en estado consumado. El niño no difiere específicamente del hombre maduro: es un adulto en germen. Eso mismo ocurre con la gracia y con la gloria. Por eso pudo escribir Santo Tomás con toda exactitud teológica que «la gracia no es otra cosa que un comienzo de la gloria en nosotros» [2].

2. Efectos de la gracia santificante

a) Nos diviniza, haciéndonos participantes de la naturaleza misma de Dios.—Es el primero y el más grande de los efectos que produce la gracia santificante en nuestras almas, y la raíz y fundamento de todos los demás.

Apenas podríamos creerlo si no constara clara y expresamente en la divina revelación. El apóstol San Pedro dice que Dios «nos hizo merced de preciosas y ricas promesas, *para hacernos así partícipes de la divina naturaleza*» (2 Pe 1,4). Los Santos Padres y la misma exégesis moderna han visto en estas palabras una clara y manifiesta alusión a la gracia santificante [3]. Y la Iglesia exclama alborozada

[2] Cf. II-II q.24 a.3 ad 2.

[3] «La fórmula *physis divina*—escribe un exegeta moderno—designa al ser divino, a la misma divinidad. Es la misma naturaleza divina como opuesta a todo lo que no es Dios. La fórmula lapidaria de San Pedro es audaz al mismo tiempo que clara, ya que esclarece el más esplén-

en su liturgia oficial: «Cristo subió al cielo *para hacernos partícipes de su divinidad*» [4].

¿Significa esto que el hombre se hace por la gracia *sustancialmente divino* en el sentido panteísta de la expresión? Error grande y verdadera herejía sería decirlo. No hay ni puede haber un cambio *sustancial* de la naturaleza humana en la sustancia divina. Se trata únicamente de una participación *analógica* y *accidental* [5], en virtud de la cual, el hombre, sin dejar de ser tal, se hace participante de la divina naturaleza en la medida en que es posible a una simple criatura. Los Santos Padres suelen poner la imagen de un hierro metido en un horno de fuego: el hierro no pierde con ello su propia naturaleza de hierro, pero adquiere las propiedades del fuego y se pone incandescente como él. De manera semejante, el alma, al recibir la gracia de Dios, continúa siendo sustancialmente un alma humana, pero recibe una verdadera y real participación de la naturaleza misma de Dios, porque la gracia la hace capaz de conocer y amar a Dios *tal como El se conoce y ama;* y como la naturaleza de Dios consiste precisamente en conocerse y amarse *a lo divino,* participar de este conocimiento y amor es participar real y verdaderamente de su propia naturaleza divina. El alma en gracia se asemeja a Dios *precisamente en cuanto Dios,* o sea no tan sólo en cuanto ser vivo e inteligente, sino en aquello que hace que Dios sea Dios y no otra cosa, en su mismísima divinidad. Es imposible a una criatura, humana o angélica, escalar una altura mayor que aquella a que es elevada por la gracia santificante, si exceptuamos la unión *personal* o *hipostática,* que es propia y exclusiva de Cristo.

La dignidad de un alma en gracia es tan grande, que ante ella se desvanecen como el humo todas las grandezas de la tierra. ¿Qué significa todo lo creado ante un mendigo cubierto de harapos, pero que lleva en su alma

dido efecto de la gracia santificante... El cristiano participa de la misma *naturaleza divina,* es decir, de todo el cúmulo de perfecciones contenidas de una manera formal-eminente en la esencia divina» (SALGUERO, O. P., en *Biblia comentada* VII [BAC, Madrid 1965] p.156).

[4] Prefacio de la fiesta de la Ascensión del Señor.

[5] Hemos explicado ampliamente todo esto en nuestra *Teología de la perfección cristiana* (BAC, Madrid [5]1968) n.86. En las ediciones anteriores era el n.32.

el tesoro de la gracia santificante? Hay más distancia entre ese mendigo y un alma en pecado mortal (que carece de la gracia) que la que existe entre ese mendigo en gracia y el más grande de los santos canonizados, e incluso que la que hay entre él y la Santísima Virgen María. ¡A tan egregia altura nos eleva la simple posesión de la gracia santificante! Nos hace rebasar las fronteras de toda la creación natural, haciéndonos alcanzar, en su vuelo de águila, el plano mismo de la divinidad: al mismo Dios tal como es en sí mismo.

El demonio prometió a nuestros primeros padres en el paraíso que, si comían del árbol prohibido, *serían como dioses* (Gén 3,5). «Es Jesucristo—dice Malebranche—quien, por medio de la gracia, cumple en nosotros la magnífica promesa del demonio» [6].

b) NOS HACE HERMANOS DE CRISTO Y COHEREDEROS CON EL.—Es la tercera afirmación de San Pablo en el texto de la epístola a los Romanos que hemos citado más arriba: «herederos de Dios y coherederos de Cristo» (Rom 8,17). Y esta relación se deriva inmediatamente de las otras dos anteriores. Porque, como dice San Agustín, «el que dice *Padre nuestro* al Padre de Cristo, ¿qué le dice a Cristo *hermano nuestro?*» [7]

Por el hecho mismo de que la gracia nos comunica una participación de la vida divina que Cristo posee en toda su plenitud, es forzoso que vengamos a ser hermanos suyos. Quiso hacerse nuestro hermano según la humanidad «para hacernos hermanos suyos según la divinidad» [8]. Dios nos ha predestinado—afirma San Pablo—para «ser conformes con la imagen de su Hijo, para que éste sea el primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8,29). Ciertamente que no somos hermanos de Cristo según la naturaleza, ni somos hijos de Dios en la misma forma en que lo es El. Cristo es el primogénito entre sus hermanos,

[6] Citado por el P. Sertillanges (*Catecismo de los incrédulos* [Barcelona 1934] p.211).
[7] SAN AGUSTÍN, *In Io.* tr.21 n.3: ML 35,1565.
[8] Cf. prefacio de la fiesta de la Ascensión.

pero también el Hijo unigénito del Padre. En el orden de la naturaleza es El el Hijo único; pero en el de la adopción y de la gracia es El nuestro hermano mayor, a la vez que nuestra Cabeza y la causa de nuestra salud.

Por esta razón, el Padre se digna mirarnos como si fuésemos una misma cosa con su Hijo. Nos ama como a El, lo tiene por hermano nuestro y nos confiere un título a su misma herencia. Somos *coherederos de Cristo.* El tiene derecho natural a la herencia divina, ya que es el Hijo «a quien constituyó heredero de todo, por quien también hizo el mundo» (Heb 1,2). Ahora bien: «convenía que aquel para quien y por quien son todas las cosas, que se proponía llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por las tribulaciones al autor de la salud de ellos. Porque todos, así el que santifica como los santificados, de uno solo vienen, y, por lo tanto, no se avergüenza de llamarnos *hermanos,* diciendo: Anunciaré tu nombre *a mis hermanos,* en medio de la asamblea te alabaré» (Heb 2,10-12). Por esta causa, esos hermanos de Cristo han de compartir con El el amor y la herencia del Padre celestial. Dios nos ha modelado sobre Cristo; nosotros somos con El los hijos de un mismo Padre que está en los cielos. En definitiva, todo acabará, realizándose el supremo anhelo de Cristo: que seamos *uno* con El, como El es uno con su Padre celestial (Jn 17,21-24).

c) NOS INFUNDE LAS VIRTUDES INFUSAS Y LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO.—La gracia santificante es una cualidad sobrenatural que se infunde en la esencia misma de nuestra alma como un elemento *estático, habitual,* no inmediatamente operativo. Para obrar sobrenaturlamente, como exige nuestra elevación al orden sobrenatural por la misma gracia, necesitamos de unas facultades operativas de orden estrictamente sobrenatural que nos capaciten para realizar de manera connatural y sin esfuerzo los actos sobrenaturales propios de nuestra condición de hijos de Dios. Tales son las *virtudes infusas* y los *dones del Espíritu Santo,* que se nos infunden siempre juntamente con la gracia santificante, de

las que son inseparables [9] y de la que constituyen su elemento *operativo* o *dinámico*. Volveremos ampliamente sobre esto en su lugar correspondiente.

II. La inhabitación trinitaria del alma

La gracia santificante, como hemos dicho ya, nos da una verdadera y real participación de la naturaleza misma de Dios, y en este sentido se la puede llamar *divina* con toda propiedad y exactitud. Sin embargo, es del todo evidente que ella no es el mismo Dios, sino una realidad *creada* por Dios para hacernos participantes de su propia naturaleza divina de un modo misterioso, aunque muy real y verdadero.

Pero esta realidad *creada* que es la gracia santificante, lleva siempre consigo, inseparablemente, otra realidad *absolutamente divina e increada,* que no es otra cosa que el mismo Dios, uno y trino, que viene a inhabitar en el fondo mismo de nuestras almas.

Vamos a estudiar esta realidad augusta con la máxima amplitud que nos permite el marco de nuestra obra [10].

1. **Existencia.**—La inhabitación de la Santísima Trinidad en el alma del justo es una de las verdades más claramente manifestadas en el Nuevo Testamento [11]. Con insistencia que muestra bien a las claras la importancia soberana de este misterio, vuelve una y otra vez el sagrado texto a inculcarnos esta

[9] A excepción de la fe y de la esperanza, que pueden subsistir sin la gracia, aunque de una manera *informe,* o sea sin vitalidad alguna de orden meritorio sobrenatural.

[10] Trasladamos aquí lo que hemos escrito en nuestra *Teología de la perfección cristiana* (BAC, Madrid [5]1968) n.40-44.

[11] Como es sabido, aunque en el Antiguo Testamento hay algunos rastros y vestigios del misterio trinitario—sobre todo en la doctrina del «Espíritu de Dios» y de la «Sabiduría»—, sin embargo, la plena revelación del misterio de la vida íntima de Dios estaba reservada al Nuevo Testamento.

sublime verdad. Recordemos algunos de los testimonios más insignes:

«Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y en él haremos nuestra morada» (Jn 14,23).

«Dios es caridad, y el que vive en caridad permanece en Dios y Dios en él» (Jn 4,16).

«¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno profana el templo de Dios, Dios le destruirá. Porque el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros» (1 Cor 3,16-17).

«¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que, por lo tanto, no os pertenecéis? (1 Cor 6,19).

«Pues vosotros sois templo de Dios vivo» (2 Cor 6,16).

«Guarda el buen depósito por la virtud del Espíritu Santo, que mora en nosotros» (2 Tim 1,14).

Como se ve, la Sagrada Escritura emplea diversas fórmulas para expresar la misma verdad: Dios habita dentro del alma en gracia. Con preferencia se atribuye esa inhabitación al Espíritu Santo, no porque quepa una presencia *especial* del Espíritu Santo que no sea común al Padre y al Hijo [12], sino por una muy conveniente *apropiación*, ya que es ésta la gran obra del amor de Dios al hombre y es el Espíritu Santo el Amor esencial en el seno de la Trinidad Santísima.

Los Santos Padres, sobre todo San Agustín, tienen páginas bellísimas comentando el hecho inefable de la divina inhabitación en el alma del justo.

2. **Naturaleza.**—Mucho han escrito y discutido los teólogos acerca de la naturaleza de la inhabitación de las divinas personas en el alma del justo.

[12] Así lo pensaron algunos teólogos, como Lessio, Petau, Tomassino, Scheeben, etc.; pero la inmensa mayoría afirman la doctrina contraria, que se deduce claramente de los datos de la fe y de la doctrina de la Iglesia (D 281-703). Cf. TERRIEN, *La gracia y la gloria* 1.6 c.6 y apénd.5; FROGET, *De l'habitation du Saint Esprit dans les âmes justes* apénd. p.442s; GALTIER, *L'habitation en nous des trois Personnes* p.1.ª c.1 (Roma 1950).

Las opiniones son muchas, y acaso ninguna de ellas nos dé una explicación enteramente satisfactoria del modo misterioso como se realiza la presencia real de las divinas personas en el alma del justo. En todo caso, para la vida de piedad y adelantamiento en la perfección, más que el *modo* como se realiza, interesa el *hecho* de la inhabitación, en el cual están absolutamente de acuerdo todos los teólogos católicos.

Prescindiendo, pues, de las diversas teorías formuladas para explicar el *modo* de la divina inhabitación, vamos a señalar en qué se distingue la presencia de inhabitación de las otras presencias de Dios que señala la teología.

Pueden distinguirse, en efecto, hasta *cinco* presencias de Dios completamente distintas:

1.ª PRESENCIA PERSONAL E HIPOSTÁTICA.—Es la propia y exclusiva de Jesucristo-hombre. En El la persona divina del Verbo no reside como en un templo, sino que constituye su propia personalidad, aun en cuanto hombre. En virtud de la unión hipostática, Cristo-hombre es una persona divina, de ningún modo una persona humana.

2.ª PRESENCIA EUCARÍSTICA.—En la Eucaristía está presente Dios de una manera *especial* que solamente se da en ella. Es el *ubi* eucarístico, que, aunque de una manera directa e inmediata afecta únicamente al cuerpo de Cristo, afecta también indirectamente a las tres divinas personas de la Santísima Trinidad: al Verbo por su unión personal con la humanidad de Cristo, y al Padre y al Espíritu Santo por la *circuminsesión* o presencia mutua de las tres divinas personas entre sí, que las hace absolutamente inseparables.

3.ª Presencia de visión.—Dios está presente en todas partes—como veremos en seguida—, pero no en todas se deja ver. La visión beatífica en el cielo puede considerarse como una presencia especial de Dios distinta de las demás. En el cielo está Dios *dejándose ver.*

4.ª Presencia de inmensidad. — Uno de los atributos de Dios es su *inmensidad,* en virtud de la cual Dios está realmente presente en todas partes, sin que pueda existir criatura o lugar alguno donde no se encuentre Dios. Y esto por tres capítulos:

a) Por esencia, en cuanto que Dics está *dando el ser* a todo cuanto existe sin descansar un instante, de manera parecida a como la fábrica de electricidad está enviando sin cesar el fluido eléctrico que mantiene encendida la bombilla. Si Dios suspendiera un solo instante su acción conservadora sobre cualquier ser, desaparecería *ipso facto* ese ser en la nada, como la lámpara eléctrica se apaga instantáneamente cuando le cortamos la corriente. En este sentido, Dios está presente incluso en un alma en pecado mortal y en el mismísimo demonio, que no podrían existir sin esa presencia divina.

b) Por presencia, en cuanto que Dios tiene continuamente ante sus ojos todos los seres creados, sin que ninguno de ellos pueda sustraerse un solo instante a su mirada divina.

c) Por potencia, en cuanto que Dios tiene sometidas a su poder todas las criaturas. Con una sola palabra las creó y con una sola podría aniquilarlas

5.ª Presencia de inhabitación.—Es la presencia *especial* que establece Dios, uno y trino, en el alma justificada por la gracia.

¿En qué se distingue esta presencia de *inhabitación* de la presencia general de *inmensidad?*

Ante todo hay que decir que la presencia especial de inhabitación supone y preexige la presencia general de inmensidad, sin la cual no sería posible.

Pero añade a esta presencia general dos cosas fundamentales, a saber: la *paternidad* y la *amistad* divinas; la primera, fundada en la *gracia santificante,* y la segunda en la *caridad.*

Vamos a explicar un poco estas realidades inefables.

a) La paternidad.—Como ya dijimos al hablar de la gracia santificante, propiamente hablando, no puede decirse que Dios sea *Padre* de las criaturas en el orden puramente natural. Es verdad que todas han salido de sus manos creadoras, pero este hecho constituye a Dios *Autor* o *Creador* de todas ellas, pero de ningún modo le hace *Padre* de las mismas. El artista que esculpe una estatua en un trozo de madera o de mármol es el *autor* de la estatua, pero de ningún modo su *padre.* Para ser padre es preciso transmitir la propia vida, esto es, la propia naturaleza específica, a otro ser viviente de la misma especie.

Por eso, si Dios quería ser nuestro Padre además de nuestro Creador, era preciso que nos transmitiese su propia naturaleza divina en toda su plenitud—y éste es el caso de Jesucristo, Hijo de Dios por naturaleza—o, al menos, una *participación* real y verdadera de la misma: y éste es el caso del alma justificada. En virtud de la *gracia santificante,* que nos da una participación misteriosa, pero muy real y verdadera, de la misma naturaleza divina, el alma justificada se hace verdaderamente *hija de Dios,* por una adopción *intrínseca* muy superior a las adopciones humanas, puramente jurídicas y extrínsecas. Y desde ese momento, Dios, que ya residía en el alma por su presencia general de inmensidad, *comienza a estar en ella como Padre* y a mirarla como verdadera hija suya. Este es el primer aspecto de la presencia de *inhabitación,* incomparablemente superior, como se ve, a la simple presencia de inmensidad. La presencia de *inmensidad* es común a todo cuanto existe (incluso a las piedras y a los mismos demonios). La de *inhabitación,* en cambio, es propia y exclusiva de los hijos de Dios. Supone siempre la gracia santificante y, por lo mismo, no podría darse sin ella.

b) La amistad.—Pero la gracia santificante no va nunca sola. Lleva consigo el maravilloso cortejo de las virtudes infusas, entre las que destaca, como la más importante

y principal, la *caridad* sobrenatural. La caridad establece una verdadera y mutua *amistad* entre Dios y los hombres: es su esencia misma [13]. Por eso, al infundirse en el alma, juntamente con la gracia santificante, la caridad sobrenatural, Dios comienza a estar en ella de una manera enteramente nueva: ya no está simplemente como *autor,* sino también como verdadero *amigo.* He ahí el segundo entrañable aspecto de la divina inhabitación.

Presencia íntima de Dios, uno y trino, como *Padre* y como *Amigo.* Este es el hecho colosal, que constituye la esencia misma de la inhabitación de la Santísima Trinidad en el alma justificada por la gracia y la caridad.

3. **Finalidad.**—La inhabitación trinitaria en nuestras almas tiene una finalidad altísima, como no podía menos de ser así. Es el gran don de Dios, el primero y el mayor de todos los dones posibles, puesto que nos da la posesión real y verdadera del mismo ser infinito de Dios. La misma gracia santificante, con ser un don de valor inapreciable, vale infinitamente menos que la divina inhabitación. Esta última recibe en teología el nombre de gracia *increada,* a diferencia de la gracia habitual o santificante, que se designa con el de gracia *creada.* Hay un abismo entre una criatura—por muy perfecta que sea—y el mismo Creador.

La inhabitación equivale en el cristiano a la unión hipostática en la persona de Cristo, aunque no sea ella, sino la gracia habitual, la que nos constituye formalmente hijos adoptivos de Dios. La gracia santificante penetra y empapa formalmente nuestra alma *divinizándola.* Pero la divina inhabitación es como la encarnación o inserción en nuestras almas de lo absolutamente divino: del mismo ser de Dios tal como es en sí mismo, uno en esencia y trino en personas.

Dos son las principales finalidades de la divina inhabitación en nuestras almas:

[13] Cf. II-II q.23 a.1.

1.ª La Santísima Trinidad inhabita en nuestras almas para hacernos participantes de su vida íntima divina y transformarnos en Dios.

La vida íntima de Dios consiste, como ya dijimos, en la procesión de las divinas personas—el Verbo, del Padre por vía de generación intelectual; y el Espíritu Santo, del Padre y del Hijo por vía de procedencia afectiva—y en la infinita complacencia que en ellos experimentan las divinas personas entre sí.

Ahora bien: por increíble que parezca esta afirmación, la inhabitación trinitaria en nuestras almas tiende, como meta suprema, a hacernos participantes del misterio de la vida íntima divina, *asociándonos a El* y transformándonos en Dios, en la medida en que es posible a una simple criatura. Escuchemos a San Juan de la Cruz—doctor de la Iglesia universal—explicando esta increíble maravilla [14]:

«Este *aspirar del aire* es una habilidad que el alma dice que le dará allí en la comunicación del Espíritu Santo; el cual, a manera de *aspirar,* con aquella su aspiración divina muy subidamente levanta el alma y la informa y habilita *para que ella aspire en Dios la misma aspiración de amor que el Padre aspira en el Hijo, y el Hijo en el Padre, que es el mismo Espíritu Santo,* que a ella le aspira en el Padre y el Hijo en la dicha transformación, para unirla consigo. Porque no sería verdadera y total transformación *si no se transformase el alma en las tres personas de la Santísima Trinidad en revelado y manifiesto grado.*

Y esta tal *aspiración* del Espíritu Santo en el alma, con que Dios la transforma en sí, le es a ella de tan subido y delicado y profundo deleite, que no hay que decirlo por lengua mortal, ni el entendimiento humano en cuanto tal puede alcanzar algo de ello...

Y no hay que tener por imposible que el alma pueda

[14] SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual* c.39 n.3-4 y 7.

una cosa tan alta, que el alma aspire en Dios como Dios aspira en ella *por modo participado.* Porque dado que Dios le haga merced de unirla en la Santísima Trinidad, *en que el alma se hace deiforme y Dios por participación,* ¿que increíble cosa es que obre ella también su obra de entendimiento, noticia y amor, o por mejor decir, *la tenga obrada en la Trinidad juntamente con ella como la misma Trinidad?* Pero *por modo comunicado y participado, obrándolo Dios en la misma alma;* porque esto es estar transformada en las tres personas en potencia y sabiduría y amor, y en esto es semejante el alma a Dios, y para que pudiese venir a esto la crió a su imagen y semejanza...

¡Oh almas criadas para estas grandezas y *para ellas llamadas!,* ¿qué hacéis? ¿En qué os entretenéis? Vuestras pretensiones son bajezas, y vuestras posesiones, miserias. ¡Oh miserable ceguera de los ojos de vuestra alma, pues para tanta luz estáis ciegos y para tan grandes voces sordos, no viendo que en tanto que buscáis grandezas y gloria os quedáis miserables y bajos, de tantos bienes hechos ignorantes e indignos».

Hasta aquí San Juan de la Cruz. Realmente, el apóstrofe final del sublime místico fontivereño está plenamente justificado. Ante la perspectiva soberana de nuestra total transformación en Dios, el cristiano debería despreciar radicalmente todas las miserias de la tierra y dedicarse con ardor incontenible a intensificar cada vez más su vida trinitaria hasta remontarse poco a poco a las más altas cumbres de la unión mística con Dios.

No se vaya a pensar, sin embargo, que esa total transformación en Dios de que hablan los místicos experimentales como coronamiento supremo de la inhabitación trinitaria tiene un sentido panteísta de absorción de la propia personalidad en el torrente de la vida divina. Nada más lejos de esto. La unión panteísta no es propiamente unión, sino negación absoluta de la unión, puesto que uno de los dos términos—la criatura—desaparece al ser absorbido por Dios. La unión mística no es esto. El

alma transformada en Dios no pierde jamás su propia personalidad creada. Santo Tomás pone el ejemplo, extraordinariamente gráfico y expresivo, del hierro candente, que, sin perder su propia naturaleza de hierro, adquiere las propiedades del fuego y se hace fuego por participación [15].

Comentando esta divina transformación a base de la imagen del hierro candente, escribe con acierto el P. Ramière [16]:

«Es verdad que en el hierro abrasado está la semejanza del fuego, mas no es tal que el más hábil pintor pueda reproducirla sirviéndose de los más vivos colores; ella no puede resultar sino de la presencia y acción del mismo fuego. La presencia del fuego y la combustión del hierro son dos cosas distintas; pues ésta es una manera de ser del hierro, y aquélla una relación del mismo con una sustancia extraña. Pero las dos cosas, por distintas que sean, son inseparables una de otra; el fuego no puede estar *unido al hierro sin abrasarle*, y la combustión del hierro no puede resultar sino de su unión con el fuego.

Así, el alma justa posee en sí misma una santidad distinta del Espíritu Santo; mas ella es inseparable de la presencia del Espíritu Santo en esa alma, y, por lo tanto, es infinitamente superior a la más elevada santidad que pudiera alcanzar un alma en la que no morase el Espíritu Santo. Esta última alma no podría ser divinizada sino *moralm*ente, por la semejanza de sus disposiciones con las de Dios; el cristiano, por el contrario, es divinizado *físicamente*, y, en cierto sentido, *sustancialmente*, puesto que, sin convertirse en una misma sustancia y en una misma persona con Dios, posee en sí la sustancia de Dios y recibe la comunicación de su vida».

[15] Cf. I-II q.112 a.1; I q.8 a.1; I q.44 a.1, etc.
[16] ENRIQUE RAMIÈRE, S. I., *El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano* (Bilbao 1936) c.229-30.

2.ª La Santísima Trinidad inhabita en nuestras almas para darnos la plena posesión de Dios y el goce fruitivo de las divinas personas.

Dos cosas se contienen en esta conclusión, que vamos a examinar por separado:

a) Para darnos la plena posesión de Dios. Decíamos al hablar de la presencia divina de inmensidad que, en virtud de la misma, Dios estaba íntimamente presente en todas las cosas—incluso en los mismos demonios del infierno—por esencia, presencia y potencia. Y, sin embargo, un ser que no tenga con Dios otro contacto que el que proviene únicamente de esta presencia de inmensidad, propiamente hablando no *posee* a Dios, puesto que este tesoro infinito no le pertenece en modo alguno. Escuchemos de nuevo al P. Ramière [17]:

«Podemos imaginarnos a un hombre pobrísimo junto a un inmenso tesoro, sin que por estar próximo a él se haga rico, pues lo que hace la riqueza no es la proximidad, sino la *posesión* del oro. Tal es la diferencia entre el alma justa y el alma del pecador. El pecador, el condenado mismo, tienen a su lado y *en sí mismos* el bien infinito, y, sin embargo, permanecen en su indigencia, porque este tesoro no les pertenece; al paso que el cristiano en estado de gracia tiene en sí el Espíritu Santo, y con El la plenitud de las gracias celestiales *como un tesoro que le pertenece en propiedad* y del cual puede usar cuando y como le pareciere.

¡Qué grande es la felicidad del cristiano! ¡Qué verdad, bien entendida por nuestro entendimiento, para ensanchar nuestro corazón! ¡Qué influjo en nuestra vida entera si la tuviéramos constantemente ante los ojos! La persuasión que tenemos de la presencia real del cuerpo de Jesucristo en el copón nos inspira el más profundo horror a la profanación de ese vaso de metal. ¡Qué horror tendríamos también a la menor profanación de nuestro cuerpo si no perdiéramos de vista este dogma de fe, tan cierto como

[17] O.c., p.216-217.

el primero, a saber, *la presencia real en nosotros del Espíritu de Jesucristo!* ¿Es por ventura el divino Espíritu menos santo que la carne sagrada del Hombre-Dios? ¿O pensamos que da El a la santidad de esos vasos de oro y templos materiales más importancia que a la de sus templos vivos y tabernáculos espirituales?»

Nada, en efecto, debería llenar de tanto horror al cristiano como la posibilidad de perder este tesoro divino por el pecado mortal. Las mayores calamidades y desgracias que podamos imaginar en el plano puramente humano y temporal—enfermedades, calumnias, pérdida de todos los bienes materiales, muerte de los seres queridos, etc.—son cosa de juguete y de risa comparadas con la terrible catástrofe que representa para el alma un solo pecado mortal. Aquí la pérdida es absoluta y rigurosamente *infinita.*

b) PARA DARNOS EL GOCE FRUITIVO DE LAS DIVINAS PERSONAS.—Por más que asombre leerlo, es ésta una de las finalidades más entrañables de la divina inhabitación en nuestras almas.

El príncipe de la teología católica, Santo Tomás de Aquino, escribió en su *Suma Teológica* estas sorprendentes palabras [18]:

«No se dice que poseamos sino aquello de que libremente podemos usar y disfrutar. Ahora bien, sólo por la gracia santificante *tenemos la potestad de disfrutar de la persona divina* («potestatem *fruendi* divina persona»).

Por el don de la gracia santificante es perfeccionada la criatura racional, no sólo para usar libremente de aquel don creado, sino para *gozar de la misma persona divina* («ut ipsa persona divina *fruatur*»)».

Los místicos experimentales han comprobado en la práctica la profunda realidad de estas palabras. Santa Catalina de Siena, Santa Teresa, San Juan de

[18] I q.43 a.3 *c* y ad 1.

la Cruz, sor Isabel de la Trinidad y otros muchos hablan de experiencias trinitarias inefables. Sus descripciones desconciertan, a veces, a los teólogos especulativos, demasiado aficionados, quizá, a medir las grandezas de Dios con la cortedad de la pobre razón humana, aun iluminada por la fe [19].

Escuchemos algunos testimonios explícitos de los místicos experimentales:

SANTA TERESA.—«Quiere ya nuestro buen Dios quitarle las escamas de los ojos y que vea y entienda algo de la merced que le hace, aunque es por una manera extraña; y metida en aquella morada por visión intelectual, por cierta manera de representación de la verdad, *se le muestra la Santísima Trinidad, todas tres personas*, con una inflamación que primero viene a su espíritu a manera de una nube de grandísima claridad, *y estas personas distintas*, y por una noticia amable que se da al alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres personas una sustancia y un poder y un saber y un solo Dios. De manera que lo que tenemos por fe, allí lo entiende el alma, podemos decir, por vista, aunque no es vista con los ojos del cuerpo ni del alma, porque no es visión imaginaria. *Aquí se le comunican todas tres personas*, y la hablan, y la dan a entender aquellas palabras que dice el Evangelio que dijo el Señor: que vendrían El y el Padre y el Espíritu Santo a morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos.

¡Oh, válgame Dios! ¡Cuán diferente cosa es oír estas palabras y creerlas a entender por esta manera cuán verdaderas son! Y cada día se espanta más esta alma, porque nunca más le parece se fueron de con ella, sino que notoriamente ve, de la manera que queda dicho, que están en lo interior de su alma; *en lo muy muy interior*, en una cosa muy honda—que no sabe decir cómo es, porque no tiene letras—, siente en sí esta divina compañía» [20].

[19] En realidad, las discrepancias entre teólogos y místicos son más aparentes que reales. La experiencia mística, por su propia inefabilidad, no es apta para ser expresada con los pobres conceptos humanos. De ahí que los místicos se vean constreñidos a emplear un lenguaje inadecuado, que, a la luz de la simple razón natural, parece excesivo e inexacto, cuando en realidad se queda todavía muy por debajo de la experiencia inefable que trata de expresar. Véase, por ejemplo, el texto de San Juan de la Cruz que vamos a citar inmediatamente.

[20] SANTA TERESA, *Moradas séptimas* 1,6-7.

San Juan de la Cruz.—Ya hemos citado en la conclusión anterior un texto extraordinariamente expresivo. Oigámosle ponderar el deleite inefable que el alma experimenta en su sublime experiencia trinitaria:

«De donde la delicadez del deleite que en este toque se siente, es imposible decirse; ni yo querría hablar de ello, porque no se entienda que aquello no es más de lo que se dice, que no hay vocablos para declarar cosas tan subidas de Dios como en estas almas pasan, de las cuales el propio lenguaje es entenderlo para sí y sentirlo para sí, y callarlo y gozarlo el que lo tiene..., y así sólo se puede decir, y con verdad, que *a vida eterna sabe;* que aunque en esta vida no se goza perfectamente como en la gloria, con todo esto, este toque de Dios, *a vida eterna sabe*» [21].

Sor Isabel de la Trinidad.—«He aquí cómo yo entiendo ser la «casa de Dios»: viviendo en el seno de la tranquila Trinidad, en mi abismo interior, en esta fortaleza inexpugnable del santo recogimiento, de que habla San Juan de la Cruz.

David cantaba: «Anhela mi alma y desfallece en los atrios del Señor» (Sal 83,3). Me parece que ésta debe ser la actitud de toda alma que se recoge en sus atrios interiores para contemplar allí a su Dios y ponerse en contacto estrechísimo con El. Se siente desfallecer en un divino desvanecimiento ante la presencia de este Amor todopoderoso, de esta majestad infinita que mora en ella. No es la vida quien la abandona, es ella quien desprecia esta vida natural y quien se retira, porque siente que no es digna de su esencia tan rica, y que se va a morir y a desaparecer en su Dios» [22].

Esta es, en toda su sublime grandeza, una de las finalidades más entrañables de la inhabitación de la Santísima Trinidad en nuestras almas: darnos una experiencia inefable del gran misterio trinitario, a manera de pregusto y anticipo de la bienaventuranza eterna. Las personas divinas se entre-

[21] San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva* canc.2 n.21.

[22] Sor Isabel de la Trinidad, *Ultimo retiro de «Laudem gloriae»*, día 16. Puede verse en Philipon, *La doctrina espiritual de sor Isabel de la Trinidad,* al final.

gan al alma para que *gocemos de ellas,* según la asombrosa terminología del Doctor Angélico, plenamente comprobada en la práctica por los místicos experimentales. Y aunque esta inefable experiencia constituye, sin duda alguna, el grado más elevado y sublime de la unión mística con Dios, no representa, sin embargo, un favor de tipo «extraordinario» a la manera de las gracias «gratis dadas»; entra, por el contrario, en el desarrollo normal de la gracia santificante, y *todos los cristianos están llamados a estas alturas,* y a ellas llegarían, efectivamente, si fueran perfectamente fieles a la gracia y no paralizaran con sus continuas resistencias la acción santificadora progresiva del Espíritu Santo. Escuchemos a Santa Teresa proclamando abiertamente esta doctrina:

«Mirad *que convida el Señor a todos;* pues es la misma verdad, no hay que dudar. *Si no fuera general este convite, no nos llamara el Señor a todos,* y aunque nos llamara, no dijera: «Yo os daré de beber» (Jn 7,37). Pudiera decir; Venid todos, que, en fin, no perderéis nada; y a los que a mí me pareciere, yo los daré de beber. Mas como dijo, sin esta condición, *a todos,* tengo por cierto que a *todos los que no se quedaren en el camino no les faltará este agua viva»* [23]

Vale la pena, pues, hacer de nuestra parte todo cuanto podamos para *disponernos,* con la gracia de Dios, a gozar, aun en este mundo, de esta inefable experiencia trinitaria. Los medios más importantes para disponernos a ello son: *fe viva, caridad ardiente, recogimiento profundo* y *actos fervientes de adoración* de las divinas personas inhabitantes en nuestras almas.

4. **Inhabitación y sacramentos.**—Como acabamos de ver, toda alma en gracia es templo de la

[23] SANTA TERESA, *Camino de perfección* 19,15; cf. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Llama* canc.2 v.27.

Santísima Trinidad y sagrario del Espíritu Santo, según consta expresamente en la divina revelación (Jn 14,23; 1 Cor 3,16). Pero esta inhabitación de las divinas personas se perfecciona y echa más hondas raíces al aumentar en el alma el grado de gracia santificante, sea cual fuere la causa que haya determinado ese aumento [24].

Entre las causas determinantes de ese aumento figuran, en primer lugar, los *sacramentos*, que fueron instituidos por Jesucristo precisamente para darnos o aumentarnos la gracia santificante [25]. El *bautismo* y la *penitencia*—para el que recibe esta última en las debidas condiciones después de haber perdido la gracia por el pecado mortal—*producen* en el alma la divina inhabitación al infundirle la gracia santificante, de la que son inseparables. Los demás sacramentos—y también la misma *penitencia* para el que la recibe estando ya en gracia de Dios—producen *un aumento* de la gracia y una mayor radicación o inhesión de las divinas personas en el alma.

En orden al aumento de la gracia y al perfeccionamiento de la inhabitación trinitaria en el alma, interesa destacar, principalmente, la acción de la Eucaristía y del sacramento de la confirmación. Vamos a exponerlo brevemente.

[24] Dichas causas son tres: los sacramentos, que aumentan la gracia por su propia virtud intrínseca *(ex opere operato);* la práctica de las *virtudes infusas,* que constituyen el *mérito sobrenatural (ex opere operantis);* y *la oración,* que puede aumentarnos la gracia por su *fuerza impetratoria* (como limosna gratuita), independientemente del mérito que lleva consigo. Hemos explicado ampliamente todo esto en nuestra *Teología de la perfección cristiana* n.284ss, adonde remitimos al lector que desee mayor información.

[25] Cf. D 844.849.850.851.

a) La Eucaristía

El mayor y más excelente de los siete sacramentos instituidos por Cristo es la santísima Eucaristía. En ella no solamente recibimos la gracia, sino también al Autor mismo de la gracia, que es el propio Cristo. Recibimos el agua juntamente con la fuente o manantial de donde brota.

Pero lo que muchos cristianos ignoran es que, juntamente con el Verbo encarnado, recibimos en la Eucaristía al Padre y al Espíritu Santo, porque las tres divinas personas son absolutamente inseparables entre sí. Donde está una de ellas están necesariamente las otras dos, en virtud de ese inefable misterio que recibe en teología el nombre de divina *circuminsesión*. Este misterio consta expresamente en la Sagrada Escritura y ha sido definido por el magisterio oficial de la Iglesia. He aquí las pruebas:

a) La Sagrada Escritura.—El mismo Cristo dice: «Yo y el Padre somos una sola cosa... El Padre está en mí, y yo, en el Padre» (Jn 10,30 y 38). «El que me ha visto a mí ha visto al Padre...; el Padre, que mora en mí, hace sus obras. Creedme, que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí» (Jn 14,9-11). Lo mismo hay que decir, naturalmente, del Espíritu Santo.

b) El magisterio de la Iglesia.—He aquí, entre otros muchos textos, las palabras explícitas del concilio de Florencia:

«Por razón de esta unidad, el Padre está todo en el Hijo, todo en el Espíritu Santo; el Hijo está todo en el Padre, todo en el Espíritu Santo; el Espíritu Santo está todo en el Padre, todo en el Hijo. Ninguno precede a otro en eternidad, o le excede en grandeza, o le sobrepuja en potestad» (D 704).

Este misterio, como hemos dicho, recibe en teología el nombre de *circuminsesión*, que equivale

aproximadamente a *mutua y recíproca inhesión* de las personas divinas entre sí. En virtud de ella, donde esté una persona divina están también necesariamente las otras dos, ya que son absolutamente inseparables entre sí y de la misma esencia divina, que es común a las tres personas. Luego en la Eucaristía, juntamente con la humanidad y la divinidad de Cristo (el Hijo de Dios), están también el Padre y el Espíritu Santo, aunque por distintas razones, a saber: el Verbo divino se hace presente en la Eucaristía en virtud de su *unión hipostática* con el cuerpo y la sangre de Cristo, mientras que el Padre y el Espíritu Santo están presentes en virtud de la *circuminsesión* intratrinitaria.

De donde se sigue que, en cada comunión eucarística bien recibida, se verifica en el alma del justo una más penetrante *inhabitación* o *inhesión* de las divinas personas [28]. La Eucaristía constituye un verdadero tesoro para el alma que la recibe dignamente.

b) La confirmación

El sacramento de la confirmación puede definirse en los siguientes términos: *Es un sacramento instituido por nuestro Señor Jesucristo en el que, por la imposición de las manos y la unción con el crisma bajo la fórmula prescrita, se da al bautizado la plenitud del Espíritu Santo, juntamente con la gracia y el carácter sacramental, para robustecerle en la fe y confesarla valientemente como buen soldado de Cristo.*

En esta amplia definición están recogidos todos los elementos esenciales que nos dan a conocer la naturaleza íntima de este gran sacramento, llamado, con razón, el de la plenitud del Espíritu Santo.

[28] Cf. I q.43 a.6 c ad 4.

La fórmula sacramental que pronuncia el ministro es la siguiente: «Yo te señalo con la señal de la cruz y te confirmo con el crisma de la salud en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

El *Catecismo Romano* [27] expone los efectos de este sacramento en la siguiente forma:

«El don propio de la confirmación—además de los efectos comunes con los demás sacramentos—es perfeccionar la gracia bautismal. Quienes han sido hechos cristianos por el bautismo son aún como niños recién nacidos (cf. 1 Pe 2,2), tiernos y delicados. Con el sacramento de la confirmación se robustecen contra todos los posibles asaltos de la carne, del demonio y del mundo, y su alma se vigoriza en la fe para profesar y confesar valientemente el nombre de nuestro Señor Jesucristo. De aquí el nombre de *confirmación*».

El sacramento de la confirmación equivale a un verdadero Pentecostés para cada uno de los bautizados en Cristo. A semejanza de los apóstoles, cuya debilidad y cobardía en las horas de la pasión de Cristo se convirtió en energía y fortaleza sobrehumanas cuando descendió sobre ellos el fuego de Pentecostés, el cristiano que recibe el sacramento de la confirmación siente robustecidas sus fuerzas espirituales, sobre todo en orden a la proclamación y pública defensa de la fe que recibió en el bautismo.

«El sacramento de la confirmación—escribe a este propósito el P. Philipon [28]—perpetúa en la Iglesia todos los beneficios de Pentecostés. Los efectos del bautismo son maravillosamente sobrepasados. El Espíritu Santo, ya en posesión del alma cristiana, la colma esta vez de sus gracias sobreabundantes, de la plenitud de sus dones. Con razón se le atribuye a El el triunfo moral de los vírgenes

[27] *Catecismo Romano* p.2.ª c.2 n.20.
[28] *Los sacramentos en la vida cristiana* c.2.

y de los mártires. Es el Espíritu de Dios, que forma el alma de los santos. De esta presencia personal y misteriosa del Espíritu Santo proceden en el alma esos avisos secretos, esas incesantes invitaciones, esas continuas mociones del Espíritu, sin las cuales nadie puede alistarse ni permanecer en los caminos de la salvación, ni menos aún avanzar en el camino de la perfección. Por el contrario, por el juego y funcionamiento de los dones del Espíritu Santo, el justo, que vive ya la vida de la gracia desde su bautismo, se eleva hacia la perfección. Gracias a ellos, el alma, dócil a las menores inspiraciones divinas, avanza con rapidez en la vida de fe, de esperanza, de caridad y en la práctica de todas las virtudes. Su vida espiritual encuentra su plena expansión y desenvolvimiento. Esos dones del Espíritu Santo obran en ella con tanta eficacia, que la conducen hasta las más altas cumbres de la santidad».

El sacramento de la confirmación imprime un *carácter* o marca indeleble en el alma del que lo recibe válidamente (aunque lo recibiera en pecado mortal, ya que el *carácter* es separable de la gracia), en virtud del cual el cristiano se hace *soldado de Cristo* y recibe la potestad de confesar oficialmente —*ex officio*—la fe de Cristo y de recibir las cosas sagradas de una manera más perfecta, juntamente con el derecho a las gracias actuales que durante toda su vida le sean necesarias para esa confesión y defensa de la fe. Es, pues, de un precio y valor inestimables. Pero, precisamente por su excelsa grandeza, el sacramento de la confirmación lleva consigo grandes exigencias y responsabilidades. He aquí algunas de las más importantes:

a) Obliga a adquirir una buena cultura religiosa, como condición indispensable para la defensa de la fe contra todos sus enemigos.

b) Obliga a despreciar el llamado *respeto humano*, incompatible con el ardor y la valentía con que el soldado de Cristo ha de proclamar públicamente su fe.

c) Nos impulsa al apostolado en todas sus formas, principalmente en nuestro propio ambiente y circunstancias especiales de nuestra vida.

d) Nos obliga a una continua atención a las inspiraciones internas del Espíritu Santo y a una exquisita fidelidad a la gracia. A quien mucho se le dio, mucho se le pedirá.

Capítulo 7

ACCION DEL ESPIRITU SANTO EN EL ALMA

Acabamos de ver en el capítulo anterior de qué manera el Espíritu Santo, en unión con el Padre y el Hijo, es el dulce huésped de nuestras almas —*dulcis hospes animae*[1]—, en donde mora como en un verdadero templo viviente.

Pero es cosa del todo clara y evidente que el Espíritu Santo no mora en nuestra alma de una manera pasiva e inoperante, sino para desplegar en ella una actividad vivísima, orientada a perfeccionarla de grado en grado y conducirla, si ella no pone obstáculos a su divina acción, hasta las cumbres más elevadas de la unión con Dios, en que consiste la santidad.

Como ya hemos indicado en el capítulo anterior, juntamente con la gracia santificante se nos infunden en el alma las *virtudes infusas* y los *dones del Espíritu Santo,* que constituyen el elemento dinámico u operativo de nuestro organismo sobrenatural. Unas y otros son *hábitos sobrenaturales* que el Espíritu Santo infunde en nuestras almas juntamente con la gracia santificante para capacitarnos en orden a la producción de los actos sobrenaturales propios de nuestra condición de hijos de Dios. Sin ellos no podríamos realizar esos actos sobrenaturales[2] aun estando en posesión de la gracia santificante, ya que ésta—como vimos—es un hábito sobrenatural *entitativo,* no operativo, que reside en la esencia misma de nuestra alma para divini-

[1] *Secuencia* de la misa de Pentecostés.
[2] A menos del empuje *violento* de una gracia actual, como explicaremos en seguida.

zarla, pero sin que esté destinada a la acción. Para realizar actos *sobrenaturales* de manera *connatural* a nuestra filiación divina necesitamos los correspondientes hábitos sobrenaturales *operativos,* que informen las potencias de nuestra alma, elevándolas al plano sobrenatural y capacitándolas para producir aquellos actos sobrenaturales. Estos hábitos sobrenaturales operativos son las *virtudes infusas* y los *dones del Espíritu Santo.*

Unas y otros son movidos por el Espíritu Santo —aunque de modo muy distinto, como veremos en seguida—en la empresa sublime de la santificación de los hijos de Dios.

1. Las virtudes infusas

Expondremos brevemente su *naturaleza, existencia, división* fundamental y *de qué modo actúan* en cada caso bajo la moción del Espíritu Santo.

1. **Naturaleza.**—Las virtudes infusas son *hábitos operativos infundidos por Dios en las potencias del alma para disponerlas a obrar sobrenaturalmente según el dictamen de la razón iluminada por la fe.* Su existencia y necesidad se desprenden de la naturaleza misma de la gracia santificante. Semilla de Dios, la gracia es un germen divino que pide, de suyo, crecimiento y desarrollo hasta alcanzar su perfección. Pero como la gracia no es por sí misma operativa—aunque lo sea *radicalmente,* como principio remoto de todas nuestras operaciones sobrenaturales—, síguese que, de suyo, exige y postula unos *principios inmediatos de operación* que fluyan de su misma esencia y le sean inseparables.

De lo contrario, el hombre estaría elevado al orden sobrenatural tan sólo en el fondo de su alma, pero no en sus potencias o facultades operativas. Y aunque, en ab-

soluto, Dios podría elevar nuestras operaciones al orden sobrenatural mediante gracias actuales continuas, se produciría, no obstante, una verdadera *violencia* en la psicología humana por la tremenda desproporción entre la pura potencia natural y el acto sobrenatural a realizar. Ahora bien, esta violencia no puede conciliarse con la suavidad de la Providencia divina, que mueve a todos los seres en armonía y de acuerdo con su propia naturaleza [3]. La infusión de esos principios operativos sobrenaturales—virtudes infusas—evita este serio inconveniente, haciendo que el hombre pueda tender al fin sobrenatural de una manera perfectamente *connatural*, con suavidad y sin violencias, bajo la moción divina de una gracia actual enteramente proporcionada a esos hábitos infusos.

2. **Existencia.**—La existencia de las virtudes infusas—sobre todo de las teologales, que son las más importantes—consta expresamente en la Sagrada Escritura [4] y ha sido proclamada reiteradamente por el magisterio oficial de la Iglesia [5].

3. **División.**—Las virtudes infusas se dividen en dos grupos fundamentales. El primero dispone las potencias del alma en orden al *fin* sobrenatural: son las tres virtudes *teologales* (fe, esperanza y caridad). El segundo dispone las mismas potencias en orden a los *medios* para alcanzar aquel fin: son las cuatro *cardinales* (prudencia, justicia, fortaleza y templanza), con todo el cortejo de sus virtudes anejas o derivadas. En total son más de cincuenta las que recoge Santo Tomás en su maravillosa *Suma Teológica* [6]. Con ellas todas las potencias y energías del hombre quedan elevadas al orden de la gracia. En cada potencia, y con relación a cada objeto específicamente distinto, hay un hábito

[3] Cf. I-II q.110 a.2.
[4] Cf. 1 Cor 13,13; 2 Pe 1,5-7; Rom 8,5-6; 8,15; 1 Cor 2,14; Sant 1,5, etcétera.
[5] Cf. D 410.483.800.821, etc.
[6] Hemos expuesto ampliamente todo esto en nuestra *Teología de la perfección cristiana* n.98-116 (5.ª ed.), adonde remitimos al lector que desee mayor información.

sobrenatural que dispone al hombre a obrar conforme al principio de la gracia y desarrollar con esa operación la vida sobrenatural.

4. **Cómo actuán.**—Este es un punto importantísimo para determinar con toda precisión y exactitud la acción del Espíritu Santo en nuestra propia santificación.

Para que una virtud infusa pueda pasar al acto (o sea para que pueda realizar la acción virtuosa correspondiente), *es absolutamente necesaria la previa moción de una gracia actual procedente de Dios.*

En efecto: es absolutamente imposible que el esfuerzo puramente natural del alma pueda poner en ejercicio los hábitos infusos, toda vez que el orden natural no puede determinar las operaciones del sobrenatural: hay un abismo insondable entre los dos, pertenecen a dos planos enteramente distintos, de los cuales el sobrenatural rebasa y trasciende infinitamente todo el plano natural. Ni es posible tampoco que esos hábitos infusos puedan actuarse por sí mismos, porque un hábito cualquiera nunca puede actuarse sino en virtud y por acción del agente que lo causó; y, tratándose de hábitos *infusos,* sólo Dios, que los produjo, puede ponerlos en movimiento. Se impone, pues, la acción de Dios con la misma necesidad absoluta con que se exige en metafísica la influencia de un ser *en acto* para que una potencia cualquiera pueda producir el suyo. Hablando en absoluto, Dios podría desarrollar y perfeccionar la gracia santificante, infundida en la esencia misma de nuestra alma, a base únicamente de gracias actuales, sin infundir en las potencias ningún hábito sobrenatural operativo [7]. Pero, en cambio, no podría desarrollarla sin las gracias *actuales* aun dotándonos de toda clase de hábitos operativos infusos, ya que esos hábitos no podrían jamás pasar al acto sin la previa *moción divina,* que en el orden sobrenatural no es otra cosa que la *gracia actual.*

Todo acto de una virtud infusa cualquiera y toda actuación de los dones del Espíritu Santo su-

[7] Aunque ya hemos dicho que esto sería antinatural y violento. Hablamos ahora únicamente de la potencia absoluta de Dios, no de lo que de hecho ha realizado en nuestras almas.

pone, por consiguiente, una previa gracia actual que ha puesto en movimiento esa virtud o ese don [8]. Precisamente la gracia actual no es otra cosa que el influjo divino que ha movido ese hábito infuso a la operación.

Ahora bien: ¿de qué manera mueve el Espíritu Santo el hábito de una virtud infusa? ¿Con qué clase de moción? ¿Es la misma moción con la que mueve el hábito de los dones, o se trata de una moción completamente distinta?

De momento vamos a adelantarle al lector que la moción del Espíritu Santo con relación a las virtudes infusas es *completamente distinta* de la que mueve el hábito de los dones del propio Espíritu Santo. A las virtudes infusas las mueve con el impulso de una gracia actual al *modo humano* (aunque de orden estrictamente sobrenatural, como es obvio, pues se trata de mover un hábito sobrenatural también), mientras que a sus propios dones los mueve el Espíritu Santo con una gracia actual *al modo divino o sobrehumano.* El resultado es, naturalmente, que los actos procedentes de los dones del Espíritu Santo son incomparablemente más perfectos que los procedentes de las virtudes infusas. Al explicar la naturaleza de la divina moción *donal* precisaremos con más detalle esta diferencia fundamental con la moción de las virtudes infusas, para poner de manifiesto la importancia y necesidad de los dones del Espíritu Santo en orden al pleno desarrollo de la vida cristiana en su ascensión a la santidad.

2. Los dones del Espíritu Santo

Dada la gran importancia de los dones del Espíritu Santo en una obra dedicada toda ella a la tercera persona de la Santísima Trinidad, vamos a

[8] Aunque, desde luego, no toda gracia actual produce necesaria o infaliblemente un acto de virtud. Puede tratarse de una gracia *suficiente* a la que el hombre ha querido resistir (v.gr., el pecador que siente en su interior una inspiración divina, un remordimiento, etc., y no hace caso).

estudiarlos con la máxima amplitud que nos permite el marco de nuestra obra [1].

En este capítulo nos limitaremos al estudio de los dones *en general,* reservando para los capítulos siguientes el estudio de cada uno de ellos en particular.

1. Los dones de Dios

El primer gran don de Dios es el propio Espíritu Santo, que es el amor mismo con que Dios se ama y nos ama. De El dice la liturgia de la Iglesia que es el don del Dios Altísimo: *Altissimi donum Dei* [2]. El Espíritu Santo es el primer don de Dios, no sólo en cuanto que es el Amor infinito en el seno de la Trinidad Beatísima, sino también en cuanto está en nosotros por *misión* o envío.

De este primer gran *don* proceden todos los demás dones de Dios, ya que, en último análisis, todo cuanto Dios da a las criaturas, tanto en el orden sobrenatural como en el mismo natural, no son sino efectos totalmente gratuitos de su libérrimo e infinito amor.

En sentido amplio, por consiguiente, todo cuanto hemos recibido de Dios son «dones del Espíritu Santo». Pero, en sentido propio y estricto, reciben ese nombre ciertos hábitos sobrenaturales infundidos por Dios en las almas juntamente con la gracia santificante y las virtudes infusas, en orden a su plena santificación. En este sentido estricto los tomamos aquí.

[1] El lector que desee mayor información puede consultar, entre otras, la magnífica obra del P. Ignacio G. Menéndez-Reigada *Los dones del Espíritu Santo y la perfección cristiana,* publicada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid 1948).

[2] Himno *Veni, Creator* de la liturgia de Pentecostés.

2. Existencia

La existencia de los dones del Espíritu Santo tiene su fundamento remoto en la misma Sagrada Escritura. Es clásico el texto de Isaías (11,1-3):

> «Y brotará una vara del tronco de Jesé,
> y retoñará de sus raíces un vástago,
> sobre el que reposará el espíritu de Yavé:
> espíritu de sabiduría y de inteligencia,
> espíritu de consejo y de fortaleza,
> espíritu de entendimiento y de temor de Yavé.
> Y pronunciará sus decretos en el temor de Yavé».

Este texto es claramente mesiánico y propiamente de sólo el Mesías habla [3]. Pero, no obstante, los Santos Padres y la misma Iglesia lo extienden también a los fieles de Cristo en virtud del principio universal de la economía de la gracia que enuncia San Pablo, cuando dice: «Porque a los que de antes conoció, a ésos los predestinó a ser *conformes con la imagen de su Hijo,* para que éste sea el primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8,29). De donde se infiere que todo cuanto hay de perfección en Cristo, nuestra Cabeza, *si es comunicable,* se encuentra también en sus miembros unidos a El por la gracia. Y es evidente que los dones del Espíritu Santo pertenecen a las perfecciones sobrenaturales *comunicables,* teniendo en cuenta, además, la necesidad que tenemos de ellos, como veremos en seguida. Por lo tanto, como la gracia en las cosas necesarias es tan pródiga, por lo menos, como la naturaleza misma, hay que concluir rectamente que los siete espíritus que el profeta vio descansar sobre Cristo son también patrimonio de todos cuantos permanezcan unidos a El por la caridad.

[3] Cf. *Biblia comentada* vol.3, Libros proféticos (BAC, Madrid 1961) p.139-43.

Los Santos Padres, tanto griegos como latinos, hablan con frecuencia de los dones del Espíritu Santo, apoyándose, en general, en el texto de Isaías, y lo aplican a Cristo y a cada uno de los cristianos en gracia. Entre los Padres griegos destacan San Justino, Orígenes, San Cirilo de Alejandría, San Gregorio Nacianceno y Dídimo el Ciego, de Alejandría. Entre los latinos, la primacía se la lleva San Agustín, seguido muy de cerca por San Gregorio Magno; pero se encuentran también muy buenas cosas sobre los dones en San Victorino, San Hilario, San Ambrosio y San Jerónimo.

La Iglesia habló expresamente de ellos en el sínodo romano celebrado en el año 382 bajo el papa San Dámaso (cf. D 83). Alude repetidas veces a ellos en la liturgia de Pentecostés (himno *Veni, Creator,* en la secuencia *Veni, Sancte Spiritus* de la misa, etc.) y en la solemne administración del sacramento de la confirmación. El inmortal pontífice León XIII expuso magníficamente la doctrina de los dones en su encíclica *Divinum illud munus,* dedicada íntegramente al Espíritu Santo.

El testimonio de toda la tradición, apoyado con sólido fundamento en la Sagrada Escritura, lleva a una certidumbre absoluta sobre la existencia de los dones del Espíritu Santo en todos los fieles en gracia. Y no faltan teólogos de gran autoridad que consideran esta existencia como una verdad *de fe,* en virtud del magisterio ordinario y universal de la Iglesia [4].

3. Número de los dones

Esta es una cuestión de importancia secundaria. En el texto masorético de Isaías que hemos recogido más arriba se enumeran únicamente seis dones, repitiendo al final el don de *temor.* Pero en la versión bíblica de los Setenta, lo mismo que en la Vulgata latina, se enumeran siete, añadiendo el don de *pie-*

[4] Entre ellos JUAN DE SANTO TOMÁS, el mejor comentarista del Angélico Doctor en la doctrina de los dones (cf *Cursus Theologicus* t.6 d.18 a.2 n.4 p.583 (ed. Vivès, 1885). Entre los modernos, el P. Aldama, S. I., *Sacrae Theologiae Summa,* BAC, vol.3 p.726 (2.ª ed). 1953).

dad a los seis del texto masorético. La divergencia aparente entre ambas versiones procede de la doble traducción que admite la palabra hebrea *yira't* («temor»), que puede traducirse también por *piedad.*

En todo caso, como es sabido, es muy frecuente en la Biblia emplear el número siete para significar una *plenitud* indeterminada, sin que tenga que reducirse precisamente al número concreto de siete. San Ambrosio y San Agustín insisten en que el número *siete* tiene aquí un valor de *plenitud;* es decir, todo el cúmulo de dones deseables moraban en el Mesías [5].

De todas formas, sería temerario y sin valor objetivo alguno lanzarse a improvisar otros nombres distintos de los siete que nos ha transmitido unánimemente la tradición. Sólo a base de ellos puede construirse seriamente la teología de los dones, y así lo han hecho efectivamente los Santos Padres y los teólogos de todas las escuelas. A ellos nos atendremos también nosotros.

4. Naturaleza

Más que el número de los dones interesa conocer su naturaleza íntima. Nos la dará a conocer la siguiente definición teológica:

Los dones del Espíritu Santo son hábitos sobrenaturales infundidos por Dios en las potencias del alma para recibir y secundar con facilidad las mociones del propio Espíritu Santo al modo divino o sobrehumano.

Vamos a explicar la definición palabra por palabra.

a) SON HÁBITOS SOBRENATURALES.—En el famoso texto de Isaías se nos dice que los dones *reposarán* sobre el Mesías, lo cual quiere decir que per-

[5] SAN AMBROSIO, *De Spiritu Sancto* 1,159: PL 16,771; SAN AGUSTÍN, *De civ. Dei* 11,31: PL 41,344.

manecerán en El de una manera constante, *habitual.* Luego *análogamente* se confieren a los miembros de Cristo también de modo permanente o *habitual.* La misma fe nos enseña la presencia permanente del Espíritu Santo en toda alma en gracia (1 Cor 6,19), y el Espíritu Santo no está nunca sin sus dones.

b) INFUNDIDOS POR DIOS.—Es cosa clara y evidente si tenemos en cuenta que se trata de realidades *sobrenaturales,* que el alma no podría adquirir jamás por sus propias fuerzas, ya que trascienden infinitamente todo el orden puramente natural.

c) EN LAS POTENCIAS DEL ALMA.—Son el sujeto donde residen, lo mismo que las virtudes infusas, cuyo acto sobrenatural vienen a perfeccionar los donde, dándoles la modalidad divina o sobrehumana propia de ellos, como veremos en seguida.

d) PARA RECIBIR Y SECUNDAR CON FACILIDAD. Es lo propio y característico de los *hábitos,* que perfeccionan las potencias precisamente para recibir y secundar con facilidad la moción del agente que los mueva.

e) LAS MOCIONES DEL PROPIO ESPÍRITU SANTO, que es quien los mueve y actúa directa e inmediatamente como *causa motora y principal,* a diferencia de las virtudes infusas, que son movidas o actuadas por el mismo hombre como causa motora y principal, aunque siempre bajo la previa moción de una gracia actual.

f) AL MODO DIVINO O SOBREHUMANO.—Esta es la principal diferencia entre la moción ordinaria de la gracia actual, moviendo las virtudes infusas al *modo humano,* y la moción divina, que pone

en acto los dones del Espíritu Santo al *modo divino o sobrehumano.* Vamos a explicar aparte este punto interesantísimo.

5. La moción divina de los dones

La moción divina de los dones es muy distinta de la moción divina que pone en marcha las virtudes infusas. En la noción divina de las virtudes, Dios actúa como *causa principal primera,* pero al hombre le corresponde la plena responsabilidad de la acción como *causa principal segunda* enteramente subordinada a la primera. Por eso los actos de las virtudes son totalmente nuestros, pues parten de nosotros mismos, de nuestra razón y de nuestro libre albedrío, aunque siempre, desde luego, bajo la moción de Dios como causa primera, sin la cual ningún ser en potencia puede pasar al acto en el orden natural ni en el sobrenatural.

Pero, en el caso de los dones, la moción divina que los pone en marcha es muy distinta: Dios actúa, no como *causa principal primera*—como ocurre con las virtudes—, sino como *causa principal única,* y el hombre deja de ser *causa principal segunda,* pasando a la categoría de simple *causa instrumental* del efecto que el Espíritu Santo producirá en el alma como causa principal *única.* Por eso los actos procedentes de los dones son materialmente humanos, pero formalmente *divinos,* de manera semejante a la melodía que un artista arranca de su arpa, que es materialmente del arpa, pero formalmente del artista que la maneja. Y esto no disminuye en nada el *mérito* del alma que produce *instrumentalmente* ese acto divino secundando dócilmente la divina moción, ya que no actúa como un instrumento muerto o inerte—como el cepillo del carpintero o la pluma del escritor—, sino como

un instrumento *vivo y consciente* que se adhiere con toda la fuerza de su libre albedrío a la moción divina, dejándose conducir por ella y secundándola plenamente [6]. La pasividad del alma bajo la moción divina de los dones es tan sólo relativa, o sea tan sólo con respecto a la *iniciativa* del acto, que corresponde única y exclusivamente al Espíritu Santo; pero, una vez recibida la divina moción, el alma reacciona activamente y se asocia intensísimamente a ella con toda la fuerza vital de que es capaz y con toda la plenitud de su libre albedrío. De esta manera se conjugan y completan mutuamente la iniciativa divina, la pasividad relativa del alma, la reacción vital de la misma, el ejercicio del libre albedrío y el mérito sobrenatural de la acción.

Así se explica por qué, en el ejercicio de las virtudes infusas, el alma se encuentra en pleno *estado activo*. Sus actos se producen al *modo humano* y tiene plena conciencia de que es ella la que obra cuando y como le place (v.gr., realizando un acto de humildad, de oración, de obediencia, etc., cuando quiere y como quiere). Es ella, sencillamente, la causa *motora y principal* de sus propios actos, aunque siempre, desde luego, bajo la moción divina de la gracia actual ordinaria, que nunca falta y siempre está

[6] Lo dice expresamente Santo Tomás al contestar a una objeción sobre la necesidad de los dones como *hábitos*. He aquí la objeción y su respuesta:

OBJECIÓN: «Los dones del Espíritu Santo perfeccionan al hombre en cuanto que obra movido por el Espíritu de Dios. Pero el hombre, movido por el Espíritu de Dios, se comporta respecto de El como *instrumento;* y es el agente principal, no el instrumento, el que debe ser perfeccionado por un hábito. Luego los dones del Espíritu Santo no son hábitos».

RESPUESTA: «El argumento sería válido en el caso de un instrumento cuya misión no fuera actuar, sino únicamente ser actuado. Pero el hombre no es un instrumento de este género, sino que de tal modo es movido por el Espíritu Santo, que *también él obra o se mueve, por cuanto está dotado de libre albedrío.* Luego necesita de un hábito» (I-II q.68 a.3 a. 2).

Santo Tomás repite esta misma doctrina en otros muchos lugares. Véase, por ejemplo, con respecto a la humanidad de Cristo, *instrumento del Verbo divino,* que se movía, sin embargo, *por propia voluntad,* secundando la acción del Verbo (III p.18 a.1 ad 2).

a nuestra disposición cuando queremos obrar virtuosamente, como el aire para respirar.

El ejercicio de los dones—como ya hemos dicho—es completamente distinto. El Espíritu Santo es la *única causa motora y principal* que mueve el hábito de los dones, pasando el alma a la categoría de simple *instrumento,* aunque consciente y libre. El alma reacciona vitalmente al recibir la moción de los dones—y de esta manera se salva la libertad y el mérito bajo la acción donal—, pero sólo para *secundar* la divina moción, cuya iniciativa y plena responsabilidad corresponde por entero al Espíritu Santo mismo, que actúa como *única causa motora y principal.* Por esto, tanto más perfecta y limpia resultará la acción donal cuanto el alma acierte a secundar con mayor docilidad esa divina moción, adhiriéndose fuertemente a ella sin torcerla ni desviarla con movimientos de iniciativa humana, que no harían sino entorpecer la acción santificadora del Espíritu Santo.

Síguese de aquí que el alma, cuando sienta la acción del Espíritu Santo, debe reprimir su propia iniciativa humana y reducir su actividad a secundar dócilmente la moción divina, permaneciendo *pasiva* con relación a ella. Esta pasividad—entiéndase bien—sólo lo es con relación al agente divino; pero, en realidad, se transforma en una actividad vivísima por parte del alma, aunque única y exclusivamente para *secundar* la acción divina, sin alterarla ni modificarla con iniciativas humanas. En este sentido puede y debe decirse que el alma *obra* también *instrumentalmente* lo que en ella se obra, *produce* lo que en ella se produce, *ejecuta* lo que en ella el Espíritu Santo ejecuta. Se trata, sencillamente, de una *actividad recibida* [7], de una absorción de la actividad natural por una actividad sobrenatural, de una sublimación de las potencias a un orden *divino* de operación, que nada absolutamente tiene que ver con la estéril inacción del quietismo.

6. Necesidad de los dones del Espíritu Santo

Los dones del Espíritu Santo son absolutamente necesarios para la perfección de las virtudes infusas

«En los dones del Espíritu Santo, la mente humana no se comporta como *motor,* sino como *movida*» (II-II q.52 a.2 ad 1).

—o, lo que es lo mismo, para llegar a la plena perfección cristiana—, e incluso para la misma salvación eterna. Veámoslo por separado.

1) Los dones del Espíritu Santo son necesarios para la perfección de las virtudes infusas.—La razón fundamental es por la gran desproporción entre las mismas virtudes infusas y el sujeto donde residen: el alma humana.

En efecto: como es sabido, las virtudes infusas son *hábitos sobrenaturales,* divinos, y el sujeto en que se reciben es el alma humana, o, más exactamente, sus potencias o facultades.

Ahora bien: como, según el conocido aforismo de las escuelas teológicas, «lo que se recibe, se recibe al modo del recipiente», las virtudes infusas, al recibirse en las potencias del alma, se rebajan y degradan, vienen a adquirir nuestro *modo humano* —por su inevitable acomodamiento al funcionamiento psicológico natural del hombre—y están como ahogadas en esa atmósfera humana, que es casi irrespirable para ellas. Y ésta es la razón de que las virtudes *infusas,* a pesar de ser mucho más perfectas que sus correspondientes virtudes *adquiridas* (que se adquieren por la repetición de actos *naturalmente virtuosos),* no nos hacen obrar con tanta facilidad como éstas, precisamente por la imperfección con que poseemos los hábitos infusos, que son *sobrenaturales.* Se ve esto muy claro en un pecador que se arrepiente y confiesa después de una vida desordenada: vuelve fácilmente a sus pecados a pesar de haber recibido con la gracia todas las virtudes infusas. Cosa que no ocurre con el que, a fuerza de repetir actos virtuosos, ha llegado a adquirir alguna virtud natural o *adquirida.*

Ahora bien: es claro y evidente que, si poseemos imperfectamente en el alma el *hábito* de las virtudes

infusas, los *actos* que provengan de él serán también imperfectos, a no ser que un agente superior venga a perfeccionarlos. Y ésta es, precisamente, la finalidad de los dones del Espíritu Santo. Movidos y regulados, no por la razón humana, como las virtudes, sino por el Espíritu Santo mismo, proporcionan a las virtudes infusas—sobre todo a las teologales—la *atmósfera divina* que necesitan para desarrollar toda su virtualidad sobrenatural [8].

De manera que la imperfección de las virtudes infusas no está en ellas mismas—son perfectísimas en sí mismas—, sino en el *modo imperfecto* con que nosotros las poseemos, a causa de su misma perfección trascendental y nuestra propia imperfección humana, que les imprime forzosamente el *modo humano* de la simple razón natural iluminada por la fe. De ahí la necesidad de que los dones del Espíritu Santo vengan en ayuda de las virtudes infusas, disponiendo las potencias del alma para ser movidas por un agente superior—el Espíritu Santo mismo—, que las hará actuar de un *modo divino,* esto es, de un modo totalmente proporcionado al objeto perfectísimo de las virtudes infusas. Bajo la acción de los dones, las virtudes infusas se encuentran, por decirlo así, *en su propio ambiente* [9].

De donde se sigue que, sin la actuación frecuente y dominante de los dones del Espíritu Santo moviendo *a lo divino* las virtudes infusas, jamás podrán alcanzar éstas su plena expansión y desarrollo, por mucho que multipliquen e intensifiquen sus actos al modo humano. Sin el régimen predominante de los dones del Espíritu Santo es imposible llegar a la perfección cristiana [10].

2) Los dones del Espíritu Santo son necesarios, en cierto sentido, incluso para la salvación.—Para ponerlo fuera de toda duda, bas-

[8] Cf. I-II q.68 a.2. Esta es la razón de la perfecta inutilidad de una operación de los dones al *modo humano,* suponiendo que fuera posible. No resolvería absolutamente nada en orden a la perfección de las virtudes. Continuaría la misma imperfección de la *modalidad humana.*

[9] Cf. I-II q.68 a.2.

[10] Véase el estudio teológico, exhaustivo sobre esta materia, del padre Ignacio G. Menéndez-Reigada, *Necesidad de los dones del Espíritu Santo* (Salamanca 1940).

ta tener en cuenta la corrupción de la naturaleza humana como consecuencia del pecado original con el que todos venimos al mundo. Las virtudes no residen en una naturaleza sana, sino en una *mal inclinada* por el pecado. Y aunque las virtudes infusas, en cuanto depende de ellas, tienen fuerza suficiente para vencer todas las tentaciones que se les opongan, no pueden, *de hecho,* sin la ayuda de los dones, vencer las tentaciones *graves* que pueden sobrevenir inesperadamente y de súbito en un momento dado. En estas situaciones imprevistas, en las que la caída en el pecado o la resistencia es cuestión de un instante, no puede el hombre echar mano del discurso lento y trabajoso de la razón, sino que es preciso que se mueva rápidamente, como *por instinto* sobrenatural, esto es, bajo la moción de los dones del Espíritu Santo, que nos proporcionan, precisamente, esa especie de *instinto de lo divino.* Sin esa moción de los dones, la caída en el pecado sería casi segura, dada la inclinación viciosa de la naturaleza humana, herida por la culpa original.

Claro que estas situaciones tan difíciles y embarazosas no son frecuentes en la vida del hombre. Pero es suficiente que puedan producirse alguna vez para concluir que, al menos en esas ocasiones, la actuación de los dones se hace necesaria incluso para la misma salvación eterna.

7. El modo deiforme de los dones del Espíritu Santo

Como hemos explicado más arriba, la característica más importante y fundamental de los dones del Espíritu Santo es su actuación al modo divino o sobrehumano, o sea *la modalidad divina* que imprimen a los actos de las virtudes infusas cuando son perfeccionadas por los dones del Espíritu Santo.

Dada la importancia excepcional de esta doctrina en la teología de los dones, ofrecemos al lector a continuación unas palabras del padre Philipon explicando admirablemente estas ideas [11]:

«La propiedad más fundamental de los dones del Espíritu Santo es su *modo deiforme:* sus actos emanan de nosotros, pero bajo la inspiración divina. Dios es su *regla* y su *medida,* su *motor especial.*

En efecto, los actos humanos pueden tener una triple medida:

1. Una medida *humana,* que imprime a toda nuestra vida moral la regulación de la razón. Es el caso de las virtudes *naturales* o *adquiridas.*

2. Una medida *humano-divina* en el orden de la gracia santificante, que viene a sobreelevar en su esencia toda nuestra actividad virtuosa para hacerla participar en la vida de pensamiento, de amor y de acción del Dios trino mediante las virtudes cristianas *(infusas),* pero dejando aún al hombre su *modo de obrar connatural* (o sea *el modo humano),* según las deliberaciones de su razón discursiva y las razonadas inclinaciones de su voluntad. Es el régimen común de las virtudes teologales y morales (infusas) cuando el hombre, divinizado por la gracia de adopción, realiza actos elícitos que, en sustancia, pertenecen al orden sobrenatural, pero cuya manera de realizarse sigue siendo *humana.*

3. Hay, finalmente, un régimen superior de vida virtuosa, *deiforme* no sólo en su sustancia, sino también en *su modo,* en el que los actos tienen la medida divina del Espíritu de Dios, que es su *Motor* y su *Regla* especificadora. Este es el caso de los dones del Espíritu Santo. Dios no solamente es la causa eficiente de estos actos. El toma la iniciativa de los mismos, los inspira, los realiza a su *medida divina.* participada en grados diversos por el hombre, convertido en hijo de Dios por la gracia y dirigido por su Espíritu. Este obrar *deiforme* reviste entonces la manera de pensar, amar, querer y obrar del Espíritu de Dios, en la proporción posible al hombre, sin salirse de sus condiciones de espíritu encarnado... El hombre a quien anima el soplo del Espíritu está como arre-

[11] P. Philipon, O. P., *Los dones del Espíritu Santo* (Barcelona 1966) p.149-151.

batado y sostenido por las raudas alas de un águila todopoderosa.

Este obrar *deiforme* reviste entonces la manera de pensar, de amar, de querer y de obrar propia del mismo Espíritu de Dios. La vida espiritual del hombre viene a convertirse como una proyección en él de las costumbres de la Trinidad, en cuyo seno entra, a imitación del Hijo único del Padre, no haciendo más que uno con El, místicamente, en la unidad de una misma persona, transformándose el cristiano en «otro Cristo» que camina por la tierra, identificado con todos los sentimientos del Verbo encarnado, glorificador del Padre y Salvador de los hombres. El cristiano avanza así por la vida, iluminado en su inteligencia por la claridad del Verbo, con su vida de amor al ritmo del Espíritu Santo, actuando en toda su conducta interior y exterior según el modelo de la actividad «ad extra» de las tres personas divinas en la indivisible unidad de su esencia. El Espíritu de Dios se hace no sólo *inspirador* y *motor,* sino también *regla, forma* y *vida* de esta actividad al modo deiforme y cristiforme propia del cristiano, cada vez más revestido por la fe, por el amor y por la práctica, de todas las virtudes de la santidad de Cristo.

En los diversos tratados de los dones del Espíritu Santo no se insiste bastante en que, dentro del orden concreto de la economía de la salvación, la actividad de los dones se realiza en nosotros no ya sólo de un modo *deiforme,* sino además de un modo *cristiforme,* que nos configura con el Hijo único del Padre. Creer es verlo todo con la mirada de Cristo. Lo esperamos todo de la omnipotente y misericordiosa Trinidad, pero en virtud de los méritos de Cristo. Nuestra vida de amor a Dios, nuestro Padre, y a los hombres, nuestros hermanos, se expande en una amistad con todos en la persona de Cristo. E igual sucede con las demás virtudes y con los demás dones del Espíritu Santo. Toda nuestra vida espiritual se desarrolla en nosotros, según la expresión de San Pablo, «en Cristo Jesús».

El ejemplar trinitario es la regla suprema de la actividad deiforme de los dones. Animado por el Espíritu Santo en cada uno de sus actos, *el cristiano debería pasar por la tierra a la manera de un Dios encarnado*».

3. Los frutos del Espíritu Santo

Cuando el alma corresponde dócilmente a la moción interior del Espíritu Santo, produce *actos* exquisitos de virtud que pueden compararse a los frutos sazonados de un árbol. No todos los actos que proceden de la gracia tienen razón de *frutos*, sino únicamente los más sazonados y exquisitos, que llevan consigo gran suavidad y dulzura. Son sencillamente los actos procedentes de los dones del Espíritu Santo [12].

Se distinguen de los dones como el fruto se distingue de la rama y el efecto de la causa. Y se distinguen también de las bienaventuranzas evangélicas —de las que hablaremos en seguida— en el grado de perfección; estas últimas son más perfectas y acabadas que los frutos. Por eso todas las bienaventuranzas son frutos, pero no todos los frutos son bienaventuranzas [13].

Los frutos son completamente contrarios a las obras de la carne, ya que ésta tiende a los bienes sensibles, que son inferiores al hombre, mientras que el Espíritu Santo nos mueve a lo que está por encima de nosotros [14].

En cuanto al número de los frutos, la Vulgata enumera doce: caridad, gozo espiritual, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad (Gál 5,22-23). Pero, en el texto paulino original, sólo se citan nueve: caridad, gozo, paz, longanimidad, afabilidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza. Es por-

[12] Aunque no exclusivamente. Pueden proceder también de las virtudes. Según Santo Tomás, son frutos del Espíritu Santo todos aquellos actos virtuosos en los que el alma halla consolación espiritual (c. I-II q.70 a.2).
[13] Cf. I-II q.70 a.2.
[14] Cf. I-II q.70 a.4.

que—como dice muy bien Santo Tomás, de acuerdo con San Agustín—el Apóstol no tuvo intención de enumerarlos todos, sino que se limitó a citar algunos por vía de ejemplo; pero en realidad son o pueden ser muchos más, ya que se trata de *actos,* no de *hábitos,* como los dones.

4. *Las bienaventuranzas evangélicas*

Más perfectas todavía que los frutos son las bienaventuranzas evangélicas. Ellas señalan el punto culminante y el coronamiento definitivo—acá en la tierra—de toda la vida cristiana.

Al igual que los frutos, las bienaventuranzas no son *hábitos,* sino *actos* [15]. Como los frutos, proceden de las virtudes y de los dones; pero son tan perfectos, que hay que atribuirlos a los dones más que a las virtudes [16]. Por razón de las espléndidas recompensas que las acompañan, son ya en esta vida como un anticipo de la bienaventuranza eterna [17].

En el sermón de la Montaña, nuestro Señor las reduce a ocho: pobreza de espíritu, mansedumbre, lágrimas, hambre y sed de justicia, misericordia, pureza de corazón, paz y persecución por causa de la justicia (Mt 5,3-10). Pero también podemos decir que se trata de un número simbólico que no reconoce límites.

He aquí ahora, en breve visión esquemática, la correspondencia entre las virtudes infusas, los dones del Espíritu Santo y las bienaventuranzas evangélicas, tal como la establece Santo Tomás [18]:

[15] Cf. I-II q.69 a.1.
[16] Cf. I-II q.69 a.1 ad 1; q.70 a.2.
[17] Cf. I-II q.69 a.2.
[18] Cf. I-II q.68-69; II-II q.8.9.19.45.52.121.139.141 ad 3.

	Virtudes	*Dones*	*Bienaventuranzas*
Teologales (acerca del fin)	Caridad	Sabiduría . . .	Los pacíficos.
	Fe	Entendimiento	Los limpios de corazón.
		Ciencia	Los que lloran.
	Esperanza . .	Temor	Pobres de espíritu.
Morales (acerca de los medios)	Prudencia . .	Consejo	Los misericordiosos.
	Justicia . . .	Piedad	Los mansos.
	Fortaleza . . .	Fortaleza . . .	Hambre y sed.
	Templanza . .	Temor	Pobres de espíritu.

En el cuadro anterior no figura la octava bienaventuranza (persecución por causa de la justicia), porque, siendo la más perfecta de todas, contiene y abarca todas las demás en medio de los mayores obstáculos y dificultades [19].

Vamos a pasar ahora al estudio detallado de cada uno de los dones del Espíritu Santo en particular.

[19] Cf. I-II q.69 a.3 ad 5; a.4 ad 2.

CAPÍTULO 8

EL DON DE TEMOR DE DIOS

Los dones del Espíritu Santo son todos perfectísimos; pero, sin duda alguna, existe entre ellos una jerarquía que determina diferentes grados de excelencia y perfección. Esta escala jerárquica comienza en la base con el don de *temor* y acaba en la cumbre con el don de *sabiduría,* que es el más sublime y excelente de todos. Vamos, pues, a empezar con el estudio del don de temor [1].

1. ¿Es posible que Dios sea temido?

El Doctor Angélico, Santo Tomás de Aquino, comienza la larga y magnífica cuestión que dedica en su obra fundamental al don de temor de Dios, preguntando si Dios puede ser temido [2].

A primera vista parece, efectivamente, que Dios no puede ni debe ser temido. Y esto en virtud de dos argumentos muy claros y sencillos:

a) El objeto del temor es un mal futuro que puede sobrevenirnos. Pero de Dios, que es la suma bondad, no puede sobrevenirnos ningún mal. Luego no puede ni debe ser temido.

b) El temor se opone a la esperanza, como enseñan los filósofos. Pero tenemos suma esperanza en Dios. Luego no podemos temerle a la vez.

A pesar de estas dificultades, es cosa clara y evidente que Dios puede y debe ser temido rectamente. No es posible temer a Dios en cuanto bien supremo y futura bienaventuranza del hombre; en este senti-

[1] Cf. nuestra *Teología de la perfección cristiana* (BAC, Madrid [5]1968) n.353-358.

[2] Cf. II-II q.19 a.1.

do es objeto únicamente de amor y deseo. Pero Dios es también infinitamente justo, que odia y castiga el pecado del hombre; y, en este sentido, puede y debe ser temido, por cuanto puede infligirnos un mal en castigo de nuestras culpas.

A la primera dificultad se responde que la *culpa* del pecado no viene de Dios como su autor, sino de nosotros mismos, por cuanto nos apartamos de El. El castigo o *pena* de ese pecado, *sí* viene de Dios, porque es una pena justa, y, por lo mismo, un bien. Pero el que Dios justamente nos inflija una pena sucede primordialmente por culpa de nuestros pecados, según leemos en el libro de la Sabiduría: «Dios no hizo la muerte; pero los impíos la trajeron con sus obras y palabras» (Sab 1,13-16).

La segunda dificultad se desvanece diciendo que en Dios se ha de considerar la justicia, por la que castiga a los pecadores, y la misericordia, por la que nos libra. Con la consideración de su justicia se suscita en nosotros el temor, y con la consideración de su misericordia nos invade la esperanza. De este modo, bajo diversos aspectos, Dios es objeto de esperanza y de temor.

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que hay muchas clases de temor, y no todas son perfectas, ni siquiera virtuosas. Vamos a precisarlo inmediatamente.

2. Diferentes clases de temor

Pueden distinguirse cuatro clases de temor muy distintos entre sí:

1) TEMOR MUNDANO.—Es aquel que no vacila en ofender a Dios para evitar un mal temporal (v. gr., apostatando de la fe para evitar los tormentos del tirano que la persigue). Está bien claro que este temor no solamente no es virtuoso, sino que constituye un gran pecado, puesto que se prefiere un bien creado (la propia vida, en este caso) al amor del bien increado, que es el mismo Dios. Por eso dice Cristo en el Evangelio: «El que halla su vida, la pierde; pero el que la perdiere por amor de mí, la

hallará» (Mt 10,39). A este género de temor *mundano* se reducen, en mayor o menor grado, los pecados que se cometen por *respetos humanos.* Bien lejos de esta clase de temor mundano estaba Santa Teresa de Jesús cuando decía que prefería ser «ingratísima contra todo el mundo» antes que ofender en un solo punto a Dios [3].

2) Temor servil.—Es propio del siervo, que sirve a su señor por miedo al castigo que, de no hacerlo, podría sobrevenirle. Hay que distinguir dos modalidades en esta clase de temor:

a) Si el miedo al castigo constituye la razón *única* de evitar el pecado, constituye un verdadero pecado, puesto que nada le importa la ofensa de Dios, sino únicamente el temor al castigo (v.gr., el que dijera: «Cometería el pecado si no hubiera infierno»). Es malo y pecaminoso, porque, aunque de hecho evita la *materialidad* del pecado, *incurre formalmente en él* por el afecto que le profesa; no le importaría para nada la ofensa de Dios si no llevara consigo la pena. En este sentido se llama temor *servilmente* servil y es siempre malo y pecaminoso.

b) Si el miedo al castigo no es la causa única ni próxima, pero *acompaña* a la causa primera y principal (que es el temor de ofender a Dios), es bueno y honesto, porque, en fin de cuentas, rechaza el pecado principalmente *porque es ofensa de Dios y, además, porque nos puede castigar si lo cometemos.* Es el llamado dolor de *atrición,* que la Iglesia declara bueno y honesto contra la doctrina de los protestantes y jansenistas [4]. Se le llama también temor *simplemente servil.*

3) Temor filial imperfecto.—Es aquel temor que evita el pecado *porque nos separaría de Dios, a quien amamos.* Es el temor propio del hijo que ama a su padre y no quiere separarse de él. Ya se comprende que esta clase de temor es muy buena y honesta. Pero todavía no es del todo perfecta, puesto que tiene en cuenta todavía el castigo propio que le sobrevendría: la separación del padre y, por lo mismo, del cielo. Aunque es muy superior al temor simplemente servil, puesto que el castigo que teme proviene del amor que profesa a su padre, y no del miedo a otra clase de penas. Es el llamado *temor inicial,* que

[3] Santa Teresa, *Libro de su vida* c.5 n.4.
[4] Cf. D. 818.898.915.1.303-305.

ocupa un lugar intermedio entre el servil y el propiamente filial, como vamos a ver.

4) Temor filial perfecto.—Es el propio del hijo amoroso, pendiente de las órdenes del padre, al que no desobedecerá *únicamente por no disgustarle,* aunque no le amenazara a él ninguna clase de pena o de castigo. Es el temor perfectísimo del que sabe decir con toda verdad: «Aunque no hubiera cielo, yo te amara, y aunque no hubiera infierno, te temiera».

Ahora bien, ¿cuál de estos temores es don del Espíritu Santo?

Es evidente que ni el *mundano* ni el *servil* pueden serlo. No el mundano, porque es pecaminoso: teme más perder al mundo que a Dios, a quien abandona por el mundo. Ni tampoco el servil, porque, aunque, de suyo, no es malo, puede darse también en el pecador mediante una gracia actual que le mueva al dolor de atrición por el temor de la pena. Este temor es ya una gracia de Dios que le mueve al arrepentimiento, pero todavía no está conectado con la caridad ni, por consiguiente, con los dones del Espíritu Santo.

Según Santo Tomás, sólo el amor *filial perfecto* entra en el don de temor, porque se funda directamente en la caridad y reverencia hacia Dios como Padre. Pero como el temor filial imperfecto (temor *inicial)* no difiere sustancialmente del filial perfecto, también el imperfecto entra a formar parte del don de temor, aunque sólo en sus manifestaciones incipientes o imperfectas. A medida que crece la caridad, se va purificando este temor inicial, perdiendo su modalidad servil, que todavía teme la pena, para fijarse únicamente en la culpa en cuanto ofensa de Dios [5].

Con estas nociones ya podemos abordar la naturaleza íntima del don de temor.

[5] Cf. II-II q.19 a.8-10.

3. Naturaleza del don de temor

El don de temor es uno de los más complejos y difíciles de precisar con toda exactitud y rigor teológico. En lo que tiene de más íntimo y positivo, podríamos dar de él la siguiente definición:

El don de temor es un hábito sobrenatural por el cual el justo, bajo el instinto del Espíritu Santo y dominado por un sentimiento reverencial hacia la majestad de Dios, adquiere docilidad especial para apartarse del pecado y someterse totalmente a la divina voluntad.

De momento baste con esta noción general. Al precisar más abajo las principales virtudes con las que se relaciona y los admirables efectos que produce en el alma la actuación del don de temor, acabaremos de perfilar la naturaleza íntima de este admirable don.

4. Su modo deiforme

Dios es la causa suprema y ejemplar de todos los dones sobrenaturales que hemos recibido de su divina liberalidad. Pero parece que con relación al don de temor no es posible encontrar en El ninguna suerte de ejemplaridad, ya que en Dios es absolutamente imposible la existencia de cualquier clase de temor.

«La ejemplaridad divina—escribe a este propósito el padre Philipon [6]—, que salta a la vista en todos los demás dones del Espíritu Santo, es difícil de percibir en el don de temor.

Compréndese sin esfuerzo que los dones intelectuales tengan por prototipo la inteligencia, la ciencia, la sabiduría y el consejo de Dios. El don de piedad es como una imitación de la glorificación que Dios halla en sí mismo,

[6] P. PHILIPON, O. P., *Los dones del Espíritu Santo* (Barcelona 1966) p.337-338.

en su Verbo. Y el don de fortaleza, como un reflejo de la omnipotencia y la inmutabilidad divinas. Pero ¿cómo descubrir en Dios un modelo del don de temor?

Sí que lo hay: su alejamiento de todo mal, es decir, su santidad infinita, que comunica a los hombres y a los ángeles, que «tiemblan» ante El; algo de su pureza divina, inaccesible al más mínimo mancillamiento y dotada de un poder soberanamente eficaz contra todas las formas del mal. El Espíritu de Dios es un Espíritu de temor, lo mismo que lo es de amor, de inteligencia, de ciencia, de sabiduría, de consejo, de fortaleza y de piedad. En su acción personal en lo más íntimo del alma, el Espíritu del Padre y del Hijo transmite algo de la infinita detestación del pecado que existe en Dios mismo, y de su voluntad de oponerse al «mal de culpa», y de su ordenación del «mal de pena» por su vengadora justicia para su mayor gloria y para restituir el orden en el universo.

Un sentimiento análogo es participado, en el fondo de las almas, bajo la influencia directa del Espíritu de temor: ante todo, una detestación enérgica del pecado, dictada por la caridad; además, un sentimiento de reverencia para con la infinita grandeza de aquel cuya soberana bondad merece ser el fin supremo de cada uno de nuestros actos, sin la menor desviación egoísta hacia el pecado.

El modo deiforme del Espíritu de temor se mide por la santidad de Dios».

5. Virtudes relacionadas

Los dones del Espíritu Santo se relacionan íntimamente entre sí y con todo el conjunto de las virtudes cristianas, ya que unos y otras son inseparables de la caridad sobrenatural, que es la *forma* de todas las virtudes y dones, el alma de todos ellos. Sin embargo, cada uno de los dones se relaciona especialmente con alguna o algunas virtudes infusas, a las que se encarga de perfeccionar por su gran afinidad con ellas. El don de temor se relaciona muy especialmente con la esperanza, la templanza, la religión y la humildad. Vamos a verlo con detalle.

a) LA ESPERANZA.—El hombre siente natural propensión a amarse desordenadamente a sí mismo, a presumir que algo es, algo vale y algo puede en orden a conseguir su bienaventuranza. Es el pecado de presunción, contrario por exceso a la virtud de la esperanza, que únicamente arrancará de raíz el don de temor al darnos un sentimiento *sobrenatural* y vivísimo de nuestra radical impotencia ante Dios, que traerá como consecuencia el apoyarnos únicamente en la omnipotencia auxiliadora de Dios, que es, cabalmente, el motivo formal de la esperanza cristiana. Sin la actuación intensa del don de temor, esta última nunca llegará a ser del todo perfecta [7].

«La esperanza—escribe a este propósito el P. Philipon [8]—induce al alma humana, consciente de su fragilidad y de su miseria, a refugiarse en Dios, cuya omnipotencia misericordiosa es la única que puede librarla de todo mal. Así, el espíritu de temor y la esperanza teologal, el sentido de nuestra debilidad y el de la omnipotencia de Dios, se prestan en nosotros mutuo apoyo. El don de temor se convierte así en uno de los más preciosos auxiliares de la esperanza cristiana. Cuanto más débil y miserable se siente uno, cuanto más capaz de todas las caídas, más se acoge a Dios, como se cuelga el niño de los brazos de su padre».

b) LA TEMPLANZA.—El don de temor mira principalmente a Dios, haciéndonos evitar cuidadosamente todo cuanto pueda ofenderle, y, en éste sentido, perfecciona la virtud de la esperanza, como ya hemos dicho. Pero secundariamente puede mirar a cualquier otra cosa de la que el hombre se aparte para evitar la ofensa de Dios. Y en este sentido corresponde al don de temor corregir la tendencia más desordenada que el hombre experimenta—la

[7] Cf. II-II q.19 a.9 ad 1 y 2: q.141 a.1 ad 3.
[8] O. C., p.339.

de los placeres carnales—, reprimiéndola mediante el temor divino, ayudando y reforzando la virtud de la templanza, que es la encargada de moderar aquella tendencia desordenada. Sin el refuerzo del don de temor, la virtud de la templanza se encontraría impotente para vencer siempre y en todas partes el ímpetu de las pasiones desordenadas [9].

c) La religión.—Como es sabido, la religión es la virtud encargada de regular el *culto* debido a la majestad de Dios. Cuando esta virtud es perfeccionada por el don de temor, alcanza su máximo exponente y plena perfección. El culto a la divinidad se llena entonces de ese temor reverencial que experimentan los mismos ángeles ante la majestad de Dios: *tremunt potestates* [10]; de ese temor santo que se traduce en profunda adoración ante la perfección infinita de Dios: «Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos» (Is 6,3).

El modelo supremo de esta reverencia ante la grandeza y majestad de Dios es el mismo Cristo. Si nos fuera dado contemplar la humanidad de Jesús, la veríamos anonadada de *reverencia* ante el Verbo de Dios, al que estaba unida hipostáticamente, es decir, formando una sola persona divina con El.

Esta es la reverencia que pone el Espíritu Santo en nuestras almas a través del don de temor. El cuida de fomentarla en nosotros, pero moderándola y fusionándola con el don de *piedad,* que pone en nuestra alma un sentimiento de amor y de filial ternura, fruto de nuestra adopción divina, que nos permite llamar a Dios *Padre* nuestro.

d) La humildad.—El contraste infinito entre la grandeza y santidad de Dios y nuestra increíble pequeñez y miseria es el fundamento y la raíz de la humildad cristiana; pero sólo el don de temor, actuando intensamente en el alma, lleva la humi-

[9] Cf. II-II q.141 a.3 ad 3.
[10] Prefacio de la misa.

dad a la perfección sublime que admiramos en los santos. Escuchemos a un teólogo contemporáneo explicando esta doctrina [11]:

«Ama el hombre, ante todo, su grandeza, dilatarse y ensancharse más de lo que le corresponde, lo cual constituye el orgullo, la soberbia; mas la humildad le reduce a sus debidos límites para que no pretenda ser más de lo que es según la regla de la razón. Y sobre esto viene a actuar el don de temor, sumergiendo al alma en el abismo de su nada ante el todo de Dios, en las profundidades de su miseria ante la infinita justicia y majestad divinas. Y así, penetrada el alma por este don, como es nada delante de Dios y no tiene de su parte más que su miseria y su pecado, no intenta por sí misma grandeza ni gloria alguna fuera de Dios, ni se juzga merecedora de otra cosa que de desprecio y castigo. Sólo así puede la humildad llegar a su perfección: y tal era la humildad que vemos en los santos, con un desprecio absoluto de sí mismos».

Al lado de estas cuatro virtudes fundamentales, el don de temor deja también sentir su influencia sobre otras varias, relacionadas de algún modo con aquéllas. No hay ninguna virtud que, a través de alguna teologal o cardinal, deje de recibir la influencia de algún don. Y así, a través de la templanza, el don de temor actúa sobre la *castidad,* llevándola hasta la delicadeza más exquisita; sobre la *mansedumbre,* reprimiendo totalmente la ira desordenada; sobre la *modestia,* suprimiendo en absoluto cualquier movimiento desordenado interior o exterior; y combate las pasiones que, juntamente con la vanagloria, son hijas de la soberbia: la jactancia, la presunción, la hipocresía, la pertinacia, la discordia, la réplica airada y la desobediencia [12].

[11] P. Ignacio G. Menéndez-Reigada, *Los dones del Espíritu Santo y la perfección cristiana* (Madrid 1948) p.579-580; cf. II-II q.19 a.9 ad 4.
[12] Cf. II-II q.132 a.5.

6. Efectos del don de temor en las almas

Son inapreciables los efectos santificadores que produce en las almas la actuación del don de temor, a pesar de ser el último y menos perfecto de todos [13]. He aquí los principales:

1) UN VIVO SENTIMIENTO DE LA GRANDEZA Y MAJESTAD DE DIOS, QUE LAS SUMERGE EN UNA ADORACIÓN PROFUNDA, LLENA DE REVERENCIA Y HUMILDAD.—Es el efecto más característico del don de temor, que se desprende de su propia definición. El alma sometida a su acción se siente transportada con fuerza irresistible ante la grandeza y majestad de Dios, que hace temblar a los mismos ángeles: *tremunt potestates*. Delante de esa infinita majestad se siente nada y menos que nada, puesto que es una nada pecadora. Y se apodera de ella un sentimiento tan fuerte y penetrante de reverencia, sumisión y acatamiento, que quisiera deshacerse y padecer mil muertes por Dios.

Entonces es cuando la humildad llega a su colmo. Sienten deseos inmensos de «padecer y ser despreciados por Dios» (SAN JUAN DE LA CRUZ). No se les ocurre tener el más ligero pensamiento de vanidad o presunción. Ven tan claramente su miseria, que, cuando les alaban, les parece que se burlan de ellos (CURA DE ARS). Santo Domingo de Guzmán se ponía de rodillas a la entrada de los pueblos, pidiendo a Dios que no castigase a aquel pueblo donde iba a entrar tan gran pecador. Llegados a estas alturas, hay un procedimiento infalible para atraerse la simpatía y amistad de estos siervos de Dios: injuriarles y llenarles de improperios (SANTA TERESA DE JESÚS).

Este respeto y reverencia ante la majestad de Dios se manifiesta también en todas las cosas que dicen de algún modo relación a El. La iglesia u oratorio, el sacerdote, los vasos sagrados, las imágenes de los santos..., todo lo miran y tratan con grandísimo respeto y veneración. El don de piedad produce también efectos semejantes; pero desde otro punto de vista, como veremos en su lugar correspondiente.

Este es el aspecto del don de temor que continuará eternamente en el cielo [14]. Allí no será posible—dada la

[13] Cf. II II q.19 a.9.
[14] Cf. II-II q.19 a.11.

absoluta impecabilidad de los bienaventurados—el temor de la ofensa de Dios; pero permanecerá eternamente, perfeccionada y depurada, la reverencia y acatamiento ante la infinita grandeza y majestad de Dios, que llenará de estupor la inteligencia y el corazón de los santos.

2) Un gran horror al pecado y una vivísima contrición por haberlo cometido.—Iluminada su fe por los resplandores de los dones de entendimiento y ciencia y sometida la esperanza a la acción del don de temor, que la enfrenta directamente con la majestad divina, el alma comprende como nunca la malicia en cierto modo infinita que encierra cualquier ofensa de Dios por insignificante que parezca. El Espíritu Santo, que quiere purificar más y más al alma para la divina unión, la somete al don de temor, que le hace experimentar una especie de anticipo del rigor inexorable con que la justicia divina, ofendida por el pecado, la ha de castigar en la otra vida si no hace en ésta la debida penitencia. La pobre alma siente angustias morales, que alcanzan su máxima intensidad en la horrenda *noche del espíritu,* antes de alcanzar la cima suprema de la perfección cristiana. Le parece que está irremisiblemente condenada y que ya nada tiene que esperar. En realidad, es entonces cuando la esperanza llega a un grado increíble de heroísmo, pues el alma llega a esperar «contra toda esperanza», como Abrahán (Rom 4,18), y a lanzar el grito sublime de Job: «Aunque me matare, esperaré en El» (Job 13,15).

El horror que experimentan estas almas ante el pecado es tan grande, que San Luis Gonzaga cayó desmayado a los pies del confesor al acusarse de dos faltas veniales muy leves. San Alfonso de Ligorio experimentó semejante fenómeno al oír pronunciar una blasfemia. Santa Teresa de Jesús escribe que «no podía haber muerte más recia para mí que pensar si tenía ofendido a Dios» *(Vida* 34,10). Y de San Luis Beltrán se apoderaba un temblor impresionante al pensar en la posibilidad de condenarse, perdiendo con ello eternamente a Dios.

Su arrepentimiento por la menor falta es vivísimo. De él procede el ansia reparadora, la sed de inmolación, la tendencia irresistible a crucificarse de mil modos que experimentan continuamente estas almas. No están locas. Es una consecuencia natural de las mociones del Espíritu Santo a través del don de temor.

3) Una vigilancia extrema para evitar las menores ocasiones de ofender a Dios.—Es una consecuencia lógica el efecto anterior. Nada temen tanto estas almas como la menor ofensa de Dios. Han visto claro, a la luz contemplativa de los dones del Espíritu Santo, que en realidad es éste el único mal sobre la tierra; los demás no merecen el nombre de tales. ¡Qué lejos están estas almas de meterse voluntariamente en las ocasiones de pecado! No hay persona tan aprensiva que huya con tanta rapidez y presteza de un enfermo apestado como estas almas de la menor sombra o peligro de ofender a Dios. Esta vigilancia extrema y atención constante hace que esas almas vivan, bajo la moción especial del Espíritu Santo, con una pureza de conciencia tan grande, que a veces hace imposible—por falta de materia—la recepción de la absolución sacramental, a menos de someter a ella alguna falta de la vida pasada, sobre la que recaiga nuevamente el dolor y arrepentimiento.

4) Desprendimiento perfecto de todo lo creado.—El don de ciencia—como veremos—produce este mismo efecto, pero desde otro punto de vista. Es que los dones, como ya dijimos, están mutuamente conectados entre sí y con la caridad y se entrelazan e influyen mutuamente [15].

Se comprende perfectamente. El alma que a través del don de temor ha vislumbrado un relámpago de la grandeza y majestad de Dios, ha de estimar forzosamente como basura y estiércol todas las grandezas creadas (cf. Flp 3,8). Honores, riquezas, poderío, dignidades..., todo lo considera menos que paja, como algo indigno de merecer un minuto de atención. Recuérdese el efecto que produjeron en Santa Teresa las joyas que le enseñó en Toledo su amiga doña Luisa de la Cerda: no le cabía en la cabeza que la gente pueda sentir aprecio por unos cuantos cristalitos que brillan un poco más que los corrientes y ordinarios:

«Yo estaba riéndome entre mí y habiendo lástima de ver lo que estiman los hombres, acordándome de lo que nos tiene guardado el Señor, y pensaba cuán imposible me sería, aunque yo conmigo misma lo quisiese procurar, tener en algo a aquellas cosas si el Señor no me quitaba la memoria de otras» [16].

[15] Cf. I-II q.68 a.5.
[16] *Vida* 38,4.

4. Bienaventuranzas y frutos que de él se derivan

Según el Doctor Angélico, con el don de temor se relacionan dos bienaventuranzas evangélicas: la primera—«Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt 5,3)—y la tercera—«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados» (Mt 5,5).

La primera corresponde *directamente* al don de temor, ya que, en virtud de la reverencia filial que nos hace sentir ante Dios, nos impulsa a no buscar nuestro engrandecimiento ni en la exaltación de nosotros mismos (soberbia) ni en los bienes exteriores (honores y riquezas). Todo lo cual pertenece a la *pobreza de espíritu,* ya se la entienda del aniquilamiento del espíritu soberbio e hinchado —como dice San Agustín—, ya del desprendimiento de todas las cosas temporales por instinto del Espíritu Santo, como dicen San Ambrosio y San Jerónimo [17].

Indirectamente se relaciona también el don de temor con la bienaventuranza relativa a los que lloran [18]. Porque del conocimiento de la divina excelencia y de nuestra pequeñez y miseria se sigue el desprecio de todas las cosas terrenas y la renuncia a las delectaciones carnales, con llanto y dolor de los pasados extravíos.

Por donde se ve claro que el don de temor refrena todas las pasiones, tanto las del apetito irascible como las del concupiscible. Porque, por el miedo reverencial a la majestad divina ofendida por el pecado, refrena el ímpetu de las irascibles (esperanza, desesperación, audacia, temor e ira) y rige y modera el de las concupiscibles (amor, odio, deseo, aversión, gozo y tristeza). Es, pues, un don de valor inapreciable, aunque ocupe jerárquicamente el último lugar entre todos.

[17] Cf. II-II q.19 a.12.
[18] Cf. II-II q.19 a.12 ad 2.

De los llamados *frutos del Espíritu Santo* (cf. Gál 5,22-23), pertenecen al don de temor la *modestia,* que es una consecuencia de la reverencia del hombre ante la divina majestad, y la *continencia* y *castidad,* que se siguen de la moderación y encauce de las pasiones concupiscibles, efecto propio del don de temor [19].

8. Vicios opuestos

Al don de temor se opone principalmente la *soberbia,* según San Gregorio [20], más intensamente todavía que a la virtud de la humildad. Porque el don de temor—como hemos visto—se fija ante todo en la eminencia y majestad de Dios, ante la cual el hombre, *por instinto del Espíritu Santo,* siente su propia nada y vileza. La humildad se fija también preferentemente en la grandeza de Dios, en contraste con la propia nada; pero a la luz de la simple razón iluminada por la fe y, por lo mismo, con una *modalidad humana* e imperfecta [21]. De donde es manifiesto que el don de temor excluye la soberbia de un *modo más alto* que el de la virtud de la humildad. El temor excluye hasta la raíz y el *principio* de la soberbia, como dice Santo Tomás [22]. Luego la soberbia se opone al don de temor de una manera más profunda y radical que a la virtud de la humildad.

Indirectamente se opone también al don de temor el vicio de la *presunción,* que injuria a la divina justicia al confiar excesiva y desordenadamente en la misericordia. En este sentido, dice Santo Tomás que la presunción se opone *por razón de la ma-*

[19] Cf. II-II q.19 a.12 ad 4.
[20] Cf. SAN GREGORIO, I *Mor.* c.32; ML 75,547AB; cf. *S.Th.* I-II q.68 a.6 ad 2.
[21] Cf. II-II q.161 a.1-2.
[22] Cf. II-II q.19 a.9 ad 4; q.161 a.2 ad 3.

teria, o sea en cuanto que desprecia algo divino, al don de temor, del que es propio reverenciar a Dios [23].

9. Medios para fomentar este don

Como ya explicamos en su lugar, los dones del Espíritu Santo solamente puede ponerlos en ejercicio el propio Espíritu Santo; a diferencia de las virtudes infusas, que podemos actuarlas nosotros mismos bajo la influencia de una simple gracia actual, que Dios pone siempre a nuestra disposición como el aire para respirar. Sin embargo, podemos y debemos pedir al Espíritu Santo que actúe en nosotros sus dones, haciendo al mismo tiempo de nuestra parte todo cuanto podamos para *disponernos* a recibir la divina moción que pondrá en movimiento los dones.

Aparte de los medios generales para atraerse la mirada misericordiosa del Espíritu Santo—recogimiento profundo, pureza de corazón, fidelidad exquisita a la gracia, invocación frecuente del divino Espíritu, etc.—, he aquí algunos medios relacionados más de cerca con el don de temor:

a) MEDITAR CON FRECUENCIA EN LA INFINITA GRANDEZA Y MAJESTAD DE DIOS.—Nunca, ni con mucho, podremos llegar a adquirir con nuestros pobres esfuerzos discursivos el conocimiento contemplativo, vivísimo y penetrante, que proporcionan los dones del Espíritu Santo [24]. Pero algo podemos hacer reflexionando en el poder y majestad de Dios, que sacó todas las cosas de la nada al solo imperio de su voluntad (Gén 1,1), que llama por su nombre a las estrellas y acuden en el acto temblando de respeto (Bar 3,33-36), que es más admirable e imponente que el mar

[23] Cf. II-II q.130 a.2 ad 1; q.21 a.3.

[24] «*Meditar* en el infierno, por ejemplo, es ver un león *pintado; contemplar* el infierno es ver un león vivo». (P. LALLEMANT, *La doctrina espiritual* princ.7 c.4 a.5). Sabido es que la contemplación es efecto de los dones intelectivos del Espíritu Santo.

embravecido (Sal 92,4), que vendrá sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad a juzgar a los vivos y a los muertos (Lc 21,27) y ante el que eternamente temblarán de respeto los principados y potestades angélicas: *tremunt potestates.*

b) ACOSTUMBRARSE A TRATAR A DIOS CON CONFIANZA FILIAL, PERO LLENA DE REVERENCIA Y RESPETO.—No olvidemos nunca que Dios es nuestro Padre, pero también el Dios de tremenda grandeza y majestad. Con frecuencia las almas piadosas se olvidan de esto último y se permiten en el trato con Dios familiaridades excesivas, llenas de irreverente atrevimiento. Es increíble, ciertamente, hasta qué punto lleva el Señor su confianza y familiaridad con las almas que le son gratas, pero *es preciso que tome El la iniciativa.* Mientras tanto, el alma debe permanecer en una actitud reverente y sumisa, que, por otra parte, está muy lejos de perjudicar a la dulce confianza e intimidad propia de los hijos adoptivos.

c) MEDITAR CON FRECUENCIA EN LA INFINITA MALICIA DEL PECADO Y CONCEBIR UN GRAN HORROR HACIA ÉL.—Los motivos del amor son de suyo más poderosos y eficaces que los del temor para evitar el pecado como ofensa de Dios. Pero también éstos contribuyen poderosamente a detenernos ante el crimen. El recuerdo de los terribles castigos que Dios tiene preparados para los que desprecian definitivamente sus leyes sería muy bastante para hacernos huir del pecado si lo meditáramos con seriedad y prudente reflexión. «Es horrendo—dice San Pablo—caer en las manos del Dios vivo» (Heb 10,31). Hemos de pensarlo con frecuencia, sobre todo cuando la tentación venga a poner ante nosotros los halagos del mundo o de la carne. Hay que procurar concebir un horror tan grande al pecado, que estemos prontos y dispuestos a perder todas las cosas y aun la propia vida antes que cometerlo. Para ello nos ayudará mucho la *huida de las ocasiones peligrosas,* que nos acercarían al pecado; la fidelidad al *examen* diario de *conciencia,* para prevenir las faltas voluntarias y llorar las que se nos hayan escapado; y, sobre todo, la *consideración de Jesucristo crucificado,* víctima propiciatoria por nuestros crímenes y pecados.

d) PONER ESPECIAL CUIDADO EN LA MANSEDUMBRE Y HUMILDAD EN EL TRATO CON EL PRÓJIMO.—El que tenga con-

ciencia clara de que el Dios de la infinita majestad le ha perdonado misericordiosamente diez mil talentos, ¿cómo osará exigir con altanería y desprecio los cien denarios que acaso pueda deberle un consiervo hermano suyo? (cf. Mt 18,23-35). Hemos de perdonar cordialmente las injurias, tratar a todos con exquisita delicadeza, con profunda humildad y mansedumbre, teniéndolos a todos por mejores que nosotros (al menos en cuanto que probablemente no hubieran resistido a la gracia tanto como nosotros si hubieran recibido los dones que Dios nos ha dado con tanta abundancia y prodigalidad). El que haya cometido en su vida algún pecado mortal, ya nunca podrá humillarse bastante: es un «rescatado del infierno», y ningún lugar tan bajo puede haber fuera de él que no sea demasiado alto y encumbrado para el que mereció un puesto eterno a los pies de Satanás.

e) Pedir con frecuencia al Espíritu Santo el temor reverencial de Dios.—En fin de cuentas, toda disposición perfecta es un don de Dios que sólo por la humilde y perseverante oración podemos alcanzar. La liturgia católica está llena de fórmulas sublimes: «Se estremece mi carne por temor a ti y temo tus juicios» (Sal 118,120); «Mantén para con tu siervo tu oráculo, que prometiste a los que te temen» (Sal 118,38), etc. Estas y otras fórmulas parecidas han de brotar frecuentemente de nuestro corazón y de nuestros labios, bien convencidos de que «el temor de Dios es el principio de la sabiduría» (Eclo 1,15) y de que es menester obrar nuestra salvación «con temor y temblor» (Flp 2,12), siguiendo el consejo que nos da el mismo Espíritu Santo por medio del salmista: «Servid al Señor con temor rendidle homenaje con temblor» (Sal 2,11).

CAPÍTULO 9

EL DON DE FORTALEZA

En la escala ascendente de los dones del Espíritu Santo ocupa el segundo lugar el don de *fortaleza,* encargado primariamente de perfeccionar la virtud infusa del mismo nombre.

Vamos a estudiarlo con el cuidado y atención que merece su gran importancia en la vida espiritual [1].

1. Naturaleza del don de fortaleza

El don de fortaleza es un hábito sobrenatural que robustece al alma para practicar, por instinto del Espíritu Santo, toda clase de virtudes heroicas con invencible confianza en superar los mayores peligros o dificultades que puedan surgir.

Expliquemos un poco la definición, palabra por palabra.

ES UN HÁBITO SOBRENATURAL, como los demás dones y virtudes infusas.

QUE ROBUSTECE EL ALMA. Precisamente tiene por misión elevar sus fuerzas hasta el plano de lo divino, como veremos en seguida.

PARA PRACTICAR POR INSTINTO DEL ESPÍRITU SANTO. Es lo propio y específico de los dones. Bajo su acción, el alma no discurre ni razona; obra por un impulso interior, a manera de instinto, que procede directa o inmediatamente del mismo Espíritu Santo, que pone en marcha sus dones.

[1] Cf. nuestra *Teología de la perfección cristiana* (Madrid [5]1968) n.442-47.

TODA CLASE DE VIRTUDES HEROICAS.—Aunque la virtud que el don de fortaleza viene a perfeccionar y sobre la que recae directamente es la de su mismo nombre, sin embargo, su influencia llega a todas las demás virtudes, cuya práctica *en grado heroico* supone una fortaleza de alma verdaderamente extraordinaria, que no podría proporcionar la sola virtud abandonada a sí misma [2]. Por eso, el don de fortaleza, que tiene que abarcar tantos y tan diversos actos de virtud, necesita, a su vez, ser gobernado por el don de consejo [3].

«Este don—advierte el P. Lallemant [4]—es una disposición habitual que pone el Espíritu Santo en el alma y en el cuerpo para hacer y sufrir cosas extraordinarias, para emprender las acciones más difíciles, para exponerse a los daños más temibles, para superar los trabajos más rudos, para soportar las penas más horrendas; y esto constantemente y de una manera heroica».

CON INVENCIBLE CONFIANZA.—Es una de las más claras notas de diferenciación entre la virtud y el don de fortaleza. También la virtud—dice Santo Tomás [5]—tiene por misión robustecer al alma para sobrellevar cualquier dificultad o peligro; pero proporcionarle la invencible confianza de que los superará de hecho pertenece al don de fortaleza.

Exponiendo este punto concreto, escribe con acierto el P. Arrighini [6]:

«A pesar de la semejanza de la definición, no se debe confundir el don de fortaleza con la virtud cardinal del mismo nombre. Porque, si bien suponen ambos una cierta

[2] «Cuanto más alta es una potencia—escribe Santo Tomás—, tanto se extiende a mayor número de cosas... Y, por lo mismo, el don de fortaleza se extiende a *todas* las dificultades que pueden surgir en las cosas humanas... El acto principal del don de fortaleza es soportar *todas* las dificultades, ya sea en las pasiones, ya en las operaciones» (*In III Sent.* d.34 q.3 a.1 q.ª2 sol.).
[3] Cf. II-II q.139 a.1 ad 3.
[4] P. LALLEMANT, *La doctrina espiritual* princ.4 c.4 a.6.
[5] Cf. II-II q.139 a.1 ad 1.
[6] P. ARRIGHINI, *Il Dio ignoto* (Roma 1937) p.334-36.

firmeza y energía de espíritu, la virtud de la fortaleza tiene sus límites en la potencia humana, que nunca podrá sobrepasar; pero el don del mismo nombre, en cambio, se apoya en la potencia divina, según la expresión del profeta: «Con mi Dios traspaso la muralla» (Sal 18,30), o sea traspasaré todos los obstáculos que puedan surgir para alcanzar el último fin.

Secundariamente, si la virtud cardinal de la fortaleza proporciona el suficiente coraje para afrontar en general tales obstáculos, no infunde, sin embargo, la confianza de afrontarlos y superarlos todos, como hace el don análogo del Espíritu Santo.

Además, la virtud de la fortaleza, precisamente porque se encuentra limitada por la potencia humana, no se extiende igualmente a toda clase de dificultades; y por eso se da el caso de quien supera fácilmente las tentaciones de orgullo, pero no tanto las de la carne; o quien evita cierta clase de peligros, pero no otros, etc. El don de fortaleza, en cambio, apoyándose completamente en la divina omnipotencia, se extiende a todo, se basta para todo y hace exclamar con Job: «Ponme, Dios mío, junto a ti y venga a asaltarme el que quiera» (Job 17,3).

En fin, la virtud de la fortaleza no siempre consigue su objeto, ya que no es propio del hombre superar todos los peligros y vencer en todas las luchas; pero Dios puede muy bien hacer esto, y como el don de fortaleza nos infunde precisamente la divina potencia, podrá el hombre con él superar ágilmente todo peligro y enemigo, combatir y vencer en toda batalla y repetir con el Apóstol: «Todo lo puedo en aquel que me conforta» (Flp 4,13).

Por todo esto se comprende fácilmente que el don de fortaleza sea muy superior a la virtud del mismo nombre. Esta trae su energía de la gracia hasta el punto en que lo consiente la humana potencia; aquél hasta el punto que sea necesario para combatir y vencer. La primera hace obrar siempre al *modo humano;* el segundo, al *modo divino.* La fortaleza, como virtud, va siempre unida al freno y al juicio de la prudencia cristiana; el don, en cambio, empuja a resoluciones que, sin él, parecerían ser presunciones, temeridades, exageraciones. Precisamente a esto se deben las críticas y los falsos juicios que incluso hombres sensatos y creyentes se permiten hacer en torno a ciertos heroísmos de nuestros santos. Los juzgan según la pru-

dencia, incluso cristiana si se quiere; los juzgan del modo que podrían obrar ellos mismos. Pero no piensan que en los santos hay otro motor mucho más alto y potente que puede hacerles correr y saltar a alturas inalcanzables con sus pobres piernas. Es preciso tener esto muy en cuenta para juzgar con acierto esas aparentes locuras de los santos».

Hay, en efecto, una gran diferencia entre las posibilidades de la virtud *adquirida,* la virtud *infusa* y el *don* de fortaleza, aunque lleven los tres el mismo nombre. Y así:

a) *La fortaleza natural* o *adquirida* robustece el alma para sobrellevar los mayores trabajos y exponerse a los mayores peligros, como vemos en muchos héroes paganos; pero no sin cierto temblor y ansiedad, nacido de la clara percepción de la flaqueza de las propias fuerzas, únicas con que se cuenta.

b) *La fortaleza infusa* se apoya, ciertamente, en el auxilio divino—que es de suyo omnipotente e invencible—, pero se conduce en su ejercicio al *modo humano,* o sea según la regla de la razón iluminada por la fe, que no acaba de quitarle del todo al alma el temor y temblor.

c) *El don de fortaleza,* en cambio, le hace sobrellevar los mayores males y exponerse a los más inauditos peligros con gran confianza y seguridad, por cuanto la mueve el propio Espíritu Santo no mediante el dictamen de la simple prudencia, sino por la altísima dirección del don de consejo, o sea por razones enteramente sobrenaturales y divinas [7].

2. Importancia y necesidad

El don de fortaleza es absolutamente necesario para la perfección de la virtud cardinal del mismo nombre, para la de todas las virtudes infusas y, a veces, incluso para la simple permanencia en el estado de gracia. Veámoslo en particular.

a) PARA LA PERFECCIÓN DE LA VIRTUD CARDINAL DE LA FORTALEZA.—La razón fundamental es

[7] Cf. JUAN DE SANTO TOMÁS, *In I-II* d.18 a.6.

la que hemos ya indicado más arriba. Aunque la virtud de la fortaleza tiende de suyo a robustecer al alma contra toda clase de dificultades y peligros, no lo acaba de conseguir del todo mientras permanezca sometida al régimen de la razón iluminada por la fe *(modo humano)*. Es preciso que el don de fortaleza le arranque de cuajo todo motivo de temor o indecisión al someterla a la moción directa e inmediata del Espíritu Santo *(modo divino)*, que le da una confianza y seguridad inquebrantables [8]. He aquí cómo expone esta doctrina el P. Arrighini [9]:

«El primer efecto del don de fortaleza es el de completar la virtud cardinal del mismo nombre y llevarla hasta donde ella sola, con las solas energías humanas de que puede disponer, no llegaría nunca. Es necesario convenir que a tales energías el don de fortaleza añade otras sobrenaturales que vigorizan la voluntad, inflaman el sentimiento, excitan la fantasía y todas las otras facultades más nobles del alma para disponerlas serenamente a los mayores riesgos. La experiencia demuestra, además, que muchas veces el sobrenatural vigor de un tal don se extiende también al cuerpo, comunicándole una resistencia y energía muy superior a la ordinaria y que no puede menos de llenar de estupor a quien no conozca la divina fuente de donde brota.

En virtud de esta fuente, o sea de la fortaleza infusa por el Espíritu Santo especialmente en el sacramento de la confirmación, el mundo ha podido contemplar, a lo largo de veinte siglos, increíbles maravillas. Ha visto millones de almas de ricos y pobres, de doctos e ignorantes, de viejos y jóvenes, viviendo en todos los estados y condiciones, bajo todas las latitudes, en medio de todos los peligros, fuertes, llenos de coraje, constantes en la ejecución de sus deberes cristianos, en superar las tentaciones del mundo, del demonio y de la carne, en combatir y vencer toda clase de enemigos y peligros. El propio Espíritu Santo rinde por boca de San Pablo su propio testimonio: «Por la fe subyugaron reinos, ejercieron la justicia,

[8] Cf. II-II q.139 a.1 ad 1.
[9] O.c., p.336-38.

alcanzaron las promesas, obstruyeron la boca de los leones, extinguieron la violencia del fuego, escaparon al filo de la espada, convalecieron de la enfermedad, se hicieron fuertes en la guerra, desbarataron los campamentos de los extranjeros» (Heb 11,33-34).

De este modo conocemos lo que tantos cristianos han hecho con el don de fortaleza. Veamos ahora lo que han soportado y padecido: «Las mujeres recibieron sus muertos resucitados; otros fueron sometidos a tormento, rehusando la liberación por *alcanzar una resurrección mejor*; otros soportaron irrisiones y azotes, aún más, cadenas y cárceles; fueron apedreados, tentados, aserrados, murieron al filo de la espada, anduvieron errantes, cubiertos de pieles de oveja y de cabra, necesitados, atribulados, maltratados; aquellos de quienes no era digno el mundo, perdidos por los desiertos y por los montes, por las cavernas y por las grietas de la tierra» (Heb 11,35-38). He aquí lo que todo el mundo ha podido ver y admirar».

b) PARA LA PERFECCIÓN DE LAS DEMÁS VIRTUDES INFUSAS.—Unicamente puede llamarse perfecta una virtud cuando su acto brota del alma con energía, prontitud e inquebrantable perseverancia. Ahora bien, este heroísmo continuo y jamás desmentido es francamente sobrenatural, y no puede explicarse satisfactoriamente más que por la actuación del *modo sobrehumano* de los dones del Espíritu Santo, particularmente—en este sentido—del don de fortaleza.

c) PARA PERMANECER EN ESTADO DE GRACIA.—Hay ocasiones en que el dilema se presenta inexorablemente: el heroísmo o el pecado mortal, una de dos. En estos casos—mucho más frecuentes de lo que se cree—no basta la simple virtud de la fortaleza. Precisamente por lo violento, repentino e inesperado de la tentación—cuya aceptación o repulsa, por otra parte, es cuestión de un segundo—no es suficiente el modo lento y discursivo de las virtudes de la prudencia y fortaleza; es menester

la intervención rápida de los dones de *consejo* y de *fortaleza*. Precisamente—como ya vimos—se funda el Doctor Angélico en este argumento para proclamar la necesidad de los dones, incluso para la salvación eterna [10].

«Este don—escribe a este propósito el P. Lallemant [11]—es extremadamente necesario en ciertas ocasiones en las que se siente uno combatido por tentaciones apremiantes, a las que, si se quiere resistir, es preciso resolverse a perder los bienes, el honor o la vida. En estos casos, el Espíritu Santo ayuda poderosamente con su consejo y su fortaleza al alma fiel que, desconfiando de sí misma y convencida de su debilidad y de su nada, implora su auxilio y pone en El toda su confianza.

En estos trances, las gracias comunes no son suficientes; se precisan luces y auxilios extraordinarios. Por esto, el profeta Isaías enumera juntamente los dones de consejo y de fortaleza; el primero, para iluminar el espíritu, y el otro, para fortalecer el corazón».

Insistiendo en estas razones y concretándolas con relación a los tres principales enemigos del alma, escribe otro excelente autor [12]:

«Por todo cuanto acabamos de decir, se comprende sin esfuerzo que el don de fortaleza no es necesario únicamente a los héroes, a los mártires o al cumplimiento de extraordinarias empresas; no menos que los otros dones del Espíritu Santo, es, a veces, necesario indistintamente a todos los hombres para conseguir su eterna salvación y, por lo mismo, para vivir cristianamente y combatir y vencer en esta gran batalla que es la vida del hombre sobre la tierra, como nos lo advierte el propio Espíritu Santo por boca de Job: «La vida del hombre sobre la tierra es una milicia» (Job 7,1).

La experiencia lo demuestra. Es una continua batalla contra todo y contra todos. Contra nuestra misma naturaleza corrompida, puesto que todos—no excluido el propio Apóstol, que fue arrebatado hasta el tercer cielo—

[10] Cf. I-II q.68 a.2.
[11] *La doctrina espiritual* princ.4 c.4 a.6.
[12] P. Arrighini, o.c., p.338-340.

«sentimos en nuestros miembros otra ley que repugna a la ley de Dios y nos empuja al pecado» (Rom 7,23), a la que es preciso resistir si no se quiere llegar a la desoladora conclusión de aquel poeta pagano que decía: «Veo lo mejor y lo apruebo, pero hago lo peor»[13].

a) *Batalla contra nuestras pasiones.*—A manera de perro ladrador—dice el P. Lacordaire—, se agazapan en el fondo del corazón, dispuestas a ladrar y a morder en cualquier mínima ocasión. Basta una insignificancia: la vista de una persona, la lectura de una página de una novela o de un periódico, una palabra, una sonrisa, un gesto, para despertarlas súbitamente; pero ¡cuántas luchas y fatigas para frenarlas y someterlas a la recta razón!

b) *Batalla contra el mundo.*—Contra su moral corrompida y corruptora, las malas compañías, sus innumerables seducciones, sus modas escandalosas, sus placeres, sus fiestas impuras... Es imposible—decía el mismo Platón, aunque pagano—vivir honestamente por mucho tiempo en medio del mundo; un ángel mismo acabaría por caer sin un socorro especial del Espíritu Santo.

c) *Batalla contra el demonio.*—Es el enemigo peor y el más terrible. No se le ve, no se le siente, no se sabe de dónde viene y a dónde va. Pero es cierto, como dice San Pedro, que se encuentra por todas partes y se agita en torno nuestro «como león rugiente, buscando a quién devorar» (1 Pe 5,8). Si el mismo Cristo nuestro Señor fue tentado tres veces por el demonio, ¿quién podrá permanecer seguro y tranquilo?

Todos debemos continuamente combatir. Contra nosotros mismos, contra nuestras pasiones, contra el mundo, contra el demonio. Y todavía restan otros muchos enemigos: las enfermedades que atentan contra la salud, las desventuras, las desgracias, los sinsabores que nunca faltan, preocupaciones, fastidios... Con razón decía Job que la vida del hombre sobre la tierra es una continua e inacabable lucha.

Ahora bien, ¿cómo podrá el hombre por sí solo—aunque sea ayudado con la sola virtud cristiana de la fortaleza, que pone en ejercicio únicamente sus energías humanas—, no ya superar, pero ni siquiera afrontar tantos y tan poderosos enemigos? Se comprende sin esfuerzo que le será

[13] OVIDIO, *Metamorfosis* l.7 v.20-21.

necesaria alguna cosa más, una ayuda divina, una fortaleza estrictamente sobrehumana, que es precisamente la que puede infundirle en su alma y en sus mismos miembros el don del divino Espíritu.»

3. Efectos que produce en el alma

Son admirables los efectos que produce en el alma el don de fortaleza. He aquí los principales:

1) Proporciona al alma una energía inquebrantable en la práctica de la virtud.—Es una consecuencia inevitable del *modo sobrehumano* con que a través del don se practica la virtud de la fortaleza. El alma no conoce desfallecimientos ni flaquezas en el ejercicio de la virtud. Siente, naturalmente, el peso del día y del calor, pero con energía sobrehumana sigue impertérrita hacia adelante a pesar de todas las dificultades.

Acaso nadie con tanta fuerza y energía haya sabido exponer las disposiciones de estas almas como Santa Teresa de Jesús cuando escribe estas palabras: «Digo que importa mucho, y el todo, *una grande y muy determinada determinación* de no parar hasta llegar a ella (la perfección), venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabajase lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera o en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo» [14]. Esto es francamente *sobrehumano* y efecto clarísimo del don de fortaleza.

El P. Meynard resume muy bien los principales efectos de esta energía sobrehumana en la siguiente forma: «Los efectos del don de fortaleza son interiores y exteriores. El interior es un vasto campo abierto a todas las generosidades y sacrificios, que llegan con frecuencia al heroísmo; son luchas incesantes y victoriosas contra las solicitaciones de Satanás, contra el amor y la rebusca de sí mismo, contra la impaciencia. En el exterior son nuevos y magníficos triunfos obtenidos por el Espíritu Santo contra el error y el vicio; y también nuestro pobre cuerpo, participando de los efectos de una fortaleza verdaderamente divina y entregándose con ardor, ayudado sobrenaturalmente, a las prácticas de la mortificación o su-

[14] San Teresa, *Camino de perfección* 21,2.

friendo sin desfallecer los más crueles dolores. El don de fortaleza es, pues, verdaderamente el principio y la fuente de grandes cosas emprendidas o sufridas por Dios»[15].

2) DESTRUYE POR COMPLETO LA TIBIEZA EN EL SERVICIO DE DIOS.—Es una consecuencia natural de esta energía sobrehumana. La tibieza—verdadera tuberculosis del alma, que a tantos tiene completamente paralizados en el camino de la perfección—obedece casi siempre a la falta de energía y fortaleza en la práctica de la virtud. Les resulta demasiado cuesta arriba tener que vencerse en tantas cosas y mantener su espíritu un día y otro día en la monotonía del cumplimiento exacto del deber hasta en sus detalles más mínimos. La mayoría de las almas desfallecen de cansancio y renuncian a la lucha, entregándose a una vida rutinaria, mecánica y sin horizontes, cuando no vuelven del todo las espaldas y abandonan por completo el camino de la virtud. Sólo el don de fortaleza, robusteciendo en grado sobrehumano las fuerzas del alma, es remedio proporcionado y eficaz para destruir en absoluto y por completo la tibieza en el servicio de Dios.

3) HACE AL ALMA INTRÉPIDA Y VALIENTE ANTE TODA CLASE DE PELIGROS O ENEMIGOS.—Es otra de las grandes finalidades o efectos del don de fortaleza, que aparece con caracteres impresionantes en la vida de los santos. Los apóstoles, cobardes y miedosos, abandonan a su Maestro en la noche del jueves santo—¡aquel Pedro que le negó tres veces después de haberle prometido que moriría por El!—, se presentan ante el pueblo en la mañana de Pentecostés con una entereza y valentía sobrehumanas. No temen a nadie. No tienen para nada en cuenta la prohibición de predicar en nombre de Jesús impuesta por los jefes de la Sinagoga, porque «es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres» (Act 5,29). Son apaleados y afrentados, y salen del concilio «contentos y alegres de haber sufrido aquel ultraje por el nombre de Jesús» (Act 5,41). Todos confesaron a su Maestro con el martirio. Y aquel Pedro que se acobardó de tal modo ante una mujerzuela, que no vaciló en negar a su Maestro, muere con increíble entereza, crucificado cabeza abajo, confesando al Maestro, a quien negó. Todo esto era perfecta-

[15] P. MEYNARD, O. P., *Traité de la vie intérieure* I 264.

mente sobrehumano, efecto del don de fortaleza que recibieron los apóstoles, con una plenitud inmensa, en la mañana de Pentecostés.

Después de ellos son innumerables los ejemplos en las vidas de los santos. Apenas se conciben las dificultades y peligros que hubieron de vencer un San Luis, rey de Francia, para ponerse al frente de la cruzada; una Santa Catalina de Siena para hacer regresar al papa a Roma; una Santa Teresa para reformar toda una orden religiosa; una Santa Juana de Arco para luchar con las armas contra los enemigos de Dios y de su patria, etc. Eran verdaderas montañas de peligros y dificultades las que les salían al paso; pero nada era capaz de detenerles: puesta su confianza únicamente en Dios, seguían adelante con energía sobrehumana hasta ceñir su frente con el laurel de la victoria. Era sencillamente un efecto maravilloso del don de fortaleza que dominaba su espíritu.

4) Hace soportar los mayores dolores con gozo y alegría.—La resignación, con ser una virtud muy laudable, es, sin embargo, imperfecta. Los santos propiamente no la conocen. No se *resignan* ante el dolor: le salen gozosos a su encuentro. Y unas veces *esta locura de la cruz* se manifiesta en penitencias y maceraciones increíbles (María Magdalena, Margarita de Cortona, Enrique Susón, Pedro de Alcántara), y otras en una paciencia heroica, con la que soportan, con el cuerpo destrozado, pero con el alma radiante de alegría, los mayores sufrimientos, enfermedades y dolores. «He llegado a no poder sufrir—decía Santa Teresita del Niño Jesús—, porque me es dulce todo padecimiento» [16]. ¡Lenguaje de heroísmo, verdaderamente sobrehumano, que procede directa e inmediatamente de la actuación intensísima del don de fortaleza! Los ejemplos son innumerables en las vidas de los santos.

5) Proporciona al alma el «heroísmo de lo pequeño», además del heroísmo de lo grande.—No se necesita mayor fortaleza para sufrir de un golpe el martirio que para soportar sin el menor desfallecimiento ese *martirio a alfilerazos* que constituye la práctica heroica del deber de cada día, con sus mil menudos detalles y pequeñas incidencias. Ser obstinadamente fiel al deber de cada día, sin

[16] Cf. *Novissima verba,* día 29 de mayo.

permitir jamás la menor infracción voluntaria, supone un heroísmo constante, que sólo puede proporcionarlo al alma la actuación intensa del don de fortaleza.

4. Bienaventuranzas y frutos correspondientes

Santo Tomás, siguiendo a San Agustín, atribuye al don de fortaleza la cuarta bienaventuranza: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de santidad, porque ellos serán hartos» (Mt 5,6), porque la fortaleza recae sobre cosas arduas y difíciles; y desear santificarse, no de cualquier manera, sino con verdadera hambre y sed, es en extremo arduo y difícil [17]. Y así vemos, en efecto, que las almas dominadas por el don de fortaleza tienen un deseo insaciable de hacer y de sufrir grandes cosas por Dios. Ya en este mundo comienzan a recibir la recompensa con el crecimiento de las virtudes y los goces espirituales intensísimos con que Dios llena frecuentemente sus almas.

Los frutos del Espíritu Santo que responden a este don son la *paciencia* y la *longanimidad*. El primero, para soportar con heroísmo los sufrimientos y males; el segundo, para no desfallecer en la práctica prolongada del bien [18].

5. Vicios opuestos

Según San Gregorio [19], al don de fortaleza se oponen el *temor desordenado* o *timidez*, acompañado muchas veces de cierta *flojedad natural*, que proviene del amor a la propia comodidad, nos impide emprender grandes cosas por la gloria de Dios y nos impulsa a huir de la abyección y del dolor.

[17] Cf. II-II q.139 a.2.
[18] Cf. II-II q.139 a.2 ad3.
[19] Cf. *Morales* c.49: ML 75,593.

«No se puede decir—escribe el P. Lallemant [20]—de cuántas omisiones nos hace culpables el miedo. Son muy pocas las personas que hacen por Dios y por el prójimo todo cuanto podrían hacer. Es preciso imitar a los santos, no temiendo más que al pecado, como San Juan Crisóstomo; enfrentándonos con toda clase de riesgos y peligros, como San Francisco Javier; deseando afrentas y persecuciones, como San Ignacio.»

6. Medios de fomentar este don

Además de los medios generales para el fomento de los dones (recogimiento, oración, fidelidad a la gracia, invocar al Espíritu Santo, etc.), afectan muy de cerca al don de fortaleza los siguientes, entre otros muchos:

a) ACOSTUMBRARSE AL CUMPLIMIENTO EXACTO DEL DEBER A PESAR DE TODAS LAS REPUGNANCIAS.—Hay heroísmos que acaso no estén a nuestro alcance con las fuerzas de que disponemos actualmente; pero es indudable que con la simple ayuda de la gracia ordinaria, que Dios no niega a nadie, podríamos hacer mucho más de lo que hacemos. Nunca, ni con mucho, podremos llegar al heroísmo de los santos hasta que actúe intensamente en nosotros el don de fortaleza; pero esta actuación no suele producirla el Espíritu Santo para premiar la flojedad y pereza voluntarias. Al que hace lo que puede, no le faltará la ayuda de Dios; pero nadie puede quejarse de no experimentarla si ni siquiera hace lo que puede. «A Dios rogando y con el mazo dando.»

b) NO PEDIR A DIOS QUE NOS QUITE LA CRUZ, SINO ÚNICAMENTE QUE NOS DÉ FUERZA PARA SOBRELLEVARLA SANTAMENTE.—El don de fortaleza se da a los santos para que puedan resistir las grandes cruces y tribulaciones por las que inevitablemente tiene que pasar todo aquel que quiera llegar a la cumbre de la santidad. Ahora bien, si al experimentar cualquier dolor o sentir el peso de una cruz que la Providencia nos envía, empezamos a quejarnos y a pedirle a Dios que nos la quite, ¿de qué nos maravillamos si no vienen en nuestra ayuda los dones del Espíritu Santo?

[20] O.c., princ.4 c.4 a.6.

Si, al probarnos en cosas pequeñas, Dios nos halla flacos, ¿cómo va a seguir adelante en su acción divina purificadora? No nos quejemos de las cruces; pidamos al Señor tan sólo que nos dé fuerzas para llevarlas. Y esperemos tranquilos, que pronto sonará la hora de Dios. Jamás se dejará vencer en generosidad.

c) Practiquemos, con valentía o debilidad, mortificaciones voluntarias.—No hay nada que tanto fortalezca contra el frío como acostumbrarse a vivir a la intemperie. El que se abraza voluntariamente con el dolor acaba por no temblar ante él y hasta por encontrar verdadero gusto en experimentarlo. No se trata de que nos destrocemos a golpes de disciplina o practiquemos las grandes maceraciones de muchos santos: no está todavía el alma para ello. Pero esos mil pequeños detalles de la vida diaria: guardar silencio cuando se siente la comezón de hablar; no quejarse nunca de la inclemencia del tiempo, de la calidad de la comida, etc.; mostrarse cariñosos y serviciales con las personas antipáticas; recibir con humildad y paciencia las burlas, reprensiones y contradicciones, y otras mil cosillas por el estilo, podemos y debemos hacerlas violentándonos un poco con ayuda de la gracia ordinaria. Ni es menester sentirse valientes o esforzados para practicar estas cosas. Pueden llevarse a cabo aun en medio de nuestra flaqueza y debilidad. Santa Teresita del Niño Jesús se alegraba de sentirse tan débil y con tan pocas fuerzas, porque así ponía toda su confianza en Dios y todo lo esperaba de El.

d) Busquemos en la Eucaristía la fortaleza para nuestras almas.—La Eucaristía es el pan de los ángeles, pero también el pan de los fuertes. ¡Cómo robustece y conforta al alma este alimento divino! San Juan Crisóstomo dice que hemos de levantarnos de la sagrada mesa con fuerzas de león para lanzarnos a toda clase de obras heroicas por la gloria de Dios [21]. Es que en ella nos ponemos en contacto directo y entrañable con Cristo, verdadero león de Judá (Ap 5,5), que se complace en transfundir a nuestras almas algo de su divina fortaleza.

[21] *In Io.* hom.61,3: ML 59,260.

CAPÍTULO 10

EL DON DE PIEDAD

El tercero de los dones del Espíritu Santo, en escala ascendente de menor a mayor, es el llamado don de piedad. Tiene por misión fundamental perfeccionar la virtud infusa del mismo nombre—derivada de la virtud cardinal de la justicia—, imprimiendo a nuestras relaciones con Dios y con el prójimo el sentido filial y fraterno que debe regular el trato de los hijos de una misma familia para con su padre y sus hermanos. El don de piedad nos comunica el *espíritu de la familia de Dios.* Vamos a estudiarlo cuidadosamente [1].

1. Naturaleza del don de piedad

El don de piedad es un hábito sobrenatural infundido por Dios con la gracia santificante para excitar en nuestra voluntad, por instinto del Espíritu Santo, un afecto filial hacia Dios, considerado como Padre, y un sentimiento de fraternidad universal para con todos los hombres en cuanto hermanos nuestros e hijos del mismo Padre, que está en los cielos.

En torno a esta definición conviene destacar lo siguiente:

a) El don de piedad, como don *afectivo* que es, reside en la voluntad como potencia del alma.

b) Se distingue de la virtud infusa del mismo nombre en que ésta tiende a Dios como Padre—lo mismo que el don—, pero con una *modalidad humana,* o sea regulada por la razón iluminada por la fe; mientras que el don lo hace *por instinto*

[1] Cf. nuestra *Teología de la perfección cristiana* (BAC, Madrid [5]1968) n.407-412.

del Espíritu Santo, o sea con una *modalidad divina,* incomparablemente más perfecta.

c) El don de piedad se extiende a todos los hombres en cuanto hijos del mismo Padre, que está en los cielos. Y también a todo cuanto pertenece al culto de Dios—perfeccionando la virtud de la *religión* hasta el máximo—, y aun a toda la materia de la *justicia* y virtudes anejas, cumpliendo todas sus exigencias y obligaciones por un motivo más noble y una formalidad más alta, a saber: considerándolas como deberes para con sus hermanos los hombres, que son hijos y familiares de Dios. Así como la virtud de la piedad es la virtud *familiar* por excelencia, en un plano más alto y universal, es el don del mismo nombre el encargado de unir y congregar, bajo la amorosa mirada del Padre celestial, a toda la gran familia de los hijos de Dios.

2. Importancia y necesidad

El don de piedad es absolutamente necesario para perfeccionar hasta el heroísmo la materia perteneciente a la virtud de la *justicia* y a todas sus derivadas, especialmente la *religión* y la *piedad,* sobre las que recae de una manera más inmediata y principal.

¡Qué distinto es, por ejemplo, practicar el culto de Dios únicamente bajo el impulso de la virtud de la *religión,* que nos lo presenta como Creador y Dueño soberano de todo cuanto existe, a practicarlo por el instinto del don de piedad, que nos hace ver en El a un Padre amorosísimo que nos ama con infinita ternura! Las cosas del servicio de Dios—culto, oración, sacrificio, etc.—se cumplen casi sin esfuerzo alguno, con exquisita per-

fección y delicadeza: se trata del servicio del *Padre,* no ya del Dios de tremenda majestad.

Y en el trato de los hombres, ¡qué nota de acabamiento y exquisitez pone el sentimiento entrañable de que todos somos hermanos e hijos de un mismo Padre, a las exigencias, de suyo ya sublimes, de la caridad y de la justicia!

Y aun en lo referente a las mismas cosas materiales, ¡cómo cambia todo de panorama! Porque para los que están profundamente gobernados por el don de piedad, la tierra y la creación entera son la «casa del Padre», en la que todo cuanto existe les habla de El y de su infinita ternura. Descubren sin esfuerzo el sentido religioso que late en todas las cosas. Todas ellas—incluso el lobo, los árboles, las flores y la misma muerte—son *hermanas* nuestras (SAN FRANCISCO DE ASÍS). Entonces es cuando las virtudes cristianas adquieren un matiz delicadísimo, de exquisita perfección y acabamiento, que fuera inútil exigir de ellas desligadas de la influencia del don de piedad. Sin los dones del Espíritu Santo—repitámoslo una vez más—ninguna virtud infusa puede llegar a su perfecto desarrollo y expansión.

«La piedad—dice a este propósito el P. Lallemant [2]—tiene una gran extensión en el ejercicio de la justicia cristiana. Se proyecta no solamente sobre Dios, sino sobre todo cuanto se relacione con El, como la *Sagrada Escritura,* que contiene su palabra; los *bienaventurados,* que lo poseen en la gloria; las *almas del purgatorio,* que se purifican para El; los *hombres* de la tierra, que caminan hacia El. Nos da espíritu de hijo para con los *superiores,* espíritu de padre para con los *inferiores,* espíritu de hermano para con los *iguales,* entrañas de compasión para con *los que sufren* y una tierna inclinación a socorrerles y ayudarles... Es el que nos hace afligir con los afligidos, llorar

[2] O.c., princ.4 c.4 a.5.

con los que lloran, alegrarse con los que se alegran, soportar con dulzura las debilidades de los enfermos y las faltas de los imperfectos; en fin, hacerse todo para todos, como el gran apóstol San Pablo (1 Cor 9,22).

3. Efectos que produce en el alma

Son maravillosos los efectos que produce en el alma la actuación intensa del don de piedad. He aquí los principales:

1) Una gran ternura filial hacia el Padre que está en los cielos.—Es el efecto primario y fundamental. El alma comprende perfectamente y vive con inefable dulzura aquellas palabras de San Pablo: «Porque no habéis recibido el espíritu de esclavitud para reincidir de nuevo en el temor, antes habéis recibido el espíritu de *filiación adoptiva*, por el que clamamos: *Abba!* ¡Padre! El mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos *hijos de Dios*» (Rom 8,15-16).

Santa Teresita del Niño Jesús—en la que, como es sabido, brilló el don de piedad en grado sublime—no podía pensar en esto sin llorar de amor. «Al entrar cierto día en su celda una novicia, se detuvo sorprendida ante la celestial expresión de su rostro. Estaba cosiendo con gran actividad, y, no obstante, parecía abismada en profunda contemplación. —¿En qué pensáis?, le preguntó la joven hermana. —Estoy meditando el *Padrenuestro*, respondió ella. ¡Es tan dulce llamar a Dios *Padre nuestro!...* Y al decir esto, las lágrimas brillaban en sus ojos» [3].

Dom Columba Marmion, el célebre abad de Meredsous, poseía también en alto grado este sentimiento de nuestra filiación divina adoptiva. Para él, Dios es, ante todo y sobre todo, nuestro *Padre*. El monasterio es la «casa del Padre», y todos sus moradores forman la familia de Dios. Esto mismo hay que decirlo del mundo entero y de todos los hombres. Insiste repetidas veces, en todas sus obras, en la necesidad de cultivar este espíritu de adopción, que debe ser la actitud fundamental del cristiano frente a Dios. El mismo pedía mentalmente este espíritu de adopción al inclinarse en el *Gloria Patri* al final de cada salmo [4]. He

[3] Cf. *Historia de un alma* c.12 n.4.
[4] Debemos estos datos al precioso estudio de Dom Raymond Thibaut

aquí un texto espléndido de su preciosa obra *Jesucristo en sus misterios,* que resume admirablemente su pensamiento: «No olvidemos jamás que toda la vida cristiana, como toda la santidad, se reduce a *ser por gracia lo que Jesús es por naturaleza: hijo de Dios.* De ahí la sublimidad de nuestra religión. La fuente de todas las preeminencias de Jesús, el valor de todos sus estados, de la fecundidad de todos sus misterios, está en su generación divina y en su calidad de Hijo de Dios. Por eso, el santo más encumbrado en el cielo será el que en este mundo fuere mejor hijo de Dios, el que mejor hiciere fructificar la gracia de adopción sobrenatural en Jesucristo» [5].

La plegaria predilecta de estas almas es el *Padrenuestro.* Encuentran en ella tesoros insondables de doctrina y dulzuras inefables de devoción, como le ocurría a Santa Teresa de Jesús: «Espántame ver que en tan pocas palabras está toda la contemplación y perfección encerrada, que parece no hemos menester otro libro, sino estudiar en éste» [6]. Y su angelical hija Santa Teresita del Niño Jesús escribe que el Padrenuestro y el Avemaría «son las únicas oraciones que me elevan, las que nutren mi alma a lo divino; ellas me bastan» [7].

2) NOS HACE ADORAR EL MISTERIO INEFABLE DE LA PATERNIDAD DIVINA INTRATRINITARIA.—En sus manifestaciones más altas y sublimes, el don de piedad nos hace penetrar en el misterio de la vida íntima de Dios, dándonos un sentimiento vivísimo, transido de respeto y adoración, de la divina paternidad del Padre con respecto al Verbo eterno. Ya no se trata tan sólo de su paternidad espiritual sobre nosotros por la gracia, sino de su divina paternidad, eternamente fecunda en el seno de la Trinidad Beatísima. El alma se complace con inefable dulzura en el misterio de la generación eterna del Verbo, que constituye, si es lícito hablar así, la felicidad misma de Dios. Y ante esta perspectiva soberana, siempre eterna y siempre actual, el alma siente la necesidad de anonadarse, de callar y de amar, sin más lenguaje que el de la adoración y las lágrimas. Gusta repetir en lo más hondo de su espíritu aquella sublime expresión del *Gloria* de la misa: «Te damos gra-

Un maître de la vie spirituelle: Dom Columba Marmión (Desclée, 1929), sobre todo en su c.16.

[5] DOM MARMIÓN, *Jesucristo en sus misterios* 3,e.

[6] SANTA TERESA, *Camino de perfección* c.37 n.1.

[7] Cf. *Historia de un alma* c.10 n.19.

cias por tu inmensa gloria: *propter magnam gloriam tuam*». Es el culto y la adoración de la Majestad divina *por sí misma,* sin ninguna relación con los beneficios que de ella hayamos podido recibir. Es el *amor puro* en toda su impresionante grandeza, sin mezcla alguna de elementos humanos egoístas.

3) UN FILIAL ABANDONO EN LOS BRAZOS DEL PADRE CELESTIAL.—Intimamente penetrada del sentimiento de su filiación divina adoptiva, el alma se abandona tranquila y confiada en brazos de su Padre celestial. Nada le preocupa ni es capaz de turbar un instante la paz inalterable de que goza. No pide nada ni rechaza nada en orden a su salud o enfermedad, vida corta o larga, consuelos o arideces, energía o debilidad, persecuciones o alabanzas, etc. Se abandona totalmente en brazos de Dios, y lo único que pide y ambiciona es glorificarle con todas sus fuerzas y que todos los hombres reconozcan su filiación divina adoptiva y se porten como verdaderos hijos de Dios, alabando y glorificando al Padre que está en los cielos.

4) NOS HACE VER EN EL PRÓJIMO A UN HIJO DE DIOS Y HERMANO EN JESUCRISTO.—Es una consecuencia natural de la filiación adoptiva de la gracia. Si Dios es nuestro Padre, todos somos hijos de Dios y hermanos en Jesucristo, en acto o al menos en potencia. Pero ¡con qué fuerza perciben y viven esta verdad tan sublime las almas dominadas por el don de piedad! Aman a todos los hombres con apasionada ternura, viendo en ellos a hermanos queridísimos en Cristo, a los que quisieran colmar de toda clase de gracias y bendiciones. De este sentimiento desborda el alma de San Pablo cuando escribía a los Filipenses (4,1): «Así que, hermanos míos amadísimos y muy deseados, mi alegría y mi corona, perseverad firmes en el Señor, carísimos». Llevada de estos entrañables sentimientos, el alma se entrega a toda clase de obras de misericordia hacia los desgraciados, considerándolos como verdaderos hermanos y sirviéndoles para complacer al Padre de todos. Todos cuantos sacrificios le exija el servicio del prójimo—aun del ingrato y desagradecido—le parecen poco. En cada uno de ellos ve a Cristo, el Hermano mayor, y hace por él lo que haría con el mismo Cristo. Y todo cuanto hace—con ser heroico y sobrehumano muchas veces—le parece tan natural y sencillo, que se admiraría mu-

chísimo y le causaría gran extrañeza que alguien lo ponderase como si tuviera algún valor: «¡Pero si es mi hermano!», se limitaría a responder. Todos sus movimientos y operaciones en servicio del prójimo los realiza pensando en el Padre común, como propios y debidos a hermanos y familiares de Dios (cf. Ef 2,19); y esto hace que todos ellos vengan a ser actos de *religión* de un modo sublime y eminente. Aun el amor y la piedad que profesa a sus familiares y consanguíneos están profundamente penetrados de esta visión más alta y sublime, que los presenta como hijos de Dios y hermanos en Jesucristo.

5) Nos mueve al amor y devoción a las personas y cosas relacionadas de algún modo con la paternidad de Dios o la fraternidad cristiana.—En virtud del don de piedad se perfecciona en el alma el amor filial hacia la *Santísima Virgen María,* a la que considera como tiernísima Madre y con la que tiene todas las confianzas y atrevimientos de un hijo para con la mejor de las madres.

Ama con ternura a los *ángeles* y *santos,* que son sus hermanos mayores, que ya gozan de la presencia continua del Padre en la mansión eterna de los hijos de Dios. A las *almas del purgatorio,* a las que atiende y socorre con sufragios continuos, considerándolas como hermanas queridas que sufren. Al *papa,* el dulce «Cristo en la tierra», que es la cabeza visible de la Iglesia y padre de toda la cristiandad. A los *superiores,* en los que se fija, sobre todo, en su carácter de *padres* más que en el de jefes o inspectores, sirviéndoles y obedeciéndoles en todo con verdadera alegría filial. A la *patria,* que quisiera verla empapada del espíritu de Jesucristo en sus leyes y costumbres y por la que derramaría gustosa su sangre o se dejaría quemar viva, como Santa Juana de Arco. A la *Sagrada Escritura,* que lee con el mismo respeto y amor que si se tratase de una carta del Padre enviada desde el cielo para decirle lo que tiene que hacer o lo que quiere de ella. A las *cosas santas,* sobre todo las que pertenecen al culto y servicio de Dios (vasos sagrados, custodias, etc.), en los que ve los instrumentos del servicio y glorificación del Padre. Santa Teresita estaba gozosísima de su oficio de sacristana, que le permitía tocar los vasos sagrados y ver su rostro reflejado en el fondo de los cálices...

4. Bienaventuranzas y frutos que de él se derivan

Según Santo Tomás [8], con el don de piedad se relacionan íntimamente tres de las bienaventuranzas evangélicas:

a) *Bienaventurados los mansos,* porque la mansedumbre quita los impedimentos para el ejercicio de la piedad.

b) *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia,* porque el don de piedad perfecciona las obras de la virtud de la justicia y todas sus derivadas.

c) *Bienaventurados los misericordiosos,* porque la piedad se ejercita también en las obras de misericordia corporales y espirituales.

De los frutos del Espíritu Santo deben atribuirse directamente al don de piedad la *bondad* y la *benignidad;* e indirectamente la *mansedumbre*, en cuanto aparta los impedimentos para los actos de piedad [9].

5. Vicios opuestos al don de piedad

Los vicios que se oponen al don de piedad pueden agruparse bajo el nombre genérico de *impiedad*. Porque, como precisamente al don de piedad corresponde ofrecer a Dios con filial afecto lo que le pertenece como Padre nuestro, todo aquel que de una forma o de otra quebrante voluntariamente este deber, merece propiamente el nombre de *impío.*

Por otra parte, «la piedad, en cuanto don, consiste en cierta benevolencia sobrehumana hacia todos» [10], considerándolos como hijos de Dios y hermanos nuestros en Cristo. Y, en este sentido, San Gregorio Magno opone al don de piedad la *dureza de corazón,* que nace de amor desordenado a nosotros mismos [11].

[8] Cf. II-II q.121 a.2.
[9] Cf. II-II q.121 a.2 ad 3
[10] Santo Tomás de Aquino, *In III Sent.* d.9 q.1 a.1 q².1 ad 4.
[11] II *Moral.* c.49: ML 75,593. Cf. *S.Th.* I-II q.68 a.2 ad 3; a.6 ad 2; II-II q.159 a.2 ad 1.

El P. Lallemant ha escrito una página admirable sobre esta *dureza de corazón*. Hela aquí [12]:

«El vicio opuesto al don de piedad es la *dureza de corazón*, que nace del amor desordenado de nosotros mismos: porque este amor hace que naturalmente no seamos sensibles más que a nuestros propios intereses y que nada nos afecte sino lo que se relaciona con nosotros; que veamos las ofensas de Dios sin lágrimas, y las miserias del prójimo sin compasión; que no queramos incomodarnos en nada para ayudar a los otros; que no podamos soportar sus defectos; que arremetamos contra ellos por cualquier bagatela y que conservemos hacia ellos en nuestro corazón sentimientos de amargura y de venganza, de odio y antipatía. Al contrario, cuanta más caridad y amor de Dios tiene un alma, más sensible es a los intereses de Dios y del prójimo.

Esta dureza es extrema en los grandes del mundo, en los ricos avaros, en las personas sensuales y en los que no ablandan su corazón por los ejercicios de piedad y por el uso de las cosas espirituales. Se encuentra también con frecuencia en los sabios que no juntan la devoción con la ciencia, y que para lisonjearse de este defecto lo llaman solidez de espíritu; pero los verdaderos sabios han sido los más piadosos, como San Agustín, Santo Tomás, San Buenaventura, San Bernardo, y en la Compañía, Laínez, Suárez, Belarmino, Lesio.

Un alma que no puede llorar sus pecados, al menos con las lágrimas del corazón, tiene mucho de impiedad o de impureza, o de ambas cosas a la vez, como sucede de ordinario a los que tienen el corazón endurecido.

Es una gran desgracia cuando se estiman más en la religión los talentos naturales y adquiridos que la piedad. Veréis con frecuencia religiosos, y tal vez superiores, que dirán en voz alta que hacen mucho más caso de un espíritu capaz de atender muchos negocios que de todas esas pequeñas devociones, que son, dicen, buenas para mujeres, pero impropias de un espíritu sólido; llamando solidez de espíritu a esta dureza de corazón, tan opuesta al don de piedad. Deberían pensar estos tales que la devoción es un acto de la virtud de la religión, o un fruto de la religión y de la caridad, y que, por consiguiente, es preferi-

[12] O.c., princ.4 a.5

ble a todas las virtudes morales, ya que la religión sigue inmediatamente, en orden de dignidad, a las virtudes teologales.

Cuando un padre grave o respetable por la edad o por los cargos que ha desempeñado en la religión testifica delante de los jóvenes religiosos que estima los grandes talentos y los empleos brillantes, o que prefiere a los que sobresalen por su ciencia o ingenio más que a los que no tienen tanto de estas cosas, aunque tengan más virtud y piedad, hace un grandísimo daño a esta pobre juventud. Es un veneno que se les inocula en el corazón, y del que acaso no curarán jamás. Una palabra que se dice confidencialmente a otro es capaz de trastornarle completamente».

6. Medios de fomentar este don

Aparte de los medios generales para fomentar los dones del Espíritu Santo (recogimiento, oración, fidelidad a la gracia, etc.), se relacionan más de cerca con el don de piedad los siguientes:

a) CULTIVAR EN NOSOTROS EL ESPÍRITU DE HIJOS ADOPTIVOS DE DIOS.—No hay verdad que se nos inculque tantas veces en el Evangelio como la de que Dios es nuestro Padre. En sólo el sermón de la montaña lo repite el Señor catorce veces. Esta actitud de hijos ante el Padre destaca tanto en la Nueva Ley, que algunos han querido ver en ella la nota más típica y esencial del cristianismo.

Nunca insistiremos bastante en fomentar en nuestra alma este espíritu de filial confianza y abandono en brazos de nuestro Padre amorosísimo. Dios es nuestro Creador, será nuestro Juez a la hora de la muerte; pero, ante todo y sobre todo, es siempre nuestro *Padre*. El don de temor nos inspira hacia El una respetuosa reverencia—jamás *miedo*—, perfectamente compatible con la ternura y confianza filial que nos inspira el don de piedad. Sólo bajo la acción transformante de este don el alma se siente plenamente hija de Dios y vive con infinita dulzura su condición de tal. Pero ya desde ahora podemos hacer mucho para lograr este espíritu, disponiéndonos, con ayuda de la gracia, a permanecer siempre delante de Dios como un hijo ante su amorosísimo padre. Pidamos continuamente el *espíritu de adopción*, vinculando esta petición a cualquier ejercicio

que tengamos que repetir muchas veces al día—como vimos que lo hacía Dom Marmion a cada *Gloria Patri* del final de los salmos—, y esforcémonos en hacer todas las cosas por amor a Dios, tan sólo por complacer a nuestro Padre amorosísimo, que está en los cielos.

b) CULTIVAR EL ESPÍRITU DE FRATERNIDAD UNIVERSAL CON TODOS LOS HOMBRES.—Es éste, como vimos, el principal efecto secundario del don de piedad. Antes de practicarlo en toda su plenitud por la actuación del don, podemos hacer mucho por nuestra parte con ayuda de la gracia ordinaria. Ensanchemos cada vez más la capacidad de nuestro corazón hasta lograr meter en él al mundo entero con entrañas de amor. Todos somos hijos de Dios y hermanos de Jesucristo. ¡Con qué persuasiva insistencia lo repetía San Pablo a los primeros cristianos!: «Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque cuantos en Cristo habéis sido bautizados, os habéis revestido de Cristo. No hay ya judío o griego, no hay siervo o libre, no hay hombre o mujer, porque todos sois uno en Cristo Jesús» (Gál 2,26-28). Si hiciéramos de nuestra parte todo cuanto pudiéramos para tratar a todos nuestros semejantes como verdaderos hermanos en Dios, sin duda atraeríamos sobre nosotros su mirada misericordiosa, que en nada se complace tanto como en vernos a todos íntimamente unidos en su divino Hijo. El mismo Cristo quiere que el mundo conozca que somos discípulos suyos en el amor entrañable que nos tengamos los unos a los otros (Jn 13,35).

c) CONSIDERAR TODAS LAS COSAS, AUN LAS PURAMENTE MATERIALES, COMO PERTENECIENTES A LA CASA DEL PADRE, QUE ES LA CREACIÓN ENTERA.—¡Qué sentido tan profundamente religioso encuentran en todas las cosas las almas gobernadas por el don de piedad! San Francisco de Asís se abrazó apasionadamente a un árbol porque era un «hermano suyo» en Dios. San Pablo de la Cruz se extasiaba ante las florecillas de su jardín, que le hablaban del Padre celestial. Santa Teresita se echó a llorar de ternura al contemplar a una gallina cobijando a sus polluelos debajo de sus alas, acordándose de la imagen evangélica con que Cristo quiso mostrarnos los sentimientos de su divino corazón, incluso para con los hijos ingratos y rebeldes (cf. Mt 23,37). Sin llegar a estas exquisiteces, que son

propias del don de piedad actuando intensamente, ¡qué sentido tan distinto podríamos dar a nuestro trato con las criaturas—aun las puramente materiales—si nos esforzáramos en descubrir, a la luz de la fe, su aspecto *religioso*, que late tan profundamente en todas ellas! La creación entera es la *casa del Padre*, y todas cuantas cosas hay en ella le pertenecen a El. ¡Con qué delicadeza trataríamos aun las puramente materiales! Descubriríamos en ellas *algo divino*, que nos las haría respetar como si se tratase de vasos sagrados. ¡A qué distancia del pecado—que es siempre una especie de sacrilegio contra Dios o las cosas de Dios—nos pondría esta actitud tan cristiana, tan religiosa y tan meritoria delante de Dios! Toda nuestra vida se elevaría de plano, alcanzando una altura sublime ante la mirada amorosísima de nuestro Padre, que está en los cielos.

d) Cultivar el espíritu de total abandono en brazos de Dios.—En toda su plenitud no lo conseguiremos hasta que actúe en nosotros intensamente el don de piedad. Pero esforcémonos mientras tanto en hacer de nuestra parte todo cuanto podamos. Hemos de convencernos plenamente de que, siendo Dios nuestro Padre, es imposible que nos suceda nada malo en todo cuanto quiere o permite que venga sobre nosotros. Y así hemos de permanecer indiferentes a la salud o enfermedad, a la vida larga o corta, a la paz o la guerra, a los consuelos o arideces de espíritu, etc., repitiendo continuamente nuestros actos de entrega y abandono a su santísima voluntad. El *fiat*, el «sí», el «lo que quieras, Señor» debería ser la actitud fundamental del cristiano ante su Dios, en total y filial abandono a su divina y paternal voluntad, que no puede querer para nosotros sino los mayores bienes, aunque a veces tengan la apariencia de males ante nuestra mirada puramente humana y natural.

CAPÍTULO 11

EL DON DE CONSEJO

El 25 de julio de 1956, un desastre marítimo conmovió al mundo entero. El mejor buque italiano, el *Andrea Doria,* se hundió en el Atlántico, cerca de Nueva York. ¿Causas? Un descuido del timonel, que no supo virar con la suficiente rapidez cuando el *Stockolm,* buque sueco, se cruzó en su ruta.

¡Si pudiéramos conocer los accidentes que ocurren todos los días y a todas horas, por falta de dirección o de intuición, a las almas de los hombres! La virtud de la prudencia, y sobre todo el don de consejo, que la perfecciona, nos enseñarán a salvar estos graves inconvenientes [1].

1. Naturaleza del don de consejo

El don de consejo es un hábito sobrenatural por el cual el alma en gracia, bajo la inspiración del Espíritu Santo, intuye rectamente, en los casos particulares, lo que conviene hacer en orden al fin último sobrenatural.

En torno a esta definición hay que notar principalmente lo siguiente:

a) Los dones del Espíritu Santo no son mociones transeúntes o simples gracias actuales, sino *hábitos* sobrenaturales infundidos por Dios en el alma juntamente con la gracia santificante.

b) El Espíritu Santo pone en movimiento el don de consejo como única *causa motora;* pero el

[1] Cf. nuestra *Teología de la perfección cristiana* (Madrid [5]1968) n.381-386.

alma en gracia colabora como *causa instrumental,* a través de la virtud de la prudencia, para producir un acto sobrenatural, que procederá, en cuanto a la *substancia del acto,* de la virtud de la prudencia, y, en cuanto a su *modalidad divina,* del don de consejo. Este mismo mecanismo actúa en los demás dones. Por eso sus actos se realizan con prontitud y como *por instinto,* sin necesidad del trabajo lento y laborioso del discurso de la razón (cf. Mt 10, 19-20).

c) La prudencia sobrenatural *juzga* rectamente lo que hay que hacer en un momento dado, guiándose por las luces de la razón iluminada por la fe. Pero el don de consejo *intuye* rápidamente lo que debe hacerse bajo el instinto y moción del Espíritu Santo, o sea por razones enteramente *divinas,* que muchas veces ignora la misma alma que realiza aquel acto. Por eso el *modo de la acción* es discursivo en la virtud de la prudencia, mientras que en el don es intuitivo, *divino* o sobrehumano.

2. Importancia y necesidad

Es indispensable la intervención del don de consejo para perfeccionar la virtud de la prudencia, sobre todo en ciertos casos repentinos, imprevistos y difíciles de resolver, que requieren, sin embargo, una solución ultrarrápida, puesto que el pecado o el heroísmo es cuestión de un instante. Estos casos —menos raros de lo que comúnmente se cree—no pueden resolverse con el trabajo lento y laborioso de la virtud de la prudencia, recorriendo sus ocho momentos o aspectos fundamenteales [2]; es menester

[2] Son los siguientes: memoria de lo pasado, inteligencia de lo presente, docilidad, sagacidad, razonamiento, providencia, circunspección y cautela o precaución (cf. II-II q.49 a.1-8).

la intervención del don de consejo, que nos dará la solución instantánea de lo que debe hacerse por esa especie de instinto o connaturalidad característica de los dones.

Es muy difícil a veces conciliar la suavidad con la firmeza, la necesidad de guardar un secreto sin faltar a la verdad, la vida interior con el apostolado, el cariño afectuoso con la castidad más exquisita, la prudencia de la serpiente con la sencillez de la paloma (cf. Mt 10,16). Para todas estas cosas no bastan a veces las luces de la prudencia: se requiere la intervención del don de consejo.

«Hay en la Sagrada Escritura—escribe el P. Lallemant [3]—multitud de pasajes en los que se transparenta con claridad la intervención del don de consejo; como en el silencio de nuestro Señor ante Herodes [4], en la admirable respuesta que dio para salvar a la mujer adúltera o para confundir a los que le preguntaron maliciosamente si había que pagar el tributo al César; en el juicio de Salomón; en la empresa de Judit para liberar al pueblo de Dios del ejército de Holofernes; en la conducta de Daniel para justificar a Susana de la calumnia de los dos viejos; en la de San Pablo cuando enzarzó a fariseos y saduceos entre sí y cuando apeló al tribunal del César, etcétera, y otros muchos casos por el estilo».

3. Efectos del don de consejo

Son admirables los efectos que produce el don de consejo en las afortunadas almas donde actúa. He aquí algunos de los más importantes:

1) NOS PRESERVA DEL PELIGRO DE UNA FALSA CONCIENCIA.—Es facilísimo ilusionarse en este punto tan delicado, sobre todo si se tienen conocimientos profundos de teología moral. Apenas hay pasioncilla desordenada que no pueda justificarse de algún modo invocando algún prin-

[3] O.c., princ.4 c.4 a.4.

[4] Sabido es que, como consta en el texto de Isaías (11,2) y explica Santo Tomás, nuestro Señor Jesucristo poseía en grado perfectísimo la plenitud de los dones del Espíritu Santo (cf. III q.7 a.5-6).

cipio de moral, tal vez muy cierto y seguro en sí mismo, pero mal aplicado a ese caso particular. Al ignorante le es más difícil, pero el técnico y entendido encuentra fácilmente un «título colorado» para justificar lo injustificable. Con razón decía San Agustín que «lo que queremos es bueno, y lo que nos gusta, santo». Sólo la intervención del don de consejo, que, superando las luces de la razón natural, entenebrecida por el capricho o la pasión, dicta lo que hay que hacer con una seguridad y fuerza inapelables, puede preservarnos de este gravísimo error de confundir la luz con las tinieblas. En este sentido, nadie necesita tanto el don de consejo como los sabios y teólogos, que tan fácilmente pueden ilusionarse, poniendo falsamente su ciencia al servicio de sus comodidades y caprichos.

2) Nos resuelve, con inefable seguridad y acierto, multitud de situaciones difíciles e imprevistas.—Ya hemos dicho que no bastan, a veces, las luces de la simple prudencia sobrenatural. Es menester resolver en el acto situaciones apuradísimas que, teóricamente, no se acertarían a resolver en varias horas de estudio, y de cuya solución acertada o equivocada acaso dependa la salvación de un alma (v.gr., un sacerdote administrando los últimos sacramentos a un moribundo). En estos casos difíciles, las almas habitualmente fieles a la gracia y sumisas a la acción del Espíritu Santo reciben de pronto la inspiración del don de consejo, que les resuelve en el acto aquella situación dificilísima con una seguridad y firmeza verdaderamente admirables. Este sorprendente fenómeno se dio muchas veces en el santo Cura de Ars, que, a pesar de sus escasos conocimientos teológicos, resolvía en el confesonario instantáneamente, con admirable seguridad y acierto, casos difíciles de moral que llenaban de pasmo a los teólogos más eminentes.

3) Nos inspira los medios más oportunos para gobernar santamente a los demás.—La influencia del don de consejo se refiere siempre a casos concretos y particulares. Pero no se limita al régimen puramente privado y personal de nuestras propias acciones; se extiende también a la acertada dirección de los demás, sobre todo en los casos imprevistos y difíciles. ¡Cuánta prudencia necesita el *superior* para conciliar el afecto filial, que ha de procurar

inspirar siempre a sus súbditos, con la energía y entereza en exigir el cumplimiento de la ley; para juntar la benignidad con la justicia, conseguir que sus súbditos cumplan su deber *por amor,* sin amontonar preceptos, mandatos y reprensiones! Y el *director espiritual,* ¿cómo podrá resolver con seguridad y acierto los mil pequeños conflictos que perturban a las pobres almas, aconsejarles lo que deben hacer en cada caso, decidir en materia de vocación cuando aparece dudosa y guiar a cada alma por su propio camino hacia Dios? Apenas se concibe este acierto sin la intervención frecuente y enérgica del don de consejo.

Santos hubo que tuvieron este don en grado sumo. San Antonio de Florencia destacó tanto por la admirable inspiración de sus consejos, que ha pasado a la historia con el sobrenombre de *Antoninus consiliorum.* Santa Catalina de Siena era el brazo derecho y el mejor consejero del papa. Santa Juana de Arco, sin poseer el arte militar, trazó planos y dirigió operaciones que pasmaron de admiración a los más expertos capitanes, que veían infinitamente superada su prudencia militar por aquella pobre mujer. Y Santa Teresita del Niño Jesús desempeñó con exquisito acierto, en plena juventud, el difícil y delicado cargo de maestra de novicias, que tanta madurez y experiencia requiere.

4) Aumenta extraordinariamente nuestra docilidad y sumisión a los legítimos superiores.—He aquí un efecto admirable, que a primera vista parece incompatible con el don de consejo, y que, sin embargo, es una de sus consecuencias más naturales y espontáneas. El alma gobernada directamente por el Espíritu Santo parece que no tendrá para nada obligación o necesidad de consultar sus cosas con los hombres; y, con todo, ocurre precisamente todo lo contrario: nadie es tan dócil y sumiso, nadie tiene tan fuerte inclinación a pedir las luces de los legítimos representantes de Dios en la tierra (superiores, director espiritual...) como las almas sometidas a la acción del don de consejo.

Es porque el Espíritu Santo les impulsa a ello. Ha determinado Dios que el hombre se rija y gobierne por los hombres. En la Sagrada Escritura tenemos innumerables ejemplos de ello. San Pablo cae del caballo derribado por la luz divina, pero no se le dice lo que tiene que hacer, sino únicamente que entre en la ciudad y Ananías se lo

dirá de parte de Dios (cf. Act 9,1-6). Este mismo estilo tiene Dios en todos sus santos: les inspira humildad, sumisión y obediencia a sus legítimos representantes en la tierra. En caso de conflicto entre lo que El les inspira y lo que les manda el superior o director, quiere que obedezcan a estos últimos. Se lo dijo expresamente a Santa Teresa: «Siempre que el Señor me mandaba alguna cosa en la oración, si el confesor me decía otra, me tornaba el mismo Señor a decir que le obedeciese; después Su Majestad le volvía para que me lo tornase a mandar» [5]. Incluso cuando con tanta falta de juicio mandaron a la Santa algunos confesores que hiciera burla de las apariciones de nuestro Señor (teniéndolas por diabólicas), le dijo el mismo Señor que obedeciera sin réplica: «Decíame que no se me diese nada, que bien hacía en obedecer, mas que El haría que se entendiese la verdad» [6]. La Santa aprendió tan bien la lección, que, cuando el Señor le mandaba realizar alguna cosa, lo consultaba inmediatamente con sus confesores, *sin decirles que se lo había mandado el Señor* (para no coaccionar su libertad de juicio); y sólo después que ellos habían decidido lo que convenía hacer les daba cuenta de la comunicación divina, si coincidían ambas cosas; y si no, pedía a nuestro Señor que cambiase el parecer al confesor, pero obedeciendo mientras tanto a este último.

Es ésta una de las más claras y manifiestas señales de buen espíritu y de que las comunicaciones que se creen recibir de Dios son realmente de El. Revelación o visión que inspire rebeldía y desobediencia, no necesita de más examen para ser rechazada como falsa o diabólica.

4. Bienaventuranzas y frutos correspondientes

San Agustín asigna al don de consejo la quinta bienaventuranza, correspondiente a los misericordiosos (Mt 5,7). Pero Santo Tomás lo admite únicamente en un sentido *directivo,* en cuanto que el don de consejo recae sobre las cosas útiles o convenientes para la salvación, y nada tan útil como la misericordia para con los demás, que nos la alcan-

[5] Santa Teresa, *Vida* 26,5.
[6] *Vida* 29,6.

zará también para nosotros. Pero, en sentido ejecutivo o *elicitivo,* la misericordia corresponde—como vimos—al don de piedad.

En cuanto relacionado con la misericordia, al don de consejo le corresponden de algún modo los frutos de *bondad y benignidad* [7].

5. Vicios opuestos al don de consejo

Al don de consejo se oponen, por defecto, la *precipitación* en el obrar, siguiendo el impulso de la actividad natural, sin dar lugar a consultar al Espíritu Santo; y la *temeridad,* que supone una falta de atención a las luces de la fe y a la inspiración divina por excesiva confianza en sí mismo y en las propias fuerzas. Y por exceso se opone al don de consejo la *lentitud excesiva,* porque, aunque es menester usar de madura reflexión antes de obrar, una vez tomada una determinación según las luces del Espíritu Santo, es necesario proceder rápidamente a la ejecución antes de que las circunstancias cambien y las ocasiones se pierdan [8].

6. Medios de fomentar este don

Aparte de los ya consabidos para el fomento general de los dones (recogimiento, vida de oración, fidelidad a la gracia, etc.), sobre los que nunca se insistirá bastante, los siguientes medios nos ayudarán mucho a disponernos para la actuación del don de consejo cuando sea menester:

a) PROFUNDA HUMILDAD para reconocer nuestra ignorancia y demandar las luces de lo alto. La oración humilde y perseverante tiene fuerza irresistible ante la misericordia de Dios. Es preciso invocar al Espíritu Santo por la mañana al levantarnos para pedirle su dirección y consejo a todo lo largo del día; al comienzo de cada acción, con

[7] Cf. II-II 52,4; 121,2; 52,4 ad 3.
[8] Cf. P. LALLEMANT, o.c., princ.4 c.4 a.4.

un movimiento sencillo y breve del corazón, que será, a la vez, un acto de amor; en los momentos difíciles o peligrosos, en los que, más que nunca, necesitamos las luces del cielo; antes de tomar una determinación importante o emitir algún juicio orientador para los demás, etc.

b) ACOSTUMBRARNOS A PROCEDER SIEMPRE CON REFLEXIÓN Y SIN APRESURAMIENTO.—Todas las industrias y diligencias humanas resultarán muchas veces insuficientes para obrar con prudencia, como ya hemos dicho; pero a quien hace lo que puede, Dios no le niega su gracia. Cuando sea menester, actuará sin falta el don de consejo para suplir nuestra ignorancia e impotencia: pero no tentemos a Dios esperando por medios divinos lo que podemos hacer por los medios puestos por El a nuestro alcance con ayuda de la gracia ordinaria: «A Dios rogando y con el mazo dando».

c) ATENDER EN SILENCIO AL MAESTRO INTERIOR.—Si lográramos hacer el vacío en nuestro espíritu y acalláramos por completo los ruidos del mundo, oiríamos con frecuencia la voz de Dios, que en la soledad suele hablar al corazón (cf. Os 2,14). El alma ha de huir del tumulto exterior y sosegar por completo su espíritu para oír las lecciones de vida eterna que le explicará el divino Maestro, como en otro tiempo a María de Betania, sosegada y tranquila a sus pies (cf. Lc 10,39).

«El cristiano—escribe a este propósito el P. Philipon [9]—debería caminar por este mundo con la mirada fija en el sublime destino que le espera: la consumación de su vida en la unidad de la Trinidad, en sociedad con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, con los demás hombres, sus hermanos, y con los ángeles, llamados ellos también a habitar con nosotros en la misma Ciudad de Dios, formando todos juntos una sola familia divina: la Iglesia del Verbo encarnado, el Cristo total.

¿Por qué toda nuestra actividad moral no brota en nosotros de esta suprema orientación de nuestra existencia hacia la beatificante visión de la Trinidad? Nos arrastramos en una atmósfera de vanidades, de horizontes meramente terrestres. Y, con todo, la gracia de Dios nos asiste para divinizar nuestros actos y valorizarlos hasta en sus menores detalles, sobreelevándolos hasta ponerlos al nivel

[9] P. PHILIPON, *Los dones del Espíritu Santo* (Barcelona 1966) p.281.

de las intenciones de Cristo, nivel en el que nos deberíamos mantener sin desfallecimientos, conscientes de nuestra filiación divina.

Nuestras vidas deberían desarrollarse, en todos sus instantes, al soplo del Espíritu del Padre y del Hijo, sin desviarse nunca hacia el mal, sin retardar jamás su impulso hacia Dios. El Espíritu Santo se halla no sólo muy cerca de nosotros, sino dentro de nosotros, en lo más hondo de nuestras almas, para iluminarnos con las claridades de Dios, para inspirarnos la realización de acciones enteramente divinas y facilitarnos su cumplimiento. Cuanto más se entrega un alma al Espíritu Santo, más se diviniza. La santidad perfecta consiste en no rehusarle nada al Amor».

d) Extremar nuestra docilidad y obediencia a los que Dios ha puesto en la Iglesia para gobernarnos.—Imitemos los ejemplos de los santos. Santa Teresa—como hemos visto—obedecía a sus confesores con preferencia al mismo Señor, y éste alabó su conducta. El alma dócil, obediente y humilde está en inmejorables condiciones para recibir las ilustraciones de lo alto. Nada hay, por el contrario, que aleje tanto de nosotros el eco misterioso de la voz de Dios como el espíritu de autosuficiencia y de insubordinación a sus legítimos representantes en la tierra.

CAPÍTULO 12

EL DON DE CIENCIA

El quinto don del Espíritu Santo, siguiendo la escala ascendente de menor a mayor perfección, es el don de *ciencia,* que vamos a estudiar cuidadosamente a continuación [1].

Algunos autores asignan al don de ciencia la misión de perfeccionar la virtud de la *esperanza.* Pero Santo Tomás lo adjudica a la *fe,* asignando a la esperanza el don de temor, como ya vimos. Nosotros seguimos este criterio del Doctor Angélico, que se funda, nos parece, en la naturaleza misma del don de ciencia [2].

1. Naturaleza del don de ciencia

El don de ciencia es un hábito sobrenatural infundido por Dios con la gracia santificante, por el cual la inteligencia del hombre, bajo la acción iluminadora del Espíritu Santo, juzga rectamente de las cosas creadas en orden al fin último sobrenatural.

Expliquemos los términos de esta sintética definición para captar un poco mejor la verdadera naturaleza de este admirable don.

ES UN HÁBITO SOBRENATURAL INFUNDIDO POR DIOS CON LA GRACIA SANTIFICANTE.—No se trata de la *ciencia humana* o *filosófica,* que da origen a un conocimiento cierto y evidente de las cosas deducido por el raciocinio natural de sus principios o causas próximas o remotas. Ni tampoco de la ciencia *teológica,* que deduce de las verdades revela-

[1] Cf. nuestra *Teología de la perfección cristiana* (BAC, Madrid [5]1968) n.343-348.
[2] Cf. II-II q.9 y 19.

das por Dios las virtualidades que contienen valiéndose del discurso o raciocinio natural. Sino de cierto *sobrenatural conocimiento* procedente de una ilustración especial del Espíritu Santo, que nos descubre y hace apreciar rectamente el nexo de las cosas creadas con el fin último sobrenatural. Más brevemente: es la recta estimación de la presente vida temporal en orden a la vida eterna. Es un *hábito infuso,* sobrenatural, inseparable de la gracia, que se distingue esencialmente de los hábitos adquiridos, de la *ciencia natural* y de la *teología.*

Por el cual la inteligencia del hombre.—El don de ciencia, como hábito, reside en el entendimiento, lo mismo que la virtud de la fe, a la que perfecciona. Y es primariamente *especulativo,* y secundariamente *práctico.*

Bajo la acción iluminadora del Espíritu Santo.—Es la causa agente que pone en movimiento el hábito sobrenatural del don. En virtud de esa moción divina, diferentísima de la gracia actual ordinaria, que pone en movimiento las virtudes, la inteligencia humana aprehende y juzga las cosas creadas por cierto *instinto divino,* por cierta *connaturalidad,* que el justo posee potencialmente, por las virtudes teologales, con todo cuanto pertenece a Dios. Bajo la acción de este don, el hombre no procede por raciocinio laborioso, sino que juzga rectamente de todo lo creado por un impulso superior y una luz más alta que la de la simple razón iluminada por la fe.

Juzga rectamente.—Esta es la razón formal que distingue al don de ciencia del don de entendimiento. Este último, como veremos, tiene por jeto captar y penetrar las verdades reveladas por a *profunda intuición sobrenatural,* pero sin emitir

juicio sobre ellas («simplex intuitus veritatis»). El de ciencia, en cambio, bajo la moción especial del Espíritu Santo, *juzga rectamente de las cosas creadas* en orden al fin último sobrenatural. Y en esto se distingue también del don de sabiduría, cuya función es *juzgar de las cosas divinas*, no de las creadas.

«La sabiduría y la ciencia—escribe el P. Lallemant [3]—tienen algo de común. Las dos hacen conocer a Dios y a las criaturas. Pero cuando se conoce a Dios por las criaturas y cuando nos elevamos del conocimiento de las causas segundas a la causa primera y universal, es un acto de ciencia. Y cuando se conocen las cosas humanas por el gusto que se tiene de Dios y se juzga de los seres creados por los conocimientos que se tienen del primer ser, es un acto de sabiduría».

DE LAS COSAS CREADAS EN ORDEN AL FIN ÚLTIMO SOBRENATURAL.—Es, como ya hemos dicho, el objeto material sobre el que recae el don de ciencia. Y como las cosas creadas pueden relacionarse con el fin ya sea impulsándonos hacia él, ya tratando de apartarnos del mismo, el don de ciencia da al hombre justo el recto juzgar en ambos sentidos [4]. Más aún, el don de ciencia se extiende también a las cosas divinas que se contemplan en las criaturas, procedentes de Dios, para manifestación de su gloria [5], según aquello de San Pablo: «Lo invisible de Dios, su eterno poder y divinidad, son conocidos mediante las criaturas» (Rom 1,20).

«Este recto juzgar de las criaturas es la *ciencia de los santos;* y se funda en aquel gusto espiritual y afecto de caridad que no descansa solamente en Dios, sino que pasa también a las criaturas por Dios, ordenándolas a El y formando un juicio de ellas según sus propiedades, esto

[3] O.c., princ.4 c.4 a.3; cf. II-II q.9 a.2 ad 3.
[4] Cf. II-II q.9 a.4.
[5] Cf. II-II q.9 a.2 ad 3.

es, por las causas inferiores y creadas; distinguiéndose en esto la sabiduría, que arranca de la causa suprema, uniéndose a ella por la caridad»[6].

2. Importancia y necesidad

El don de ciencia es absolutamente necesario para que la fe pueda llegar a su plena expansión y desarrollo en otro aspecto distinto del que corresponde —como veremos—al don de entendimiento. No basta *aprehender* la verdad revelada, aunque sea con esa penetración profunda e intuitiva que proporciona el don de entendimiento; es preciso que se nos dé también un *instinto sobrenatural para descubrir y juzgar rectamente las relaciones de esas verdades divinas con el mundo natural y sensible que nos rodea.* Sin ese instinto sobrenatural, la misma fe peligraría: porque, atraídos y seducidos por el encanto de las cosas creadas e ignorando el modo de relacionarlas con el mundo sobrenatural, fácilmente erraríamos el camino, abandonando—al menos prácticamente—las luces de la fe y arrojándonos, con una venda en los ojos, en brazos de las criaturas. La experiencia diaria confirma demasiado todo esto para que sea menester insistir en cosa tan clara.

El don de ciencia presta, pues, inestimables servicios a la fe, sobre todo en la práctica. Porque por él, bajo la moción e ilustración del Espíritu Santo y por cierta afinidad y connaturalidad con las cosas espirituales, juzgamos rectamente, según los principios de la fe, del uso de las criaturas, de su valor, utilidad o peligros en orden a la vida eterna; de tal manera que del que obra bajo el influjo de este don puede decirse con mucha propiedad y exactitud que ha recibido de Dios la *ciencia de los santos:* «dedit illi scientiam sanctorum» (Sab 10,10).

[6] JUAN DE SANTO TOMÁS, *In I-II* d.18 a.43 n.10

3. Efectos del don de ciencia

Son admirables y variadísimos los efectos que produce en el alma la actuación del don de ciencia, todos ellos de alto valor santificante. He aquí los principales:

1) Nos enseña a juzgar rectamente de las cosas creadas en orden a Dios.—Es lo propio y específico del don de ciencia. «Bajo su impulso—dice el P. Philipon [7]—, un doble movimiento se produce en el alma: la experiencia del vacío de la criatura, de su nada; y también, a la vista de la creación, el descubrimiento de la huella de Dios. El mismo don de ciencia arrancaba lágrimas a Santo Domingo al pensar en la suerte de los pobres pecadores, mientras que el espectáculo de la naturaleza inspiraba a San Francisco de Asís su famoso *Cántico al sol.* Los dos sentimientos aparecen en el conocido pasaje del *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz, donde el Santo describe el alivio y al mismo tiempo el tormento del alma mística a la vista de la creación, cuando las cosas del universo le revelan el paso de su Amado, mientras que El permanece invisible hasta que el alma, transformada en El, le encuentre en la visión beatífica».

El primer aspecto hacía exclamar a San Ignacio de Loyola al contemplar el espectáculo de una noche estrellada: «¡Oh, cuán vil me parece la tierra cuando contemplo el cielo!» Y el segundo hacía caer arrobado a San Juan de la Cruz ante la belleza de una fuentecilla, de una montaña, de un paisaje, de una puesta de sol, o al escuchar «el silbo de los aires nemorosos». La nada de las cosas creadas, contemplada a través del don de ciencia, hacía que San Pablo las estimase todas como *basura* con tal de ganar a Cristo (Flp 3,8); y la belleza de Dios, reflejada en la hermosura y fragancia de las flores, obligaba a San Pablo de la Cruz a decirles entre transportes de amor: «Callad, florecitas, callad...» Y este mismo sentimiento es el que daba al *Poverello* de Asís aquel sublime sentido de fraternidad universal con todas las cosas salidas de las manos de Dios: el hermano sol, el hermano lobo, la hermana flor...

[7] P. Philipon, O. P., *La doctrina espiritual de sor Isabel de la Trinidad* c.8 n.6.

Era también el don de ciencia quien daba a Santa Teresa aquella pasmosa facilidad para explicar las cosas de Dios valiéndose de comparaciones y semejanzas tomadas de las cosas creadas.

2) Nos GUÍA CERTERAMENTE ACERCA DE LO QUE TENEMOS QUE CREER O NO CREER.—Las almas en las que el don de ciencia actúa intensamente tienen instintivamente el *sentido de la fe.* Sin haber estudiado teología ni tener letras de ninguna clase, se dan cuenta en el acto si una devoción, una doctrina, un consejo, una máxima cualquiera, está de acuerdo y sintoniza con la fe o está en oposición a ella. No les preguntéis las razones que tienen para ello, pues no las saben. *Lo sienten así* con una fuerza irresistible y una seguridad inquebrantable. Es admirable cómo Santa Teresa, a pesar de su humildad y rendida sumisión a sus confesores, nunca pudo aceptar la errónea doctrina de que en ciertos estados elevados de oración conviene prescindir de la consideración de la humanidad adorable de Cristo [8].

3) Nos HACE VER CON PRONTITUD Y CERTEZA EL ESTADO DE NUESTRA ALMA.—Todo aparece transparente y claro a la penetrante introspección del don de ciencia: «nuestros actos interiores, los movimientos secretos de nuestro corazón, sus cualidades, su bondad, su malicia, sus principios, sus motivos, sus fines e intenciones, sus efectos y consecuencias, su mérito y su demérito» [9]. Con razón decía Santa Teresa que «en pieza a donde entra mucho sol no hay telaraña escondida» [10].

4) Nos INSPIRA EL MODO MÁS ACERTADO DE CONDUCIRNOS CON EL PRÓJIMO EN ORDEN A LA VIDA ETERNA.—En este sentido, el don de ciencia, en su aspecto práctico, deja sentir su influencia sobre la misma virtud de la prudencia, de cuyo perfeccionamiento directo se encarga—como vimos—el don de consejo.

«Un predicador—escribe el P. Lallemant [11]—conoce por

[8] He aquí sus propias palabras: «... y aunque me han contradecido en ella y dicho que no lo entiendo, porque son caminos por donde lleva nuestro Señor, y que cuando ya han pasado de los principios es mejor tratar en cosas de la Divinidad y huir de las corpóreas, *a mí no me harán confesar que es buen camino»* (*Moradas sextas* 7,5; cf. *Vida* c.22, donde explica ampliamente su pensamiento).

[9] P. LALLEMANT, o.c., princ.4 c.4 a.3.

[10] SANTA TERESA, *Vida* 19,2.

[11] L.c.

este donde lo que debe decir a sus oyentes y cómo debe apremiarles. Un director conoce el estado de las almas que dirige, sus necesidades espirituales, los remedios de sus faltas, los obstáculos que se oponen a su perfección, el camino más corto y seguro para conducirlas, cuándo hay que consolarlas o mortificarlas, lo que Dios obra en ellas y lo que deben hacer de su parte para cooperar con Dios y cumplir sus designios. Un superior conoce de qué manera debe gobernar a sus súbditos.

Los que participan más del don de ciencia son los más esclarecidos en todos sus conocimientos. Ven maravillas en la práctica de la virtud. Descubren grados de perfección que son desconocidos de los otros. Ven de una simple vista si las acciones son inspiradas por Dios y conformes a sus designios; tan pronto como se desvían un poco de los caminos de Dios, lo perciben en el acto. Señalan imperfecciones allí donde los otros no las pueden reconocer y no están sujetos a engañarse en sus sentimientos ni a dejarse sorprender por las ilusiones de que el mundo está lleno. Si un alma escrupulosa se dirige a ellos, sabrán lo que es necesario decirle para curar sus escrúpulos. Si han de dirigir una exhortación a religiosos o religiosas, les acudirán a la mente pensamientos conformes a las necesidades espirituales de estas personas religiosas y al espíritu de su orden. Si se les proponen dificultades de conciencia, las resolverán excelentemente. Pedidles la razón de su respuesta, y no os dirán una sola palabra, puesto que conocen todo esto sin razón, por una luz superior a todas las razones.

Gracias a este don predicaba San Vicente Ferrer con el prodigioso éxito que leemos en su vida. Se abandonaba al Espíritu Santo, ya fuera para preparar los sermones, ya para pronunciarlos, y todo el mundo salía impresionado. Era fácil ver que el Espíritu Santo hablaba por su boca. Un día en que debía predicar ante un príncipe creyó que debía aportar a la preparación de su sermón un mayor estudio y diligencia humana. Lo hizo así con extraordinario interés; pero ni el príncipe ni el resto del auditorio quedaron tan satisfechos de esta predicación tan estudiada como de la del día siguiente, que hizo, como de ordinario, según el movimiento del espíritu de Dios. Se le hizo notar la diferencia entre esos dos sermones. «Es—respondió—

que ayer predicó fray Vicente, y hoy ha sido el Espíritu Santo.»

5) NOS DESPRENDE DE LAS COSAS DE LA TIERRA.—En realidad, esto no es más que una consecuencia lógica de aquel *recto juzgar* de las cosas que constituye la nota típica del don de ciencia. «Todas las criaturas son como si no fueran delante de Dios» [12]. Por eso hay que rebasarlas y trascenderlas para descansar en sólo Dios. Pero únicamente el don de ciencia da a los santos esa visión profunda sobre la necesidad del desprendimiento absoluto que admiramos, por ejemplo, en San Juan de la Cruz. Para un alma iluminada por el don de ciencia, la creación es un libro abierto donde descubre sin esfuerzo la *nada* de las criaturas y el *todo* del Creador. «El alma pasa por las criaturas sin verlas, para no detenerse sino en Cristo... El conjunto de todas las cosas creadas, ¿merece siquiera una mirada para aquel que ha sentido a Dios, aunque no sea más que una sola vez?» [13].

Es curioso el efecto que produjeron en Santa Teresa las joyas que le enseñó en Toledo su amiga doña Luisa de la Cerda. He aquí el texto teresiano con toda su inimitable galanura:

«Cuando estaba con aquella señora que he dicho, me acaeció una vez, estando ya mala del corazón (porque, como he dicho, lo he tenido recio, aunque ya no lo es), como era de mucha caridad, hízome sacar joyas de oro y piedras, que las tenía de gran valor, en especial una de diamantes que apreciaba en mucho. Ella pensó que me alegraran. *Yo estaba riéndome entre mí y habiendo lástima de ver lo que estiman los hombres, acordándome de lo que nos tiene guardado el Señor,* y pensaba cuán imposible me sería, aunque yo conmigo misma lo quisiese procurar, tener en algo aquellas cosas si el Señor no me quitaba la memoria de otras. Esto es un gran señorío para el alma, tan grande que no sé si lo entenderá sino quien lo posee; porque es el propio y natural desasimiento, porque es sin trabajo nuestro. *Todo lo hace Dios;* que muestra Su Majestad estas verdades de manera que quedan tan impresas, que *se ve claro no lo pudiéramos por nosotros* de aquella manera en tan breve espacio adquirir» [14].

[12] Cf. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida* I 4,3.
[13] Cf. P. PHILIPON, l.c.
[14] SANTA TERESA, *Vida* 38,4.

6) Nos ENSEÑA A USAR SANTAMENTE DE LAS CRIATURAS. Este sentimiento, complementario del anterior, es otra derivación natural y espontánea del *recto juzgar* de las cosas creadas, propio del don de ciencia. Porque es cierto que el ser de las criaturas nada es comparado con el de Dios, pero no lo es menos que «todas las criaturas son migajas que cayeron de la mesa de Dios»[15], y de El nos hablan y a El nos llevan cuando sabemos usar rectamente de ellas.

Esto es, cabalmente, lo que hace el don de ciencia. Los ejemplos son innumerables en las vidas de los santos. La contemplación de las cosas creadas remontaba sus almas a Dios, del que veían su huella en las criaturas. Cualquier detalle insignificante, que pasa inadvertido al común de los mortales, impresiona fuertemente sus almas, llevándolas a Dios.

7) Nos LLENA DE CONTRICIÓN Y ARREPENTIMIENTO DE NUESTROS PASADOS ERRORES.—Es otra consecuencia natural del recto juzgar de las criaturas. A la luz resplandeciente del don de ciencia se descubre sin esfuerzo la *nada* de las criaturas: su fragilidad, su vanidad, su escasa duración, su impotencia para hacernos felices, el daño que el apego a ellas puede acarrearle al alma. Y al recordar otras épocas de su vida en las que acaso estuvo sujeta a tanta vanidad y miseria, siente en lo más íntimo de sus entrañas un vivísimo arrepentimiento, que estalla al exterior en actos intensísimos de contrición y desprecio de sí mismo. Los patéticos acentos del *Miserere* brotan espontáneamente de su alma como una exigencia y necesidad psicológica, que le alivia y descarga un poco el peso que le abruma. Por eso corresponde al don de ciencia la bienaventuranza de «los que lloran», como veremos en seguida.

Tales son, a grandes rasgos, los efectos principales del don de ciencia. Gracias a él la virtud de la fe, lejos de encontrar obstáculos en las criaturas para remontarse hasta Dios, se vale de ellas como palanca y ayuda para hacerlo con más facilidad. Perfeccionada por los dones de ciencia y de entendimiento,

[15] SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida* I 6,3.

la virtud de la fe alcanza una intensidad vivísima, que hace presentir al alma las divinas claridades de la visión eterna.

4. Bienaventuranzas y frutos que de él se derivan

Al don de ciencia corresponde la tercera bienaventuranza evangélica: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados» (Mt 5,5). Ello tanto por parte del mérito como del premio. Por parte del *mérito* (las lágrimas), porque el don de ciencia, en cuanto importa una recta estimación de las criaturas en orden a la vida eterna, impulsa al hombre justo a llorar sus pasados errores e ilusiones en el uso de las criaturas. Y poı parte del *premio* (la consolación), porque, a la luz del don de ciencia, se estima rectamente las criaturas y ordenan al bien divino, del cual se sigue la espiritul consolación, que comienza en esta vida y alcanzará su plenitud en la otra [16].

En cuanto a los frutos del Espíritu Santo, corresponden al don de ciencia la certeza especial acerca de las verdades sobrenaturales, llamada *fides,* y cierto gusto, deleite y fruición en la voluntad, que es el *gaudium o gozo espiritual.*

5. Vicios contrarios al don de ciencia

Santo Tomás, en el prólogo a la cuestión relativa a los pecados contra el don de entendimiento, alude a la *ignorancia* como vicio opuesto al don de ciencia [17]. Veamos en qué forma.

El don de ciencia, en efecto, es indispensable para desvanecer completamente, por cierto instinto divino, la multitud de errores que en materia de fe y

[16] Cf. II-II q.9 a.4c y ad 1.
[17] Cf. II-II p.15 pról.

de costumbres se nos infiltran continuamente a causa de nuestra ignorancia y debilidad mental. No solamente entre personas incultas, sino aun entre teólogos de nota—a pesar de la sinceridad de su fe y del esfuerzo de su estudio—, corren multitud de opiniones y pareceres distintos en materia de dogmática y moral, que forzosamente tienen que ser falsos a excepción de uno solo, porque una sola es la verdad. ¿Quién nos dará un criterio sano y certero para no declinar de la verdad en ninguna de esas intrincadas cuestiones? En el orden *universal* y *objetivo* no puede haber problema, en virtud del magisterio de la Iglesia, que es criterio infalible de verdad (por eso jamás yerra el que se atiene estrictamente a dicho magisterio infalible). Pero, en el orden *personal* y *subjetivo,* el acierto constante y sin fallo alguno es algo que supera las fuerzas humanas, aun del mejor de los teólogos. Sólo el Espíritu Santo, por el don de ciencia, nos lo puede proporcionar a modo de instinto divino. Y así se da el caso de personas humanamente sin cultura y hasta analfabetas que asombran a los mayores teólogos por la seguridad y profundidad con que penetran las verdades de la fe y la facilidad y acierto con que resuelven por instinto los más intrincados problemas de moral En cambio, ¡cuántas ilusiones padecen en las vías del Señor los que no han sido iluminados por el don de ciencia! Todos los falsos místicos lo son precisamente por la ignorancia, contraria a este don.

Esta ignorancia puede ser culpable y constituir un verdadero vicio contra este don. Y lo puede ser, ya sea por ocupar voluntariamente nuestro espíritu en cosas vanas o curiosas, o aun en las ciencias humanas sin la debida moderación (dejándonos absorber excesivamente por ellas y no dando lugar al estudio de la ciencia más importante, que es la de nuestra propia salvación o santificación),

ya por vana *presunción,* confiando demasiado en nuestra ciencia y nuestras propias luces, poniendo con ello obstáculo a los juicios que habíamos de formar con la luz del Espíritu Santo. Este abuso de la humana ciencia es el principal motivo de que abunden más los verdaderos místicos entre personas sencillas e ignorantes que entre los demasiado intelectuales y sabios según el mundo. Mientras no renuncien a su voluntaria ceguera y soberbia intelectual, no es posible que lleguen a actuar en sus almas los dones del Espíritu Santo. El mismo Cristo nos avisa en el Evangelio: «Gracias te doy, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a los pequeñuelos» (Mt 11,25).

De manera que la *ignorancia,* contraria al don de ciencia —que puede darse y se da muchas veces en grandes sabios según el mundo—, es indirectamente voluntaria y culpable, constituyendo, por lo mismo, un verdadero vicio contra el don [18].

6. Medios de fomentar este don

Aparte de los medios generales para el fomento de los dones en general (recogimiento, fidelidad a la gracia, oración, etc.), he aquí los principales referentes al don de ciencia:

a) CONSIDERAR LA VANIDAD DE LAS COSAS TERRENAS.— Nunca, ni con mucho, podremos con nuestras pobres «consideracioncillas» [19] acercarnos a la penetrante intuición del don de ciencia sobre la vanidad de las cosas creadas; pero es indudable que podemos hacer algo meditando seriamente en ello con los procedimientos discursivos a nuestro alcance. Dios no nos pide en cada momento más que lo que entonces podemos darle; y a quien hace lo que puede de su parte, no le niega jamás su ayuda para ulteriores avances [20].

[18] Cf. P. I. G. MENÉNDEZ-REIGADA, *Los dones del Espíritu Santo y la perfección cristiana* c.9 p.596-600.

[19] La expresión, de una fuerza realista insuperable, es de Santa Teresa *(Vida* 15,14).

[20] Puede ayudar en esta labor la lectura de ciertas obras sobre este mismo asunto. El venerable fray Luis de Granada escribió páginas admirables en varias de sus obras, y fray Diego de Estella compuso su famoso *Tratado de la vanidad del mundo,* que no ha perdido todavía su frescura y actualidad.

b) Acostumbrarse a relacionar con Dios todas las cosas creadas.—Es otro procedimiento psicológico para irse acercando poco a poco al punto de vista en que nos colocará definitivamente el don de ciencia. No descansemos en las criaturas: pasemos a través de ellas a Dios. ¿Acaso las bellezas creadas no son un pálido reflejo de la divina hermosura? Esforcémonos en descubrir en todas las cosas la huella y el vestigio de Dios, preparando los caminos a la acción sobrehumana del Espíritu Santo.

c) Oponerse enérgicamente al espíritu del mundo. El mundo tiene el triste privilegio de ver todas las cosas —desde el punto de vista sobrenatural—precisamente *al revés de lo que son.* No se preocupa más que de gozar de las criaturas, poniendo en ellas su felicidad, completamente de espaldas a Dios. No hay, por consiguiente, otra actitud más contraria al espíritu del don de ciencia, que nos hace despreciar las criaturas o usar de ellas únicamente por relación a Dios y en orden a El. Huyamos de las reuniones mundanas, donde se lanzan y corren como moneda legítima falsas máximas totalmente contrarias al espíritu de Dios. Renunciemos a espectáculos y diversiones tantas veces saturados o al menos influidos por el ambiente malsano del mundo. Andemos siempre alerta para no dejarnos sorprender por los asaltos de este enemigo artero, que trata de apartar nuestra vista de los grandes panoramas del mundo sobrenatural.

d) Ver la mano de la Providencia en el gobierno del mundo y en todos los acontecimientos prósperos o adversos de nuestra vida.—Cuesta mucho colocarse en este punto de vista, y nunca lo conseguiremos del todo hasta que actúe en nosotros el don de ciencia, y sobre todo el de sabiduría; pero esforcémonos en hacer lo que podamos. Es un dogma de fe que Dios cuida con amorosísima providencia de todos nosotros. Es nuestro Padre, que sabe mucho mejor que nosotros lo que nos conviene, y nos gobierna con infinito amor, aunque no acertemos muchas veces a descubrir sus secretos designios en lo que dispone o permite sobre nosotros, sobre nuestros familiares o sobre el mundo entero.

e) Preocuparse mucho de la pureza de corazón.— Este cuidado atraerá la bendición de Dios, que no dejará de

darnos los dones que necesitamos para lograrla del todo si somos fieles a su gracia. Hay una relación muy estrecha entre la guarda del corazón y el cumplimiento exacto de todos nuestros deberes y las iluminaciones de lo alto: «Soy más entendido que los ancianos si guardo tus preceptos» (Sal 118,100).

Capítulo 13

EL DON DE ENTENDIMIENTO

El don de entendimiento—lo mismo que el de ciencia, pero en otro aspecto—es el encargado de perfeccionar la virtud teologal de la fe. Vamos a estudiarlo cuidadosamente[1].

1. Naturaleza del don de entendimiento

El don de entendimiento es un hábito sobrenatural, infundido por Dios con la gracia santificante, por el cual la inteligencia del hombre, bajo la acción iluminadora del Espíritu Santo, se hace apta para una penetrante intuición de las cosas reveladas y aun de las naturales en orden al fin último sobrenatural.

Examinemos despacio esta definición para conocer la naturaleza íntima de este gran don.

Es un hábito sobrenatural infundido por Dios con la gracia santificante.—Este es un elemento genérico, común a todos los dones del Espíritu Santo. No son simples gracias actuales transeúntes, sino verdaderos *hábitos* infundidos en las potencias del alma en gracia para secundar con facilidad las mociones del mismo Espíritu Santo.

Por el cual la inteligencia del hombre.—El don de entendimiento reside, en efecto, en el *entendimiento especulativo,* a quien perfecciona—previamente informado por la virtud de la fe—para recibir connaturalmente la moción del Espíritu Santo, que pondrá en acto al hábito donal.

[1] Cf. nuestra *Teología de la perfección cristiana* (BAC, Madrid [5]1968) n.337-342.

Bajo la acción iluminadora del Espíritu Santo.—Sólo el divino Espíritu puede poner en movimiento los dones de su mismo nombre. Sin su divina moción, los hábitos donales permanecen ociosos, ya que el hombre es absolutamente incapaz de actuarlos ni siquiera con ayuda de la gracia. Son instrumentos *directos e inmediatos del Espíritu Santo,* que se constituye, por lo mismo, en *motor* y *regla* de los actos que de ellos proceden. De ahí proviene la *modalidad divina* de los actos donales (única posible por exigencia intrínseca de la misma naturaleza de los dones). El hombre no puede hacer otra cosa, con ayuda de la gracia, que *disponerse* para recibir la divina moción—removiendo los obstáculos, permaneciendo fiel a la gracia, implorando humildemente esa actuación santificadora, etc.— y *secundar* libre y meritoriamente la moción del divino Espíritu cuando se produzca de hecho.

Se hace apta para una penetrante intuición. Es el *objeto formal* del don de entendimiento, que señala la diferencia específica entre él y la virtud teologal de la fe. Porque la virtud de la fe proporciona al entendimiento creado el conocimiento de las verdades sobrenaturales de una manera imperfecta, al *modo humano*—que es el propio y característico de las virtudes infusas cuando actúan por sí mismas, como ya vimos—, mientras que el don de entendimiento le hace apto para la penetración profunda e intuitiva (*modo sobrehumano,* divino, suprarracional) de esas mismas verdades reveladas [2]. Es, sencillamente, la *contemplación infusa* de la que hablan los místicos (Santa Teresa, San Juan

[2] «El don de entendimiento recae sobre los primeros principios del conocimiento gratuito (verdades reveladas), pero de otro modo que la fe. Porque a la fe pertenece *asistir* a ellos; y al don de entendimiento, *penetrarlos* profundamente» (II-II q.8 a.6 ad 2).

de la Cruz, etc.), que consiste en una simple y profunda intuición de la verdad: «simplex intuitus veritatis»[3].

El don de entendimiento se distingue, a su vez, de los otros tres dones intelectivos (sabiduría, ciencia y consejo) en que su función propia es la *penetración profunda* en las verdades de la fe en plan de simple aprehensión (o sea sin emitir juicio sobre ellas), mientras que a los otros dones intelectivos corresponde el recto *juicio* sobre ellas. Este *juicio,* si se refiere a las *cosas divinas,* pertenece al don de sabiduría; si se refiere a las *cosas creadas,* es propio del don de ciencia, y si se trata de la *aplicación a los casos concretos y singulares,* corresponde al don de consejo[4].

DE LAS COSAS REVELADAS Y AUN DE LAS NATURALES EN ORDEN AL FIN SOBRENATURAL.—Es el *objeto material* sobre el que versa o recae el don de entendimiento. Abarca todo cuanto pertenece a Dios, al hombre y a todas las criaturas con su origen y su fin. Este objeto material se extiende, pues, a todo cuanto existe; pero *primariamente* a las verdades de la fe, y *secundariamente* a todas las demás cosas que tengan cierto orden y relación con el fin último sobrenatural[5].

2. Necesidad del don de entendimiento

Por mucho que se ejercite la fe al modo humano o discursivo (vía *ascética),* jamás podrá llegar a su plena perfección y desarrollo. Para ello es indispensable la influencia de los dones de entendimiento y de ciencia (vía *mística).*

La razón es muy sencilla. El conocimiento huma-

[3] Cf. II-II q.180 a.3 ad 1.
[4] Cf. II-II q.8 a.6.
[5] Cf. II-II q.8 a.3.

no es de suyo *discursivo,* por composición y división, por análisis y síntesis, no por simple intuición de la verdad. De esta condición general del conocimiento humano no escapan las virtudes infusas al funcionar bajo el régimen de la razón y a nuestro *modo humano* (ascética). Pero siendo el objeto primario de la fe el mismo Dios, o sea la *verdad primera manifestándose*—«veritas prima in dicendo» [6]—, que es *simplicísima,* el modo discursivo, complejo, de conocerla no puede ser más inadecuado ni imperfecto. La fe es, de suyo, un hábito *intuitivo,* no discursivo [7]; y por eso las verdades de la fe no pueden ser captadas en toda su limpieza y perfección (aunque siempre en el claroscuro del misterio) más que por el golpe de vista *intuitivo y penetrante* del don de entendimiento, o sea cuando la fe se haya liberado enteramente de todos los elementos *discursivos* que la impurifican y se convierta en una fe *contemplativa.* Entonces se llega a la *fe pura,* tan insistentemente inculcada por San Juan de la Cruz como único medio proporcionado para la unión de nuestro entendimiento con Dios.

Entiéndese por *fe pura*—escribe conforme a esto un autor contemporáneo [8]—la adhesión del entendimiento a la verdad revelada, adhesión fundada únicamente en la autoridad de Dios que revela. *Excluye, pues, todo discurso. Desde el momento en que entra en juego la razón, desaparece la fe pura,* porque se mezcla con ella un elemento ajeno a su naturaleza. El raciocinio puede preceder y seguir a la fe, pero no puede acompañarla sin desnaturalizarla. Cuanto más haya de discurso, menos hay de adhesión a la verdad *por la autoridad de Dios,* y, por consiguiente, menos hay de *fe pura.*

[6] A Dios se le puede considerar como verdad primera de tres maneras: *in essendo,* o sea su misma deidad, o esencia divina; *in cognoscendo,* o sea su infinita sabiduría, que no puede engañarse, y *in dicendo,* o sea la suma veracidad de Dios, que no puede engañarnos.

[7] Cf. II-II q.2 a.1; *De veritate* q.14 a.1.

[8] P. CRISÓGONO DE JESÚS, *Compendio de ascética y mística* p.2.ª c.2 a.3 p.104 (1.ª ed.).

De donde se deduce hasta la evidencia la necesidad de la *contemplación mística* o infusa (causada por el don de entendimiento y los otros dones intelectuales) para llegar a la *fe pura,* sin discurso, de que habla San Juan de la Cruz; y, por consiguiente, la necesidad de la *mística* para la perfección cristiana, sin que sea suficiente la *ascética*[9].

3. Efectos del don de entendimiento

Son admirables los efectos que produce en el alma la actuación del don de entendimiento, todos ellos perfeccionando la virtud de la fe hasta el grado de increíble intensidad y certeza que llegó a alcanzar en los santos. Porque les manifiesta las verdades reveladas con tal claridad, que, sin descubrirles del todo el misterio, les da una seguridad inquebrantable de la verdad de nuestra fe, hasta el punto de que no les cabe en la cabeza que pueda haber incrédulos o indecisos en materia de fe. Esto se ve experimentalmente en las almas *místicas,* que tienen desarrollado este don en grado eminente: estarían dispuestas a creer lo contrario de lo que ven con sus propios ojos antes que dudar en lo más mínimo de alguna de las verdades de la fe.

Este es un don utilísimo a los teólogos—Santo Tomás lo poseía en grado extraordinario—para hacerles penetrar en lo más hondo de las verdades reveladas y *deducir después,* por el discurso teológico, las conclusiones en ellas implícitas.

El propio Doctor Angélico señala seis modos diferentes con que el don de entendimiento nos hace penetrar en lo más hondo y misterioso de las verdades de la fe[10].

[9] Hemos explicado ampliamente todo esto en nuestra *Teología de la perfección cristiana* (6.ª ed., n.181ss), adonde remitimos al lector que quiera mayor información sobre este punto importantísimo.
[10] Cf. II-II q.18 a.1.

1) NOS HACE VER LA SUSTANCIA DE LAS COSAS OCULTAS BAJO LOS ACCIDENTES.—En virtud de ese *instinto divino,* los místicos *perciben* la divina realidad oculta bajo los velos eucarísticos. De ahí su obsesión por la Eucaristía, que llega a constituir en ellos un verdadero martirio de hambre y sed. En sus visitas al sagrario no rezan, no meditan, no discurren; se limitan a contemplar al divino Prisionero del amor con una mirada simple, sencilla y penetrante, que les llena el alma de infinita suavidad y paz: «Le miro y me mira», como dijo al santo Cura de Ars aquel sencillo aldeano poseído por el divino Espíritu.

2) NOS DESCUBRE EL SENTIDO OCULTO DE LAS DIVINAS ESCRITURAS.—Es lo que realizó el Señor con sus discípulos de Emaús cuando «les abrió la inteligencia para que entendiesen las Escrituras» (Lc 24,45). Todos los místicos han experimentado este fenómeno. Sin discursos, sin estudios, sin ayuda alguna de ningún elemento humano, el Espíritu Santo les descubre de pronto y con una intensidad vivísima el sentido profundo de alguna sentencia de la Escritura que les sumerge en un abismo de luz. Allí suelen encontrar su *lema,* que da sentido y orientación a toda su vida: el «cantaré eternamente las misericordias del Señor», de Santa Teresa (Sal 88,1); el «si alguno es pequeñito, venga a mí», de Santa Teresita (Prov 9,4); la «alabanza de gloria», de sor Isabel de la Trinidad (Ef 1,6)... Por eso se les caen de las manos los libros escritos por los hombres y acaban por no encontrar gusto más que en las palabras inspiradas, sobre todo, en las que brotaron de los labios del Verbo encarnado [11].

3) NOS MANIFIESTA EL SIGNIFICADO MISTERIOSO DE LAS SEMEJANZAS Y FIGURAS.—Y así San Pablo vio a Cristo en la piedra que manaba agua viva para apagar la sed de los israelitas en el desierto: «petra autem erat Christus» (1 Cor 10,4). Y San Juan de la Cruz nos descubre, con pasmosa intuición mística, el sentido moral, anagógico y parabólico de multitud de semejanzas y figuras del Antiguo Testamento que alcanzan su plena realización en el Nuevo, o en la vida misteriosa de la gracia.

4) NOS DESCUBRE BAJO LAS APARIENCIAS SENSIBLES LAS REALIDADES ESPIRITUALES.—La liturgia de la Iglesia está

[11] «Yo apenas encuentro algo en los libros, a no ser en el Evangelio. Ese libro me basta» (SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS: *Novissima Verba,* 15 mayo).

llena de simbolismos sublimes que escapan en su mayor parte a las almas superficiales. Los santos, en cambio, experimentan gran veneración y respeto a la «menor ceremonia de la Iglesia» [12], que les inunda el alma de devoción y ternura. Es que el don de entendimiento les hace ver, a través de aquellos simbolismos y apariencias sensibles, las sublimes realidades que encierran.

5) Nos HACE CONTEMPLAR LOS EFECTOS CONTENIDOS EN LAS CAUSAS.—«Hay otro aspecto del don de entendimiento —escribe el P. Philipon [13]—particularmente sensible en los teólogos contemplativos. Después de la dura labor de la ciencia humana, todo se ilumina de pronto bajo un impulso del Espíritu. Un mundo nuevo aparece en un principio o en una causa universal: Cristo-Sacerdote, único Mediador del cielo y de la tierra; o bien el misterio de la Virgen corredentora, llevando espiritualmente en su seno a todos los miembros del Cuerpo místico; o, en fin, el misterio de la identificación de los innumerables atributos de Dios en su soberana simplicidad y la conciliación de la unidad de esencia con la trinidad de personas en una deidad que sobrepasa infinitamente las investigaciones más secretas de toda mirada creada. Otras tantas verdades que profundiza el don de entendimiento sin esfuerzo, *sabrosamente,* en el gozo beatificante de una 'vida eterna comenzada en la tierra' a la luz misma de Dios».

6) Nos HACE VER, FINALMENTE, LAS CAUSAS A TRAVÉS DE LOS EFECTOS.—«En sentido inverso—continúa el mismo autor—, el don de entendimiento revela a Dios y su todopoderosa causalidad en sus efectos, sin recurrir a los largos procedimientos discursivos del pensamiento humano abandonado a sus propias fuerzas, sino por simple mirada comparativa y por intuición 'a la manera de Dios'. En los indicios más imperceptibles, en los menores acontecimientos de su vida, un alma atenta al Espíritu Santo descubre de un solo trazo todo el plan de la Providencia sobre ella. Sin razonamiento dialéctico sobre las causas, la simple vista de los efectos de la justicia o de la misericordia de Dios le hace entrever todo el misterio

[12] «Contra la menor ceremonia de la Iglesia que alguien viese yo iba, por ella o por cualquier verdad de la Sagrada Escritura, me pondría yo a morir mil muertes» (SANTA TERESA, *Vida* 33,5).

[13] P. PHILIPON, *La doctrina espiritual de sor Isabel de la Trinidad* c.8 n.7.

de la predestinación divina, el 'excesivo amor' (Ef 2,4) con que persigue a las almas para unirlas a la beatificante Trinidad. A través de todo, Dios conduce a Dios».

Tales son los principales efectos que produce en el alma la actuación del don de entendimiento. Ya se comprende que, perfeccionada por él, la virtud de la fe llega a alcanzar una intensidad vivísima. No se rompen jamás del todo en esta vida los velos del misterio—«ahora vemos por un espejo y oscuramente» (1 Cor 13,12)—; pero sus profundidades insondables son penetradas por el alma con una vivencia tan clara y entrañable, que se acerca mucho a la visión intuitiva. Es Santo Tomás, modelo de ponderación y serenidad en todo cuanto dice, quien escribió estas asombrosas palabras: «En esta misma vida, purificado el ojo del espíritu por el don de entendimiento, puede verse a Dios en cierto modo» [14].

Al llegar a estas alturas, la influencia de la fe se extiende a todos los movimientos del alma, iluminando todos sus pasos y haciéndola ver todas las cosas a través del prisma sobrenatural. Estas almas parece que pierden el instinto de lo humano para conducirse en todo por el *instinto de lo divino.* Su manera de ser, de pensar, de hablar, de reaccionar ante los menores acontecimientos de la vida propia o ajena, desconciertan al mundo, incapaz de comprenderlas. Diríase que padecen estrabismo intelectual para ver todas las cosas al revés de como las ve el mundo. En realidad, la visión torcida es la de este último. Aquéllos han tenido la dicha inefable de que el Espíritu Santo, por el don de entendimiento, les diera el verdadero *sentido de Cristo*—«Nos autem sensum Christi habemus»

[14] «In hac etiam vita, purgato oculo per donum intellectus, Deus quodammodo videri potest» (I-II q.69 a.2 ad 3).

(1 Cor 2,16)—, que les hace ver todas las cosas a través del prisma de la fe: «El justo *vive de la fe*» (Rom 1,17).

4. Bienaventuranzas y frutos que de él se derivan

Al don de entendimiento se refiere la sexta bienaventuranza: la de los limpios de corazón (Mt 5,8).

En esta bienaventuranza, como en las demás, se indican dos cosas: una, a modo de disposición o de *mérito* (la limpieza del corazón), y otra, a modo de *premio* (el ver a Dios); y en los dos sentidos pertenece al don de entendimiento. Porque hay dos clases de *limpieza:* la del *corazón,* por la que se expelen todos los pecados y afectos desordenados, realizada por las virtudes y dones pertenecientes a la parte *apetitiva;* y la de la *mente,* depurándola de los fantasmas corporales y de los errores contra la fe, y ésta es propia del don de entendimiento. Y en cuanto a la *visión de Dios* es también doble: una, *perfecta,* por la que se ve claramente la misma esencia de Dios, y ésta es propia del cielo; y otra, *imperfecta,* que es propia del don de entendimiento, por la que, aunque no veamos directa y claramente qué cosa sea Dios, vemos qué cosa no es; y tanto más perfectamente conocemos a Dios en esta vida cuanto mejor entendemos que excede todo cuanto el entendimiento puede comprender [15].

En cuanto a los frutos del Espíritu Santo—que son actos exquisitos de virtud procedentes de los dones—, pertenecen al don de entendimiento, como fruto propio, la *fides,* o sea la certeza inquebrantable de la fe; y, como fruto último y acabadísimo, el *gaudium* (gozo espiritual), que reside en la voluntad [16].

[15] Cf. II-II q.8 a.7.
[16] Cf. II-II p.8 a.8.

5. Vicios contrarios al don de entendimiento

Santo Tomás dedica una cuestión entera al estudio de estos vicios [17]. Son principalmente dos: la *ceguera espiritual* y el *embotamiento del sentido espiritual*. La primera es la privación total de la visión (ceguera); la segunda, un debilitamiento notable de la misma (miopía). Y las dos proceden de los pecados carnales (lujuria y gula), por cuanto nada hay que impida tanto los vuelos del entendimiento—aun naturalmente hablando—como la vehemente aplicación a las cosas corporales que le son contrarias. Por eso la lujuria—que lleva consigo una más fuerte aplicación a lo carnal—produce la *ceguera espiritual*, que excluye casi por completo el conocimiento y aprecio de los bienes espirituales; y la gula produce el *embotamiento del sentido espiritual*, que debilita al hombre para ese conocimiento y aprecio, de manera semejante a como un objeto agudo y punzante—un clavo, por ejemplo—no puede penetrar con facilidad en la pared si tiene la punta obtusa y roma [18]

«Esta ceguera de la mente—escribe un autor contemporáneo [19]—es la que padecen todas las almas tibias; porque tienen en sí el don de entendimiento; pero, engolfada su mente en las cosas de aquí abajo, faltas de recogimiento interior y espíritu de oración, derramadas continuamente por los caños de los sentidos, sin una consideración atenta y constante de las verdades divinas, no llegan jamás a descubrir las claridades excelsas que en su oscuridad encierran. Por eso las vemos frecuentemente tan engañadas al hablar de cosas espirituales, de las finezas del amor divino, de los primores de la vida mística, de las alturas de la santidad, que tal vez cifran en algunas obras externas cubiertas con la roña de sus miras humanas, teniendo

[17] Cf. II-II q.15.
[18] Cf. II-II q.15 a.3.
[19] P. I. G. MENÉNDEZ-REIGADA, o.c., p.593-594.

por exageraciones y excentricidades las delicadezas que el Espíritu Santo pide a las almas.

Estos son los que quieren ir por el *camino de las vacas,* como se dice vulgarmente; bien afincados en la tierra, para que el Espíritu Santo no pueda levantarlos por los aires con su soplo divino; entretenidos en hacer montoncitos de arena, con los que pretenden escalar el cielo. Padecen esa ceguera espiritual, que les impide ver la santidad infinita de Dios, las maravillas que su gracia obra en las almas, los heroísmos de abnegación que pide para corresponder a su amor inmenso, las locuras de amor por aquel a quien el amor condujo a la locura de la cruz. Los pecados veniales los tienen en poco, y sólo perciben los de más bulto, haciendo caso omiso de lo que llaman imperfecciones. Son ciegos, porque no echan mano de esa antorcha que alumbra un lugar caliginoso (2 Pe 1,19), y muchas veces, con presunción, pretenden guiar a otros ciegos (Mt 15,14).

El que padece, pues, esta ceguera o esta miopía en su vista interior, que le impide penetrar las cosas de la fe hasta lo más mínimo, no carece de culpa, por la negligencia y descuido con que las busca, por el fastidio que le causan las cosas espirituales, amando más las que le entran por los sentidos».

6. Medios de fomentar este don

Como ya hemos dicho repetidas veces, la actuación de los dones del Espíritu Santo depende enteramente del mismo divino Espíritu. Pero el alma puede hacer mucho de su parte *disponiéndose,* con ayuda de la gracia, para esa divina actuación [20]. He aquí los principales medios:

a) AVIVAR LA FE, CON AYUDA DE LA GRACIA ORDINARIA.—Sabido es que las virtudes infusas se perfeccionan y desarrollan con la práctica cada vez más intensa de las mismas. Y aunque es verdad que, sin salir de su actuación al

[20] «Aunque en esta obra que hace el Señor no podemos hacer nada, mas para que Su Majestad nos haga esta merced, podemos hacer mucho *disponiéndonos*» (SANTA TERESA, *Moradas quintas* 2,1). Habla la Santa de la oración contemplativa de *unión,* efecto de los dones de entendimiento y sabiduría.

modo humano (vía ascética), no podrán jamás alcanzar su plena perfección y desarrollo, es disposición excelente para que el Espíritu Santo venga a perfeccionarlas con los dones el hacer todo cuanto esté de nuestra parte por los procedimientos ascéticos a nuestro alcance. Es un hecho que, según su providencia ordinaria, Dios da sus gracias a quien mejor se dispone para recibirlas [21].

b) PERFECTA PUREZA DE ALMA Y CUERPO.—Al don de entendimiento, como acabamos de ver, corresponde la sexta bienaventuranza, que se refiere a los «limpios de corazón». Sólo con la perfecta limpieza de alma y cuerpo se hace el alma capaz de *ver a Dios:* en esta vida, en el claroscuro de la fe iluminada profundamente por el don de entendimiento, y en la otra, con la clara visión de la gloria. La impureza es incompatible con ambas cosas.

c) RECOGIMIENTO INTERIOR.—El Espíritu Santo es amigo del recogimiento y de la soledad. Sólo allí habla en silencio a las almas: «Las llevaré a la soledad y le hablaré al corazón» (Os 2,14). El alma amiga de la disipación y del bullicio no percibirá jamás la voz de Dios en su interior. Es preciso hacer el vacío a todas las cosas creadas, retirarse a la celda del corazón para vivir allí con el divino Huésped hasta conseguir gradualmente no perder nunca la presencia de Dios aun en medio de los quehaceres más absorbentes. Cuando el alma haya hecho de su parte todo cuanto pueda para recogerse y aislarse de todo lo no necesario, el Espíritu Santo hará lo demás.

d) FIDELIDAD A LA GRACIA.—El alma ha de estar siempre atenta a no negar al Espíritu Santo cualquier sacrificio que le pida: «Si hoy oyereis su voz, no endurezcáis vuestros corazones» (Sal 94,8). No solamente ha de evitar cualquier falta *plenamente voluntaria,* que, por pequeña que fuese, contristaría al Espíritu Santo, según la misteriosa expresión de San Pablo: «Guardaos de entristecer al Espíritu Santo de Dios» (Ef 4,30), sino que ha de secundar

[21] Lo dice hermosamente de muchas maneras Santa Teresa de Jesús: «Como no quede por no habernos dispuesto, no hayáis miedo se pierda vuestro trabajo» (*Camino* 18,3). «Linda disposición es (el ejercicio de las virtudes) para que les haga toda merced» (*Moradas terceras* 1,5). «¡Oh, válgame Dios, qué palabras tan verdaderas y cómo las entiende el alma que en esta oración lo ve por sí! ¡Y cómo las entenderíamos *todas* si no fuese por nuestra culpa...! Mas, *como faltamos en no disponernos...,* no nos vemos en este espejo que contemplamos» (*Moradas séptimas* 2,8).

positivamente todas sus divinas mociones hasta poder decir con Cristo: «Yo hago siempre lo que es de su agrado» (Jn 8,29). No importa que a veces los sacrificios que nos pida parezcan superar nuestras fuerzas. Con la gracia de Dios, todo se puede—«todo lo puedo en aquel que me conforta» (Flp 4,13)—y siempre nos queda el recurso a la oración para pedirle al Señor por adelantado eso mismo que quiere que le demos: «Dadme, Señor, lo que mandáis y mandad lo que queráis» [22]. En todo caso, para evitar inquietudes y zozobras en esta fidelidad *positiva* a la gracia, contemos siempre con el control y los consejos de un sabio y experimentado director espiritual.

e) INVOCAR AL ESPÍRITU SANTO.—Pero ninguno de estos medios podremos practicar sin la ayuda de la gracia *preveniente* del mismo Espíritu Santo. Por eso hemos de invocarle con frecuencia y con el máximo fervor posible, recordándole a nuestro Señor su promesa de enviárnoslo (Jn 14,16-17). La secuencia de la fiesta de Pentecostés («Veni, Sancte Spiritus»), el himno de tercia («Veni, Creator Spiritu») y la oración litúrgica de esta fiesta («Deus, qui corda fidelium...») deberían ser, después del Padrenuestro y Avemaría, las oraciones predilectas de las almas interiores. Repitámoslas muchas veces hasta obtener aquel *recta sapere* que nos ha de dar el Espíritu Santo. Y, a imitación de los apóstoles cuando se retiraron al cenáculo para esperar la venida del Paráclito, asociemos a nuestras súplicas las del Corazón Inmaculado de María—«Cum Maria matre Iesu» (Act 1,14)—, la Virgen fidelísima [23] y celestial esposa del Espíritu Santo.

[22] SAN AGUSTÍN, *Confesiones* 1.10 c.29.

[23] La preciosa invocación de la letanía de la Virgen: *Virgo fidelis, ora pro nobis,* debería ser una de las jaculatorias predilectas de las almas sedientas de Dios. El divino Espíritu se les comunicará en la medida de su fidelidad a la gracia; y esta fidelidad la hemos de obtener por medio de María, Mediadora universal de todas las gracias por voluntad del mismo Dios.

CAPÍTULO 14

EL DON DE SABIDURIA

El don encargado de llevar a su última perfección la virtud de la caridad es el de *sabiduría.* Siendo la caridad la más perfecta y excelente de todas las virtudes, ya se comprende que el don de sabiduría será, a su vez, el más perfecto y excelente de todos los dones. Vamos a estudiarlo con la atención que se merece [1].

1. Naturaleza del don de sabiduría

El don de sabiduría es un hábito sobrenatural, inseparable de la caridad, por el cual juzgamos rectamente de Dios y de las cosas divinas por sus últimas y altísimas causas bajo el instinto especial del Espíritu Santo, que nos las hace saborear por cierta connaturalidad y simpatía.

Expliquemos despacio la definición para darnos cuenta exacta de la verdadera naturaleza de este gran don.

ES UN HÁBITO SOBRENATURAL, o sea infundido por Dios en el alma juntamente con la gracia y las virtudes infusas, como todos los demás dones.

INSEPARABLE DE LA CARIDAD.—Es precisamente la virtud que viene a perfeccionar, dándole una *modalidad divina,* de la que carece sometida al régimen de la razón humana, aun iluminada por la fe. Por esta su conexión con la caridad poseen el don de sabiduría (en cuanto *hábito)* todas las almas en gra-

[1] Cf. nuestra *Teología de la perfección cristiana* (BAC, Madrid [5]1968) n.368-373.

cia y es incompatible con el pecado mortal. Lo mismo ocurre con los demás dones.

POR EL CUAL JUZGAMOS RECTAMENTF.—En esto, entre otras cosas, se distingue del don de entendimiento. Lo propio de este último—como ya dijimos—es una penetrante y profunda intuición de las verdades de la fe en plan de *simple aprehensión,* sin emitir juicio sobre ellas. El juicio lo emiten los otros dones intelectivos en la siguiente forma: acerca de las cosas *creadas,* el don de ciencia; y en cuanto a la aplicación concreta a *nuestras acciones,* el don de consejo.

En cuanto que supone un *juicio,* el don de sabiduría reside en el entendimiento como en su sujeto propio; pero como el *juicio, por connaturalidad con las cosas divinas,* supone necesariamente la caridad, el don de sabiduría tiene su raíz *causal* en la caridad, que reside en la voluntad. Y no se trata de una sabiduría puramente especulativa, sino también *práctica,* ya que al don de sabiduría pertenece, en primer lugar, la contemplación de lo divino, que es como la *visión de los principios;* y en segundo lugar, dirigir los actos humanos según razones *divinas.* En virtud de esta suprema dirección de la sabiduría por razones divinas, la amargura de los actos humanos se convierte en dulzura, y el trabajo en descanso [2].

DE DIOS.—Esta diferencia es propísima del don de sabiduría. Los demás dones perciben, juzgan o actúan sobre cosas distintas de Dios. El don de sabiduría, en cambio, recae primaria y principalísimamente sobre el mismo Dios, del que nos da un *conocimiento sabroso y experimental,* que llena al alma de indecible suavidad y dulzura. Precisamente en virtud de esta inefable *experiencia de Dios,* el alma juzga todas las demás cosas que a El pertenecen por las más altas y supremas razones, o sea por razones *divinas;* porque, como explica Santo To-

[2] Cf. II-II q.45 a.2; a.3*c* y ad 3.

más, el que conoce y saborea la causa altísima por excelencia, que es el mismo Dios, está capacitado para juzgar todas las cosas por sus propias razones divinas [3]. Volveremos sobre esto al señalar los *efectos* que produce en el alma este don.

Y DE LAS COSAS DIVINAS.—Propiamente sobre las cosas divinas recae el don de sabiduría, pero esto no es obstáculo para que su juicio se extienda también a las cosas creadas, descubriendo en ellas sus *últimas causas y razones* que las entroncan y relacionan con Dios en el conjunto maravilloso de la creación. Es como una visión *desde la eternidad* que abarca todo lo creado con una mirada escrutadora, relacionándolo con Dios en su más alta y profunda significación por sus razones divinas. Aun las cosas creadas son contempladas por el don de sabiduría *divinamente*.

Por aquí aparece claro que el objeto formal o primario del don de sabiduría contiene el objeto formal o primario y el material de la fe; porque la fe mira primariamente a Dios, y secundariamente a las otras verdades reveladas. Pero se diferencia de ella en que la fe se limita a *creer*, y el don de sabiduría *experimenta y saborea* lo que la fe cree [4].

POR SUS ÚLTIMAS Y ALTÍSIMAS CAUSAS.—Esto es lo propio y característico de toda verdadera sabiduría. Para cuya inteligencia es de saber que hay varias clases de sabiduría que conviene recordar aquí.

Sabio, en general, es aquel que conoce las cosas por sus últimas y más altas causas. Antes de llegar

[3] Cf. II-II q.45 a.1.

[4] Hablando Santa Teresa, en las *Séptimas moradas*, de la sublime experiencia trinitaria del alma llegada a las cumbres de la unión mística con Dios—efecto de la actuación intensísima del don de sabiduría—, escribe: «¡Oh válame Dios, cuán diferente cosa es oír estas palabras y creerlas, a *entender por esta manera* cuán verdaderas son!» (*Moradas séptimas* 1,8).

a esas alturas hay diversos grados de conocimiento, tanto en el orden natural como en el sobrenatural. Y así:

a) El que contempla una cosa cualquiera sin conocer sus causas, tiene de ella un conocimiento *vulgar* o *superficial* (v.gr., el aldeano que contempla un eclipse sin saber a qué se debe aquello).

b) El que la contempla conociendo y señalando sus causas *próximas,* tiene un conocimiento *científico* (v.gr., el astrónomo ante el eclipse).

c) El que puede reducir sus conocimientos a los últimos principios del ser natural, posee la *sabiduría filosófica,* o meramente natural, que recibe el nombre de *metafísica.*

d) El que, *guiado por las luces de la fe,* escudriña con su razón natural los datos revelados para arrancarles sus virtualidades intrínsecas y deducir nuevas conclusiones, posee la *máxima sabiduría natural* que se puede alcanzar en esta vida (la *teología),* entroncada ya, *radicalmente,* con el orden sobrenatural [5].

e) Y el que, presupuesta la fe y la gracia, juzga por *instinto divino* las cosas divinas y humanas por sus últimas y altísimas causas— o sea por sus razones *divinas*—, posee la auténtica *sabiduría sobrenatural,* que es, precisamente, la que proporciona al alma el don de sabiduría en plena actuación. Por encima de este conocimiento no hay ningún otro en esta vida. Sólo le superan la *visión beatífica* y la *Sabiduría increada* de Dios, que es el Verbo divino.

Por donde aparece claro que el conocimiento que proporciona al alma la actuación intensa del don de sabiduría es incomparablemente superior al de todas las ciencias, incluyendo la misma sagrada teología, que tiene ya algo de divina. Por eso se da a veces el caso de un alma sencilla e ignorante, que carece en absoluto de conocimientos teológicos

[5] Sabido es que el hábito de la teología es *entitativamente natural,* porque procede del discurso natural de la razón examinando los datos de la fe y extrayéndoles sus virtualidades intrínsecas, que son las conclusiones teológicas. Pero *radicalmente*—o sea en su raíz—es o se le puede llamar *sobrenatural,* en cuanto que parte de los principios de la fe y recibe su influencia iluminadora a todo lo largo del discurso o raciocinio teológico (cf. I q.1 a.6c y ad 3).

adquiridos por el estudio, y que, sin embargo, posee, por el don de sabiduría, un conocimiento profundísimo de las cosas divinas que pasma y maravilla a los más eminentes teólogos, como ocurrió con Santa Teresa y otras muchas almas que no tenían «letras», o sea estudio científico ninguno.

BAJO EL INSTINTO ESPECIAL DEL ESPÍRITU SANTO.—Es lo propio y característico de los dones del mismo divino Espíritu, que adquiere su exponente máximo en el don de sabiduría por lo altísimo de su objeto: el mismo Dios y las cosas divinas. El hombre, bajo la acción de los dones, no procede por lento discurso y raciocinio, sino de una manera rápida e *intuitiva,* por un instinto especial, que procede del Espíritu Santo mismo. No les preguntemos a los místicos experimentales las razones que han tenido para obrar así o para pensar o decir tal o cual cosa, pues no lo saben. Lo han *sentido así* con una clarividencia y seguridad infinitamente superiores a todos los discursos y razonamientos humanos.

QUE NOS LAS HACE SABOREAR POR CIERTA CONNATURALIDAD Y SIMPATÍA.—Es otra nota típica de los dones, que alcanza su máxima perfección en el de sabiduría, que es de suyo un conocimiento *sabroso y experimental* de Dios y de las cosas divinas. Aquí la palabra *sabiduría* significa, a la vez, *saber* y *sabor*. Las almas que la experimentan comprenden muy bien el sentido de aquellas palabras del salmo: «*Gustad* y *ved* cuán suave es el Señor» (Sal 33,9). Experimentan deleites divinos que las empujan al éxtasis y les hacen presentir un poco los goces inefables de la eternidad bienaventurada.

2. Necesidad del don de sabiduría

El don de sabiduría es absolutamente necesario para que la virtud de la caridad pueda desarrollarse en toda su plenitud y perfección. Precisamente por ser la virtud más excelente, la más perfecta y divina de todas, está reclamando y exigiendo, por su misma naturaleza, la regulación divina del don de sabiduría. Abandonada a sí misma, o sea manejada por el hombre en el estado ascético, tiene que someterse a la regulación *humana,* al pobre *modo humano* que forzosamente le imprimirá el hombre. Ahora bien, esta atmósfera *humana* se le hace poco menos que irrespirable; la ahoga y asfixia, impidiéndole volar a las alturas. Es una virtud *divina* que tiene alas para volar hasta el cielo, y se la obliga a moverse a ras del suelo: por razones humanas, hasta cierto punto, sin comprometerse mucho, con grandísima *prudencia,* con mezquindades raquíticas, etc. Unicamente cuando empieza a recibir la influencia del don de sabiduría, que le proporciona la atmósfera y *modalidad divina* que ella necesita por su propia naturaleza de virtud teologal perfectísima, empieza la caridad, por decirlo así, a respirar a sus anchas. Y, por una consecuencia natural e inevitable, empieza a crecer y desarrollarse rápidamente, llevando consigo al alma, como en volandas, por las regiones de la *vida mística* hasta la cumbre de la perfección, que jamás hubiera podido alcanzar sometida a la atmósfera y regulación humana en el estado ascético.

De esta sublime doctrina se deducen como corolarios inevitables dos cosas importantísimas. Primera: que el *estado místico* (o sea el régimen habitual o predominante de los dones del Espíritu Santo) no sólo no es algo anormal y extraordinario en el desarrollo de la vida cristiana, sino que es,

precisamente, la *atmósfera normal* que exige y reclama la gracia (forma *divina* en sí misma) para que pueda desarrollar todas sus virtualidades divinas a través de sus *principios operativos* (virtudes y dones), principalmente de las virtudes teologales (fe, esperanza y caridad), que son absolutamente *divinas* en sí mismas. Lo místico debería ser precisamente *lo normal* en todo cristiano, y lo es, de hecho, en todo cristiano perfecto. Y segunda: que una actuación de los dones del Espíritu Santo al *modo humano,* además de imposible y absurda, sería completamente inútil para perfeccionar las virtudes infusas, sobre todo las teologales; porque, siendo estas últimas superiores a los mismos dones por su propia naturaleza [6], la única perfección que pueden recibir de ellos es la *modalidad divina* (propia y exclusiva de los dones), jamás una modalidad *humana,* que ya tienen las virtudes teologales abandonadas a sí mismas en el estado ascético, o sea sometidas a la regulación humana de la pobre alma imperfectamente iluminada por la luz oscura de la fe.

3. Efectos del don de sabiduría

Por su propia elevación y grandeza y por lo sublime de la virtud que ha de perfeccionar directamente, los efectos que produce en el alma la actuación del don de sabiduría son verdaderamente admirables. He aquí algunos de los más importantes:

[6] Cf. I-II q.68 a.8. Las virtudes teologales—en efecto—tienen por objeto *directo* e *inmediato* al *mismo Dios* (creído, esperado o amado), mientras que los dones recaen directamente sobre las virtudes infusas (o sea algo muy distinto de Dios) para perfeccionarlas. Luego es evidente que las virtudes teologales son, *por su propia naturaleza,* superiores a los mismos dones. Pero, en cambio, éstos son superiores a todas las virtudes infusas—incluso las teologales—por su *modalidad divina* (en cuanto instrumentos directos e inmediatos del Espíritu Santo, no del alma en gracia, como las virtudes). Más brevemente: las virtudes teologales son superiores a los dones *por su propia naturaleza teologal,* pero los dones les aventajan por su *modalidad divina.*

1. Les da a los santos el sentido divino, de eternidad, con que juzgan todas las cosas.—Es el más impresionante de los efectos del don de sabiduría que aparecen al exterior. Diríase que los santos han perdido por completo el *instinto de lo humano* y que ha sido sustituido por el *instinto de lo divino,* con que ven y enjuician todas las cosas. Todo lo ven desde las alturas, desde el punto de vista de Dios: los pequeños episodios de su vida diaria, lo mismo que los grandes acontecimientos internacionales. En todas las cosas ven clarísima la mano de Dios, que dispone o permite aquellas cosas para sacar mayores bienes. Nunca se fijan en las causas segundas inmediatas; pasan por ellas, sin detenerse un instante, hasta la causa primera, que lo rige y gobierna todo desde arriba. Tendrían que hacerse gran violencia para descender a los puntos de vista con que juzga las cosas la mezquindad humana. Un insulto, una bofetada, una calumnia que se lance contra ellos..., y en el acto se remontan hasta Dios, que lo quiere o lo permite para ejercitarles en la paciencia y aumentar su gloria. No se detienen un instante en la causa segunda (la maldad de los hombres); se remontan en seguida hasta Dios y juzgan el hecho desde aquellas alturas divinas. No llaman *desgracia* a lo que los hombres suelen llamarlo (enfermedad, persecución, muerte), sino únicamente a lo que lo es en realidad, por serlo delante de Dios (el pecado, la tibieza, la infidelidad a la gracia). No comprenden que el mundo pueda considerar como *riquezas* y *joyas* a unos cuantos cristalitos que brillan un poco más que los demás (Santa Teresa). Ven clarísimamente que no hay otro tesoro verdadero que Dios o las cosas que nos llevan a El. «¿De qué me vale esto para la eternidad, para glorificar a Dios?», solía preguntarse San Luis Gonzaga; he ahí el único criterio diferencial de los santos para juzgar del valor de las cosas.

Entre otros muchos santos, este don de sabiduría brilló en grado eminente en Santo Tomás de Aquino. Es admirable el instinto sobrenatural con que descubre en todas las cosas el aspecto *divino* que las relaciona y une con Dios. Un acierto tan grande, tan rotundo, tan universal en todo cuanto toca, no puede explicarse suficientemente por una sabiduría humana por muy elevada que se la su-

ponga; es preciso pensar en el instinto divino del don de sabiduría [7].

En nuestros días es admirable el caso de sor Isabel de la Trinidad. Según el P. Philipon—que ha estudiado tan a fondo las cosas de la célebre carmelita de Dijon—, el don de sabiduría es el más característico de su doctrina mística y de su vida [8]. Arrebatada su alma por una sublime vocación contemplativa hasta el seno mismo de la Trinidad Beatísima, en ella estableció su morada permanente, y desde aquellas divinas alturas contemplaba y juzgaba todas las cosas y acontecimientos humanos. Las mayores pruebas, sufrimientos y contrariedades no acertaban a perturbar un momento la paz inefable de su alma: todo resbalaba sobre ella, dejándola «inmóvil y tranquila, como si su alma estuviera ya en la eternidad»...

2. Les hace vivir de un modo enteramente divino los misterios de nuestra santa fe.—Escuchemos al padre Philipon explicando admirablemente estas cosas [9]: «El don de sabiduría es el don real, el que hace entrar más profundamente a las almas en la participación del modo deiforme de la ciencia divina. Es imposible elevarse más alto fuera de la visión beatífica, que sigue siendo su regla superior. Es la mirada del «Verbo espirando al Amor» comunicada a un alma que juzga todas las cosas por sus causas más altas, más divinas, por las razones supremas, 'a la manera de Dios'.

Introducida por la caridad en la intimidad de las personas divinas y como en el corazón de la Trinidad, el alma divinizada, bajo el impulso del Espíritu de amor, contempla todas las cosas desde ese centro, punto indivisible donde se le presentan como a Dios mismo: los atributos divinos, la creación, la redención, la gloria, el orden hipostático, los más pequeños acontecimientos del mundo. En la medida en que es posible a una simple creatura, su mirada tiende a identificarse con el ángulo de visión que Dios tiene de sí mismo y de todo el universo. Es la contemplación al modo deiforme, a la luz de la experiencia de la deidad, de la que el alma experimenta en sí misma

[7] Cf. P. Gardeil, O. P., *Los dones del Espíritu Santo en los santos dominicos* (Vergara 1907) c.8.

[8] Cf. P. Philipon, *La doctrina espiritual de sor Isabel de la Trinidad* c.8 n.8.

[9] P. Philipon, ibid.

la inefable dulzura: *per quandam experientiam dulcedinis* (I-II q.112 a.5).

Para comprender esto es preciso recordar que Dios no puede ver las cosas más que en sí mismo: en su causalidad. No conoce las criaturas directamente en sí mismas, ni en el movimiento de las causas contingentes y temporales que regulan su actividad. El las contempla en su Verbo, bajo un modo eternal, apreciando todos los acontecimientos de su providencia a la luz de su esencia y de su gloria.

El alma, hecha participante por el don de sabiduría de este modo divino de conocer, penetra con mirada escrutadora en las profundidades insondables de la divinidad, a través de las cuales contempla todas las cosas *coloreadas de lo divino*. Diríase que San Pablo pensaba en estas almas cuando escribió aquellas asombrosas palabras: 'El Espíritu todo lo escudriña, hasta las profundidades de Dios' (1 Cor 2,10)».

3. Les hace vivir en sociedad con las tres divinas personas, mediante una participación inefable de su vida trinitaria.—«Mientras que el don de ciencia—escribe todavía el P. Philipon [10]—toma un movimiento ascendente para elevar al alma desde las criaturas hasta Dios, y el de entendimiento, por una simple mirada de amor, penetra todos los misterios de Dios por fuera y por dentro, el don de sabiduría, por así decirlo, no sale jamás del corazón mismo de la Trinidad. Todo se le presenta en este centro indivisible. El alma así deiforme no puede ver las cosas más que por sus razones más altas y divinas. Todo el movimiento del universo, hasta los menores átomos, cae bajo su mirada a la purísima luz de la Trinidad y de los atributos divinos, pero ordenadamente, según el ritmo en que las cosas proceden de Dios. Creación, redención, orden hipostático, todo se le presenta, aun el mismo mal, ordenado a la mayor gloria de la Trinidad. Elevándose, en fin, en una suprema mirada por encima de la justicia, de la misericordia, de la providencia y de todos los atributos divinos, descubre de pronto todas esas perfecciones increadas en su fuente eternal: en esta deidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que sobrepuja infinitamente todas nuestras concepciones humanas, estrechas y mezquinas, y deja a Dios incomprensible, inefable, incluso a la

[10] Ibid.

mirada de los bienaventurados y aun a la mirada beatífica de Cristo; este Dios que es, a la vez, en su simplicidad sobreeminente, unidad y trinidad, esencia indivisible y sociedad de tres personas vivientes, realmente distinstas según un orden de procesión que no suprime en modo alguno su consustancial unidad. El ojo humano no hubiera podido jamás descubrir un tal misterio, ni el oído percibir tales armonías, ni el corazón sospechar una tal beatitud si por gracia la divinidad no se hubiera inclinado hasta nosotros en Cristo para hacernos entrar en estas insondables profundidades de Dios bajo la dirección misma de su Espíritu».

El alma llegada a estas alturas ya no sale nunca de Dios. Si los deberes de su estado así lo exigen, se entrega exteriormente a toda clase de trabajos, aun los más absorbentes, con una actividad increíble; pero «en el más profundo centro de su alma—como diría San Juan de la Cruz—siente permanentemente la divina compañía de 'sus Tres' y no les abandona un solo instante. Se han juntado en ella Marta y María de modo tan inefable, que la actividad prodigiosa de Marta en nada compromete el sosiego y la paz de María, que permanece día y noche en silenciosa y entrañable contemplación a los pies de su divino Maestro. Su vida acá en la tierra es ya un comienzo de la eternidad bienaventurada».

4. Lleva hasta el heroísmo la virtud de la caridad. Es precisamente la finalidad fundamental del don de sabiduría. Liberada de sus ataduras humanas y recibiendo a pleno pulmón el aire divino que el don le proporciona, el fuego de la caridad adquiere muy pronto proporciones gigantescas. Es increíble hasta dónde llega el amor de Dios en las almas trabajadas por el don de sabiduría. Su efecto más impresionante es la muerte total al propio *yo*. Aman a Dios con un amor purísimo, por sola su infinita bondad, sin mezcla de interés o de motivos humanos. Es verdad que no renuncian a la esperanza del cielo, sino que lo desean más que nunca; pero es porque en él podrán amar a Dios con mayor intensidad aún y sin descanso ni interrupción alguna. Si, por un imposible, pudieran amar y glorificar más a Dios en el infierno que en el cielo, preferirían sin vacilar los tormentos eternos [11]. Es el triunfo definitivo de

[11] Este sentimiento lo han experimentado gran número de santos. Véase, por ejemplo, con qué sencilla y sublime delicadeza lo expone Santa Teresita del Niño Jesús: «Una noche, no sabiendo cómo testi-

la gracia, con la muerte total al propio egoísmo. Entonces es cuando empiezan a cumplir el primer mandamiento de la ley de Dios con toda la plenitud posible en este pobre destierro.

En el aspecto que mira al prójimo, la caridad llega, paralelamente, a una perfección sublime a través del don de sabiduría. Acostumbrados a ver a Dios en todas las cosas, aun en los más mínimos acontecimientos, lo ven *de una manera especialísima* en el prójimo. Le aman con una ternura profunda, enteramente sobrenatural y divina. Le sirven con una abnegación heroica, llena, por otra parte, de naturalidad y sencillez. Ven a Cristo en los pobres, en los que sufren, en el corazón de todos sus hermanos..., y corren a ayudarle con el alma llena de amor. Gozan privándose de las cosas más necesarias o útiles para ofrecérselas al prójimo, cuyos intereses anteponen y prefieren a los propios, como antepondrían los del mismo Cristo, con quien le ven identificado. El egoísmo personal con relación al prójimo ha muerto enteramente. A veces, el amor de caridad que abrasa su corazón es tan grande que rebosa al exterior en divinas locuras que desconciertan la prudencia y los cálculos humanos. San Francisco de Asís se abrazó estrechamente a un árbol—como criatura de Dios—, queriendo con ello estrechar en un abrazo inmenso a toda la creación universal, salida de las manos de Dios...

5. PROPORCIONA A TODAS LAS VIRTUDES EL ÚLTIMO RASGO DE PERFECCIÓN Y ACABAMIENTO.—Es una consecuencia necesaria del efecto anterior. Perfeccionada por el don de sabiduría, la caridad deja sentir su influencia sobre todas las demás virtudes, de la que es verdadera *forma,* aunque extrínseca y accidental, como enseña Santo Tomás. Todo el conjunto de la vida cristiana experimenta esta divina influencia. Es ese *no sé qué* de perfecto y acabado que tienen las virtudes de los santos, y que en vano buscaríamos en almas menos adelantadas. En virtud de esta influencia del don de sabiduría a través de la caridad, todas las

ficar a Jesús que le amaba y cuán vivos eran mis deseos de que fuera servido y glorificado por doquier, me sobrecogió el pensamiento triste de que nunca jamás, desde el abismo del infierno, le llegaría un solo acto de amor. Entonces le dije que *con gusto consentiría en verme abismada en aquel lugar de tormentos y de blasfemias para que también allí fuera amado eternamente.* No podía glorificarle así, ya que El no desea sino nuestra bienaventuranza; pero cuando se ama, se ve uno forzado a decir mil locuras» (*Historia de un alma* c.5 n.23; 3.ª ed., Burgos 1950).

virtudes cristianas se elevan de plano y adquieren una modalidad *deiforme*, que admite innumerables matices (según el carácter personal y el género de vida de los santos), pero todos tan sublimes que no se podría precisar cuál de ellos es el más delicado y exquisito. Muerto definitivamente el egoísmo, perfecta en toda clase de virtudes, el alma se instala en la cumbre de la montaña de la santidad, donde se lee aquella inscripción sublime: «Sólo mora en este monte la honra y gloria de Dios» (SAN JUAN DE LA CRUZ).

4. Bienaventuranzas y frutos que de él se derivan

Santo Tomás, siguiendo a San Agustín, adjudica al don de sabiduría la séptima bienaventuranza: «Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios» (Mt 5,9). Y prueba que le conviene en sus dos aspectos: en cuanto al mérito y en cuanto al premio. En cuanto al mérito («los pacíficos»), porque la paz no es otra cosa que «la tranquilidad del orden»; y establecer el orden (para con Dios, para con nosotros mismos y para con el prójimo) pertenece precisamente a la sabiduría. Y en cuanto al premio («serán llamados hijos de Dios»), porque precisamente somos hijos adoptivos de Dios por nuestra participación y semejanza con el Hijo unigénito del Padre, que es la Sabiduría eterna [12].

En cuanto a los frutos del Espíritu Santo, pertenecen al don de sabiduría, a través de la caridad, principalmente estos tres: la *caridad*, el *gozo espiritual* y la *paz* [13].

5. Vicios opuestos

Al don de sabiduría se opone el vicio de la *estulticia* o necedad espiritual [14], que consiste en cierto

[12] Cf. II-II q.45 a.6.
[13] Cf. I-II q.70 a.3; II-II q.28 a.1 y 4; q.29 a.4 ad 1.
[14] Cf. II-II q.46.

embotamiento del juicio y del sentido espiritual que nos impide discernir o juzgar las cosas de Dios según el mismo Dios por contacto, gusto o connaturalidad, que es lo propio del don de sabiduría. Más lamentable todavía es la *fatuidad*, que lleva consigo la incapacidad total para juzgar de las cosas divinas. De donde la estulticia se opone al don de sabiduría como cosa contraria; y la fatuidad, como la pura negación [15].

«De esta estupidez adolecemos siempre que apreciamos en algo las naderías de este mundo o juzgamos que vale algo cualquier cosa que no sea la posesión del sumo bien o lo que a ella conduce. De ahí que, si no somos santos, tenemos que reconocer que somos verdaderamente estúpidos, por mucho que a nuestro amor propio le duela» [16].

Cuando esta estupidez es voluntaria por haberse sumergido el hombre en las cosas terrenas hasta perder de vista o hacerse inepto para contemplar las divinas, es un verdadero pecado, según aquello de San Pablo: «El hombre animal no comprende las cosas del Espíritu de Dios» (1 Cor 3,14). Y como no hay cosa que embrutezca y animalice más al hombre, hasta sumergirle por completo en el fango de la tierra, que la *lujuria*, de ella principalmente proviene la estulticia o necedad espiritual; si bien contribuye también a ella la *ira*, que ofusca la mente por la fuerte conmoción corporal, impidiéndole juzgar con rectitud [17].

6. Medios de fomentar este don

Aparte de los medios generales que ya conocemos (recogimiento, vida de oración, fidelidad a la gracia, invocación frecuente del Espíritu Santo, profunda

[15] Cf. II-II q.46 a.1.
[16] P. I. G. Menéndez-Reigada, *Los dones del Espíritu Santo y la perfección cristiana* p.595.
[17] Cf. II-II q.46 a.3c y ad 3.

humildad, etc.), podemos disponernos para la actuación del don de sabiduría con los siguientes medios, que están perfectamente a nuestro alcance con ayuda de la gracia ordinaria:

a) Esforzarnos en ver todas las cosas desde el punto de vista de Dios.—¡Cuántas almas piadosas y hasta consagradas a Dios ven y enjuician todas las cosas desde un punto de vista puramente *natural* y *humano,* cuando no del todo *mundano!* Su cortedad de vista y miopía espiritual es tan grande que nunca aciertan a remontar sus miradas por encima de las causas puramente humanas para ver los designios de Dios en todo cuanto ocurre. Si se les molesta—aunque sea inadvertidamente—, se enfadan y lo llevan muy a mal. Si un superior les corrige algún defecto, en seguida le tachan de exigente, tirano y cruel. Si les manda alguna cosa que no encaja con sus gustos, lamentan su «incomprensión», su «despiste», su completa «ineptitud para mandar». Si se les humilla, ponen el grito en el cielo. A su lado hay que proceder con la misma cautela y precaución que si se tratara de una persona mundana enteramente desprovista de espíritu sobrenatural. ¡No es de extrañar que el mundo ande tan mal cuando los que deberían dar ejemplo andan tantas veces así!

No es posible que en tales almas actúe jamás el don de sabiduría. Ese espíritu tan imperfecto y *humano* tiene completamente asfixiado el hábito de los dones. Hasta que no se esfuercen un poco en levantar sus miradas al cielo y, *prescindiendo de las causas segundas,* no acierten a ver la mano de Dios en todos los acontecimientos prósperos o adversos que les suceden, seguirán siempre arrastrando por el suelo su pobre y penosa vida espiritual. Para aprender a volar hay que batir muchas veces las alas hacia lo alto; al precio que sea y cueste lo que cueste.

b) Combatir la sabiduría del mundo, que es estulticia y necedad ante Dios.—La frase, como es sabido, es de San Pablo (1 Cor 3,19). El mundo llama sabios a los necios ante Dios (1 Cor 1,25). Y, por una antítesis inevitable, los sabios ante Dics son los que el mundo llama necios (1 Cor 1,27; 3,18). Y como el mundo está lleno de esta suerte que estulticia y necedad, por eso nos

dice la misma Sagrada Escritura que «es infinito el número de los necios» (Ecl 1,15).

«En efecto—escribe el P. Lallemant [18]—, la mayor parte de los hombres tienen el gusto depravado y se les puede con justa razón llamar locos, puesto que hacen todas sus acciones poniendo su último fin, al menos prácticamente, en la criatura y no en Dios. Cada uno tiene algún objeto al que se apega y refiere todas las demás cosas, no teniendo casi afección o pasión sino en dependencia de ese objeto; y esto es ser verdaderamente loco.

¿Queremos conocer si somos del número de los sabios o de los necios? Examinemos nuestros gustos y disgustos, ya sea ante Dios y las cosas divinas, ya entre las criaturas y las cosas terrenas. ¿De dónde nacen nuestras satisfacciones y sinsabores? ¿En qué cosas encuentra nuestro corazón su reposo y contentamiento?

Esta suerte de examen es un excelente medio para adquirir la pureza de corazón. Deberíamos familiarizarnos con él, examinando con frecuencia durante el día nuestros gustos y disgustos y tratando poco a poco de referirlos a Dios.

Hay tres clases de sabiduría reprobadas en la Sagrada Escritura (Sant 3,15), que son otras tantas verdaderas locuras: la *terrena,* que no gusta más que de las riquezas; la *animal,* que no apetece más que los placeres del cuerpo, y la *diabólica,* que pone su fin en su propia excelencia.

Y hay una locura que es verdadera sabiduría ante Dios: amar la pobreza, el desprecio de sí mismo, las cruces, las persecuciones, es ser loco según el mundo. Y, sin embargo, la sabiduría, que es un don del Espíritu Santo, no es otra cosa que esta locura, que no gusta sino de lo que nuestro Señor y los santos han gustado. Pero Jesucristo ha dejado en todo cuanto tocó en su vida mortal —como en la pobreza, en la abyección, en la cruz—un suave olor, un sabor delicioso; mas son pocas las almas que tienen los sentidos suficientemente finos para percibir este olor y para gustar este sabor, que son del todo sobrenaturales. Los santos *han corrido tras el olor de estos perfumes* (Cant 1,3); como un San Ignacio, que se regocijaba de verse menospreciado; un San Francisco, que amaba tan apasionadamente la abyección, que hacía cosas para quedar en ridículo; un Santo Domingo, que se encontraba

[18] P. LALLEMANT, o.c., princ.4 c.4 a.1.

más a gusto en Carcasona, donde era ordinariamente escarnecido, que en Tolosa, donde todo el mundo le honraba».

c) No AFICIONARSE DEMASIADO A LAS COSAS DE ESTE MUNDO AUNQUE SEAN BUENAS Y HONESTAS.—La ciencia, el arte, la cultura humana, el progreso material de las naciones, etc., son cosas de suyo buenas y honestas si se las encauza y ordena rectamente. Pero, si nos entregamos a esas cosas con *demasiado afán y ardor,* no dejarán de perjudicarnos seriamente. Acostumbrado nuestro paladar al gusto de las criaturas, experimentará cierta torpeza o estulticia para saborear las cosas de Dios, tan superiores en todo. El haberse dejado absorber por el apetito desordenado de la ciencia—aun de la sagrada y teológica—, tiene paralizadas en su vida espiritual a una multitud de almas, que se acarrean con ello una pérdida irreparable; pierden el gusto de la vida interior, abandonan o acortan la oración, se dejan absorber por el trabajo intelectual y descuidan la «única cosa necesaria» de que nos habla el Señor en el Evangelio (Lc 10,42). ¡Lástima grande, que lamentarán en el otro mundo cuando ya no tenga remedio!

«Qué diferentes—continúa el P. Lallemant [19]—son los juicios de Dios de los de los hombres! La sabiduría divina es una locura a juicio de los hombres, y la sabiduría humana es una locura a juicio de Dios. A nosotros toca ver con cuál de estos juicios queremos conformar el nuestro. Es preciso tomar el uno o el otro por regla de nuestros actos. Si gustamos de alabanzas y de honores, somos locos en esta materia; y tanto tendremos de locura cuanto tengamos de gusto en ser estimados y honrados. Como, al contrario, tanto tendremos de sabiduría cuanto tengamos de amor a la humillación y a la cruz.

Es monstruoso que aun en las órdenes religiosas se encuentren personas que no gustan más que de lo que pueda hacerles agradables a los ojos del mundo; que no han hecho nada de cuanto han hecho durante los veinte o treinta años de vida religiosa sino para acercarse al fin al que aspiran; apenas tienen alegría o tristeza sino relacionada con esto, o, al menos, son más sensibles a esto que a todas las demás cosas. Todo lo demás que mira a Dios y a la perfección les resulta insípido, no encuentran gusto alguno en ello.

[19] Ibid.

Este estado es terrible y merecería ser llorado con lágrimas de sangre. Porque ¿de qué perfección son capaces esos religiosos? ¿Qué fruto pueden hacer en beneficio del prójimo? Mas ¡qué confusión experimentarán a la hora de la muerte cuando se les muestre que durante todo el curso de su vida no han buscado ni gustado más que el brillo de la vanidad, como mundanos! Si están tristes estas pobres almas, decidles alguna palabra que les proporcione alguna esperanza de cierto engrandecimiento, aunque falso, y las veréis al instante cambiar de aspecto: su corazón se llenará de gozo, como ante el anuncio de algún gran éxito o acontecimiento.

Por otra parte, como no tienen el gusto de la devoción, no califican sus prácticas más que de bagatelas y de entretenimientos de espíritus débiles. Y no solamente se gobiernan ellos mismos por estos principios erróneos de la sabiduría humana y diabólica, sino que comunican además sus sentimientos a los otros, enseñándoles máximas del todo contrarias a las de nuestro Señor y del Evangelio, del cual tratan de mitigar el rigor por interpretaciones forzadas y conformes a las inclinaciones de la naturaleza corrompida, fundándose en otros pasajes de la Escritura mal entendidos, sobre los cuales edifican su ruina».

d) NO APEGARSE A LOS CONSUELOS ESPIRITUALES, SINO PASAR A DIOS A TRAVÉS DE ELLOS.—Hasta tal punto nos quiere Dios únicamente para sí, desprendidos de todo lo creado, que quiere que nos desprendamos hasta de los mismos consuelos espirituales que tan abundantemente, a veces, prodiga en la oración. Esos consuelos son ciertamente importantísimos para nuestro adelantamiento espiritual [20], pero únicamente como estímulo y aliento para buscar a Dios con mayor ardor. Buscarlos para detenerse en ellos y saborearlos como *fin último* de nuestra oración sería francamente malo e inmoral; y aun considerados como un *fin intermedio,* subordinado a Dios, es algo muy imperfecto, de que es menester purificarse si queremos pasar a la perfecta unión con Dios [21]. Hay que estar prontos y dispuestos para servir a Dios en la oscuridad lo mismo que en la luz, en la sequedad que en los consuelos, en

[20] Cf. P. ARINTERO, O. P., *Cuestiones místicas* (BAC, Madrid 1956) 1.ª a.6.
[21] Cf. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida del monte Carmelo* y *Noche oscura,* passim.

la aridez que en los deleites espirituales. Hay que buscar directamente al Dios de los consuelos, no los consuelos de Dios. Los consuelos son como la salsa o condimento, que sirve únicamente para tomar mejor los alimentos fuertes, que nutren verdaderamente el organismo; ella sola no alimenta y hasta puede estragar el paladar, haciéndole insípidas las cosas convenientes cuando se las presentan sin ella. Esto último es malo, y hay que evitarlo a todo trance si queremos que el don de sabiduría comience a actuar intensamente en nosotros.

Capítulo 15

LA FIDELIDAD AL ESPIRITU SANTO

Hemos visto en los capítulos precedentes de qué manera el Espíritu Santo—juntamente con el Padre y el Hijo—es el dulce Huésped de nuestra alma: *dulcis hospes animae.* Y hemos visto también de qué manera actúa continuamente en nosotros, ya sea moviendo el hábito de las virtudes infusas al *modo humano* en los comienzos de la vida espiritual (etapa ascética) o el de los dones al *modo divino* hasta llevar al alma fiel hasta las cumbres de la perfección cristiana (etapa mística).

Pero no podemos pensar que el Espíritu Santo no exige nada al alma a cambio de su divina liberalidad y largueza. Exige de ella una continua *fidelidad* a sus divinas mociones, so pena de suspender o aminorar su acción, dejándola estancada a mitad del camino, con gran peligro incluso de su misma salvación eterna.

Por eso creemos que nuestro pobre estudio, encaminado a dar a conocer la persona y la acción del divino Espíritu en nuestras almas, quedaría incompletísimo—aparte de sus muchos otros fallos e imperfecciones—si no lo termináramos con un capítulo especial enteramente dedicado a la fidelidad exquisita con que el alma ha de corresponder incesantemente a la acción santificadora del Espíritu Santo, que quiere llevarla, en continua progresión ascendente, hasta las cumbres más elevadas de la unión íntima con Dios.

Estudiaremos la naturaleza de la fidelidad al Espíritu Santo, su importancia y necesidad, su eficacia santificadora y el modo concreto de practicarla [1].

1. Naturaleza de la fidelidad al Espíritu Santo

La *fidelidad*, en general, no es otra cosa que la lealtad, la cumplida adhesión, la observancia exacta de la fe que uno debe a otro. En el derecho feudal era la obligación que tenía el vasallo de presentarse a su señor, rendirle homenaje y quedar enteramente obligado a obedecerle en todo, sin oponerle jamás la menor resistencia.

Todo esto tiene aplicación—y en grado máximo—tratándose de la fidelidad al Espíritu Santo, que no es otra cosa que *la lealtad o docilidad en seguir las inspiraciones del Espíritu Santo en cualquier forma que se nos manifiesten.*

«Llamamos *inspiraciones*—explica muy bien San Francisco de Sales [2]—a todos los atractivos, movimientos, reproches y remordimientos interiores, luces y conocimientos que Dios obra en nosotros, previniendo nuestro corazón con sus bendiciones (Sal 20,4), por su cuidado y amor paternal, a fin de despertarnos, excitarnos, empujarnos y atraernos a las santas virtudes, al amor celestial, a las buenas resoluciones; en una palabra, a todo cuanto nos encamina a nuestro bien eterno.

De varias maneras se producen inspiraciones divinas. Los mismos pecadores las reciben, impulsándoles a la conversión; pero, para el justo, en cuya alma habita el Espíritu Santo, es perfectamente *connatural* recibirlas a cada momento. El Espíritu Santo, mediante ellas, ilumina nuestra mente *para que podamos ver lo que hay que hacer* y mueve nuestra

[1] Cf. nuestra *Teología de la perfección cristiana* (BAC, Madrid [5]1968) n.635-638; P. LALLEMANT, o.c., princ.4 c.1 y 2; P. PLUS, *La fidelidad a la gracia* (Barcelona 1951): *Cristo en nosotros* (Barcelona 1943) 1.5.

[2] SAN FRANCISCO DE SALES, *Vida devota* p.2.ª c.18.

voluntad *para que podamos y queramos cumplirlo*, según aquellas palabras del Apóstol: «Dios es el que obra en nosotros el querer y el obrar según su beneplácito» (Flp 2,13).

Porque es evidente que el Espíritu Santo obra siempre según su beneplácito. Inspira y obra en el alma del justo cuando quiere y como quiere: «Spiritus ubi vult spirat» (Jn 3,8). Unas veces *ilumina* solamente (p. ej., en los casos dudosos para resolver la duda); otras *mueve* solamente (p. ej., para que el alma realice aquella buena acción que ella misma estaba ya pensando); otras, en fin—y es lo más frecuente—, *ilumina y mueve* a la vez.

A veces se produce la inspiración en medio del trabajo, como de improviso, cuando el alma estaba enteramente distraída y ajena al objeto de la inspiración. Otras muchas se produce en la oración, en la sagrada comunión, en momentos de recogimiento y de fervor. El Espíritu Santo rige y gobierna al hijo adoptivo de Dios tanto en las cosas ordinarias de la vida cotidiana como en los asuntos de gran importancia. San Antonio Abad entró en una iglesia y, al oír que el predicador repetía las palabras del Evangelio: «Si quieres ser perfecto, ve y vende cuanto tienes, dalo a los pobres y sígueme» (Mt 19,21), marchó en el acto a su casa, vendió todo cuanto tenía y se retiró al desierto.

El Espíritu Santo no siempre nos inspira directamente por sí mismo. A veces se vale del ángel de la guarda, de un predicador, de un buen libro, de un amigo; pero siempre es El, en última instancia, el principal autor de aquella inspiración.

2. Importancia y necesidad

Nunca se insistirá bastante en la excepcional importancia y absoluta necesidad de la fidelidad a las inspiraciones del Espíritu Santo para avanzar en el camino de la perfección cristiana. En cierto sentido, es éste el *problema fundamental* de la vida cristiana, ya que de esto depende el progreso incesante hasta llegar a la cumbre de la montaña de la perfección

o el quedarse paralizados en sus mismas estribaciones. La preocupación *casi única* del alma ha de ser la de llegar a la más exquisita y constante fidelidad a la gracia. Sin esto, todos los demás procedimientos y métodos que intente están irremisiblemente condenados al fracaso. La razón profundamente teológica de esto hay que buscarla en la economía de la *gracia actual,* que guarda estrecha relación con el grado de nuestra fidelidad.

En efecto, como ya dijimos más arriba, la previa moción de la gracia actual es absolutamente necesaria para poder realizar cualquier acto saludable. Es en el orden sobrenatural lo que la *previa moción divina* en el orden puramente natural: algo absolutamente indispensable para que un ser en potencia pueda realizar su acto. Sin ella nos sería tan imposible hacer el más pequeño acto sobrenatural—aun poseyendo la gracia, las virtudes y los dones del Espíritu Santo—como respirar sin aire en el orden natural. La gracia actual es como el *aire divino,* que el Espíritu Santo envía a nuestras almas para hacerlas respirar y vivir en el plano sobrenatural.

Ahora bien, «la gracia actual—dice el P. Garrigou-Lagrange [6]—nos es constantemente ofrecida para ayudarnos en el cumplimiento del deber de cada momento, algo así como el aire entra incesantemente en nuestros pulmones para permitirnos reparar la sangre. Y así como tenemos que *respirar* para introducir en los pulmones ese aire que renueva nuestra sangre, del mismo modo hemos de desear positivamente y con docilidad *recibir la gracia,* que regenera nuestras energías espirituales para caminar en busca de Dios. Quien no respira, acaba por morir de asfixia; quien no recibe con docilidad la gracia, terminará por morir de asfixia espiritual. Por eso dice San Pablo: 'Os exhortamos a no recibir en vano la gracia de Dios' (2 Cor 6,1). Preciso

[6] *Las tres edades de la vida interior* (Buenos Aires 1944) p.1.ª c.3 a.5.

es responder a esa gracia y cooperar generosamente a ella. Es ésta una verdad elemental que, practicada sin desfallecimiento, nos levantaría hasta la santidad».

Pero hay más todavía. En la economía ordinaria y normal de la gracia, la providencia de Dios tiene subordinadas las gracias posteriores que ha de conceder a un alma al buen uso de las anteriores. Una simple infidelidad a la gracia puede cortar el rosario de las que Dios nos hubiera ido concediendo sucesivamente, ocasionándonos una pérdida irreparable. En el cielo veremos cómo la inmensa mayoría de las santidades frustradas—mejor dicho, absolutamente todas ellas—se malograron por una serie de infidelidades a la gracia, acaso veniales en sí mismas, pero plenamente voluntarias, que paralizaron la acción del Espíritu Santo, impidiéndole llevar al alma hasta la cumbre de la perfección.

«La primera gracia de iluminación—continúa el padre Garrigou [4]—que en nosotros produce eficazmente un buen pensamiento, es *suficiente* con relación al generoso consentimiento voluntario, en el sentido de que nos da no este acto, sino la posibilidad de realizarlo. Sólo que, si resistimos a este buen pensamiento, nos privamos de la gracia actual, que nos hubiera inclinado *eficazmente* al consentimiento a ella. La resistencia produce sobre la gracia el mismo efecto que el granizo sobre un árbol en flor que prometía abundosos frutos: las flores quedan destrozadas y el fruto no llegará a sazón. La gracia *eficaz* se nos brinda en la gracia *suficiente* como el fruto en la flor; claro que es preciso que la flor no se destruya para recoger el fruto. Si no oponemos resistencia a la gracia *suficiente,* se nos brinda la gracia actual *eficaz,* y con su ayuda vamos progresando, con paso seguro, por el camino de la salvación. La gracia suficiente hace que no tengamos excusa delante de Dios, y la eficaz impide que nos gloriemos en nosotros mismos; con su auxilio vamos adelante humildemente y con generosidad».

[4] Ibid.

La fidelidad a la gracia, o sea a las mociones divinas del Espíritu Santo, es, pues, no solamente de gran importancia, sino absolutamente necesaria e indispensable para progresar en los caminos de la unión con Dios. El alma y su director espiritual no deberían tener otra obsesión que la de llegar a una continua, amorosa y exquisita fidelidad a la gracia.

«En realidad—escribe conforme a esto el P. Plus [5]—, la historia de nuestra vida, ¿no se resumirá muchas veces en la historia de nuestras perpetuas infidelidades? Dios tiene sobre nosotros planes magníficos, pero le obligamos a modificarlos de continuo. Tal gracia que se disponía a concedernos la ha de suspender porque nos hemos descuidado en merecerla. Y así la corrección se añade a la corrección. ¿Qué queda del primitivo proyecto?

Dios vive en sí mismo, de antemano, eternamente, aquello que nos quiere hacer vivir en el tiempo. La idea que tiene de nosotros, su eterna voluntad sobre nosotros, constituye nuestra *historia ideal:* el gran poema *posible* de nuestra vida. Nuestro Padre amoroso no deja de inspirar a nuestra conciencia ese bello poema. Cada vibración imperceptible es un don, un talento que he de recibir, un impulso que he de seguir, un comienzo que he de terminar y hacer valer. Y vos sabéis, ¡oh Padre!, las resistencias, las incomprensiones, las perversiones. A cada resistencia o incomprensión, vuestra providencia sustituye con otro poema (poema disminuido, pero todavía magnífico) a aquellos y a todos los demás cuya inspiración dejé de seguir.

Hay almas que no llegan a la santidad porque un día, en un instante dado, no supieron corresponder plenamente a una gracia divina. Nuestro porvenir depende a veces de dos o tres *sí* o de dos o tres *no* que convino decir y no se dijeron, y de los que pendían generosidades o desfallecimientos sin número.

¡A qué alturas no llegaríamos si nos resolviéramos a caminar siempre al mismo paso que la magnificencia divina! Nuestra cobardía prefiere pasos de enano.

¿Quién sabe a qué medianías nos condenamos, y tal vez a cosas peores, por no haber respondido atentamente

[5] *Cristo en nosotros* (Barcelona 1943) p.169-170.

a los llamamientos de lo alto? Hemos oído las extrañas palabras de Jesucristo a Santa Margarita María sobre el peligro de no ser fiel. Y ésta no menos urgente: 'Ten mucho cuidado de no permitir que se extinga jamás esta lámpara (su corazón), pues si una vez se apaga, no volverás a tener fuego para encenderla'».

No tengas falso temor, pero tampoco vana presunción. No hay que jugar con la gracia de Dios. Esta pasa, y si es verdad que vuelve muchas veces, pero no vuelve siempre. Si vuelve, y suponemos que viene con tanta fuerza como la primera vez, halla el corazón ya enflaquecido por la primera cobardía; por consiguiente, menos armado para corresponder. Y luego, Dios queda menos invitado a darnos otra gracia. ¿Para qué? ¿Para que sufra la misma suerte que la anterior? Es un testigo peligroso en el tribunal de Dios esa gracia desaprovechada, esa inspiración menospreciada, ese incalificable «dejar en cuenta». Los santos temblaban a la idea del mal que causa la infidelidad a las divinas inspiraciones».

3. Eficacia santificadora

Dejando aparte los sacramentos, que, dignamente recibidos, son el manantial y la fuente de la gracia, y cuya eficacia santificadora, en igualdad de condiciones, es muy superior a la de toda otra práctica religiosa, es indudable que, entre las que dependen de la actividad del hombre, ocupa el primer lugar la *fidelidad perfecta* a las inspiraciones del Espíritu Santo. Escuchemos sobre esto a Mons. Saudreau [9]:

«¿Cómo no ha de producir cosas admirables en su corazón dócil esta gracia divina? Dios, infinitamente bueno y santo, nada desea tanto como comunicar sus bienes, hacer participantes a sus hijos de su santidad y de su felicidad. Constantemente su mirada paternal está puesta en ellos, esperando su buena voluntad y como suplicando su consentimiento para colmarlos de riquezas. Su sabiduría sabe muy bien por qué caminos los ha de llevar para

[9] *El ideal del alma ferviente* (Barcelona 1926) p.108.

hacerlos santos y felices. ¿Qué garantía, pues, la de los que siempre y en todo se dejan guiar por un guía tan sabio y tan amante? En éstos, la oleada de sus gracias va siempre creciendo; al principio, como un rocío intermitente; después, como un arroyuelo; luego, como una corriente; en fin, como un río caudaloso y principal. Y al mismo tiempo que las gracias son más abundantes, son también más puras e intensas».

Resulta utilísimo realizar seriamente por algún tiempo la prueba de no negar al Espíritu Santo ninguna cosa que claramente se vea que nos pide. Un antiguo autor afirma terminantemente que tres meses de fidelidad perfecta a todas las inspiraciones del Espíritu Santo colocan al alma en un estado que le conducirá con toda seguridad a la cumbre de la perfección. Y añade: «Que alguno haga la prueba, durante tres meses, de no rehusar absolutamente nada a Dios, y verá qué profundo cambio experimentará en su vida» [7].

«Toda nuestra perfección—escribe el P. Lallemant [8]—depende de esta fidelidad, y puede decirse que el resumen y compendio de la vida espiritual consiste en observar con atención los movimientos del Espíritu de Dios en nuestra alma y en reafirmar nuestra voluntad en la resolución de seguirlos dócilmente, empleando al efecto todos los ejercicios de la oración, la lectura, los sacramentos y la práctica de las virtudes y buenas obras...

El fin a que debemos aspirar, después de habernos ejercitado largo tiempo en la pureza de corazón, es el de ser de tal manera poseídos y gobernardos por el Espíritu Santo, que El solo sea quien conduzca y gobierne todas nuestras potencias y sentidos y quien regule todos nuestros movimientos interiores y exteriores, abandonándonos enteramente a nosotros mismos por el renunciamiento espiritual de nuestra voluntad y propias satisfacciones. Así, ya no viviremos en nosotros mismos, sino en Jesucristo, por una fiel correspondencia a las opera-

[7] Cf. Mahieu, *Probatio caritatis* (Brujas 1948) p.271.
[8] O.c., princ.4 c.2 a.1 y 2.

ciones de su divino Espíritu y por un perfecto sometimiento de todas nuestras rebeldías al poder de la gracia...

La causa de que se llegue tan tarde o no se llegue nunca a la perfección es que no se sigue en casi todo más que a la naturaleza y al sentido humano. No se sigue nunca, o casi nunca, al Espíritu Santo, del que es propio esclarecer, dirigir y enardecer...

Puede decirse con verdad que no hay sino poquísimas personas que se mantengan constantemente en los caminos de Dios. Muchos se desvían sin cesar. El Espíritu Santo les llama con sus inspiraciones; pero, como son indóciles, llenos de sí mismos, apegados a sus sentimientos, engreídos de su propia sabiduría, no se dejan fácilmente conducir, no entran sino raras veces en el camino y designios de Dios y apenas permanecen en él, volviendo a sus concepciones e ideas, que les hacen dar el cambio. Así avanzan muy poco, y la muerte les sorprende no habiendo dado más que veinte pasos, cuando hubieran podido caminar diez mil si se hubieran abandonado a la dirección del Espíritu Santo».

4. Modo de practicarla

La inspiración del Espíritu Santo es al acto de virtud lo que la tentación al acto del pecado. Por un simple escalón desciende el hombre al pecado: tentación, delectación y consentimiento. El Espíritu Santo propone el acto de virtud al entendimiento y excita la voluntad; el justo, finalmente, lo aprueba y lo cumple.

Tres son, por parte nuestra, las cosas necesarias para la perfecta fidelidad a la gracia: la *atención* a las inspiraciones del Espíritu Santo, la *discreción* para saberlas distinguir de los movimientos de la naturaleza o del demonio y la *docilidad* para llevarlas a cabo. Expliquemos un poco cada una de ellas.

1) Atención a las inspiraciones.—Consideremos con frecuencia que el Espíritu Santo habita dentro de nosotros mismos (1 Cor 6,19). Si hiciéramos el vacío a todas las cosas de la tierra y nos reco-

giéramos en silencio y paz en nuestro interior, oiríamos, sin duda, su dulce voz y las insinuaciones de su amor. No se trata de una gracia extraordinaria, sino del todo normal y ordinaria en una vida cristiana seriamente vivida. ¿Por qué, pues, no oímos su voz? Por tres razones principales:

a) *Por nuestra habitual disipación.*—Dios está dentro, y nosotros vivimos fuera. «El hombre interior se recoge muy pronto, porque nunca se derrama del todo al exterior» (KEMPIS, 2,1). El mismo Espíritu Santo nos lo recuerda expresamente: «La llevaré a la soledad y allí hablaré al corazón» (Os 2,14).

He aquí un magnífico texto del padre Plus insistiendo en estas ideas [9]:

«Dios es discreto; pero no lo es ni por timidez ni por impotencia. Podría imponerse; si no lo hace, es por delicadeza y para dejar a nuestra iniciativa más campo de acción.

Mas no puede imaginarse que el Señor no sea un gran señor; no puede ser que no tenga muy vivo el sentimiento de su suprema dignidad.

Supongamos que donde quiere entrar u obrar no hay más que locas preocupaciones, estrépito de carracas, agitaciones, torbellinos, potros salvajes, frenesí de velocidad, desplazamientos incesantes, busca inconsiderada de naderías que se agitan; ¡para qué va a pedir audiencia!

Dios no se comunica con el ruido. Cuando descubre el interior de un alma obstruido por mil cosas, no tiene ninguna prisa en entregarse, en ir a alojarse en medio de esas mil nimiedades. Tiene su amor propio. No le gusta ponerse a la par con las baratijas. A veces, no obstante, lo toma a su cargo y, a pesar de la inatención, impone la atención. No se le quería recibir: ha entrado y habla. Pero en general no procede así. Evita una presencia que, bien claro está, no se buscaba. Si el alma está en gracia, es evidente que El reside en ella, pero no se le manifiesta. Ya que el alma no se digna advertirlo, El permanece

[9] P. PLUS, S. I., *La fidelidad a la gracia* p.59ss (Barcelona 1951), preciosa obrita, que es de lo mejor que se ha escrito sobre este importante asunto.

inadvertido; puesto que hay sustitutivos que se le prefieren, el bien supremo evita hacerse preferir a pesar de todo. Cuanto más el alma se derrama en las cosas, tanto menos insiste El.

Si, por el contrario, observa que alguno se desembaraza de esas naderías y busca el silencio, Dios se le acerca. Esto le entusiasma. Puede manifestarse, pues sabe que el alma le oirá. No siempre se manifestará, ni será lo más común mostrarse de una manera patente; pero el alma, a buen seguro, se sentirá oscuramente invitada a subir...

Otra razón por la cual el alma que aspira a la fidelidad ha de vivir recogida es que el Espíritu Santo sopla no sólo donde *quiere,* sino *cuando* quiere. La característica propia de los llamamientos interiores, observa San Ignacio, es manifestarse al alma sin previo aviso y como sin apenas dejarse oír. En cualquier momento puede venirnos una invitación. En todo momento, por consiguiente, es necesario estar atento; no, ciertamente, con atención ansiosa, sino inteligente, en armonía perfecta con la sabia actividad de un alma entregada por completo a su deber.

Por desgracia, «la mayoría de las gentes viven en la ventana», como decía Froissard; preocupados únicamente por la batahola, por el ir y venir de la calle, no dirigen ni una sola mirada a aquel que, en silencio, espera, en el interior de la habitación, con mucha frecuencia en vano, para poder entablar conversación».

Y un poco más adelante añade todavía el mismo autor:

«¿Cómo alcanzar, en la práctica, el recogimiento?

En primer lugar, hay que destinar un lugar fijo para un tiempo determinado de oración: no se llega a la oración espontánea, habitual, de todas las horas, más que ejercitándose en la oración determinada, prescrita, en tiempo y hora prefijados. Toca a cada uno consultar su gracia particular, las circunstancias en que le ponen sus obligaciones y los avisos de su director espiritual.

Una vez determinados los ejercicios de oración, falta entrenarse en el recogimiento habitual, en un cierto silencio exterior, de acción o de palabra y, sobre todo, en el silencio interior.

Algunos sencillos principios lo resumen todo:

No hablar más que cuando la palabra sea mejor que el silencio.

Evitar la fiebre, el apresuramiento natural. Lo más rápido cuando se tiene prisa es no apresurarse. Como decía un gran cirujano cuando iba a practicar una operación urgente: «Señores, vayamos despacio; no podemos perder un momento». ¿Quién no recuerda los reproches que se dirigía en todos los retiros Mons. Dupanloup?: «Tengo una actividad terrible... Me tomaré siempre más tiempo que el necesario para hacer algo». Al declinar de su vida: «No he perdido bastante el tiempo, he hecho demasiadas cosas, *demasiadas cosas pequeñas a costa de las grandes*». Y siempre repetía lo mismo: «Por nada dejemos la vida interior; siempre la vida interior ante todo». ¿No soñó durante algún tiempo en retirarse a la Gran Cartuja?»

b) *Por nuestra falta de mortificación.*—Somos todavía demasiado carnales y no estimamos ni saboreamos más que las cosas exteriores y agradables a los sentidos. Y, como dice San Pablo, «el hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios» (1 Cor 2,14). Es absolutamente indispensable el *espíritu de mortificación.* Hay que practicar el famoso *agere contra,* que tanto inculcaba San Ignacio de Loyola.

c) *Por nuestras aficiones desordenadas.*—«Si alguno no estuviere del todo libre de las criaturas, no podrá tender libremente a las cosas divinas. Por eso se encuentran tan pocos contemplativos, porque pocos aciertan a desembarazarse totalmente de las criaturas y cosas perecederas» (Kempis, 3,31). Dos cosas, pues, es preciso practicar para oír la voz de Dios: *desprenderse* de todo afecto terreno y *atender positivamente* al divino Huésped de nuestras almas. El alma ha de estar siempre en actitud de humilde expectación: «Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha» (1 Sam 3,10).

2) Discreción de espíritus.—Es de gran importancia en la vida espiritual el discernimiento o *discreción de espíritus,* para saber qué espíritu nos mueve en un momento determinado. He aquí algunos de los más importantes criterios para conocer las inspiraciones divinas y distinguirlas de los movimientos de la propia naturaleza o del demonio:

a) *La santidad del objeto.*—El demonio nunca impulsa a la virtud; y la naturaleza tampoco suele hacerlo cuando se trata de una virtud incómoda y difícil.

b) *La conformidad con nuestro propio estado.*—El Espíritu Santo no puede impulsar a un cartujo a predicar, ni a una monja contemplativa a cuidar enfermos en los hospitales.

c) *Paz y tranquilidad del corazón.*—Dice San Francisco de Sales: «Una de las mejores señales de la bondad de todas las inspiraciones, y particularmente de las extraordinarias, es la paz y la tranquilidad en el corazón del que las recibe; porque el divino Espíritu es, en verdad, violento, pero con violencia dulce, suave y apacible. Se presenta como un *viento impetuoso* (Act 2,2) y como un rayo celestial, pero no derriba ni turba a los apóstoles; el espanto que su ruido causa en ellos es momentáneo y va inmediatamente acompañado de una dulce seguridad» [10]. El demonio, por el contrario, alborota y llena de inquietud.

d) *Obediencia humilde.*—«Todo es seguro en la obediencia y todo es sospechoso fuera de ella... El que dice que está inspirado y se niega a obedecer a los superiores y seguir su parecer, es un impostor» [11]. Testigos de esto son gran número de herejes

[10] San Francisco de Sales, *Tratado del amor de Dios* 8,12.
[11] Ibid., 6,13.

y apóstatas que se decían inspirados por el Espíritu Santo o gozar de un carisma especial.

e) *El juicio del director espiritual.*—En las cosas de poca importancia que ocurren todos los días no es menester una larga deliberación, sino elegir simplemente lo que parezca más conforme a la voluntad divina, sin escrúpulos ni inquietudes de conciencia; pero en las cosas dudosas de mayor importancia, el Espíritu Santo inclina siempre a consultar con los superiores o con el director espiritual.

3. Docilidad en la ejecución.—Consiste en seguir la inspiración de la gracia *en el mismo instante* en que se produzca, sin hacer esperar un segundo al Espíritu Santo [12]. El sabe mejor que nosotros lo que nos conviene; aceptemos, pues, lo que nos inspire y llevémoslo a cabo con corazón alegre y esforzado. El alma ha de estar siempre dispuesta a cumplir la voluntad de Dios en todo momento: «Enséñame, Señor, a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios» (Sal 142,10).

La naturaleza, disconforme con esto, pondrá en nuestro camino un triple obstáculo [13]:

a) *La tentación de la dilación.*—Es como decirle al Espíritu Santo: «Excúsame por hoy; lo haré mañana».

Porque Dios pone generalmente en sus peticiones una infinita discreción, en la que consiste la suavidad de sus caminos, llegamos a olvidar cuán odioso es hacer esperar a la Majestad soberana. ¡Bueno estaría no responder inmediatamente a una orden del vicario de Cristo en la tierra! ¿Nos permitiremos ser negligentes porque es el mismo Dios quien manda?

[12] Ya se entiende que esto se refiere únicamente a los casos en los que la inspiración divina es del todo clara y manifiesta. En los casos dudosos habría que reflexionar, aplicando las reglas del discernimiento o consultando con el director espiritual.

[13] Cf. P. Plus, o.c., p.90ss, cuya doctrina resumimos aquí.

Precisamente porque El es tan delicado al solicitar nuestra fidelidad, una gran delicadeza por nuestra parte debiera hacernos volar a servirle. Así lo hacían los santos.

Muchas almas llegan al final de su vida sin haber consentido nunca o casi nunca que el Espíritu Santo fuera su dueño absoluto. Siempre le impidieron la entrada, siempre le hicieron esperar. A la hora de la muerte lo verán del todo claro, pero entonces será ya demasiado tarde: ya no habrá lugar para el «mañana sin falta», para la dilación continua. Ha terminado el tiempo y se entra en la eternidad. Pensemos con frecuencia en los lamentos de aquella última hora por no haber respondido en seguida a las inspiraciones de la gracia, por haber hecho aguardar demasiado a aquel que tanto nos hubiera querido elevar.

b) *Los hurtos de la voluntad.*—A veces se proclama o confiesa la propia cobardía. Tenemos miedo al sacrificio que se nos pide. Es el miedo que todos sentimos cuando se trata de *ejecutarnos* (toda ejecución lleva consigo la muerte de algo en nosotros, es siempre una «ejecución capital»). La naturaleza protesta, lamentándose de antemano de las generosidades en las que tendrá que consentir:

« ¡Dios mío! —exclamaba Rivière [14]—, alejad de mí la tentación de la santidad. Contentaos con una vida pura y paciente, que yo con todos mis esfuerzos trataré de ofreceros. No me privéis de los goces deliciosos que he conocido, que he amado tanto y que tanto deseo volver a vivir. No confundáis. No pertenezco a la clase precisa. No me tentéis con cosas imposibles».

Ahí tenemos descrito al vivo, en un alma nada vulgar, el miedo a la entrega total, la inclinación

[14] SANTIAGO RIVIÈRE, *A la trace de Dieu* p.279.

a andarse con rodeos; el prurito, muy explicable, de soslayar al obstáculo en vez de superarlo.

No obstante, ¡si sospechásemos qué recompensa aguarda a la entrega total y generosa! Conocida es la historia del mendigo de la India de que nos habla Tagore. Es la historia de muchas vidas:

«Caminaba—refiere el pobre harapiento—mendigando de puerta en puerta camino de un pueblo, cuando a lo lejos apareció tu dorado carruaje, cual radiante sueño, y admiré al rey de reyes.

El carro se detuvo. Posaste tu mirada en mí y te apeaste sonriente. Sentí llegada la suerte de mi vida. De repente tendiste hacia mí tu mano derecha y dijiste: ¿Qué vas a darme?

¡Ah! ¿Qué broma era ésta, tender un rey la mano al mendigo para mendigar? Quedé confuso y perplejo. Por fin, saqué de mis alforjas un grano de trigo y te lo di.

Mas sorpresa grande la mía cuando, al declinar el día y vaciar mi saco, hallé una minúscula *pepita de oro* entre el puñado de vulgares granos. Entonces lloré amargamente y me dije: ¡Lástima no haber tenido la corazonada de dártelo todo!»

c) *El afán de recuperar lo que hemos dado.*—¡Si todavía, después de haber entregado el mísero grano de trigo o las escasas existencias de nuestras alforjas, no tratásemos de recuperarlas! Es la eterna historia de los niños que, habiendo ofrendado sus golosinas ante el belén, en cuanto volvemos la espalda intentan recuperarlas para «saborear su sacrificio».

El dux de Venecia, al tomar posesión del cargo, arrojaba al mar, para simbolizar las bodas de la república con el océano, una sortija de oro. Pero cuentan que, tan pronto terminaba la fiesta, los buzos se encargaban de recuperarla.

Así somos nosotros. ¿Quién, sin necesidad de muchas investigaciones, no comprobará en su conducta moral ejemplos parecidos? ¿No estamos acostumbra-

dos a sustracciones en nuestros holocaustos, a esperar ávida e inmediatamente el premio después de la ofrenda de nuestros mejores sacrificios? ¡Eterna miseria de nuestra condición! Hay que humillarse por ella, pero no desanimarse. Y hacer cuanto podamos para que el haber de nuestros egoísmos sea lo más reducido posible.

5. Cómo reparar nuestras infidelidades

Después de la suprema desgracia de condenarse eternamente, no hay mayor desventura que la del abuso de las gracias divinas. Pero así como la desgracia eterna es absolutamente irreparable, las infidelidades a la gracia pueden repararse en todo o en parte mientras vivamos todavía en este mundo [15]. En una oración difundida entre algunas comunidades religiosas se formula esta triple petición a la misericordia divina:

«Dios mío, tened conmigo la misericordia y la liberalidad de hacerme reparar, antes de mi muerte, todas las pérdidas de gracias que he tenido la desgracia o insensatez de acarrearme.

Haced que llegue al grado de méritos y de perfección al que vos me queríais llevar según vuestra primera intención, y que yo he tenido la desdicha de frustrar con mis infidelidades.

Tened también la bondad de reparar en las almas las pérdidas de gracia que por mi culpa se han ocasionado» [16].

Nada más puesto en razón que tales peticiones. Dios puede, si se le pide, acrecentar las gracias preparadas para un alma; y si ésta se muestra fiel en estos nuevos anticipos divinos, tal aumento puede compensar las pérdidas anteriores. Al que no utilizó

[15] Cf. AUGUSTO SAUDREAU, *El ideal del alma ferviente* (Barcelona 1926) p.128ss.

[16] El P. Lallemant enseña que debemos dirigir a Dios muchas veces estas tres peticiones (o.c., princ.4 c.2 a.1).

una adversidad, puede el Señor enviarle otras en lo sucesivo: las que hubiera tenido con ser siempre leal y las destinadas a sustituir a las que no dieron fruto. También pueden multiplicarse las ocasiones de sacrificios para reemplazar a los sacrificios que se rehusaron. Las gracias de luz pueden ser más abundantes, la voluntad puede recibir más fuerza y Dios comunicar un amor más firme, intenso y acendrado. Estos suplementos no están sobre el poder de Dios ni son contrarios a su justicia. Es cierto, ciertísimo, que el alma infiel no los merece; pero la oración ferviente y perseverante—a la que Dios lo ha prometido todo (Mt 7,7-11)—puede conseguirlos infaliblemente.

¿Cómo podría explicarse, si no fuera así, que grandes pecadores hayan llegado a ser grandes santos? Sus pecados pasados fueron ocasión para remontarse a mayor virtud. El deseo de repararlos les indujo a practicar grandes austeridades y a redoblar su ferviente amor a Dios. Las lágrimas de San Pedro, que continuaron derramándose durante toda su vida, no hubieran corrido tan copiosamente ni, por lo tanto, produciendo tan numerosos actos de amor si no hubiera negado a su Maestro tan cobardemente. Nuestro Señor dijo a Santa Margarita de Cortona que sus penitencias habían borrado de tal manera sus nueve años de desorden, que en el cielo la colocaría en el coro de las vírgenes. Estos y otros muchos ejemplos nos enseñan que jamás hemos de desanimarnos por nuestros pecados y pasadas infidelidades; pero también que no basta deplorarlos: es menester repararlos y expiarlos. Si el tren de nuestra vida viene con retraso aproximándose a la estación de llegada, es evidente que llegaremos a ella con un irreparable retraso, a menos de aumentar intensamente la velocidad, dedicando lo que nos quede de vida a una entrega total y absoluta a las exigencias, cada vez más apremiantes, de la unión íntima con Dios.

La expiación vuelve a Dios más favorable, atrae gracias mucho más abundantes y poderosas, aparta

del alma los impedimentos puestos por el pecado, que impiden el ejercicio perfecto de las virtudes. De este modo no sólo repara las faltas anteriores, sino que por ella se eleva el alma en la virtud mucho más que si no hubiera pecado. San Pablo escribió en su carta a los Romanos estas consoladoras palabras: «Todo coopera al bien de los que aman a Dios» (Rom 8,28), y el genio de San Agustín se atrevió a añadir: *etiam peccata,* hasta los mismos pecados.

Si, al contrario, no se toma a pechos el expiar las propias faltas y reparar los abusos cometidos contra las gracias e inspiraciones recibidas de la bondad divina, el Señor dará a otras almas fieles las gracias que nosotros despreciamos con tanta insensatez y locura. Nos lo advierte expresamente en la parábola de las minas: «Quitadle a éste la mina (con la que no quiso negociar) y dádsela al que tiene diez. Le dijeron los siervos: Señor, ya tiene diez minas. Díjoles El: Os digo que a todo el que tiene se le dará, y al que no tiene, aun eso le será quitado» (Ic 19, 24-26).

Es muy consolador el pensar que, aun después de haber sido desleal, se puede recuperar lo perdido siendo generosos con Dios. Es indudable que, si no nos esforzamos en redoblar nuestro fervor—tomando ocasión precisamente de nuestras pasadas infidelidades—, no recuperaremos el tiempo perdido ni alcanzaremos el grado de perfección al que Dios quería elevarnos, del mismo modo que el tren no puede recuperar el retraso sufrido a mitad de su camino si el maquinista no se preocupa de acelerar la marcha antes de su llegada a la estación de término.

Algunos corazones desconfiados imaginan que ya no pueden esperar subir al grado de fervor del cual cayeron por su continua infidelidad a la gracia. Conocen muy mal la longanimidad y misericordia divinas. Son innumerables los textos de la Sagrada Escritura que nos lo inculcan expresamente: «Que el pecador abandone su camino, y el criminal sus pensamientos culpables; que se convierta al

Señor y será perdonado; que vuelva a nuestro Dios, porque es largo en perdonar. Mis pensamientos no son los vuestros, ni mis caminos vuestros caminos, dice el Señor; lo que distan los cielos de la tierra, eso distan mis caminos de los vuestros» (Is 55,7-9). Lo cual quiere decir que la misericordia de Dios, esa misericordia que llena el universo—*misericordia Domini plena est terra* (Sal 33,5)—sobrepuja con mucho la idea de que de ella pueden formarse las raquíticas inteligencias de los hombres.

Aun los que más abusaron, porque más recibieron, deben tener esta confianza, pues si tanto han recibido es porque Dios los prefirió, y sólo resta por su parte volver a ser lo que eran. Los dones de Dios—enseña San Pablo—, la vocación del pueblo escogido y, sin duda alguna, la de un alma a una altura eminente, son irrevocable[illegible]*ne poenitentia sunt dona et vocatio Dei* (Rom 11,2[illegible] Es indudable que los designios divinos quedan en su[illegible]so cuando el hombre les pone obstáculos; pero D[illegible] no revoca su elección. Quítense los obstáculos y se realizarán los planes primitivos de la Providencia. Aquellos que gustaron los dones de Dios, los que recibieron una vocación especial hacia la santidad, los que fueron favorecidos por gracias místicas, pueden haber perdido por su infidelidad tan inmensos favores; pero Dios, que los ha tratado como privilegiados, siempre está dispuesto a enriquecerlos con gracias mayores, si quieren expiar generosamente sus faltas y pasados errores.

Debemos, pues, fomentar en nosotros la santa ambición de adquirir para la eternidad esta riqueza de gloria, o, mejor dicho—ya que nuestra felicidad consistirá en el amor y la posesión de Dios amado—, hemos de procurar adquirir la gran suma de amor que Dios predestinó para nosotros al crearnos. Por grandes que hayan sido hasta ahora nuestras infidelidades, creamos con firme confianza que podemos, con el auxilio divino, reparar y recuperar lo perdido. Pero entendamos muy bien que, para alcanzar este resultado tan deseable, es preciso ser generosos a toda prueba. Y es menester empezar hoy mismo nuestra tarea, sin nuevas suicidas dila-

ciones. Ya declina el día (Lc 24,29) y se acerca la noche, en la que nadie puede trabajar (Jn 9,4); o, si se prefiere así, ya están disipándose las sombras de la noche de esta vida y en el horizonte cercano amanecen ya las primeras luces de la eternidad. Hay que darse prisa para no llegar demasiado tarde.

6. Consagración al Espíritu Santo

Existe una fórmula magnífica, difundida entre muchas comunidades religiosas, para expresar al Espíritu Santo nuestra entrega total y perfecta consagración a su divina persona. Claro está que no basta recitar una plegaria, por muy sublime que sea; es menester *vivir* esa perfecta consagración que con ella queremos expresar. Pero no cabe duda que, *recitando y saboreando despacio* la magnífica fórmula que recogemos a continuación, acabaremos por lograr de la divina misericordia una perfecta sintonización entre nuestra vida y lo expresado por esa ferviente oración. Hela aquí [17]:

«¡Oh Espíritu Santo, lazo divino que unís al Padre con el Hijo en un inefable y estrechísimo lazo de amor! Espíritu de luz y de verdad, dignaos derramar toda la plenitud de vuestros dones sobre mi pobre alma, que solemnemente os consagro para siempre, a fin de que seáis su preceptor, su director y su maestro. Os pido humildemente fidelidad a todos vuestros deseos e inspiraciones y entrega completa y amorosa a vuestra divina acción.

¡Oh Espíritu Creador! Venid, venid a obrar en mí la renovación por la cual ardientemente suspiro; renovación y transformación tal que sea como *una nueva creación*, toda de gracia, de pureza y de amor, con la que dé

[17] Ignoramos quién sea el autor de esta preciosa oración. Solía propagarla entre las almas selectas el santo padre Arintero, O. P., fundador de la revista «La vida sobrenatural» y muerto en Salamanca el 20 de febrero de 1928 en olor de santidad. Está ya introducida en Roma la causa de su beatificación. Ignoramos si la *Consagración al Espíritu Santo* la escribió él mismo o la recibió de alguna de las grandes almas que él supo dirigir hasta las cumbres de la santidad.

principio de veras a la vida enteramente espiritual, celestial, angélica y divina que pide mi vocación cristiana.

¡Espíritu de santidad, conceded a mi alma el contacto de vuestra pureza, y quedará más blanca que la nieve! ¡Fuente sagrada de inocencia, de candor y de virginidad, dadme a beber de vuestra agua divina, apagad la sed de pureza que me abrasa, bautizándome con aquel bautismo de fuego cuyo divino bautisterio es vuestra divinidad, sois vos mismo! Envolved todo mi ser con sus purísimas llamas. Destruid, devorad, consumid en los ardores del puro amor todo cuanto haya en mí que sea inperfecto, terreno y humano; cuanto no sea digno de vos.

Que vuestra divina unción renueve mi consagración como templo de toda la Santísima Trinidad y como miembro vivo de Jesucristo, a quien, con mayor perfección aún que hasta aquí, ofrezco mi alma, cuerpo, potencias y sentidos con cuanto soy y tengo.

Heridme de amor, ¡oh Espíritu Santo!, con uno de esos toques íntimos y sustanciales, para que, a manera de saeta encendida, hiera y traspase mi corazón, haciéndome morir a mí mismo y a todo lo que no sea el Amado. Tránsito feliz y misterioso que vos sólo podéis obrar, ¡oh Espíritu divino!, y que anhelo y pido humildemente.

Cual carro de divino fuego, arrebatadme de la tierra al cielo, de mí mismo a Dios, haciendo que desde hoy more ya en aquel paraíso que es su corazón.

Infundidme el verdadero espíritu de mi vocación y las grandes virtudes que exige y son prenda segura de santidad: el amor a la cruz y a la humillación y el desprecio de todo lo transitorio. Dadme, sobre todo, una humildad profundísima y un santo odio contra mí mismo. Ordenad en mí la caridad y embriagadme con el vino que engendra vírgenes.

Que mi amor a Jesús sea perfectísimo, hasta llegar a la completa enajenación de mí mismo, a aquella celestial demencia que hace perder el sentido humano de todas las cosas, para seguir las luces de la fe y los impulsos de la gracia.

Recibidme, pues, ¡oh Espíritu Santo!; que del todo y por completo me entregue a vos. Poseedme, admitidme en las castísimas delicias de vuestra unión, y en ella desfallezca y expire de puro amor al recibir vuestro ósculo de paz. Amén».

INDICE ANALITICO

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTA SEXTA EDICION
DEL VOLUMEN "EL GRAN DESCONOCIDO",
DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRIS-
TIANOS, EL DIA 24 DE JUNIO DE 1987,
NATIVIDAD DE SAN JUAN BAU-
TISTA, EN LOS TALLERES DE
IMPRENTA FARESO, S. A.
PASEO DE LA DIREC-
CION, NUMERO 5,
MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

BAC MINOR

ULTIMAS PUBLICACIONES

58. A VUELTAS CON LAS DOS ESPAÑAS, por J. M. García Escudero (ISBN 84-220-0937-4).
59. LOS DOGMAS DE LA IGLESIA, ¿SON TAMBIEN HOY COMPRENSIBLES?, por L. Scheffczyk (ISBN 84-220-0939-0).
60. NUEVO PASO HACIA LA UNIDAD. Viaje de Juan Pablo II a Turquía (ISBN 84-220-0942-0).
61. QUEREMOS VER A JESUS, por Eduardo F. Pironio (ISBN 84-220-0968-4).
62. PEDID Y RECIBIREIS, por J. Caba (ISBN 84-220-0973-0).
63. LA VIDA ESTETICA, por J. M.ª Sánchez de Muniáin (ISBN 84-220-0998-6).
64. MAX SCHELER Y LA ETICA CRISTIANA, por Karol Wojtyla (ISBN 84-220-1034-8).
65. EL MAGNIFICAT, por I. Gomá Civit (ISBN 84-220-1059-3).
66. CODIGO DE DERECHO CANONICO (ISBN 84-220-1102-6).
67. EL SACERDOCIO HOY. *Documentos del Magisterio eclesiástico*, por J. Esquerda Bifet (ISBN 84-220-1106-9).
68. INTRODUCCION A SAN BUENAVENTURA, por J. G. Bougerol (ISBN 84-220-1154-9).
69. CON MARIA JUNTO A LA CRUZ. *Santa María Soledad y las Siervas de María: su espíritu*, por P. Pañedas (ISBN 84-220-1155-7).
70. CONFESIONES de San Agustín. Traducción de J. Cosgaya (ISBN 84-220-1254-5).